Ashley Poston

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR OF THE DEAD ROMANTICS

A GOOD MORNING AMERICA BOOK CLUB PICK

THE SEVEN YEAR SLIP

a novel

SAME PLACE. DIFFERENT TIME.

COSMOS DREAMING IN SPACE

Querido CosmicLover ♥ esta es una traducción de Fans para Fans, la realización de está traducción es sin fines monetarios. **Prohibida su venta**. Apoya al escritor comprando sus libros ya sea en físico o digital.

TE DAMOS LAS SIGUIENTES RECOMENDACIONES PARA QUE SIGAMOS CON NUESTRAS TRADUCCIONES:

1. No subas capturas del documento a las redes sociales.
2. No comentes que lo leíste en español ni menciones a los grupos traductores en tus reseñas de Goodreads, Tiktok, Instagram u otros sitios de la web.
3. Tampoco etiquetes a los autores o pidas a ellos la continuación de algún libro en español, ya que las traducciones no son realizadas por editorial.
4. No pidas la continuación de un libro a otro grupo o foro de traducción, ten paciencia, ya que el libro será traducido por quién te brindo las primeras partes.
5. No modifiques el contenido. Contamos con versión PDF, EPUB y MOBI.

Queremos que cuides este grupo para que nosotros podamos seguir llevándote libros en español.

Sin más por el momento…

¡DISFRUTA EL LIBRO Y NO OLVIDES RECOMENDARLO A TUS AMIGOS!

ÍNDICE

STAFF
SINOPSIS
EL COMIENZO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
ASHLEY POSTON
COSMOS BOOKS

STAFF

TRADUCCIÓN

SUPERNOVA

CORRECCIÓN

SCARLETT

DISEÑO

HARS

SINOPSIS

A veces, el peor día de tu vida ocurre, y tienes que averiguar cómo vivir después de eso.

Así que Clementine elabora un plan para mantener su corazón a salvo: trabajar duro, encontrar a alguien decente a quien amar e intentar acordarse de perseguir la luna. Esto último es una tontería y, obviamente, una metáfora, pero su tía siempre le decía que se necesitaba al menos un gran sueño para seguir adelante. Y durante el último año, ese plan ha funcionado sin problemas. La mayoría de las veces. La parte del amor es difícil porque no quiere acercarse demasiado a nadie, no está segura de que su corazón pueda soportarlo.

Y entonces encuentra a un hombre extraño en la cocina del apartamento de su difunta tía. Un hombre con ojos amables, acento sureño y gusto por las tartas de limón. El tipo de hombre del que, antes de todo, se habría enamorado perdidamente. Y podría volver a estarlo.

Excepto que él existe en el pasado. Hace siete años, para ser exactos. Y ella, literalmente, vive siete años a futuro de él.

Su tía siempre decía que el apartamento era un salto en el tiempo, un lugar donde los momentos se mezclaban como acuarelas. Y Clementine sabe que si deja caer su corazón, estará condenada.

Después de todo, el amor nunca es cuestión de tiempo, sino de sincronización.

EL COMIENZO

Mi querida Valentina

—Este apartamento es mágico —dijo una vez la tía Analea, sentada en su sillón orejero del color de un huevo de petirrojo, con el pelo recogido con una horquilla de daga plateada. Me lo dijo con picardía en los ojos, como retándome a preguntarle qué quería decir. Acababa de cumplir ocho años y creía saberlo todo.

Por supuesto, este apartamento era mágico. Mi tía vivía en un edificio centenario del Upper East Side, con leones de piedra en los aleros, medio rotos y aferrados a las esquinas. Todo en él era mágico: la forma en que la luz entraba en la cocina por las mañanas, dorada como la yema de huevo. La forma en que en el estudio parecían caber más libros de los posibles, desparramados por las estanterías y apilados contra la ventana del fondo, tan altos que casi tapaban toda la luz. Trazaba mapas extranjeros en la cara de ladrillo de la pared más alejada del salón. El cuarto de baño, con su perfecta ventana alta y su cristal esmerilado que reflejaba el arco iris contra las paredes color cielo y la ornamentada bañera de patas de garra, era el lugar perfecto para pintar. Mis acuarelas cobraban vida allí, los pigmentos goteaban de mis pinceles mientras imaginaba lugares lejanos en los que nunca había estado. Y por las noches, la luna se veía tan cerca desde las ventanas de su habitación que casi podía alcanzarla.

El apartamento era mágico. No podrías convencerme de lo contrario. Solo creía que era mi tía quien lo hacía mágico: su forma de vivir, amplia y salvaje, que contagiaba todo lo que tocaba.

—No, no —dijo con un gesto de la mano, la que sostenía un cigarrillo Marlboro encendido. El humo salió por la ventana abierta,

alborotando a las dos palomas que arrullaban en el alféizar, hacia el cielo despejado—. No lo digo metafóricamente, mi querida Clementine. Puede que al principio no me creas, pero te prometo que es verdad.

Luego se acercó y su picardía se convirtió en una sonrisa que brillaba en sus radiantes ojos marrones, y me contó un secreto.

CAPÍTULO I

Almuerzo de editores

Mi tía solía decir: «si no encajas, engaña a todos hasta que lo hagas».

También dijo que mantengas tu pasaporte renovado, que maridas vinos tintos con carnes y blancos con todo lo demás, que encuentres un trabajo que satisfaga tanto tu corazón como tu cabeza, que nunca olvides enamorarte siempre que puedas encontrarlo porque el amor no es más que una cuestión de tiempo y de perseguir la luna.

Siempre, *siempre* persigue la luna.

Debió haber funcionado para ella, porque nunca importó en qué parte del mundo estuviera, estaba en casa. Caminó por la vida como si perteneciera a cada fiesta a la que nunca fue invitada, se enamoró de cada corazón solitario que encontró y encontró suerte en cada aventura. Tenía ese aire: los turistas le preguntaban cómo llegar cuando viajaba al extranjero, los camareros le preguntaban su opinión sobre vinos y *whiskies* finos, las celebridades le preguntaban sobre su vida.

Una vez, cuando estábamos en la Torre de Londres, mi tía y yo nos encontramos accidentalmente en una fiesta exclusiva en la Capilla Real de San Pedro ad Vincula y logramos quedarnos con un cumplido bien colocado y un collar llamativo de imitación. Allí conocimos a un príncipe de Gales, de Noruega o de algún otro lugar, trabajando como DJ. No recordaba mucho del resto de esa noche porque sobreestimé mi tolerancia al *whisky* demasiado caro.

Pero cada aventura con mi tía fue así. Ella era la dueña de la pertenencia.

¿Si no estás segura de qué tenedor usar en una cena elegante? Ve junto con la persona que está a tu lado. ¿Perdido en una ciudad en la que has vivido la mayor parte de tu vida? Finge que eres un turista. ¿Escuchar una ópera después de no haberla escuchado nunca antes? Asiente y comenta sobre el escalofriante vibrato. ¿Sentada en un restaurante con estrella Michelin bebiendo una botella de vino tinto que cuesta más que el alquiler mensual de tu apartamento? Comenta sobre el cuerpo y actúa como si hubieras probado los mejores.

Cosa que, en este caso, lo hice.

La botella de vino de dos dólares de Trader Joe's sabía mejor que esto, pero los deliciosos platos pequeños lo compensaron. Dátiles envueltos en tocino y queso de cabra frito rociados con miel de lavanda y buñuelos de trucha ahumada que se derriten en la boca. Todo el tiempo sentadas en un pequeño y encantador restaurante con suaves rayos amarillos, las ventanas delanteras se abren para dejar entrar los sonidos de la ciudad, enredaderas de plantas de potos y helechos de hoja perenne que cuelgan de los apliques sobre nosotras, mientras el aire central nos roza los hombros. Las paredes estaban revestidas de caoba y las cabinas eran de cuero flexible que, con aquel calor de principios de junio, me arrancaría la piel de los muslos si no tenía cuidado. El lugar era íntimo, las mesas estaban lo suficientemente separadas como para que no pudiéramos escuchar las conversaciones en voz baja de nadie más en el restaurante por encima del constante murmullo suave de la cocina.

Si un restaurante pudiera ser romántico, yo estaba completamente encantada.

Fiona, Drew y yo nos sentamos en una pequeña mesa en Olive Branch, un restaurante con estrella Michelin en SoHo al que Drew había estado rogando ir durante la última semana. Normalmente no soy de las que dan almuerzos largos, pero era un viernes de verano y, para ser justos, le debía un favor a Fiona, la esposa de Drew, ya que la semana pasada tuve que abandonar una obra de teatro que Drew

quería ver. Drew Torres era editora y tenía hambre de encontrar autores únicos y talentosos, por lo que nos arrastró a Fiona y a mí a los conciertos, obras de teatro y lugares más extraños en los que había estado. Y eso era mucho decir, porque había estado en cuarenta y tres países con mi tía y ella destacaba por encontrar lugares extraños.

Esto, sin embargo, era muy, muy, agradable.

—Este es oficialmente el almuerzo más elegante al que he asistido —anunció Fiona, metiéndose otro dátil envuelto en tocino en la boca. Era lo único que habíamos pedido hasta el momento que ella podía comer; las raras rodajas de wagyu estaban fuera de discusión para una persona con siete meses de embarazo. Fiona era alta y delgada, con el pelo teñido de bígaro y la piel blanca pálida. Tenía pecas oscuras en las mejillas y siempre usaba aretes cursis que encontraba en los mercadillos los fines de semana. El sabor de hoy eran serpientes de metal con carteles en la boca que decían MIERDA. Ella era la mejor diseñadora interna de Strauss & Adder.

A su lado estaba sentada Drew, pinchando otra rebanada de wagyu. Era una editora sénior recién nombrada en Strauss & Adder, con cabello negro largo y rizado y piel morena cálida. Siempre se vestía como si estuviera a punto de ir a una excavación en Egipto en 1910, y hoy no era diferente: pantalones color canela flexibles y una camisa blanca planchada con botones y tirantes.

Sentada con ellas, me sentí un poco mal vestida con mi camiseta gratis de Eggverything Café del restaurante favorito de mis padres, jeans de lavado claro y zapatos planos rojos que había tenido desde la universidad, cinta adhesiva en las suelas porque no podía soportar separarme de ellos. Llevaba tres días sin lavarme el cabello y el champú seco no hacía mucho, pero había llegado tarde al trabajo esta mañana, así que no había pensado mucho en ello. Yo era publicista sénior en Strauss & Adder, una planificadora perpetua, y de alguna manera no había planeado esta salida en lo más mínimo. Para ser

justos, era un viernes de verano y no esperaba que hubiera nadie en la oficina hoy.

—Es realmente elegante aquí —estuve de acuerdo—. Es mucho mejor que esa lectura de poesía en el Village.

Fiona asintió.

—Aunque disfruté de cómo todas sus bebidas llevaban nombres de poetas muertos.

Hice una mueca.

—Emily Dickinson me dio la peor resaca.

Drew parecía increíblemente orgullosa de sí misma.

—¿No es este lugar tan lindo? ¿Leíste ese artículo que te envié? ¿El de Eater? El autor, James Ashton, es el jefe de cocina aquí. El artículo tiene algunos años, pero sigue siendo una lectura excelente.

—¿Y quieres que haga un libro con nosotras? —preguntó Fiona—. ¿Para… qué… un libro de cocina?

Drew parecía realmente herida.

—¿Por qué me tomas por una plebeya? Absolutamente no. Un libro de cocina sería un desperdicio para alguien que es una maga de las palabras.

Fiona y yo nos miramos con complicidad. Drew había dicho lo mismo sobre la obra que evité por poco la semana pasada cuando me mudé al departamento de mi difunta tía en el Upper East Side. Fiona me dijo el sábado, mientras metía un tocadiscos en el ascensor, que nunca volvería a nadar en el océano.

Dicho esto, Drew tenía un ojo fantástico para lo que una persona podía escribir, no para lo que ya tenía. Ella era brillante ante las posibilidades. Prosperaba con ellas.

Eso fue lo que la convirtió en una especie de potencia única. Ella siempre acogió a los desvalidos y siempre los ayudó a florecer.

—¿Qué es esa mirada? —preguntó Drew, mirándonos fijamente a las dos—. Mis instintos estaban en lo cierto sobre ese músico que vimos en Governors Island el mes pasado.

—Cariño —respondió pacientemente Fiona—, todavía estoy superando la obra que vi la semana pasada sobre un hombre que tuvo una aventura con un delfín.

Drew hizo una mueca.

—Eso fue… un error. ¡Pero el músico no! Y tampoco lo fue ese TikToker que escribió ese thriller del parque de diversiones. Va a ser fenomenal. Y este cocinero… Sé que este chef es especial. Quiero saber más sobre ese verano en el que cumplió veintiséis años; aludió a ello en Eater, pero no lo suficiente.

—¿Crees que hay una historia ahí? —preguntó Fiona.

—Estoy segura de que sí. ¿Verdad, Clementine?

Luego me miraron expectantes.

—Yo… En realidad, no lo he leído —admití, y Fiona chasqueó de esa manera suya que terminará haciendo que su futuro hijo se sienta increíblemente arrepentido. Agaché la cabeza avergonzada.

—¡Bueno deberías! —respondió Drew—. Ha estado por todo el mundo, igual que tú. La forma en que relaciona la comida con la amistad y los recuerdos: lo quiero. —Volvió su mirada hambrienta hacia la cocina—. Lo quiero tanto. —Y cada vez que tenía ese tipo de mirada en sus ojos, no había nada que la detuviera.

Tomé otro sorbo de vino demasiado seco y tomé el menú de postres para escanearlo. Si bien normalmente almorzábamos juntas (era una ventaja tener mejores amigas que trabajaban en el mismo edificio que tú), la mayoría de las veces quedábamos en Midtown, y los restaurantes en Midtown eran…

Bueno…

Había comido más sándwiches y macarrones con queso de langosta en los camiones de comida de los que quería admitir. En el verano, Midtown era un centro turístico, por lo que tratar de encontrar un lugar para almorzar en cualquier lugar que no fuera un camión de comida o los *greens* de Bryant Park era casi imposible sin una reserva.

—Bueno, cuando lo recibas, tengo una pregunta sobre este menú de postres —dije, señalando el primer elemento allí—. ¿Qué diablos es una tarta de limón deconstruida?

—Ooh, esa es la especialidad del chef —nos informó Drew mientras Fiona me arrebataba el menú para leer sobre él—. Definitivamente quiero probarlo.

—Si es solo una rodaja de limón espolvoreada con un poco de azúcar granulada sobre una galleta Graham —dijo Fiona—, me voy a reír.

Revisé mi teléfono para ver la hora.

—Sea lo que sea, probablemente deberíamos pedirlo y regresar. Le dije a Rhonda que volvería a la una.

—¡Es viernes! —argumentó Fiona, agitándome la carta de postres—. Nadie trabaja los viernes en verano. Especialmente no en el ámbito editorial.

—Bueno, yo lo hago —respondí. Rhonda Adder era mi jefa, directora de *marketing* y publicidad y coeditora. Era una de las mujeres más exitosas en el negocio. Si en un libro había un superventas, ella sabía exactamente cómo exprimirlo, y eso era un talento en sí mismo. Hablando de talento, para que Fiona y Drew conocieran la situación, agregué—: Tengo tres autores de gira en este momento y es probable que algo salga mal.

Drew asintió con la cabeza.

—Ley de publicación de Murphy.

—La Ley de Murphy —repetí—. Y Juliette lloró hasta enfermarse esta mañana por culpa de su novio, así que hoy estoy tratando de aligerar su carga.

—Que se joda Romeo-Rob —entonó Drew.

—Que se joda Romeo-Rob —estuve de acuerdo.

—Hablando de citas. —Fiona se enderezó un poco y apoyó los codos sobre la mesa. Oh, conocía esa mirada, e interiormente reprimí un gemido. Se inclinó para mirarme y arqueó las cejas—. ¿Cómo están Nate y tú?

De repente, la copa de vino parecía muy interesante, pero cuanto más me miraba esperando una respuesta, menos determinación tenía, hasta que finalmente suspiré y dije:

—Rompimos la semana pasada.

Fiona jadeó como si la hubieran insultado personalmente.

—¿La semana pasada? ¿Antes o después de que te mudaras?

—Mientras me mudaba. La noche que ustedes fueron a la obra.

—¿Y no nos lo dijiste? —añadió Drew, más curiosa que su angustiada esposa.

—¡No nos lo dijiste! —Fiona repitió con un grito—. ¡Eso es importante!

—Realmente no fue gran cosa. —Me encogí de hombros.

—Fue por mensajes de texto. Creo que ya está saliendo con alguien que conoció en Hinge. —Mis amigas me miraron con absoluta lástima, pero lo descarté—. De verdad, está bien. De todos modos, no éramos tan compatibles.

Lo cual era cierto, pero no incluí la pelea que tuvimos antes de los mensajes de texto. Sin embargo, pelea era una palabra fuerte para

describirlo. Se sintió más como un encogimiento de hombros y una bandera blanca arrojada a un campo de batalla ya abandonado:

—¿De nuevo? ¿Tienes que trabajar hasta tarde otra vez? —había preguntado—. Sabes que esta es mi gran noche. Te quiero aquí conmigo.

Para ser justos, se me había olvidado que era la noche de inauguración de una galería con su obra. Era un artista (en realidad, un metalúrgico) y esto era algo muy importante para él.

—Lo siento, Nate. Esto es importante.

Y así fue, estaba segura de ello, aunque no recordaba cuál había sido la emergencia que me hizo quedarme hasta tarde.

Se quedó en silencio durante un largo momento y luego preguntó:

—¿Así será como va a ser? No quiero ser el segundo en tu trabajo, Clementine.

—¡No lo eres!

Lo era. Definitivamente lo era. Lo mantuve a distancia porque al menos allí no podría ver lo destrozada que estaba. Podría seguir mintiendo. Podría seguir fingiendo que estaba bien, porque estaba bien. Tenía que ser. No me gustaba que la gente se preocupara por mí cuando tenían tantas otras cosas de qué preocuparse. Ese era mi atractivo, ¿verdad? Que no necesitabas preocuparte por Clementine West. Ella siempre lo resolvería.

Nate dejó escapar ese profundo suspiro.

—Clementine, creo que debes ser honesta. —Y eso fue todo: el clavo en el proverbial ataúd—. Estás tan cerrada que usas el trabajo como escudo. Creo que ni siquiera te conozco realmente. No te abrirás. No serás vulnerable. ¿Qué pasó con esa chica en esas fotos, con acuarela debajo de las uñas?

Ella se había ido, pero eso él ya lo sabía. Me conoció después de que ella ya se había ido. Creo que esa podría haber sido la razón por la que no me dejó simplemente después de que cancelé mis planes con él la primera vez, porque siguió tratando de encontrar a esa chica con acuarelas debajo de las uñas que vio una vez en una foto en mi antiguo apartamento. La chica de antes.

—¿Me amas siquiera? —continuó—: No recuerdo que lo hayas dicho ni una sola vez.

—Solo hemos salido durante tres meses. Es un poco pronto, ¿no crees?

—Cuando lo sabes, lo sabes.

Fruncí los labios.

—Entonces supongo que no lo sé.

Y eso fue todo.

Estaba al final de esta relación. Antes de decir algo de lo que me arrepintiera, colgué el teléfono y le envié un mensaje de texto diciéndole que todo había terminado. Le devolvería su cepillo de dientes por correo. Dios sabe que no iba a hacer un viaje a Williamsburg si no era necesario.

—Además —agregué, tomando la botella de vino demasiado cara para llenar mi copa—, realmente no creo que quiera tener una relación en este momento. Quiero concentrarme en mi carrera; no tengo tiempo para meterme con chicos a los que podría terminar enviándoles un mensaje de texto tres meses después. El sexo ni siquiera fue tan bueno. —Tomé un gran trago de vino para asimilar esa horrible verdad.

Drew me miró asombrada y sacudió la cabeza.

—Mira eso, ni siquiera una lágrima.

—Nunca la he visto llorar por ningún hombre —le dijo Fiona a su esposa.

Traté de argumentar que no, que en realidad lo había hecho, pero luego cerré la boca nuevamente porque… ella tenía razón. De todos modos, rara vez lloraba, ¿y por algún chico? Absolutamente no. Fiona siempre decía que era porque todas mis relaciones se habían reducido a llamarlas algún tipo, una persona que ni siquiera merecía un nombre en mi memoria.

«Porque nunca has estado enamorada», dijo una vez, y tal vez eso fuera cierto.

«Cuando lo sabes, lo sabes» había dicho Nate.

Ni siquiera sabía cómo se suponía que debía sentirse el amor.

Fiona hizo un gesto con la mano.

—Bueno, ¡lo que sea para él, entonces! No sé merecía una novia financieramente estable que fuera excelente en el trabajo y fuera propietaria de un apartamento en el Upper East Side —continuó, y eso pareció recordarle otra cosa de la que realmente no quería hablar…—. ¿Cómo es? ¿El apartamento?

El apartamento. Ella y Drew habían dejado de llamarlo el apartamento de mi tía en enero, pero yo todavía no podía dejar el hábito. Me encogí de hombros.

Podría decirles la verdad: cada vez que cruzaba la puerta esperaba ver a mi tía allí en su sillón orejero del color de los huevos de Robin, pero el sillón ya no estaba.

Tampoco su dueña.

—Es genial —decidí.

Fiona y Drew se miraron la una a la otra, como si no me creyeran. Bien; no era muy buena mentirosa.

—Es genial —repetí—. ¿Y por qué hablamos de mí? Encontremos a este famoso chef tuyo y cortejémoslo hacia el lado oscuro. —Extendí la mano sobre la mesa para tomar el último dátil y me lo comí.

—Claro, claro, solo tenemos que parar al camarero… —murmuró Drew, mirando a su alrededor para ver si podía llamar la atención de alguien, pero era demasiado educada y demasiado mansa para hacer algo más que darles una mirada significativa—. ¿Simplemente levanto la mano o… qué haces en los restaurantes caros?

Drew había sido mucho más proactiva a la hora de encontrar autores para construir su lista durante los últimos meses, pero tuve que preguntarme si algunas de estas excursiones —el concierto en Governors Island, la obra que lamentablemente no pude asistir, la ópera del mes pasado, el influencer de TikTok que conocimos en una librería en Washington Heights, la exposición de la galería del artista que pintaba con su cuerpo—, fueron para ayudarme a distraerme. Para sacarme de mi pena. Excepto que habían pasado casi seis meses y ahora estaba bien.

Realmente lo hacía.

Pero era difícil convencer a alguien de eso cuando te había visto sollozar en el piso del baño a las dos de la mañana, completamente borracha, la noche del funeral de tu tía.

Habían visto las peores y más crudas partes de mí y no borraron mi número de sus teléfonos. No siempre fui la persona más fácil de tratar, y el hecho de que se quedaran conmigo significaba más para mí de lo que jamás podría admitir, y ser arrastrada a estas excursiones durante los últimos meses había sido refrescante.

Así que lo mínimo que podía hacer era llamar a un camarero para Drew.

—Lo tengo —suspiré y levanté la mano para señalar a nuestra camarera mientras ella se alejaba de otra mesa y la llamaba. No estaba segura de si así era como se suponía que debías llamar su atención en un restaurante elegante, pero ella vino rápidamente de todos modos—. ¿Podríamos tener el, eh… —Eché un vistazo al menú de postres.

Fiona intervino:

—¡El limón deconstruido como sea!

—Eso —dije—, ¿y también podríamos hablar con el jefe de cocina? —Drew rápidamente sacó una tarjeta de presentación de su bolso para entregársela a la mesera mientras yo agregaba—: Por favor, dígale que somos de Strauss and Adder Publishers y estamos aquí para hablar de una oportunidad de negocio; en realidad, un libro.

La camarera no pareció sorprendida en absoluto por la solicitud, ya que tomó la tarjeta de presentación y la metió en el frente de su delantal negro. Dijo que vería qué podía hacer y rápidamente se fue para hacer el pedido de postre.

Drew aplaudió en voz baja una vez que la camarera se fue.

—¡Aquí vamos! Ooh, ¿sientes esa emoción? Nunca envejece.

Su entusiasmo era contagioso, aunque sentía muy poco por este chef.

—Nunca —dije, y de repente mi teléfono comenzó a vibrar en mi bolso. Lo saqué y miré la notificación por correo electrónico. ¿Por qué uno de mis autores me envió un correo electrónico?

Fiona se inclinó hacia su esposa.

—Ooh, ¿qué tal si juntamos a Clem con ese chico nuevo que se mudó al apartamento de al lado?

—Es lindo —estuvo de acuerdo Drew.

—No, gracias. —Abrí mi correo electrónico—. No estoy lista para entablar otra relación después de Nate.

—¡Dijiste que lo habías superado!

—Todavía hay un período de luto… oh, mierda —agregué cuando terminé de leer el mensaje y me levanté de mi silla—. Lo siento, tengo que correr.

Fiona preguntó preocupada:

—¿Pasa algo? Ni siquiera hemos recibido nuestro postre todavía.

Saqué mi billetera de mi bolso Kate Spade de imitación y dejé la tarjeta de crédito de la compañía ya que, técnicamente, era un almuerzo de trabajo.

—Una de mis autores que estaba de gira se quedó varada en Denver y Juliette no responde a sus correos electrónicos. ¿Pagas el almuerzo y te veo en el trabajo? —dije disculpándome mientras Drew tomaba la tarjeta.

Parecía afligida.

—Espera, ¿qué? —Dirigió sus ojos a la cocina y luego a mí.

—Puedes hacerlo —dije mientras mi autora enviaba otro correo electrónico de pánico. Las abracé a ambas y robé una última bola de queso de cabra frita, la acompañé con el resto del vino y me giré para irme.

—¡Cuidado! —gritó Drew. Fiona jadeó.

Demasiado tarde.

Choqué con un camarero detrás de mí. El postre que sostenía fue hacia un lado y él hacia el otro. Extendí mi mano para agarrarlo mientras él iba a agarrarme y me puso de pie. Tropecé y él me estabilizó, sujetándome con fuerza del brazo.

—Buena atrapada —dijo cálidamente.

—Gracias, yo… —Y fue entonces cuando me di cuenta de que mi otra mano estaba sobre su pecho muy sólido—. ¡Oh! —Rápidamente le devolví el postre y me alejé—. ¡Lo siento mucho! —Un sonrojo subió demasiado rápido a mis mejillas. No podía mirar al chico. Definitivamente acababa de poner mi mano sobre un extraño por más tiempo del necesario.

—¿Tarta de limón? —preguntó el hombre.

—Sí, lo siento, lo siento, ese es nuestro postre, pero me tengo que ir —respondí apresuradamente. Mi cara se sentía roja como una cereza.

Rápidamente lo esquivé y les dije a mis amigas—: Buena suerte —mientras salía del restaurante.

Dos llamadas a Southwest Airlines y cuatro cuadras más tarde, tenía a la autora en el siguiente vuelo hasta la última parada de su gira. Bajé al metro para regresar a Midtown y al trabajo, y traté de sentir el fuerte agarre de ese hombre, la solidez de su pecho, la forma en que se inclinaba hacia mí. Se inclinó hacia mí, ¿no? ¿Cómo si me conociera? ¿No estaba imaginando cosas?… fuera de mi cabeza.

CAPÍTULO 2

Strauss & Adder

La primera vez que entré a través del arco de piedra al edificio de la calle Treinta y Cuatro y subí en los ascensores cromados hasta el séptimo piso, supe que había algo especial en Strauss & Adder Publishers. La forma en que las puertas se abrieron y dieron paso a un pequeño vestíbulo con estantes blancos lleno de libros, tanto los que habían publicado como los que simplemente amaban, sillas de cuero desgastadas frente a ti, invitándote a que te hundieras en sus cojines, abrieras una novela, y te ahogaras en las palabras.

Strauss & Adder era una editorial pequeña pero poderosa en la ciudad de Nueva York, especializada en ficción para adultos, memorias y no ficción sobre estilos de vida —pensemos en libros de autoayuda, libros de cocina e instrucciones—, pero eran más famosos por sus guías de viaje. Cuando querías una guía de un lugar lejano, te acercabas al pequeño logo de Strauss & Adder para informarte sobre los mejores restaurantes en los rincones más remotos de las ciudades extranjeras, aquellos en los que aún te sentirías como en casa.

Podría hacer publicidad en cualquier lugar —y probablemente me pagarían mejor por hacerlo—, pero no podría conseguir libros de viajes gratis en una gran empresa de tecnología, ni en ninguna firma de relaciones públicas. Había algo tan seguro y encantador en caminar por el pasillo todos los días, lleno de libros sobre Roma, Bangkok y la Antártida, el encantador olor a papel envejecido, como el perfume de un gran almacén. No quería escribir libros, pero me encantaba la idea de que alguna guía de viaje desaparecida u olvidada hace mucho tiempo hablara sobre catedrales antiguas y santuarios de dioses

olvidados. Me encantó cómo un libro, una historia, un conjunto de palabras en una oración organizadas en el orden exacto, te hacían extrañar lugares que nunca habías visitado y personas que nunca habías conocido.

La oficina era una planta abierta, rodeada por todos lados de estanterías de novelas que iban desde el suelo hasta el techo, el espacio estaba limpio, blanco y luminoso. Todos tenían pequeños cubículos de media pared, cada escritorio con toques de color mientras la gente mostraba sus objetos favoritos: obras de arte, figuritas y colecciones de libros. El mío estaba más cerca de la oficina de mi jefa. Todos los superiores tenían oficinas con puertas de cristal, como si eso fuera el mismo tipo de falta de privacidad que escuchar a Juliette en el cubículo frente a mí sollozar por su intermitente novio de diez meses, su Romeo-Rob. Que se joda Romeo-Rob.

Al menos, incluso en sus ordenadas oficinas de cristal se les podía ver disociando a las 2:00 p. m. de un lunes con el resto de nosotros.

Y, sin embargo, aquí estábamos todos, porque si todos amábamos algo, eran los libros.

Logré enviar algunas preguntas para la entrevista cuando Fiona regresó a la oficina.

—El postre fue realmente fantástico —dijo, acercándose para devolverme la tarjeta de crédito. Ella, como el resto del diseño, fue desterrada al rincón sombrío y lleno de telarañas del piso donde los directores ejecutivos solían colocar a su gente artística que cultivaba hongos. Al menos tres de los diseñadores tuvieron que empezar a tomar suplementos de vitamina D, debido a la oscuridad que reinaba allí—. Y el chef también.

—Odio habérmelo perdido —respondí.

Fiona se encogió de hombros y me devolvió mi tarjeta.

—En realidad, te topaste con él.

Hice una pausa. El hombre del agarre fuerte. El pecho cálido y sólido.

—Ese… ¿fue él?

—Absolutamente. Es una joya. Realmente dulce… oh, digamos, ¿terminaste salvando a tu autora del infierno del aeropuerto?

—Por supuesto —respondí, sacándome de mis pensamientos—. ¿Hubo alguna vez alguna duda?

Fiona negó con la cabeza.

—Te envidio.

Eso me hizo detenerme.

—¿Por qué?

—Siempre que necesitas hacer algo, simplemente lo haces. Línea recta. Sin dudarlo. Creo que es por eso que le gustas tanto a Drew —añadió, un poco más tranquila—. Eres una hoja de cálculo de Excel para mi caos.

—Simplemente me gustan las cosas como me gustan —respondí, y Fiona procedió a contarme lo que me había perdido en el restaurante; aparentemente, alguien de Faux había acudido al chef para pedirle un libro (Parker Daniels, supuso Drew), al igual que Simon & Schuster y dos sellos en HarperCollins y uno en Macmillan. Probablemente habría más.

Di un silbido bajo.

—Drew tiene una dura competencia.

—Lo sé. No puedo esperar hasta que esto sea de lo único que empiece a hablar —dijo Fiona con expresión inexpresiva. Miró su reloj inteligente en su muñeca y gimió—. Probablemente debería regresar a la cueva. ¿Película esta noche? ¿Creo que esa comedia romántica con los dos asesinos que se enamoran ya se estrenó?

—¿Podemos aplazarlo? Todavía estoy desempacando de la mudanza. ¿El recibo? —pregunté, y Fiona sacó la factura del almuerzo de su bolso. Mientras ella se dirigía a la parte oscura y húmeda del piso, entré en la oficina de Rhonda para entregárselo, aunque ella no estaba allí.

La mayoría de los otros altos mandos, incluido Reginald Strauss, tenían fotos de sus familias, las vacaciones que tomaron, recuerdos, en sus paredes y sobre sus escritorios. La oficina de Rhonda estaba llena de fotos con celebridades en presentaciones de libros y eventos de alfombra roja, y los premios a los logros apilaban sus estantes donde deberían estar los regalos de sus nietos. Era muy evidente lo que eligió, la vida que decidió vivir, y cada vez que entraba a su oficina me imaginaba sentada en su silla naranja, habiendo vivido una vida así también.

De repente, la puerta de cristal de su oficina se abrió y Rhonda Adder, con todo su *glamour*, entró en la habitación.

—¡Ah, Clementine! Feliz viernes, como siempre —anunció alegremente, luciendo afilada como un cuchillo con un traje pantalón negro y tacones con estampado floral, su bob gris de corte despuntado apartado de su cara con un clip.

Cada vez que Rhonda entraba en una habitación, la ordenaba de la manera que yo quería. Todas las cabezas se volvieron. Todas las conversaciones se detuvieron.

Rhonda Adder era tan brillante como magnética: directora de *marketing* y publicidad, y coeditora, había comenzado en una modesta empresa de relaciones públicas en el SoHo, truncando rumores sensacionalistas y atendiendo llamadas de vendedores telefónicos, y ahora planificaba y coordinaba campañas de libros para algunos de los nombres más importantes del negocio. Ella era un ícono entre los amantes de los libros, la persona que todos querían ser. La persona que quería ser. Alguien que tuviera su vida en orden. Alguien que tuviera

un plan, metas y conociera las herramientas exactas que necesitaba para implementarlas.

—Feliz viernes, Rhonda. Lamento haber tomado un almuerzo largo —dije rápidamente.

Ella agitó la mano.

—Está perfectamente bien. Te vi manejando el pequeño problema del aeropuerto de Adair Lynn.

—Realmente está teniendo la peor suerte en esta gira.

—Tendremos que enviarle algunas flores una vez que llegue a casa. —Abrió un cajón y sacó una bolsa de almendras cubiertas de chocolate.

—Servirá. Puse un gasto de almuerzo en la cuenta —agregué, dejando el recibo y la tarjeta de crédito sobre el escritorio. Ella los miró a ambos y arqueó una ceja—. Drew busca un autor para un proyecto de no ficción.

—Ah. ¿Almendra? —Me ofreció el bolso.

—Gracias. —Saqué una, me senté en la silla chirriante frente a ella y la actualicé sobre los acontecimientos de la tarde: las entrevistas de podcast reservadas, los itinerarios revisados, los eventos de librería recién confirmados. Rhonda y yo trabajamos como una máquina bien engrasada. Había una razón por la que todos decían que yo era su segunda al mando y esperaba ser su sucesora algún día. Todos pensaron que lo sería.

Rhonda guardó sus almendras y se volvió hacia su computadora cuando comencé a levantarme, nuestra reunión terminó, hasta que dijo:

—Vi que rescindiste tu solicitud de vacaciones al final del verano. ¿Hay una razón?

—Oh eso. —Intenté parecer serena mientras me alisaba la parte delantera de mi blusa arrugada. Al final del verano, mi tía y yo

siempre hacíamos nuestro viaje anual al extranjero: Portugal un verano, España el siguiente, India, Tailandia, Japón, mi pasaporte estaba repleto de todos los lugares en los que habíamos estado juntas a lo largo de los años. Me había tomado exactamente la misma semana libre cada agosto desde que me uní a Strauss & Adder, así que, por supuesto, Rhonda se daría cuenta cuando decidiera no ir—. Decidí que tal vez sería mejor pasar mi tiempo aquí, así que no voy a ir.

Nunca más.

Ella me dio una mirada extraña.

—Estás bromeando. Clementine, no te has tomado ni un día libre en todo el año.

—¿Qué puedo decir? Amo mi trabajo. —Entonces sonreí porque era verdad. Amaba mi trabajo y era una buena distracción… todo, y si seguía concentrándome en las cosas que tenía delante, el dolor no me alcanzaría a las dos de la mañana como quería.

—A mí también me encanta mi trabajo y aun así este año me fui de vacaciones a las Maldivas. Tuve un gran masaje allí. Puedo darte el número de mi chico si terminas yendo.

Oh, sí, porque podía permitírmelo. Bueno, tal vez ahora que soy dueña del departamento de mi tía, podría hacerlo. Puse una sonrisa forzada en mi rostro.

—Estoy bien, de verdad, y además, Boston in the Fall se estrena esa semana, y ya sabes, ese autor es muy quisquilloso. Prefiero tratar con él que hacer que Juliette se encargue de…

—¿Clementine? —ella interrumpió—. Tómate tus malditas vacaciones acumuladas. Para eso las tienes.

—Pero…

—Se rechaza la solicitud para rescindir tu solicitud.

—Aunque ya no me iré de vacaciones —dije, tratando de no entrar en pánico—. ¡Reembolsé mis boletos!

Me miró por encima de sus gafas de montura roja.

—Entonces tienes dos meses para decidir qué más quieres hacer. La mitad de nuestra colección son guías de viaje; pide prestada una. Estoy segura de que te inspirarás. Después de todo, necesitarás unas vacaciones.

—Realmente no creo que lo haga.

En respuesta, volvió a girar su silla hacia mí con un suspiro y se quitó las gafas. Colgaban de una correa de cuentas alrededor de su cuello.

—Bien. Cierra la puerta, Clementine.

Oh, no. En silencio, hice lo que me pidió, aunque con un poco de vacilación. La última vez que me pidió que cerrara la puerta, descubrí que había despedido al diseñador de *marketing*. Me senté de nuevo, con un poco de cautela.

—Es… ¿Hay algo mal?

—No. Bien. Sí, pero nada malo. —Juntó los dedos y me miró largamente. Llevaba rímel oscuro y delineador más oscuro alrededor de los ojos, y siempre hacían que su apariencia fuera aún más intensa—. Juras guardar el secreto, Clementine, hasta que llegue el momento adecuado.

Me enderecé en mi silla. Entonces esto era grande. ¿Era un libro nuevo? ¿Una memoria de una celebridad? ¿Strauss estaba vendiendo la empresa? ¿Michael de Recursos Humanos finalmente renunció?

Dijo:

—Estoy planeando retirarme al final del verano, pero solo quiero irme sabiendo que Strauss y Adder están en buenas manos.

No creí haber escuchado correctamente.

—¿Qué? ¿Te jubilas?

—Sí.

No sabía qué decir.

No había palabras suficientes para describir mi profunda… ¿tristeza? ¿Decepción? Strauss & Adder sin Rhonda era como un cuerpo sin alma: una estantería sin libros. Ella construyó esta empresa con Strauss; cada uno de sus superventas de los últimos veinte años provino de ella.

¿Y ella quería jubilarse?

—No me mires así —dijo Rhonda con una risa nerviosa. Nunca estaba nerviosa. Entonces no me estaba tomando el pelo. Estaba diciendo la verdad—. ¡Ya cumplí mi condena! Pero no me iré si este barco se hunde sin mí. He puesto demasiado de mi vida aquí —añadió, aparentemente como una ocurrencia tardía sobre su nombre en el negocio—. Sin embargo, solo tú y Strauss lo saben en este momento, y me gustaría que siguiera así. Quién sabe qué tipo de pirañas atraerá la noticia una vez que sea oficial.

Mi boca estaba seca.

—Oh… ¿bueno?

—Mientras tanto, quiero que tomes la iniciativa en la mayoría de los proyectos y adquisiciones este verano, para ver cómo te va. Estaré en las reuniones, obviamente, pero llamémoslo un ensayo.

—¿Para ver si puedo arreglármelas sin ti?

Ella me miró desconcertada y luego se rio.

—¡Oh, no, querida, para ocupar mi lugar!

Si no estuviera sentada ya, mis rodillas habrían fallado inmediatamente. ¿Yo, tomar el lugar de Rhonda? Solo la escuché a medias mientras me decía lo duro que trabajaba, lo ejemplar que era, que yo era exactamente el tipo de mujer que ella había sido a mi edad y

que este era el tipo de oportunidad por la que mataría. ¿Qué mejor manera de fomentar el futuro que darme la oportunidad de tener éxito?

—Bueno, la mitad de mi lugar. Cuando Strauss y yo fundamos la empresa, asumí el cargo de directora de publicidad y *marketing*, además de coeditora, porque éramos muy pequeños, pero no sé lo desearía a nadie más. Después de todo, ellos no soy yo —añadió—. Sin embargo, dependiendo de tu desempeño este verano, me inclino a proponer tu nombre para la nueva directora de publicidad. Has estado aquí por más tiempo que nadie en el equipo, así que creo que es justo, sin mencionar que sería una idiota si no lo hiciera.

Yo… no sabía qué decir.

Al final resultó que, ella no esperaba que yo dijera nada, mientras se ponía las gafas y regresaba a su computadora.

—Entonces, verás, imagino que necesitarás tomarte unas vacaciones antes de comenzar tu nuevo trabajo; te daré el nombre de mi masajista en las Maldivas.

Mi boca se abrió. Di un chillido. Mi cabeza daba vueltas por toda la información.

—Ahora, ¿puedes enviarme mis reuniones para la próxima semana? Algo me dice que Juliette lo va a olvidar. De nuevo.

Esa fue mi señal para irme.

Recé para que mis piernas funcionaran mientras me ponía de pie.

—Te lo haré saber —respondí y salí de su oficina.

Primero, me negaron la solicitud de cancelación de vacaciones y luego Rhonda dejó caer que podría jubilarse. ¿Y yo podría ocupar su lugar como jefa del departamento?

No quería pensar en eso.

Mi cubículo estaba justo al otro lado del pasillo desde su puerta: tres metros, más o menos. Era un espacio limpio y prístino, el tipo de espacio que Drew llamaba «paro de una sola caja». Lo que significa que si me despidieran, solo necesitaría una caja para empacar todos mis recuerdos antes de irme. No planeaba ir a ningún lado; había estado aquí durante siete años; simplemente no tenía mucho que quisiera mostrar. Algunas fotos, algunas de mis postales en acuarela de toda la ciudad: el lago de Central Park, el puente de Brooklyn de Dumbo, un cementerio en Queens. Tenía un muñeco cabezón de William Shakespeare, una caja de colección con las obras de las hermanas Brontë y un ex libris firmado por un autor que no recordaba y cuyo nombre ya no podía leer.

Me hundí en mi silla, sintiéndome entumecida y un poco fuera de mi alcance, por primera vez en años. Retirándose: Rhonda se estaba jubilando.

Y ella quería que yo ocupara su lugar.

Mi pecho se contrajo de pánico.

Unos minutos más tarde, Juliette, una pequeña mujer blanca con cabello rubio trenzado, grandes ojos y lápiz labial rojo cereza, regresó penosamente a su cubículo, con los ojos enrojecidos y sollozando. Se dejó caer en su escritorio.

—Rompimos de nuevo…

Distraídamente, tomé mi caja de pañuelos de debajo del escritorio y le ofrecí uno.

—Eso es duro, amiga.

CAPÍTULO 3

Hogar dulce hogar

No era que no quisiera tomar mis vacaciones; lo hacía. Cada año durante los últimos siete años, había tomado esa semana y volado a alguna parte distante del mundo. Yo solo… No quería ser la chica que seguía buscando en los aeropuertos a una mujer con un abrigo azul celeste y una risa fuerte, agitando sus grandes gafas de sol en forma de corazón para que yo la alcanzara.

Porque esa mujer ya no existía.

Y tampoco la chica que la amaba incondicionalmente.

No, sería reemplazada por una mujer que trabajaba hasta tarde los viernes por la noche porque podía, que prefería asistir a funciones laborales que a primeras citas, que tenía un par de medias y desodorante de repuesto en el cajón de su escritorio por si acaso se salía con la suya una noche (no es que lo hubiera hecho todavía). Ella siempre era la última en el edificio, cuando incluso las luces con sensor de movimiento pensaban que se había ido a casa, y estaba feliz.

De verdad.

Finalmente cerré la sesión de la computadora del trabajo, me levanté de mi silla y me estiré, la luz fluorescente sobre mí volvió a cobrar vida. Eran alrededor de las 8:30 p. m. Debía irme antes de que los de seguridad comenzaran a hacer sus rondas, porque entonces se lo dirían a Strauss y Rhonda, y Rhonda tenía la política de no trabajar hasta tarde los viernes. Así que agarré mi bolso, me aseguré de que Rhonda tuviera todo en su escritorio para la reunión del lunes por la mañana y salí hacia el ascensor.

Pasé por una de las estanterías de la empresa, en las que la gente regala galeras adicionales y copias finales. Novelas, memorias, libros de cocina y guías de viaje. La mayoría ya los había leído, pero uno me llamó la atención.

DESTINO DEL VIAJE: CIUDAD DE NUEVA YORK

Debía ser más reciente, y había una especie de deliciosa ironía en leer una guía de viajes sobre una ciudad en la que vivías. Mi tía solía decir que podías vivir en algún lugar toda tu vida y aun así encontrar cosas que te sorprendieran.

Pensé, por una fracción de segundo, que a mi tía le encantaría un ejemplar, pero cuando lo saqué del estante y lo guardé en mi bolso, la realidad me golpeó de nuevo como un ladrillo en la cabeza.

Pensé en volver a guardarlo, pero sentí tanta vergüenza por olvidar que ella se había ido que rápidamente salí hacia el ascensor. Lo donaría a una librería de segunda mano este fin de semana. El único guardia de seguridad en el frente del edificio levantó la vista de su teléfono mientras yo pasaba corriendo, sin sorprenderse en absoluto de encontrarme trabajando tan tarde.

Caminé hasta la estación de metro y me dirigí al Upper East Side, donde me bajé del tren en mi parada y saqué mi teléfono. A estas alturas ya era un reflejo llamar a mis padres en el camino desde la estación hasta el edificio de apartamentos de mi tía.

Nunca solía hacer esto, pero desde que Analea murió, se convirtió en una especie de consuelo. Además, creo que ayudó mucho a mamá. Analea era su hermana mayor.

Después de dos timbres, mamá respondió con un:

—¡Dile a tu padre que es perfectamente aceptable que finalmente traslade mi bicicleta estática a tu antigua habitación!

—No he vivido allí en once años, así que está absolutamente bien —dije, esquivando a una pareja que miraba Google Maps en su teléfono.

Mamá gritó, haciéndome hacer una mueca de dolor:

—¡MIRA, FRED! ¡Te dije que a ella no le importaría!

—¿Qué? —exclamó mi papá débilmente al fondo. Lo siguiente que supe fue que estaba contestando el teléfono desde lo que supuse era la cocina—. ¿Pero qué pasa si vuelves a casa, niña? ¿Qué pasa si lo necesitas de nuevo?

—No lo hará —respondió mamá—, y si lo hace, puede quedarse en el sofá. —Me masajeé el puente de la nariz. Aunque me había mudado desde que tenía dieciocho años, papá odiaba los cambios. A mi mamá le encantaba la repetición. Eran una pareja hecha en el cielo—. ¿No es así?

Papá argumentó:

—Pero ¿y si…?

Lo interrumpí:

—Puedes convertir mi habitación en lo que quieras. Incluso un cuarto rojo, si quieres.

—¿Un cuarto rojo…? —comenzó mamá.

Papá dijo:

—¿Es esa la mazmorra sexual de esa película?

—¡FRED! —gritó mamá y luego dijo—: Bueno, esa es una idea…

Mi padre dijo, con un suspiro que pesó tanto como los treinta y cinco años de su matrimonio:

—Bien. Puedes poner tu bicicleta estática ahí, pero nos quedaremos con la cama.

Pateé un trozo de basura en la acera.

—Realmente no es necesario.

—Pero queremos hacerlo —respondió papá. No tuve el coraje de admitirle a mi papá que mi hogar ya no era su casa de vinilo azul de dos pisos en Long Island. Hacía tiempo que no lo era. Pero tampoco era el apartamento hacia el que caminaba: cada vez más lento, como si realmente no quisiera ir en absoluto—. Entonces, ¿cómo estuvo tu día, niña?

—Bien —respondí rápidamente. Muy rápido—. De hecho… Creo que Rhonda se jubilará a finales del verano y quiere ascenderme a directora de publicidad.

Mis padres se quedaron sin aliento.

—¡Felicidades, cariño! —lloró mamá—. ¡Oh, estamos muy orgullosos de ti!

—¡Y en solo siete años! —añadió papá—. ¡Eso debe ser un récord! ¡Me llevó dieciocho años ser socio del estudio de arquitectura!

—¡Y además llega justo a tiempo para tu trigésimo cumpleaños! —asintió mamá felizmente—. Oh, vamos a tener que celebrar…

—Aún no tengo el trabajo —reiteré rápidamente, cruzando la calle hacia la cuadra donde estaba el departamento de mi tía—. Estoy segura de que habrá otras personas en la competencia.

—¿Cómo te sientes al respecto? —preguntó papá. Él siempre podía leerme de esta manera alarmante que mi mamá no podía en absoluto.

Mamá se burló.

—¿Cómo crees que se siente, Fred? ¡Está extasiada!

—Es solo una pregunta, Martha. Una fácil.

Era una pregunta fácil, ¿no? Debería sentirme extasiada, obviamente, pero mi estómago parecía no poder desatarse.

—Creo que estaré más emocionada cuando finalmente termine de mudarme —dije—. Solo me quedan unas cuantas cajas más por situar.

—Si quieres, podemos ir este fin de semana a ayudar —sugirió mamá—. Sé que mi hermana probablemente dejó muchos lugares con basura escondida…

—No, no, está bien. Además, voy a trabajar este fin de semana. —Lo cual probablemente no era mentira: encontraría trabajo que hacer este fin de semana—. De todos modos, ya casi estoy en casa. Hablo con ustedes más tarde. Los amo —agregué, y colgué cuando doblé la esquina y el imponente edificio del Monroe quedó a la vista. Un edificio que albergaba un pequeño departamento que alguna vez perteneció a mi tía.

Y ahora, en contra de mi voluntad, me pertenecía.

Intenté mantenerme al margen el mayor tiempo posible, pero cuando el propietario dijo que el alquiler del apartamento que alquilaba en Greenpoint aumentaría, no tuve muchas opciones: allí estaba el apartamento de mi tía, vacío en medio de la calle. Uno de los edificios más buscados del Upper East Side, me fue legado.

Así que empaqué todas mis cosas en cajas pequeñas, vendí mi sofá y me mudé allí.

El Monroe se parecía a cualquier otro edificio de apartamentos centenario de esta ciudad: un esqueleto de ventanas y puertas que había albergado a personas muertas y olvidadas hacía mucho tiempo. Un exterior blanco hueso con molduras detalladas que parecían vagamente de mediados de siglo, leones alados cincelados en los aleros y colocados en la entrada sin orejas ni dientes, y un guardia de aspecto cansado justo dentro de las puertas giratorias. Había estado allí desde que tengo uso de razón, y esta noche estaba sentado en el mostrador de bienvenida, con el sombrero ligeramente torcido, mientras leía la novela más reciente de James Patterson. Levantó la vista cuando entré y su rostro se iluminó.

—¡Clementine! —gritó—. Bienvenida a casa.

—Buenas noches, conde. ¿Cómo estás? ¿Cómo está el libro?

—Este tipo Patterson nunca falla —respondió alegremente, y me deseó buenas noches mientras me dirigía a los lujosos ascensores. Me dolió un poco el corazón, lo familiar que era todo esto, lo fácil que me sentía como en casa. El Monroe siempre olía a viejo; era la única forma en que podía describirlo. Ni mohoso ni rancio, solo… viejo.

Vivido.

Amado.

El ascensor hizo sonar su llegada al primer piso y entré. Estaba dorado igual que el vestíbulo, de latón que necesitaba un buen pulido, con detalles de flores de lis en el zócalo y un espejo nublado en el techo donde un reflejo cansado y borroso de mí misma me miraba. Cabello castaño cortado a la altura de los hombros, rizado por la humedad del verano y flequillo despuntado que nunca parecía tener un propósito, sino un trabajo desordenado realizado a las 3:00 a. m. con tijeras de cocina y el corazón roto.

La primera vez que vine a quedarme en el departamento de mi tía, tenía ocho años y todo el edificio parecía sacado de un libro de cuentos. Algo sobre lo que había leído en la atestada biblioteca de casa, en algún lugar donde Harriet la espía o Eloise vivirían, y me imaginé que sería como ellas.

Después de todo, Clementine era el tipo de nombre que le dabas a un personaje peculiar de un libro infantil.

La primera vez que subí a este ascensor encantada, llevaba conmigo una mochila demasiado grande, del color de las cerezas, agarrando con todas mis fuerzas a Chunky Bunny, mi animal de peluche, que todavía tenía. Ir a algún lugar nuevo solía aterrorizarme, pero mis padres pensaron que estaría mejor con mi tía durante el verano mientras empacaban nuestra casa en Rhinebeck y se mudaban a Long Island, donde habían vivido desde entonces. Los espejos del techo estaban deformados incluso entonces, y en el lento ascenso, encontré un lugar

donde los espejos estaban desiguales y me inclinó la cara y me torció los brazos como un espejo de casa de diversión.

Mi tía había dicho con voz conspiradora:

—Ese es tu yo pasado mirándote. Solo una fracción de segundo, de ti a ti.

Solía imaginar lo que le diría a ese yo que estaba una fracción de segundo atrás.

Fue entonces cuando todavía creía en todas las historias y secretos de mi tía. Era crédula y me fascinaban las cosas que parecían demasiado buenas para ser verdad, una chispa de algo distinto en lo mundano. Un espejo que mostraba tu yo pasado, un par de palomas que nunca murieron, un libro que se escribía solo, un callejón que conducía al otro lado del mundo, un apartamento mágico…

Ahora las historias sabían amargas en mi boca, pero aun así, mientras miraba mi reflejo, no pude evitar seguir el juego, como siempre lo había hecho.

—Mintió —le dije a mi reflejo, su boca moviéndose ante mis palabras. Si mi yo de una fracción de segundo se sorprendió por las palabras, no lo demostró.

Porque ella también lo sabía.

El ascensor sonó y bajé en el cuarto piso. Los apartamentos estaban etiquetados con letras. En los veranos posteriores a mi primera visita, memoricé con ellos cómo decir el alfabeto al revés.

L, K, J, I, H, G, F…

Doblé la esquina. El salón no había cambiado en años. La alfombra tenía un descolorido diseño persa y los candelabros estaban olvidados por las telarañas. Pasé mis dedos por la moldura blanca de la barandilla de la silla que bordeaba el pasillo, sintiendo la madera áspera debajo pinchar en mis dedos.

E, D, C…

B4.

Me detuve en la puerta y saqué las llaves de mi bolso. Eran casi las 9:30 p. m., pero estaba tan cansada que solo quería irme a dormir. Abrí la puerta y me quité los zapatos en la entrada. Mi tía solo tenía dos reglas en este apartamento, y la primera era quitarse siempre los zapatos.

Cuando me mudé la semana pasada, mis ojos vagaron por todas las sombras altas, como si esperara ver un fantasma. Una pequeña parte de mí quería hacerlo, o tal vez quería que al menos una de las historias de mi tía se hiciera realidad. Por supuesto, ninguna lo hizo.

Y ahora apenas levanté la vista cuando entré. No encendí las luces. No estudié las sombras para ver si eran más extrañas, si alguna era nueva.

Dijo que este apartamento era mágico, pero que ahora se sentía solo.

—Es un secreto —había dicho con una sonrisa, llevándose un dedo a los labios. El humo de su Marlboro salía por la ventana abierta. Todavía recordaba ese día como si fuera ayer. El cielo estaba fresco, el verano caluroso y la historia de mi tía había sido fantástica—. No sé lo puedes decir a nadie. Si lo haces, es posible que nunca te pase a ti.

—No sé lo diré a nadie —había prometido, y había cumplido esa promesa durante veintiún años—. ¡No sé lo diré a nadie!

Me lo dijo en un susurro, sus ojos marrones brillando con imposibilidad, y yo le creí.

Esta noche, el apartamento olía como siempre: a lavanda y cigarrillos. La luz de la luna entraba a raudales por los grandes ventanales de la sala de estar, dos palomas anidando en el aire acondicionado, acurrucadas en su robusto nido. Todos los muebles parecían sombras de sí mismos, todo seguía donde lo recordaba por última vez. Dejé mi bolso junto al taburete de la barra, mis llaves en el

mostrador y me dejé caer en el aterciopelado sofá azul de la sala de estar. Todavía olía a su perfume. Todo el apartamento lo hacía. Incluso seis meses después, después de haber cambiado la mayoría de sus muebles por los míos.

Agarré la manta de ganchillo del respaldo del sofá y me acurruqué debajo de ella, con la esperanza de poder quedarme dormida. El apartamento me resultaba extraño ahora, le faltaba algo terriblemente grande, pero todavía me sentía como en casa de una manera que nada más podría hacerlo. Como un lugar que una vez conocí, pero que ya no me acogía.

Desearía odiar este lugar que todavía sentía como si mi tía pudiera vivir aquí. ¿Que todavía podría salir de su dormitorio y reírse de mí en el sofá y decir: «Oh, cariño, ya te vas a la cama? Todavía tengo media botella de merlot en la nevera. ¡Levántate, la noche es joven! Te prepararé unos huevos. Juguemos algunas cartas».

Pero ella se había ido y el apartamento permaneció, junto con todos los tontos y falsos secretos que susurró sobre él. Además, si este apartamento era realmente mágico, entonces ¿cómo es que no me había devuelto todavía a mi tía, después de los cientos de veces que había entrado y salido, y entrado y salido, durante los últimos seis meses?

¿Por qué seguía aquí sola, en este sofá, escuchando los sonidos de una ciudad que seguía avanzando, avanzando y avanzando, mientras yo todavía lloraba en algún lugar del pasado?

Era mentira, y esto era solo un apartamento como A4 o K13 o B11, y yo era demasiado mayor para creer que un apartamento pudiera transportarme a una época que ya no existía.

Su apartamento.

Pero ahora era el mío.

CAPÍTULO 4

Extraños en una época extraña

Una mano en mi hombro me despertó.

—Cinco minutos más —murmuré, apartando el toque. Tenía un dolor en el cuello y los golpes en la cabeza me hicieron querer hundirme en el sofá con todas las migas de papas fritas y no volver nunca más. Estaba tan silencioso que me pareció oír a alguien en la cocina. A mi tía tarareando. Fue por su taza de café descascarada favorita que decía: «Que se joda el patriarcado». Estaba poniendo la cafetera.

Casi sonaba como antes, cuando llegaba tarde por la noche, con la cabeza llena de vino, demasiado cansada —y demasiado borracha— para volver a mi apartamento de Brooklyn. Siempre me desplomaba en el sofá, y me despertaba por las mañanas con la boca a sabor algodón y un vaso de agua en la mesita de café frente a mí, y ella me esperaba en la mesa amarilla de su cocina para que le contara todos los chismes de la noche anterior. Los autores que se portan mal, las publicistas que se lamentan de la falta de hombres con los que salir, el agente que tuvo una aventura con su autora, la última cita a ciegas que Drew y Fiona me consiguieron.

Pero cuando abrí los ojos, dispuesta a contarle a mi tía lo de la jubilación de Rhonda y otra relación fallida y el nuevo chef que Drew quería fichar…

Me acordé.

Ahora vivo aquí.

La mano volvió a sacudirme el hombro, con un tacto suave pero firme. Entonces una voz, suave y ronca, dijo:

—Eh, eh, amiga, despierta.

Entonces se me ocurrieron dos cosas:

Uno, mi tía estaba muy muerta.

Y dos, había un hombre en su apartamento.

Con puro terror desenfrenado, me impulsé para incorporarme, extendiendo ampliamente las manos. Choqué con el intruso. Con la cara. El hombre dio un grito, agarrándose la nariz, mientras yo me impulsaba para ponerme en pie, de pie en el sofá, con la almohada decorativa de borlas de mi tía con la cara de Jeff Goldblum levantada en defensa.

El desconocido levantó los brazos.

—¡Estoy desarmado!

—¡Yo no!

Y le golpeé con la almohada.

Luego otra vez, y otra, hasta que retrocedió hasta la mitad de la cocina, con las manos levantadas en señal de rendición.

Fue entonces cuando, en mi estado semi somnoliento de lucha o huida, pude verlo bien.

Era joven, de unos veinte años, bien afeitado y con los ojos muy abiertos. Mi madre lo habría calificado de guapo como un niño. Llevaba una camisa oscura con un escote demasiado pronunciado, un pepinillo de dibujos animados en la parte delantera y las palabras «Res-páldame, hermano», y unos vaqueros azules desgastados que sin duda habían visto días mejores. Llevaba el pelo castaño, alborotado y sin peinar, y los ojos de un gris tan claro que casi parecían blancos, engarzados en un rostro hermosamente pálido con una pizca de pecas en las mejillas.

Volví a inclinar la almohada hacia él mientras me apeaba (sin gracia) sobre el respaldo del sofá y lo medía. Era un poco más alto que yo, y desgarbado, pero yo tenía uñas y ganas de vivir.

Podría con él.

Miss Simpatía me enseñó a cantar, y yo no era más que una millenial preparada y deprimida.

Me miró dubitativo, con las manos en alto.

—No quería asustarte —se disculpó con un suave acento sureño—. Supongo que eres… um, ¿eres Clementine?

Al oír mi nombre, levanté más la almohada.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, en realidad…

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—La puerta principal, pero…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Has estado viéndome dormir? ¿Qué clase de enfermo p…?

Me interrumpió en voz alta:

—Toda la noche. Quiero decir que no te vi dormir toda la noche. Estaba en el dormitorio. Me vestí, salí y te vi en el sofá. Mi madre es amiga de tu tía. Me está subarrendando el apartamento para el verano, y me dijo que podría tener una visita.

Eso tenía muy poco sentido.

—¿Qué?

—Analea Collins —respondió con la misma vacilación confusa. Empezó a buscar algo en su bolsillo trasero—. Aquí, ¿ves…?

—No te atrevas a moverte —le espeté, y se quedó inmóvil.

Y lentamente volvió a levantar las manos.

—De acuerdo… ¿pero tengo una nota?

—Dámelo, entonces.

—¿Me dijiste que no me moviera?

Lo fulminé con la mirada.

Se aclaró la garganta.

—Puedes sacarla. Bolsillo trasero izquierdo.

—No voy a sacar nada.

Me miró exasperado.

Oh. Cierto. Le dije que no se moviera.

—… Bien. —Me acerqué con cuidado y empecé a meter la mano en su bolsillo trasero izquierdo…

—Y aquí encontramos al raro caballero en estado salvaje —empezó a narrar, con un acento australiano realmente terrible, por cierto—. Cuidado. Hay que acercarse a él con cautela para no asustarlo fácilmente…

Lo fulminé con la mirada.

Enarcó una sola ceja exasperante.

Saqué el contenido de su bolsillo trasero izquierdo y me alejé rápidamente de él. Mientras retrocedía, reconocí la llave del apartamento de mi tía. Sabía que era suya porque estaba en un pequeño llavero que compró en el aeropuerto de Milán hace años, cuando fuimos después de mi graduación en el instituto. Creía que esa llave se había perdido. Y con ella había una nota, doblada en forma de grulla de papel.

Lo desplegué.

Iwan,

¡Es tan bonito que esto pueda funcionar! Saluda a tu madre de mi parte y asegúrate de revisar el buzón todos los días. Si Mother y Fucker pasan por la ventana, no la abras. Mienten. Espero que disfrutes de Nueva York, es preciosa en verano, aunque un poco calurosa. ¡Ta-ta!

xoxo, AC

(P.D. Si ves a una anciana deambulando por los pasillos, por favor, se amable y envía a la señorita Norris de vuelta al G6).

(P.P.D.: Si viene mi sobrina, dile a Clementine que me subarrendarás este verano. Recuérdale lo de los veranos en el extranjero).

Me quedé mirándola más tiempo del necesario. Aunque tenía innumerables tarjetas de cumpleaños, de San Valentín y de Navidad suyas guardadas en mi joyero del dormitorio, ver nuevas palabras encadenadas con su escritura en bucle hacía que se me estrechara la garganta. Porque creía que nunca vería más combinaciones.

Era una tontería, sabía que era una tontería.

Pero quedaba un poco más de ella que antes.

«Veranos en el extranjero…»

El desconocido me sacó de mis pensamientos cuando dijo, muy seguro de sí mismo:

—¿Ahora todo tiene sentido?

Apreté la mandíbula.

—No, en realidad.

Su bravuconería flaqueó.

—… ¿No?

—No. —Porque la señorita Norris falleció hace tres años, y una joven pareja se mudó a su apartamento y tiró todas sus cajas de música antiguas y su violín, ya que no tenía a nadie a quien dárselos. Mi tía quiso salvarlos, pero antes de que pudiera, se arruinaron en la acera

bajo la lluvia—. No sé qué crees que significa subarrendar, pero no significa que puedas entrar a bailar el vals cualquier verano.

Sus cejas se fruncieron con irritación.

—¿Cualquier verano? No, acabo de hablar con ella la semana pasada…

—No es gracioso —espeté, abrazando contra mi pecho la cara con lentejuelas de Jeff Goldblum.

Parpadeó y asintió lentamente.

—Está bien… déjame recoger mis cosas, y me iré, ¿de acuerdo?

Intenté no parecer demasiado aliviada mientras decía:

—Bien.

Dejó caer las manos y se volvió silenciosamente hacia el dormitorio de mi tía. Dentro, esperaba ver mi cama completa sobre su estructura de metal negro de IKEA, y en su lugar vislumbré una manta que no había visto desde que la había empaquetado hacía seis meses. Aparté rápidamente la mirada. Parecía esa manta. En realidad no lo era.

Se me oprimió el pecho, pero traté de contener la sensación. «Ocurrió hace casi seis meses», me dije, frotándome el esternón. «Ella no está aquí».

Cuando empezó a recoger, me di la vuelta y me puse a pasear por el salón; siempre me ponía a pasear cuando estaba nerviosa. El apartamento era más luminoso de lo que recordaba, la luz del sol entraba por los grandes ventanales.

Pasé junto a una foto en la pared: una de mi tía sonriendo frente al teatro Richard Rodgers la noche del estreno de El corazón importaba. Sabía que la había quitado cuando me mudé la semana anterior. Estaba guardada, junto con el jarrón que ahora estaba sobre la mesa y los coloridos pavos reales de porcelana del alféizar de la ventana que había comprado en Marruecos.

Y entonces me fijé en el calendario de la mesita. Hubiera jurado que lo había tirado, y sabía que la tía Analea había dejado de llevar la cuenta de los días, pero no desde hacía siete años…

—Bueno, creo que esas son todas mis cosas. Dejaré la compra en la nevera —añadió con una mochila al hombro mientras salía de la habitación de mi tía, pero apenas me fijé en él. Sentí una opresión en el pecho.

Apenas podía respirar.

Siete años: ¿por qué el calendario estaba con la fecha de hace siete años?

¿Y dónde estaban mis cosas? ¿Las cajas que aún no había desempaquetado y que estaban en un rincón? ¿Y los cuadros que había colgado en las paredes?

¿Había movido mis cosas? ¿Las había puesto en algún sitio para fastidiarme?

Se detuvo en el salón.

—¿Estás… bien?

No. No, no lo estaba.

Me senté en el sofá y apreté tanto los dedos alrededor de la cara de Jeff Goldblum que las lentejuelas empezaron a arrugarse. Empecé a fijarme en las pequeñas cosas, porque mi tía nunca cambiaba nada de su piso, así que cuando algo desaparecía o cambiaba, era fácil darse cuenta. Las cortinas que había tirado hacía tres años después de que un gato que trajo de la calle se meara en ellas. La vela de Santa Dolly Parton sobre la mesa de centro que prendió fuego a su bata de boa de plumas, ambas tiradas por la ventana. La manta con la que me tapé anoche y que debería haber guardado en una caja en el armario del vestíbulo.

Había tantas cosas que ya no estaban aquí.

Incluido…

Mis ojos se posaron en el sillón con respaldo del color de un huevo de petirrojo. El sillón que ya no estaba allí. Que no debería estar ahí. Porque… porque estaba donde…

—Mi tía. ¿Dijo a dónde fue? —pregunté, con la voz temblorosa, aunque ya lo sabía. Si fue hace siete años, ella estaría…

Se frotó la nuca.

—Um, ¿creo que dijo Noruega?

Noruega. Huyendo de las morsas, haciendo fotos de los glaciares y buscando billetes de tren a Suiza y España, con una botella de vino añejo que había comprado en la tienda de la esquina, enfrente de nuestro hostal.

Manchas negras empezaron a devorar los bordes de mi visión. No podía respirar profundamente. Sentía como si tuviera algo atascado en la garganta, y no había suficiente aire, y mis pulmones no cooperaban, y…

—Mierda —susurró, dejando caer su mochila—. ¿Qué pasa? ¿Qué puedo hacer?

—Aire —jadeé—. Necesito… necesito aire fresco… necesito…

Irme. Para no volver jamás. Vender este apartamento y mudarme al otro lado del mundo y…

En dos zancadas, se acercó a la ventana.

Alarmada, negué con la cabeza.

—¡No, no…!

La abrió de par en par.

Lo que vino después fue algo sacado de Los pájaros de Alfred Hitchcock. Porque mi tía se esmeraba en poner nombre a todo lo que adoptaba. ¿La rata que vivió en sus paredes durante unos años?

Wallbanger. ¿El gato que adoptó y que se meaba en las cortinas? *Free Willy*. ¿La generación de palomas que se posó en el aire acondicionado desde que tengo memoria?

Dos manchas grises y azules entraron en el apartamento con salvajes graznidos.

—Cabrón…

El hombre gritó, protegiéndose la cara.

Entraron como murciélagos del infierno, ratas de la noche, terrores vengativos.

—¡Las palomas! —grité. Una de ellas aterrizó con un fuerte golpe en la encimera, la otra dio una vuelta por el salón antes de posarse en mi pelo. Las garras me arañaron el cuero cabelludo, enredándose en mi pelo ya anudado—. ¡Sácala! —grité—. ¡Quítamela!

—¡No te muevas! —gritó, agarró a la paloma por el cuerpo y la sacó suavemente de mi pelo. No quería soltarse. Me debatí entre afeitarme o no toda la cabeza en ese momento. Pero sus manos eran suaves e hicieron que mi corazón, presa del pánico, latiera un poco más racionalmente—. La tengo, la tengo, buena chica —murmuró en voz baja y suave, aunque no estaba segura de si era a la paloma o a mí.

Me alegré de que no pudiera ver el rubor que subía por mis mejillas.

Entonces fuimos libres. Me alejé de la paloma, detrás del sofá, mientras él la mantenía a distancia.

—¿Qué hago? —preguntó dubitativo.

—¡Suéltala!

—¡Acabo de atraparla!

Hice la mímica de tirarla.

—¡POR LA VENTANA!

La paloma giró la cabeza como la niña de El exorcista y le parpadeó. Hizo una mueca y la arrojó por la ventana. Levantó el vuelo y se dirigió al tejado de enfrente. Suspiró. La otra paloma parpadeó, arrullando, mientras se acercaba al borde del mostrador y mordisqueaba un trozo de correo.

—Erm, supongo que estos son… ¿Mother y Fucker? —preguntó, un poco a modo de disculpa.

Me acaricié el pelo.

—¿Ahora recuerdas la nota?

—Podría haber especificado palomas —contestó, y fue por la otra. Empezó a correr hacia el otro lado, pero él chasqueó la lengua para intentar acorralarla.

Observé con creciente pánico.

Hace siete años tenía que irme de mochilera por Europa con mi novio de entonces, pero rompimos justo antes de partir. En retrospectiva, me sentí más desconsolada por eso que porque él rompiera conmigo. Entonces mi tía apareció en casa de mis padres, con un pañuelo de viaje atado a la cabeza, gafas de sol en forma de corazón y una maleta a su lado. Me había sonreído desde el porche y me había dicho:

—Vamos a perseguir la luna, mi querida Clementine.

Y lo hicimos.

Ella no sabía a dónde íbamos y, desde luego, yo tampoco.

Mi tía y yo nunca teníamos un plan cuando perseguíamos una aventura.

¿Había dicho que había subarrendado su apartamento? Yo… no lo recordaba. Aquel verano había sido un borrón de otra chica sin mapa ni itinerario ni destino.

—Este apartamento es mágico —resonaba en mis oídos la voz de mi tía, pero no era verdad. No podía ser verdad.

—Yo… Tengo que irme —murmuré, agarrando mi bolso junto al sofá—. Vete para cuando vuelva. O veras.

Y huí.

CAPÍTULO 5

El tiempo compartido

Salí a trompicones del ascensor, aspirando una bocanada de aire tras otra, tratando de aflojar el pecho. Para calmarme. Respirar.

Estaba bien, estaba bien…

Estoy bien.

—¡Clementine! Buenos días —dijo Earl, inclinando su gorra hacia mí—. Está un poco lloviznoso esta mañana, ¿pasa algo?

Sí, quería decírselo. «Hay un extraño en mi apartamento».

—Solo voy a dar un paseo —me apresuré a decir, mostrándole una sonrisa que esperaba significara que no pasaba nada, y salí rápidamente a la lúgubre mañana gris. La humedad se me pegaba como una segunda piel y la ciudad era demasiado ruidosa para ser las nueve y media de la mañana.

Me había quedado dormida con la ropa de ayer, y me di cuenta de que aún la llevaba puesta. Me alisé la blusa, me recogí el pelo en una pequeña coleta y esperé que el rímel no se hubiera corrido demasiado. Aunque así fuera, estaba segura de que no era la persona más fea del barrio.

Al fin y al cabo, ésta era la ciudad que nunca dormía.

¿Por qué no le dije a Earl lo del hombre en mi apartamento? Podría haber subido y haberlo desalojado…

«Es porque te crees la historia».

Mi tía era buena contando historias, y la que me contó sobre el apartamento siempre se me había adherido como el pegamento.

Obviamente, su apartamento tenía sus peculiaridades: las palomas del aire acondicionado se negaban a marcharse generación tras generación, la séptima tabla del salón crujía sin motivo aparente y bajo ningún concepto se podía abrir el grifo y la ducha al mismo tiempo.

—Y —había dicho ella con gravedad, aquel verano en que cumplí ocho años y creí saber qué hacía mágico a este apartamento, pero no era así—, dobla el tiempo cuando menos te lo esperas.

Como las páginas de un libro, uniendo un prólogo con un final feliz, un epílogo con un comienzo trágico, dos medios tiempos, dos clímax, dos historias que nunca acaban de encontrarse en el mundo exterior.

—Un momento estás en el presente en el vestíbulo… —señaló hacia la puerta principal, como si fuera un viaje que ya había vivido, siguiendo sus pasos en el mapa de su memoria—… y al siguiente abres la puerta y te deslizas en el tiempo hacia el pasado. Siete años. —Luego, un poco más tranquila—: Siempre son siete años.

La primera vez que me contó la historia, sentada en su sillón azul, con un cigarrillo Marlboro en la mano, solo me contó las partes buenas. Después de todo, yo tenía ocho años y mi primer verano con mi tía se extendía ante mí.

—Hace unos veinte años, mucho antes de que nacieras, el verano era sofocante y una tormenta se abatió sobre la ciudad. El cielo brillaba con relámpagos…

Mi tía era una gran contadora de historias. Todo lo que contaba me daba ganas de creerlo, incluso cuando me daba cuenta de que Papá Noel no existía.

Según me contó, acababa de comprar el piso y mi madre la había ayudado a mudarse esa misma mañana, así que las cajas de cartón con sus cosas estaban apiladas a lo largo de las paredes, con palabras en los laterales que detallaban lo que había dentro con letra larga y

alambicada. Cocina, dormitorio y música. Acababa de terminar su carrera con El corazón importaba, el espectáculo de Broadway que había protagonizado. Tenía veintisiete años y todo el mundo se preguntaba por qué no había vuelto a actuar.

Tal y como ella lo contaba, el apartamento estaba vacío. Era como una habitación sin libros. Su agente inmobiliario había conseguido el piso barato —al parecer, el vendedor quería deshacerse de él rápidamente— y mi tía no era de las que a caballo regalado le miran el diente. Salió a comprar comida (y vino), porque no iba a pasar la primera noche en su nuevo piso durmiendo en el suelo sobre un colchón inflable sin al menos un trozo de queso brie y un poco de merlot que le hicieran compañía.

Volvió a su nuevo apartamento, pero algo no iba bien.

No había cajas en el salón. Y estaba amueblado. Había plantas por todas partes, discos de grupos antiguos colgados en las paredes, un enorme equipo de música con un tocadiscos bajo las ventanas del salón. Pensó que se había equivocado de piso, así que dio media vuelta y se marchó…

Pero no, era el B4.

Volvió a entrar y todos los muebles seguían allí.

Al igual que una extraña joven sentada en el alféizar, con la ventana abierta, dando la bienvenida a cualquier brisa que rompiera el sofocante calor de un verano neoyorquino. La humedad flotaba en el aire, goteando, el cielo sin nubes de la tormenta eléctrica que debería haber empapado la ciudad momentos antes. Sus largos pantalones cortos beige eran una talla más grande, su camiseta de tirantes tan chillona que debería haber estado en un especial de Jazzercise. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta con un coletero azul brillante, y estaba dando de comer a dos palomas en el alféizar, hablándoles con suaves arrullos, hasta que se fijó en mi tía y apagó el cigarrillo en un cenicero cristalino, con las gruesas cejas bien levantadas.

Como solía decir mi tía, era la mujer más hermosa que había conocido, la luz del sol la enmarcaba en un halo de luz. Fue el momento exacto en que se enamoró.

—Siempre lo sabes —me dijo conspiradoramente—. Siempre sabes en qué momento te enamoras.

La mujer miró confundida a mi tía, y luego…

—Oh, así que pasó de nuevo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa? ¿Quién eres? —preguntó mi tía, sin saber qué decir, porque estaba segura de que había entrado en el apartamento correcto. No tenía tiempo para algo así. El calor del verano ya la había irritado, y sus pisos estaban empapados por la lluvia que ahora no aparecía por ninguna parte, y necesitaba guardar la leche antes de que se estropeara.

La mujer se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Es un poco extraño, pero pareces el tipo de persona que podría creerlo.

—¿Te parezco tan crédula?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—No me refería a eso en absoluto. Te acabas de mudar, ¿verdad? Al Monroe… todavía se llama así, ¿no?

—¿Por qué no iba a ser así?

La mujer se llevó un dedo a los labios y dio unos golpecitos.

—Las cosas cambian. Soy Vera —dijo, y extendió la mano—. Yo vivía aquí.

—¿Vivías?

—Técnicamente todavía lo hago, para mí. —La sonrisa de Vera se ensanchó y señaló la compra de mi tía—. Puedes ponerlos en la nevera.

Estaba a punto de hacer unos fettuccine de verano, si quieres quedarte y te explico…

Mi tía, nerviosa, se giró rápidamente y se dirigió de nuevo a la puerta.

—De ninguna manera.

Así que volvió a salir y buscó al conserje, que le abrió la puerta —la misma por la que había venido, el B4, así que no se había equivocado de sitio antes— y la dejó entrar en su pequeño apartamento vacío. Sus cajas de cartón la recibieron. El conserje miró a su alrededor para su tranquilidad, pero no encontró a la menuda intrusa por ninguna parte, y mi tía tampoco pudo encontrar ninguno de los muebles que había visto. Ni el tocadiscos, ni las plantas, nada de nada.

No volvió a ver a la mujer hasta pasados unos meses. Para entonces, mi tía ya no dormía en el suelo, se había comprado un sillón reclinable de color azul huevo de petirrojo que colocó de inmediato en un rincón del salón, y su nevera estaba repleta de vino y queso, con una guía de viajes de Malasia abierta y boca abajo sobre la encimera de la cocina.

Salió de su apartamento por un segundo —el tiempo suficiente para recoger un paquete del buzón de abajo— y, cuando abrió la puerta y volvió a entrar, se encontró de nuevo en el mismo apartamento extraño, con los discos en las paredes y las plantas desbordando los mostradores, apiladas a lo largo del alféizar.

La misma mujer, con el pelo rapado, descansaba en un sofá raído que había pasado de moda en los años sesenta. Miró a su invitada por encima de un ejemplar de Jane Eyre y se incorporó rápidamente.

—¡Oh, has vuelto!

La mujer, Vera, también parecía muy contenta de verla. Lo cual era extraño en mi tía. La mayoría de la gente, después de que ella hiciera implosionar su carrera, solo parecía mirarla con perplejidad o leve desdén. Mi tía no sabía muy bien qué hacer. ¿Debía marcharse de nuevo, llevarse el super?

«Obviamente, esta vez no», se burló mi tía, y agitó la mano en el aire con desdén.

—Ni siquiera pudo arreglar mi plaga de ratas. ¿Y yo esperaba sacar a toda una persona de mi piso? De ninguna manera.

En cambio, mi tía aceptó la invitación de Vera a comer fettuccine, una comida que nunca era igual dos veces. Vera nunca medía los ingredientes y verla en la cocina era como presenciar un huracán personificado. Estaba en todas partes a la vez, sacando cosas, medio pensadas, de los armarios y abandonándolas en la encimera, olvidando la olla hirviendo en el fuego, decidiendo una ensalada de acompañamiento en el último momento —pero, oh, ¿qué tipo de aliño?— y todo mientras le contaba a mi tía esta historia absolutamente imposible.

De un apartamento que a veces se deslizaba en el tiempo: siete años adelante, siete años atrás.

—¿Como un salto de siete años? —había preguntado irónicamente mi tía, y Vera había puesto cara de angustia por haberlo adivinado.

—No, ¡como el número de la suerte! El siete. Debe dar suerte, ya que estás aquí.

Mi tía juraba que nunca se había puesto nerviosa en toda su vida, pero en aquel momento no tenía ni idea de qué decir. Hablaron durante horas sobre pasta al dente y ensalada marchita. Hablaron hasta que el horizonte se tiñó de rosa. Se rieron con vino barato, y cuando mi tía contaba esta historia, se podía ver la felicidad que llenaba su cara de juventud y amor. Nunca tuve la menor duda de que quería a Vera.

La quería tanto que empezó a llamarla «mi sol».

Y ahí era donde ella siempre se detenía en su historia —en la gran revelación, la maravilla y la magia de este apartamento que se deslizaba a través del tiempo— y cuando yo era niña, eso era suficiente. Era un final feliz, y yo tenía que existir en ese mismo

espacio, abriendo puertas, con la esperanza de deslizarme también hacia un pasado desconocido, o tal vez un futuro. Dentro de siete años, ¿tendría éxito? ¿Sería popular? ¿Guapa?

¿Tendría mi vida resuelta? ¿Me enamoraría?

O si me deslizaba al pasado, ¿me encontraría con mi tía de las fotos de cuando nací? La mujer más tranquila y reservada que parecía un poco perdida en aquellas fotos, y nunca entendí muy bien por qué.

Tardé unos años en darme cuenta de que solo me había contado las partes buenas aquella primera tarde de verano, cuando intentaba llenar el silencio.

Tenía doce años cuando por fin me contó las partes tristes. Me dijo que prestara atención, que la angustia también era importante.

La noche de verano era fresca y había tormenta mientras comíamos unos fettuccine que nunca eran iguales. A estas alturas ya me sabía esta historia de memoria, deseando que cada vez que entrara en el apartamento me eligiera para llevarme…

—Quería casarme con ella.

Lo dijo en voz baja mientras bebía su tercera copa de merlot y jugábamos una partida de Scrabble la noche anterior a nuestro vuelo a Dublín. Recuerdo muy bien aquella cena, como cuando el cerebro se fija en una escena y la repite una y otra vez años después, cambiando solo ligeramente los detalles, pero nunca el desenlace.

—Encontrar a una persona era un poco más difícil hace veintitantos años. Para entonces, nos habíamos encontrado tantas veces en el tiempo que podía trazar las líneas de sus manos sobre las mías. Había memorizado las pecas de su espalda, las había dibujado formando constelaciones. El apartamento siempre nos unía cuando nos encontrábamos en una encrucijada, y nos encontrábamos en muchas: en nuestras carreras, en nuestras vidas personales, en nuestras amistades. Nos ayudábamos mutuamente. Éramos las únicas que podíamos. —Tenía una mirada lejana—. Pensé que podría encontrarla,

que sería fácil, que sería como ver a alguien que conociste en una acera abarrotada de gente, y tus ojos se cruzan y el tiempo se detiene. Pero el tiempo nunca se detiene —añadió con amargura—. Pueden pasar muchas cosas en siete años.

No se equivocaba: en siete años iría a la universidad. En siete años, tendría mi primer novio, mi primer desengaño amoroso. En siete años, tendría un pasaporte más gastado y curtido que la mayoría de los adultos que conocí. Solo podía imaginar lo que pasó en los siete años entre mi tía y Vera.

No tuve que hacerlo.

Era sencillo y triste:

Cuando encontró a Vera en el presente, era diferente. Había cambiado, poco a poco, como suelen hacerlo los años, y mi tía, con todo su amor por las cosas nuevas y emocionantes, temía que lo que tenían en aquel apartamento fuera del tiempo no durara. Temía que nunca volviera a ser tan bueno como antes. Que toda una vida juntas se agriara, que el segundo sabor no fuera tan dulce, que su amor se volviera rancio como el pan y sus corazones se enfriaran.

Al final, Vera había querido una familia, y Analea había querido el mundo.

—Así que la dejé marchar —dijo mi tía—, antes que cargar conmigo.

Y Vera siguió adelante. Dos niños por su cuenta. Volvió a su ciudad natal para criarlos. Volvió a la universidad. Se hizo abogada. Creció y cambió y se convirtió en alguien nuevo, como siempre te hace el tiempo. Y no miró atrás.

Mientras tanto, mi tía seguía igual, temerosa de guardar nada demasiado tiempo por miedo a que se estropeara.

Solo tenía dos reglas en este apartamento: una, quítate siempre los zapatos junto a la puerta.

Y dos: nunca te enamores.

Porque cualquiera que conocieras aquí, cualquiera que el apartamento te permitiera encontrar, nunca podría quedarse.

Nadie en este apartamento se quedó.

Nadie lo haría nunca.

Entonces, ¿por qué el apartamento me daría a alguien ahora? ¿Por qué no a mi tía, la persona a la que quería ver? ¿Por qué me escupió a una época en la que ella no estaba, su apartamento prestado a un encantador desconocido con los ojos grises más penetrantes?

No importaba. Se habría ido para cuando volviera. El apartamento solo cometió un error o me estaba volviendo loca. De cualquier manera, no importaba porque no se iba a quedar.

Me encontré caminando un poco más lejos de lo previsto, hasta el Museo Metropolitano de Arte. Siempre acababa aquí cuando estaba estresada o perdida. La intemporalidad de los retratos, los amplios y coloridos paisajes, la visión del mundo a través de unas gafas rayadas con pintura. Recorrí las galerías y en ese tiempo conseguí reunir un poco más de decoro. Y un plan. De vuelta, me tomé un macchiato en la cafetería italiana frente al Monroe, me lo bebí de un trago, lo tiré a la papelera que había fuera del edificio y regresé al último lugar en el que quería estar.

CAPÍTULO 6

Segundas oportunidades

El camino desde el ascensor hasta el apartamento de mi tía en el cuarto piso se me hizo excepcionalmente largo y los nervios empezaron a crecer, como siempre que me acercaba a su puerta («tu puerta» oía decir a Fiona). El pavor de entrar, mezclado con la incertidumbre de si volvería a ver a aquel desconocido, me retorcía el estómago. Realmente esperaba que se hubiera ido.

Me detuve en el B4, y la aldaba de la puerta me devolvió la mirada, la cabeza de león congelada para siempre en un medio grito, medio rugido.

—Bien, el plan es que si está ahí, lo persigas con el bate de béisbol que hay en el armario. Si se ha ido, bien hecho —murmuré mientras sacaba las llaves del bolso—. No te asustes como antes. Respira.

De alguna manera eso sonaba mucho más fácil de lo que realmente era.

Me temblaban las manos al introducir la llave en la cerradura y girarla. No era una persona supersticiosa, pero las vacilaciones de mi cabeza —no estar aquí, estar aquí— sonaban sospechosamente como si estuviera arrancando pétalos de una margarita.

La puerta crujió al abrirse sobre unas bisagras oxidadas y asomé la cabeza al interior.

No oí a nadie…

Tal vez se había ido.

—¿Hola? —llamé—. ¿Sr. Asesino?

Sin respuesta.

Aunque si fuera un asesino, ¿respondería a que le llamaran así? Le estaba dando demasiadas vueltas. Entré y cerré la puerta tras de mí. El apartamento estaba tranquilo, la luz de la tarde proyectaba rayos dorados y anaranjados a través de las cortinas de tafetán del salón. Las motas de polvo bailaban a la luz del sol.

Puse el bolso en el taburete de debajo del mostrador y comprobé las habitaciones, pero él —y sus cosas— ya no estaban.

Mi alivio duró poco, sin embargo, cuando hice balance del apartamento. El calendario seguía marcando siete años atrás. Los retratos de la pared seguían allí, los que mi tía había quitado, regalado o destruido, y los que yo había guardado en el armario del pasillo. Su cama estaba en el dormitorio en vez de la mía, y sus libros seguían apilados desordenadamente en las estanterías de su estudio, aunque estaba segura de que ya había metido la mayoría en cajas.

Y luego estaba la nota, escrita en el reverso de un recibo con una letra larga y rasposa que no reconocí.

Perdón por la intromisión.

Le di la vuelta al recibo. La fecha era de hacía siete años, de una bodega de la esquina que desde entonces se había convertido en una boutique de muebles caros, de los que se encuentran en las remodelaciones «farm-chic» con tablones de madera.

Mi pecho se contrajo de nuevo.

—No, no, no —supliqué. Las dos palomas estaban sentadas en el alféizar, apretadas contra el cristal como si quisieran estar dentro para ver el espectáculo. Parecían un poco alteradas por la mañana—. No.

Las palomas arrullaron, escandalizadas.

Apreté la mandíbula. Aplasté el recibo entre las manos y lo arrojé de nuevo sobre el mostrador. Tomé mi bolso. Y salí del apartamento. La puerta se cerró de golpe tras de mí.

Entonces la volví a abrir y entré.

El recibo todavía estaba allí.

Me di la vuelta. Salí del apartamento.

Y volví a entrar a empujones.

Seguía ahí en el mostrador.

—Puedo hacer esto todo el día —le dije al apartamento, y luego quise darme una patada por hablar con un lugar inanimado.

Parecía que estaba hablando con mi tía. Ella sería la clase de persona que me gastaría esta broma. Siempre habíamos discutido, aunque yo la quería. Decía que me hacía los lazos demasiado apretados, que llevaba una vida demasiado ordenada, como mis padres.

Me gustaban los planes. Me gustaba ceñirme a ellos. Me gustaba saber qué iba a pasar y cuándo iba a pasar.

Así que sí, esto sería exactamente lo que haría mi tía.

En mi sexto reingreso, vi el recibo arrugado y a las palomas mirándome como si fuera una tonta, giré sobre mis talones.

Y me encontré cara a cara con el desconocido.

—Oh —dijo, sorprendido, con sus pálidos ojos muy abiertos—, ya has vuelto.

Me eché hacia atrás, levantando el bolso.

—Juro por Dios…

—Todavía me voy —añadió con cautela, levantando las manos en señal de rendición—, pero se me ha olvidado el cepillo de dientes, la verdad.

Fruncí el ceño.

—Oh.

—¿Puedo ir por él?

Volví a echarme el bolso al hombro.

—Ya que lo has pedido tan amablemente… —Me hice a un lado y lo dejé entrar en el apartamento. Llevaba la mochila colgada del cuerpo, con la etiqueta del aeropuerto aún en la correa. Fue al cuarto de baño por el mientras yo me quedaba en el borde del salón, rascándome las cutículas. Volvió con el en la mano, triunfante.

«Quizá cuando se vaya esta vez, yo también vuelva a mi época», pensé.

—Es una cosa rara —dijo agitando el cepillo de dientes—, pero tengo que tenerlo.

—Soy muy exigente con los míos. Tienen que tener los trocitos de goma en los bordes —dije distraídamente, antes de recordar que se suponía que tenía que llamar a seguridad porque, de hecho, había vuelto. Pero había vuelto por su cepillo de dientes…

—Ah, ¿los de masajear las encías? —preguntó—. Esos son bonitos.

—Y odio cuando alguien simplemente te sugiere que uses uno de los suyos que no ha usado: no es lo mismo.

Levantó las manos.

—¿Verdad? No es lo mismo. En fin, ahora que tengo mi cepillo de dientes de apoyo emocional, me voy. Y si me he dejado algo más, puedes enviarlo por correo aquí —añadió, agarrando un bolígrafo de la taza de la encimera y anotando sus datos en una servilleta. Me la entregó. Si se dio cuenta del recibo arrugado con su nota, no dijo nada.

Leí su letra rasposa.

—¿Eres de Carolina del Norte?

—De Outer Banks, sí.

—Estás muy lejos de casa.

Se encogió de hombros, más tímido que despectivo.

—«Viajar es la maravillosa sensación de tambalearse en lo desconocido».

Ladeé la cabeza, la cita me resultaba familiar.

—¿Anthony Bourdain?

La parte derecha de su boca se curvó en una encantadora sonrisa torcida. Si hubiera sido en cualquier otro momento, en cualquier otro lugar, me habría derretido allí mismo.

—Nos vemos.

—Probablemente no —respondí.

—Probablemente no —aceptó con una risa cohibida, y se despidió con su cepillo de dientes, y fue adorable.

Bajé la mirada y la posé en el calendario de la mesita. Siete años.

Se dirigió a la puerta.

Apreté los ojos.

«El apartamento siempre nos unía cuando estábamos en una encrucijada» había dicho mi tía de ella y Vera. Así que también debió de unirnos a este hombre y a mí. Me daba igual la encrucijada en la que me encontrara; me encantaba recordar a mi tía en la puerta de casa de mis padres siete años atrás, invitándome a la aventura, como si el tiempo fuera infinito. Como si supiera, con ese brillo en los ojos, que algo estaba a punto de suceder.

O, tal vez, fue por lo que me había dicho una vez.

Cómo a veces el tiempo se atrapaba sobre sí mismo. Cómo a veces se mezclaba como las acuarelas con las que solía pintar.

Vivía en un mundo en el que mi tía aún existía, y si yo podía quedarme en ese mundo… aunque no fuera mucho tiempo… Aunque solo fuera en este apartamento. Aunque solo fuera esta vez. Incluso si la próxima vez que saliera, el apartamento me enviara de vuelta a mi tiempo…

En este apartamento, ella seguía viva en alguna parte, en el mundo.

Pero no importaba, porque una parte blanda y casi muerta de mi corazón, que había florecido cada verano con aventuras y maravillas, me susurraba: «¿Qué tienes que perder?».

Fuera lo que fuese, giré sobre mis talones y le dije justo cuando llegaba a la puerta para irse:

—Puedes quedarte.

Soltó el pomo de la puerta principal y se volvió hacia mí, con una mirada curiosa en sus ojos brillantes y pálidos. Me recordaron un poco al tono de las nubes justo antes de que un avión ascendiera sobre ellas.

—¿Segura? —me preguntó con ese suave tono sureño.

—Sí, pero yo también tengo que quedarme aquí, ahora mismo —dije, doblando su servilleta y metiéndomela en el bolsillo trasero. Si recordaba las historias de mi tía sobre Vera, acabaría volviendo a mi época—. Mi apartamento está un poco —hice una pausa, devanándome los sesos en busca de una buena mentira—, fuera de servicio. Se… Se infestó. Con… —Miré hacia el alféizar. Mother y Fucker estaban acurrucados en el aire acondicionado, acicalándose mutuamente después de su angustiosa mañana—. Palomas.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Oh. No me di cuenta de que podría llegar a ser tan malo.

—Oh, sí. Por algo las llaman las ratas de los cielos. —Dios, era una mentirosa terrible, pero pareció creérselo con un serio asentimiento de cabeza. ¿En serio? ¿Cómo eran las palomas de donde él es?—. Así que… mientras mi tía no está, me dijo que cuidara de su apartamento,

y pensé que podría quedarme aquí unos días mientras eso se solucionaba. —Finalmente arrastré mis ojos hacia él—. Siento haber sido un poco mala al principio. Me has sorprendido. Pero si mi tía te dijo que podías quedarte…

—¡Gracias, gracias! —Apretó las manos una contra otra en señal de oración—. Te juro que ni siquiera sabrás que estoy aquí.

Lo dudaba mucho, ya que era casi imposible ignorarlo. Parecía una persona ruidosa, pero también era fascinante verlo. Se movía por el mundo con un aire de despreocupación, como si no le importara lo que pensaran los demás. Era contagioso. Me moví incómoda, porque por fin empezaba a asimilar que aquello era real y que la historia de mi tía era cierta. Era exactamente lo que había deseado durante años: abrir su apartamento, contener la respiración, esperar a que me llevara…

Solo para que ocurriera ahora, después de que mi tía se hubiera ido, después de que yo ya no tuviera corazón para cosas imposibles.

¿Por qué no podría haber tenido un encuentro con alguien menos… entusiasta? Este hombre se sentía como si pudiera existir en cualquier lugar y llamarlo hogar, demasiado parecido a mi tía, demasiado parecido a la persona que yo había querido ser.

—Para compensar por haber empezado con mal pie —dijo, y ladeó la cabeza de forma infantil—, ¿puedo prepararnos la cena?

A nosotros. Aquello me sorprendió. Sentí que el pecho se me apretaba como una goma elástica. Aparté rápidamente la mirada.

—Um, claro. Creo que hay salsa de espagueti en la despensa.

—Oh, eso es dulce, pero tengo algo más en mente. —Su mueca se convirtió en una sonrisa, y era brillante y torcida y, oh, no, tan encantadora, como si tuviera cien secretos que no podía esperar a contarme escondidos en las comisuras de sus labios—. Una de mis recetas favoritas. Por cierto, me llamo Iwan. —Me tendió la mano. Aún no se había quitado la mochila.

Respiré hondo y acepté su mano. Tenía los dedos duros y callosos, cicatrices en los dedos, quemaduras en las manos. También estaban calientes, y su agarre era sólido, y derritió todos los nervios que había tenido un momento antes. Esto podría no ser tan malo.

—Clementine —respondí.

—Oh, como…

Le apreté un poco más la mano y le dije:

—Si cantas esa canción, puede que tenga que matarte.

Se rio.

—Ni se me ocurriría.

Le solté la mano y, finalmente, se quitó la mochila, la dejó caer junto al sofá y se dirigió a toda prisa a la cocina. Lo seguí cansada. Se subió las mangas, ya cortas, y agarró una tabla de cortar de la encimera.

Fue una idea terrible. La peor idea. ¿Qué me había poseído para hacer esto?

Me miró de nuevo, de pie en la entrada de la cocina, y me preguntó si quería un vaso de agua mientras esperaba, o algo un poco más fuerte.

—Algo más fuerte —decidí, apartando los ojos de aquel hombre tan guapo en la cocina de mi tía, empezando a sentir que acababa de cometer un grave error—. Definitivamente más fuerte.

CAPÍTULO 7

Mejor conocido

Vi desde mi posición en el taburete de la barra como Iwan se acomodaba en la cocina de mi tía. Mi tía y yo solíamos cenar en la tele o salir fuera, y durante la última semana desde que me mudé, había pedido comida para llevar de mi restaurante tailandés favorito. La cocina era un campo de batalla desconocido para mí, un lugar por el que pasaba con precaución de camino al dormitorio o por otra copa de vino. Sabía cocinar lo esencial —mi madre se aseguró de ello antes de que me fuera a la universidad, no iba a dejar que su única hija se muriera de hambre—, pero nunca me había interesado demasiado el arte de hacerlo. Iwan, en cambio, parecía encajar tan bien allí, como si ya supiera dónde estaba todo. Había sacado un gastado rollo de cuchillos de cuero de su mochila, que volvió a guardar en el dormitorio, y dejó los cuchillos sobre la encimera.

—Así que —pregunté, tomando una copa barata de rosado que mi tía había comprado antes de irse de veraneo—, ¿eres chef o algo así?

Sacó una bolsa marrón de verduras del frigorífico. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo había llenado de comida. La nevera no había visto otra cosa que comida para llevar y sobras desde hacía una semana por lo menos. Señaló hacia su rollo de cuchillos.

—¿Mis cuchillos me delataron?

—Un poco. Ya sabes, pistas de contexto. Además, por favor, di que sí. La alternativa es que en realidad seas Aníbal y yo esté en grave peligro.

Se señaló a sí mismo.

—¿Parezco el tipo de persona que arruinaría su perfectamente aceptable paladar con un corte de solomillo humano?

—No lo sé, apenas te conozco.

—Oh, bueno, eso es fácil de arreglar —dijo, poniendo las manos a ambos lados de la tabla de cortar que tenía delante y apoyándose en la encimera. Tenía un tatuaje en la parte interior del brazo derecho: un camino rural entre pinos—. Fui a UNC Chapel Hill con una beca, planeando estudiar derecho como mi madre y mi hermana, pero lo dejé a los tres años. —Volvió a encogerse de hombros—. Trabajé en algunas cocinas mientras intentaba averiguar qué quería hacer, y fue el único lugar en el que realmente me sentí como en casa, ¿sabes? Mi abuelo prácticamente me crió en una cocina. Así que al final decidí ir al CIA.

—La Agencia Central de Inteligencia…

Su boca se torció en una sonrisa.

—Instituto Culinario de América.

—Ah, esa era mi segunda suposición —respondí, asintiendo.

—Allí obtuve un título asociado en Artes Culinarias, y aquí estoy, buscando trabajo.

—Estás persiguiendo la luna —me maravillé, más para mí que para él, mientras pensaba en mi propia carrera: cuatro años en la universidad estudiando historia del arte y luego siete ascendiendo, lentamente, en Strauss & Adder.

—¿La luna?

Avergonzada, le contesté:

—Es algo que siempre dice mi tía. Es una de sus reglas fundamentales, ya sabes, como renovar el pasaporte, acompañar siempre los vinos tintos con carnes y los blancos con todo lo demás…

—Conté con los dedos—. Encuentra un trabajo satisfactorio, enamórate y persigue la luna.

Mordisqueó una sonrisa, tomando un sorbo de bourbon.

—Parece un buen consejo.

—Supongo. Entonces, tienes, como, ¿qué? —Lo estudié un momento—. ¿Veinticinco?

—Veintiséis.

—Cielos. Me siento vieja.

—No puedes ser mucho mayor que yo.

—Veintinueve, casi treinta —respondí sombríamente—. Ya tengo un pie en la tumba. El otro día me encontré una cana. Me debatí entre blanquearme toda la cabeza.

Soltó una carcajada.

—No sé qué haré cuando empiece a ponerme blanco; no me saldrán canas. A mi abuelo no le pasó. Quizá me afeite la cabeza.

—Creo que te verías refinado con un poco de blanco —reflexioné.

—Refinado —repitió, gustándole cómo sonaba—. Se lo diré a mi abuelo. Y de todos modos, mi historial de perseverancia no ha sido muy estable. Cuando dije que quería estudiar en el CIA, mi madre se puso histérica al principio (yo estaba a un año de licenciarme en Empresariales), pero no me veía sentado en un escritorio todo el día. Así que estoy aquí. —Agitó las manos como si fuera un truco de magia, pero había un brillo en sus ojos cuando dijo—: Hay una vacante en un restaurante bastante famoso, y quiero entrar.

—¿Como chef…?

Estaba completamente serio cuando dijo:

—Como lavavajillas.

Casi me atraganto con el vino.

—Lo siento, ¿estás bromeando?

—Una vez que entre, podré ascender —respondió con otro encogimiento de hombros, y hurgó en la bolsa de papel en busca de la primera verdura. Sacó un tomate y el gran cuchillo de cocinero del gastado rollo de cuchillos, con la hoja afilada, y empezó a cortarlo en dados. Sus cortes eran rápidos, sin titubeos, y la plata de su hoja centelleaba contra la luz blanca amarillenta de la horrible lámpara multicolor que mi tía había «recuperado» de la calle.

—Entonces —continuó mientras trabajaba—, ahora que sabes todo sobre mí, ¿qué hay de ti?

Exhalé un suspiro por los labios.

—Uf, ¿y yo qué? Crecí en el valle del Hudson, luego en Long Island y llevo media vida en la ciudad. Estudié historia del arte en la Universidad de Nueva York, luego trabajé en una editorial y ahora estoy aquí.

—¿Siempre has querido trabajar en la edición de libros?

—No, pero me gusta donde estoy ahora. —Tomé otro sorbo de mi rosado, debatiéndome entre contarle o no las otras cosas sobre mí, los viajes al extranjero, el pasaporte lleno de tantos sellos que impresionaría a cualquier viajero de toda la vida, pero cada vez que se lo enseñaba a alguien se hacía una idea sobre mí. Que era una niña del caos con un corazón salvaje, cuando, en realidad, no era más que una niña asustada que se colgaba de los faldones azules de mi tía mientras me llevaba por el mundo. En cierto modo, solo quería que viera mi verdadero yo: el yo que nunca salía de la ciudad, ni siquiera para visitar a sus padres en Long Island, el yo que iba a trabajar y volvía a casa a ver repeticiones de Survivor el fin de semana y que ni siquiera podía reservar unas horas para ir a la exposición de arte de su exnovio.

Así que decidí no hacerlo y dije:

—Bueno, esa soy yo en pocas palabras. Una licenciada en historia del arte convertida en publicista de libros.

Me dirigió una mirada ponderada y frunció los labios. Tenía una peca en el lado izquierdo del labio inferior, y era casi imposible no mirarla.

—De alguna manera, siento que te estás vendiendo un poco mal.

—¿Oh?

—Es una sensación —dijo, agarrando otro tomate de la bolsa de papel, y dio otro encogimiento de hombros—. Soy bastante bueno leyendo a la gente.

—¿Oh?

—De hecho, estoy bastante seguro de que estoy a medio camino de averiguar tu color favorito.

—Es…

—¡No! —gritó, sosteniendo el cuchillo hacia mí—. No. Voy a adivinarlo.

Eso me divirtió. Miré fijamente la punta de su cuchillo hasta que se dio cuenta de que lo tenía dirigido hacia mí, y entonces lo devolvió rápidamente a la tabla de cortar.

—Adivina, ahora.

—Es mi único superpoder, déjame impresionarte con él.

—Bien, bien —dije, porque estaba segura de que no iba a adivinarlo (después de todo, era una de las cosas más sorprendentes de mí), y lo observé deslizar los tomates cortados en dados a un lado de la tabla y luego sacar una cebolla para pelarla. Era muy hábil con las manos, hipnotizante de una forma que podría contemplar durante horas.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Cuál es mi color favorito?

—Oh, no voy a adivinarlo ahora —respondió tímidamente—. Apenas te conozco todavía.

—No hay mucho que saber. —Me encogí de hombros, mirándolo cortar la cebolla en dados—. Soy bastante aburrida. Mi tía era la que tenía todas las historias interesantes.

—¿Tú y tu tía son íntimas? —preguntó.

Levanté la vista de sus manos, sin haber oído la última pregunta.

—¿Hmm?

Levantó la mirada para encontrarse con la mía. Sus ojos eran del más hermoso gris pálido, más oscuros en el centro que en los bordes, tan leves que había que acercarse mucho para verlos.

—Tu tía y tú parecen muy unidas.

El tiempo presente me produjo un escalofrío. Fue inesperado y sorprendente, como un chorro de agua fría en la cara. Cierto, en su tiempo ella sigue viva, en algún lugar de Noruega conmigo, perseguida por una morsa en la playa. Me hizo sentir, por un momento, como si realmente estuviera aquí. De carne y hueso. Como si pudiera entrar en el apartamento en cualquier momento y estrecharme en uno de sus abrazos que aplastaban los huesos, y yo pudiera olerla: cigarrillos Marlboro y perfume Red y toques de lavanda del detergente para la ropa. «Mi querida Clementine», me decía. «Qué sorpresa tan agradable».

Tragué el nudo que se me formaba en la garganta.

—Yo… supongo que lo somos.

Mientras ponía las cebollas picadas en un cuenco aparte, me miró y frunció el ceño.

—Esa mirada otra vez.

Parpadeé, sacándome de mis pensamientos, y puse la cara en blanco a propósito.

—¿Qué mirada?

—Como si estuvieras saboreando algo agrio, tenías esa mirada antes.

—No sé de qué me hablas —respondí, mortificada, y me llevé las manos a la cara—. ¿Qué aspecto tengo?

Se rio, suave y gentil, y dejó el cuchillo.

—Se te arrugan las cejas. ¿Me permites?

—¿Sí?

Se acercó al mostrador y presionó con el pulgar en el centro de mis cejas, y alisó la piel.

—Aquí. Como si de repente quisieras llorar.

Lo miré fijamente, con un rubor subiendo a mis mejillas. Me eché rápidamente hacia atrás.

—No es cierto —dije, mortificada—. Solo estás viendo cosas.

Volvió a tomar el cuchillo y empezó a destripar un pimiento.

—Lo que tú digas, Lemon.

Le lancé una mirada fulminante.

—Es Clementine.

—Cllllllllemontine.

—De repente te odio.

Dio un grito ahogado, soltó el cuchillo y se golpeó el pecho con las manos.

—¿Lemon, tan pronto? Al menos espera a probar mi comida primero.

—¿Tendré una cena elegante esta noche?

Aspiró entre dientes.

—Uf, lo siento. No traje mi vajilla fina. Solo mis cuchillos finos. —Y volvió a tomar su cuchillo de cocinero—. Esta es Bertha.

Arqueé una ceja.

—¿Le pones nombre a tus cuchillos?

—Todos ellos. —Luego señaló hacia sus otros cuchillos extendidos sobre el mostrador y los presentó—. Rochester, Jane, Sophie, Adele…

—Son solo personajes de Jane Eyre.

—Son de mi abuelo —respondió, como si eso lo explicara todo.

Miré el que estaba usando. El mango, ahora que lo mencionaba, parecía un poco desgastado, y el brillo de la plata un poco apagado, pero estaba claro que los querían mucho y los cuidaban bien.

—¿Era chef?

—No. Pero él quería serlo —respondió en voz baja, y percibí que era un tema difícil. ¿Su abuelo seguía vivo? ¿O había heredado esos cuchillos como yo este apartamento?

Aunque estaba segura de que sus cuchillos no eran de los que viajan en el tiempo.

—Bueno —dije, terminando mi vino—, es una pena que no tengamos la porcelana fina, supongo que seré inculta el resto de mi vida.

Y él añadió.

—Algunos de mis amigos argumentarían que no se puede ser inculto en la comida porque la idea de comida culta deriva del aburguesamiento de las recetas en general.

La forma en que dijo esas palabras, y la severidad con que las dijo, era increíblemente atractiva. Se me cayó el estómago al preguntarme brevemente: «Si es tan bueno con las palabras, ¿qué tan bueno es con…?»

—Entonces, ¿soy culta? —pregunté, distrayéndome.

—Eres quien eres, y te gusta lo que te gusta —respondió, y no había sarcasmo en su voz—. Tú eres tú, y eso es ser una persona encantadora.

—Apenas me conoces.

Chasqueó la lengua contra el paladar y me estudió un momento, con los ojos un poco más oscuros que antes.

—Creo que tu color favorito es el amarillo —adivinó, y vio cómo la sorpresa se dibujaba en mi cara—. Pero no un amarillo brillante, sino más bien un amarillo dorado. El color de los girasoles. Puede que incluso sea tu flor favorita.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Supongo que estoy cerca? —preguntó con un suave retumbar, y la petulancia hizo que se me enroscaran los dedos de los pies.

—Un golpe de suerte —respondí, y él sonrió tanto que le brillaron los ojos—. Bueno, ¿cuál es el tuyo?

La sonrisa torcida se dibujó en sus labios. Chasqueó de nuevo la lengua contra el paladar.

—Eso sería hacer trampa, Lemon —ronroneó—. Tendrás que adivinarlo.

Luego se bajó de la encimera y volvió a cocinar. Y así, el momento de tensión estalló como una burbuja, aunque aún me sentía embriagada por lo cerca que había estado.

Tomé la botella de rosado y me serví otra copa, la iba a necesitar. Creo que esta noche he mordido más de lo que podía masticar. Si ahora tenía veintiséis años, en mi época tendría… ¿treinta y tres? Probablemente alquilando en algún lugar de Williamsburg, si se quedaba en la ciudad, con un compañero y un perro al menos. (Parecía que le gustaban los perros.)

No llevaba anillo, pero en siete años pasaban muchas cosas.

Podrían pasar muchas cosas.

La historia de mi tía estaba cruda en mi memoria. Primera regla: quítate siempre los zapatos junto a la puerta.

Segunda, nunca te enamores en este apartamento.

No me preocupaba demasiado.

Agarró una sartén de la rejilla y le dio vueltas en la mano, casi dándose un golpe en la sien. Intentó fingir que no se había desmayado mientras dejaba la sartén sobre el quemador izquierdo de la estufa.

—No he preguntado —dijo—, ¿pero te apetecen fajitas esta noche? Es la receta de mi amigo.

Fingí horrorizarme y agarré mis perlas imaginarias.

—¿Qué, no hay sopa de guisantes para mis delicadas papilas gustativas?

—A la mierda la sopa de guisantes. —Luego, más tranquilo, añadió—: Eso es mañana por la noche.

CAPÍTULO 8

Romance en chocolate

Las fajitas eran, sorprendentemente, excelentes.

—No sé si debería alegrarme de que te sorprendas o sentirme un poco ofendido —murmuró, sirviéndose otro vaso de bourbon (que también había utilizado para sazonar las tiras de filete cuando las cocinaba).

Nos sentamos en la mesa amarilla de mi tía, en la cocina, y comimos unas de las mejores fajitas que había probado en mi vida. La ternera estaba tierna —debía de ser flancos o falda—, tan jugosa que se deshacía en la boca, con un toque final de ese sabor ahumado a bourbon. El condimento era dulce y picante a la vez, lo justo de chile en polvo para compensar la pimienta de cayena. Los pimientos y las cebollas estaban crujientes, y seguían chisporroteando cuando trajo la sartén y la puso en el centro de la mesa, junto con tortillas calientes, crema agria, guacamole y salsa picante.

Me dijo que había aprendido a hacerlos con su compañero de habitación en esa escuela culinaria de lujo suya y que era una receta especial de la familia, así que aunque me encantaran, había jurado guardar el secreto.

—Algún día lo convenceré para que abra un restaurante o un camión de comida, al menos —añadió desafiante, picoteando los pimientos que sobraban en su plato—, y me lo agradecerá.

—¡O claro! —bromeé. Di un último mordisco a la fajita antes de darme cuenta de que estaba llena y no podía comer más, y aparté el

plato con un gemido—. Bien, lo he decidido: si sigues cocinando así, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Arrancó un trozo de tortilla, agarró con ella un trozo de pimiento y un filete, y se lo comió.

—Esa es una declaración peligrosa, Lemon.

—¿Peligrosa o genial? Siempre he querido tener un chef en casa, como las estrellas de cine. ¿Cómo es tener comidas preparadas para ti? ¿Tienes hambre? —Y le hice una señal a nuestro camarero imaginario—. Por favor, me encantaría un escargot junto a la cascada en la terraza de la piscina.

Soltó una carcajada.

—Bromeas, pero conozco a alguien que hace eso en Los Ángeles —dijo—. Lo odia, pero le pagan bien y se queda. Yo no podría. Siempre quieren lo mismo: bajo en carbohidratos, baja en calorías, ceto, limpieza, vegetariana, lo que sea, demasiado desalmado para mí. No es lo bastante aventurero.

—¿Así que obviamente quieres ir a trabajar a un restaurante donde tienes que cocinar lo mismo todos los días?

Puso los ojos en blanco.

—Todos los días lo mismo —repitió entre comillas, y acercó la silla, con los ojos brillantes de pasión. El gris se arremolinaba, como el ojo de un huracán, tan fácil de perderse en él que casi sentí que podía hacerlo—. Lemon, en primer lugar, el menú es de temporada, y en segundo, la práctica hace al maestro. ¿Cómo si no aprendes a hacer la comida perfecta?

Eso me despertó la curiosidad. ¿Qué tipo de comida podía apasionarle tanto? Me pregunté, apoyándome en la mesa:

—¿Qué lo hace perfecto?

—Imagínate —empezó, con voz dulce y suave como el caramelo de mantequilla—, tenía ocho años y viajé a Nueva York con mi madre, mi hermana y mi abuelo por primera vez. Mientras mamá llevaba a mi hermana a algunos de sus viejos locales, yo iba con mi abuelo a un pequeño restaurante del SoHo. Estaba muy emocionado. Llevaba toda la vida trabajando en una fábrica de vaqueros, pero siempre había querido ser cocinero. Leía religiosamente revistas gastronómicas, cocinaba para amigos, familiares, cumpleaños, fiestas de barrio, aniversarios, los viernes, cualquier ocasión que se lo permitiera. Y desde que tengo memoria, siempre había querido ir a un restaurante. Yo no sabía entonces que era de categoría mundial, con estrellas Michelin colgadas en la pared. Solo sabía que a mi abuelo le encantaba su chef de cocina, Albert Gauthier, un genio de las ciencias culinarias. A mí me daba igual, tenía ocho años y me estaban dando de comer, pero mi abuelo estaba muy contento. A él le dieron una especie de filete tártaro —y su boca se torció entonces en una sonrisa tierna y evocadora que le llegó hasta los ojos y casi los hizo brillar, de lo feliz que estaba— y a mí me dieron las pommes frites, y toda mi vida cambió.

—¿Pommes…?

—Papas fritas, Lemon. Eran papas fritas.

Lo miré fijamente.

—¿Tu vida cambió por unas papas fritas?

Soltó una carcajada, brillante y dorada, y dijo para mi total sorpresa:

—Suelen hacer las cosas que menos te esperas.

Se me encogió el corazón por un momento, porque eso también lo diría mi tía. Ese terrible tópico de las tarjetas Hallmark.

—Mi abuelo nunca tuvo la oportunidad de abrir un restaurante, pero le encantaba cocinar y me transmitió ese amor. —Su voz seguía siendo ligera, pero no me miró cuando dijo—: Le diagnosticaron demencia el año pasado. Es extraño ver cómo el hombre al que siempre he

admirado, esa fuerza imparable, se va haciendo cada vez más pequeño. No físicamente, sino solo… sí.

Pensé en los últimos meses con mi tía. Cómo, en retrospectiva, ella también se hacía cada vez más pequeña, como si de repente el mundo fuera demasiado grande. Me tragué el nudo que se me hacía en la garganta y cerré los dedos en puños bajo la mesa, resistiendo el impulso de abrazarlo, aunque parecía que lo necesitaba.

—Lo siento.

—¿Qué? —preguntó él, sorprendido, y de repente educó sus emociones en una sonrisa agradable—. No, no, está bien. Me has preguntado qué hace que una comida sea perfecta. Es esto. La comida —señaló nuestros platos casi vacíos— es una obra de arte. Eso es una comida perfecta: algo que no solo se come, sino que se disfruta. Con amigos, con la familia e incluso con desconocidos. Es una experiencia. Lo pruebas, lo saboreas, sientes la historia contada a través de los intrincados sabores que recorren tu lengua… es mágico. Romántico.

—¿Romántico, de verdad?

—Absolutamente —respondió, casi con reverencia—. Ya sabes de lo que hablo: una rica tarta de queso con la que sueñas horas después. La suave luz de las velas, un plato de queso y un buen vino. La embriaguez de un guiso descarado. Las promesas mullidas de un pan de brioche dorado. —La pasión en su voz era contagiosa, y contuve una sonrisa mientras me pintaba un cuadro con sus palabras, sus manos agitándose en el aire, dejándose llevar. Su alegría hizo que me doliera el corazón como nunca lo había sentido. No un dolor triste, sino la nostalgia de algo que nunca antes había sentido—. Una tarta de limón que hace que se te enrosquen los dientes de placer. O un trozo de chocolate al final de la noche, suave y sencillo. —Luego se levantó de la mesa, fue a tomar algo de un estante de la nevera y me lo tendió.

Lo tomé. Un chocolate envuelto en papel de aluminio.

—Romance, Lemon —dijo—. ¿Sabes?

Le di vueltas al chocolate entre los dedos. *No*, pensé, mirando a aquel extraño hombre de cabeza rojiza, camisa con el cuello alargado, vaqueros raídos y un tatuaje de ramitas de cilantro y otras hierbas en el brazo.

Y ese era un pensamiento peligroso.

Yo había tenido comidas memorables antes, pero no podía describir ninguna de ellas como romántica, al menos no de la forma en que él lo hacía: corriendo por los aeropuertos con comida rápida en una mano y un talón de billete en la otra, cenas nocturnas bajo la lluvia acurrucados bajo toldos porque el restaurante estaba demasiado lleno, pretzels de vendedores ambulantes, cruasanes de panaderías sin nombre, ese almuerzo de ayer en Olive Branch, regado con un vino demasiado seco.

—Supongo que nunca he tenido una comida perfecta —dije finalmente, dejando el chocolate en el borde de la mesa—. Siempre me he sentido fuera de mi elemento cada vez que voy a uno de esos sitios elegantes de los que probablemente hablas. Siempre tengo miedo de elegir la cuchara equivocada o de pedir el plato equivocado o algo así. Maridar el vino equivocado con el corte de filete equivocado.

Sacudió la cabeza.

—No estoy hablando de eso. Un restaurante no tiene por qué ser lujoso, con untados artísticamente de *coulis* y *beurre blanc*…

—¿Qué es eso?

—Exactamente. No tiene importancia. Puedes conseguir comidas deliciosas en un negocio familiar con la misma facilidad que en un restaurante con estrellas Michelin.

—Y uno requiere menos Spanx. O, escúchame, puedo quedarme en casa y comer un PB&J.

—Podrías, aunque ¿y si resulta ser tu última comida?

Parpadeé.

—Vaya, eso se oscureció rápido.

—¿Seguirías quedándote en casa y comiendo un PB&J si lo supieras?

Fruncí el ceño y me lo pensé un momento. Luego asentí.

—Creo que sí. Mi tía solía hacerme sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada cada vez que venía a visitarla porque es una cocinera malísima. Siempre le ponía más mantequilla de cacahuete que mermelada, así que se me quedaba pegado al paladar…

Se sentó derecho.

—¡Eso es! La comida perfecta.

—Yo no la llamaría perfecta, pero…

—Acabas de decir que lo comerías como tu última comida, ¿verdad?

Tenía razón.

—Oh —jadeé, entendiendo por fin lo que quería decir—. Es menos sobre la comida, entonces, y más sobre…

—El recuerdo —terminamos juntos. Su mueca se convirtió en una sonrisa torcida y entrañable que hizo brillar sus ojos.

Volví a sentir un rubor que me subía por el cuello hasta la cara.

—Eso es lo que quiero hacer —dijo, apoyando los codos en el borde de la mesa. Las mangas de su camiseta abrazaban con fuerza sus bíceps. No es que estuviera mirando. Desde luego que no—. La comida perfecta.

Puede que fuera la buena comida o las tres copas de vino, pero empecé a pensar que tal vez sí podía. Quién sabe, quizá ya lo había hecho en mis tiempos. Intenté imaginármelo con uniforme de cocinero, una filipina blanca que le cubría los hombros y los tatuajes esporádicos que llevaba en los brazos, pero no conseguí enfocar la imagen. No parecía el tipo de hombre que sigue las reglas normales. Parecía una excepción.

Desenvolvió su chocolate y se lo metió en la boca, y lo enrolló en su mejilla para que se derritiera solo.

—¿Y tú?

Mis hombros se cuadraron ante la repentina pregunta.

—¿Y yo qué?

—¿Por qué quieres ser publicista de libros?

—Solo… lo hago, supongo.

Arqueó una ceja gruesa. En realidad, era una ceja bastante exasperante. La mayoría de las veces, los chicos se limitaban a asentir cuando oían a qué me dedicaba y pasaban a… literalmente cualquier otra cosa.

—¿Cómo empezaste? —preguntó—. Te especializaste en historia del arte, ¿verdad? ¿No era algo que siempre quisiste hacer?

—No… —Admití, desvié la mirada y me concentré en un trozo de pintura desconchada sobre la mesa amarilla, rascándolo para descubrir el sándalo que había debajo—. No lo sé. Supongo que… el verano después de la universidad, mi tía y yo viajamos por Europa. —Este año, en realidad. El verano que estuvo aquí en este apartamento. No sabía por qué le estaba contando todo esto. Pensé que había decidido antes que no lo haría—. Había estado pensando en lo que quería hacer en mi último año de universidad, y realmente no quería ser conservadora, pero… Me encantaban los libros. Sobre todo las guías de viaje. Mi tía y yo siempre comprábamos una allá donde íbamos. Igual que hay secretos en las memorias y confesiones en las novelas, hay una firme certeza en una buena guía de viajes, ¿sabes?

—Siento algo parecido por un buen libro de cocina —respondió, asintiendo—. No hay nada igual.

—En realidad no lo hay —asentí, recordando cuándo decidí ser publicista—. Strauss y Adder publican algunas de las mejores guías de viajes del sector, así que presenté mi candidatura y resulta que se me

da muy bien ser publicista —dije simplemente—. Así que programo entrevistas y podcasts, llevo a los autores de una ciudad a otra, los presento a programas de televisión y radio y a clubes de lectura. Se me ocurren nuevas formas de convencerte de que leas un clásico por vigésima vez aunque lo conozcas como la palma de tu mano, y me gusta. Es decir, tiene que gustarme —añadí con una risa cohibida—. En el mundo editorial no te pagan tan bien.

—Tampoco en los restaurantes —añadió, observándome con el tipo de atención embelesada que me hacía sentir que lo que hacía era realmente interesante. Me estudió con aquellos hipnotizadores ojos grises y empecé a pensar en cómo los pintaría. Quizá en capas, azul marino mezclado con un precioso tono pizarra—. Así que, en cierto modo —dijo pensativo, frunciendo las cejas—, creas tu propia guía de viajes. Para tus autores.

—Yo… nunca lo había pensado así —admití.

Ladeó la cabeza.

—Porque no te has visto a ti misma como lo hacen los demás.

«¿Otras personas? ¿O tú?» quise preguntar, porque era atrevido por su parte pensar que me conocía por unas horas de conversación y por arrancarme una paloma del pelo.

—Es muy amable por tu parte —le dije—, pero no es tan profundo. Simplemente se me da muy bien facilitar la venta de libros. Se me dan bien las hojas de cálculo. Se me dan bien los calendarios. Se me da bien acosar a la gente el tiempo suficiente para conseguir esa entrevista tan deseada…

—¿Y qué haces para divertirte?

Solté una carcajada.

—Vas a pensar que soy la persona más aburrida del mundo.

—¡Claro que no! Nunca había conocido a una publicista de libros. Ni a nadie llamado Clementine —continuó, apoyó la barbilla en la mano y se inclinó hacia mí, sonriendo—. Así que ya empezamos bien.

Dudé, dando vueltas a mi chocolate sobre la mesa.

—Me gusta sentarme delante de los cuadros de Van Gogh en el Met.

De hecho, eso le sorprendió.

—¿Solo sentarte?

—Sí. Eso es. Sentarme y mirarlas. Hay algo de paz en ello: una sala tranquila, gente entrando y saliendo como una marea. Lo hago todos los años por mi cumpleaños. Cada dos de agosto, voy al Met, me siento en un banco y… —Me encojo de hombros—. Me encogí de hombros. Te lo dije, es una tontería.

—Cada cumpleaños —murmuró, maravillado—. ¿Desde cuándo?

—Desde la universidad, en realidad. Lo estudié mucho a él y a otros pintores postimpresionistas, pero siempre me llamó la atención. Además, era… es… —corregí rápidamente, intentando no hacer una mueca de dolor— el favorito de mi tía. El Met tiene uno de sus girasoles, uno de sus autorretratos y algunos más. —Me lo pensé—. Hace unos diez años que voy. No soy más que una hija de la constancia y la rutina.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Eres el tipo de persona que se atiene a las instrucciones en la parte posterior de una caja de brownies, ¿no?

—Esas instrucciones están ahí por una razón —respondí prácticamente—. Hornear es un arte preciso.

Puso los ojos en blanco.

—¿Nunca coloreas fuera de las líneas, Lemon?

«No», pensé, aunque no era exactamente cierto. Solía hacerlo, pero ya no.

—Te lo advertí —dije, bajando el resto de mi vino, y recogiendo nuestros platos para llevarlos al fregadero—, soy aburrida.

—Sigues diciendo esa palabra. No creo que signifique lo que tú crees que significa —dijo imitando a Iñigo Montoya, y a mí me tocó poner los ojos en blanco. El vino me había calentado por dentro y me había relajado por primera vez en toda la semana.

—Bien, entonces inventa otra palabra que signifique aburrido y sin interés, tedioso…

—¿Oyes eso? —interrumpió.

Puse mi plato encima del suyo y me detuve, ladeando la cabeza para escuchar. El fantasma de una melodía se colaba por los conductos de ventilación del piso de arriba. La señorita Norris tocando el violín. Hacía años que no lo oía. Las cuerdas sonaban más dulces de lo que recordaba.

Inclinó la cabeza para escuchar.

Solo necesité unos compases para reconocer la melodía, y se me apretó el corazón.

—¡Oh, conozco esta canción! —dijo con entusiasmo, chasqueando los dedos—. Es The Way of the Heart ó The Matters of the Heart ó… no, espera, The Heart Mattered (El Corazon importaba), ¿creo? A mi madre le encanta ese viejo musical. —Tarareó unas notas con el violín, y no desafinó tanto—. ¿Quién lo toca?

—Esa sería la señorita Norris —contesté, señalando hacia el techo. De todas las canciones para tocar, ¿tenía que ser esa?—. Actuó en los fosos de Broadway durante años antes de retirarse.

—Es preciosa. Siempre que mi madre ponía esta canción, me ponía de puntillas y bailábamos por la cocina. No es fan de los musicales, pero le gusta esa.

Podía imaginarme a un pequeño Iwan bailando en la cocina sobre los dedos de los pies de su madre.

Dije, con los ojos fijos en el techo:

—Mi tía protagonizó ese musical, ¿sabes?

—¿De verdad? ¿Así que es famosa?

—No, fue el único espectáculo de Broadway que hizo. Todo el mundo decía que era porque era demasiado engreída para seguir a Bette Midler o Bernadette Peters. Un talento tan joven y prometedor, después de años como suplente, ¿abandonando de repente su arte? No la entendían —añadí, un poco más suave, más amable, porque mi tía era muchas cosas: cariñosa y aventurera, pero también desordenada y humana. Algo que nunca llegué a reconocer hasta el final.

Las notas suaves y cálidas del violín del piso de arriba se colaban por el techo, una canción de amor. Había visto vídeos granulados de mi tía en YouTube. Estaba brillante y contagiosa, con sus vestidos brillantes y sus joyas extravagantes, cantando estribillos con toda su alma. Fue la única vez que la vi realmente feliz.

—La verdad es —continué, y no estaba segura de si era el vino lo que me hacía querer hablar de ella, o la forma en que Iwan me escuchaba, atenta y preciosa, como si mi tía hubiera importado algo más que yo—, que siempre tuvo miedo de que lo que viniera después de El corazón importaba no fuera tan bueno. Así que hizo algo nuevo. Envidio eso. Toda mi vida he querido ser como ella, pero no lo soy. Odio las cosas nuevas. Me gusta la repetición.

—¿Por qué?

Volví mi mirada hacia él, estudiando a este extraño al que no debería haber dejado quedarse en el apartamento de mi tía, y todas sus preguntas.

—Las cosas nuevas dan miedo.

—No tienen por qué darlo.

—¿Cómo que no?

—Porque algunas de mis cosas favoritas aún no las he hecho.

—¿Entonces cómo sabes que son tus favoritas?

En respuesta, se levantó de la mesa y me ofreció la mano.

Lo miré fijamente.

—No es una trampa, Lemon —dijo en voz baja, con su acento sureño.

Miré su mano extendida y luego a él, y caí en la cuenta. Sacudí la cabeza.

—Oh, no. Sé lo que estás haciendo. Yo no bailo.

Empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás al son del violín y a tararear el estribillo. Por un momento el corazón importó, por un momento el tiempo se detuvo. Mi tía la había cantado a veces mientras doblaba la ropa o se rizaba el pelo, y el recuerdo era tan crudo que escocía.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por primera vez? —me preguntó, como retándome. Y si algo era además que una pesimista práctica, era alguien que nunca retrocedía ante un reto.

Me resistí.

—Te aseguro que he bailado antes.

—Pero no conmigo.

No.

Y —a pesar de su insistencia— esto me daba miedo, pero no porque fuera algo nuevo o espontáneo. Daba miedo porque yo quería, y los West nunca hacían cosas espontáneas. Esa era mi tía. Y sin embargo… aquí estaba yo, tendiéndole la mano.

Fue por el vino. Tenía que serlo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando entrelazó sus dedos con los míos y me puso en pie. Me agarró con fuerza, con las puntas de los dedos callosas, y me hizo girar en la cocina. Me tambaleé un poco —bailar no era mi fuerte—, pero a él no pareció importarle. Encontramos el ritmo, una de sus manos sujetaba la mía y la otra se posaba en la parte baja de mi espalda. Su suave tacto me hizo jadear involuntariamente.

Rápidamente apartó la mano.

—Lo siento, ¿es demasiado bajo?

«Sí. Y esto es demasiado. No bailo en cocinas con desconocidos», quise decir, con todas las excusas acumulándose en mi garganta, pero al mismo tiempo yo también quería estar más cerca. Era tan cálido, y su tacto tan ligero y tierno, que me hizo desear que me sujetara con más fuerza, firme y seguro como sujetaba sus cuchillos.

Yo no era así. Y sin embargo…

Le devolví la mano a la parte baja de la espalda, para su sorpresa, y fijé la mirada en su barbilla en lugar de en sus ojos, intentando que no se me ruborizaran las mejillas. Pero eso solo significaba que aún podía ver la sonrisa torcida que se extendía por sus labios, y cuando me acercó más a él, nuestros cuerpos apretados, mi piel se sintió eléctrica. Era sólido y cálido, y la música era anhelante, y mi corazón martilleaba con fuerza en mi pecho.

Nos mecíamos en la desordenada cocina verde azulado de mi tía al son de una canción sobre el desamor y los finales felices, y era tan tentador dejarme llevar. Por primera vez en lo que parecía una eternidad.

—¿Ves? —susurró, con su boca contra mi oreja—. Algo nuevo no siempre es tan malo.

La última nota de violín cantó a través de los conductos de ventilación, y el momento terminó. Volví en mí con una certeza

repentina y aplastante. Lo pensara como lo pensara, esto no podía ni debía acabar bien.

Lo solté y di un paso atrás, limpiándome las manos en los vaqueros. Sentí que se me hacía un nudo en el estómago. La cálida sensación que sentía en el centro se volvió gélida.

—Yo… —me tragué el nudo de la garganta— creo que te has hecho una idea equivocada.

CAPÍTULO 9

Primeras impresiones

Me miró confuso.

—¿Sobre qué?

¿Hacía calor aquí, o era solo yo?

—No creo que… esto… —Tenía que decirlo. Trazar la línea, porque era muy necesario trazarla—. No voy a acostarme contigo —solté.

Levantó las cejas, sorprendido. Se ruborizó rápidamente y se ahogó con su propio aliento.

—No, no, está bien. No pensaba que lo harías, Lemon.

—Oh. Bueno. —Desvié la mirada. Me sentí avergonzada. Una tonta. Miré a cualquier parte (a todas partes) menos a él—. Solo para que quede claro, entonces.

—Por supuesto —respondió, recuperándose rápidamente—. Siento si te he dado esa impresión.

—¡No lo hiciste! Es que no creo que sea buena idea. Tú te quedas en casa de mi tía, yo también me quedo aquí… —Siete años en el futuro, añadí en mi cabeza—. Es que no quiero complicar las cosas. Lo siento —añadí, porque yo no hacía esto. Por varias razones, pero sobre todo porque era muy guapo, y me sentía muy atraída por él, y ése era el tipo de sorpresa que no me esperaba. Ah, y nos separaban siete años.

Nada bueno podría salir de esto.

Regla número dos, me recordé a mí misma.

Recogí nuestros platos y los deposité en el fregadero, como debería haber hecho en lugar de bailar con él. Fue un error. Encima de nosotros, la señorita Norris se abría camino a través de un Sondheim. Tomé una esponja.

Iwan dio un respingo y se levantó de la silla.

—No tienes que…

—Tú cocinaste —le dije, haciéndole señas para que volviera a sentarse—. Yo limpio. Esa es la regla.

—¿Y si quiero practicar un poco para mi futuro trabajo de lavaplatos?

—Si eres tan malo —dije, dejando correr el agua un rato hasta que se calentó—, entonces odio decirlo, pero puede que tengas que empezar a buscar una nueva profesión.

Se burló de un grito ahogado.

—¡Grosera!

—Veraz. —Puse los platos en el fregadero y me volví completamente hacia él—. La cena fue encantadora, Iwan. Gracias. Casi no me arrepiento de no haberte echado del apartamento. —Se quedó con la boca abierta mientras yo sacaba unas mantas del armario de la ropa blanca. Todavía me miraba perplejo cuando volví con dos almohadas y un afgano bajo los brazos.

—¿Casi? —preguntó.

—Alguien tiene que dormir en el sofá —respondí, y decidí que sería yo.

Se puso en pie de un salto.

—Absolutamente no.

—No me vengas con la mierda de «eres una chica, así que te mereces la cama», por favor. Los roles y estereotipos de género no son lo mío.

—No lo hago, saco la carta de «Hay una cama perfectamente buena ahí y ambos somos adultos». —Puso las manos en las caderas, como si posando como un padre pudiera hacerme obedecer.

Abrí la boca, pero entonces me miró de un modo que me dijo que lo pusiera a prueba si me atrevía.

Murmuré:

—Pareces un padre a punto de entrar en una reunión de padres y profesores.

—Incluso podemos poner una almohada entre nosotros —continuó, ignorándome—. Realmente no quieres dormir en el sofá, ¿verdad? Y seguro que no me dejas…

No, no lo haría.

—Solo… lo pensaré mientras lavo los platos —añadí cuando fue a discutir de nuevo, pero entonces levantó las manos en señal de derrota y se retiró para ir primero al baño.

El caso es que no se equivocaba. Los dos éramos adultos y en el dormitorio de mi tía había una cama matrimonial en perfecto estado en la que podíamos dormir los dos. El sofá no le hacía ningún favor a nadie; de todos modos, siempre había sido más para mirar que para desmayarse. Pero eso no significaba que tuviera que gustarme.

Tomé por fin mi chocolate de la mesa, lo desenvolví y me lo metí en la boca. Alisé el envoltorio de papel de aluminio. «Tu futuro está aquí», decía.

Mentiras.

Puse toda mi frustración en lavar nuestros platos y vasos y en limpiar. Me zumbaba la cabeza por las copas, pero los últimos minutos me habían despejado bastante. Bebí un vaso de agua y me tomé dos Advil, y mientras me dirigía a la habitación de mi tía para sacar un pijama de los que tenía guardados en su armario, Iwan abrió la puerta del baño y salió.

Me quedé helada.

Porque estaba mirando fijamente su pecho desnudo. No es que nunca hubiera visto a un hombre con el pecho desnudo, es que me sorprendió un poco. Tenía tatuajes, todos de líneas negras en estilos similares, esporádicamente por todo el cuerpo. Además de los de los brazos, tenía otro en la caja torácica y otro a la izquierda del ombligo. Y justo debajo de la clavícula tenía una marca de nacimiento en forma de luna creciente.

Le pregunté, muy seria:

—¿Qué le ha pasado a tu camisa?

—No llevo ninguna en la cama —respondió simplemente y se hizo a un lado para dejarme entrar en el cuarto de baño—. ¿Te importa?

Por supuesto, si yo era una monja.

—Oh, no —dije fríamente—, está bien.

—De acuerdo.

Otra pausa incómoda.

Entonces pregunté:

—¿Seguro que no quieres que duerma en el…?

Puso los ojos en blanco.

—Si alguien va a dormir en el sofá, soy yo.

—Me niego. Eres el invitado de mi tía.

Cruzó los brazos sobre el pecho e intenté no mirar cómo se movían sus músculos bajo la piel. La forma en que mantenía el hombro derecho un poco más alto que el izquierdo. La forma en que yo quería poner mi boca sobre esa marca de nacimiento en forma de media luna.

—Entonces estamos en un punto muerto —dijo.

—Bien —murmuré, apartando los ojos de él, y saque una camiseta y unos pantalones cortos de algodón del armario de mi tía, y me encerré en el baño. Me eché agua fría en la cara y decidí olvidarme definitivamente de su aspecto sin camiseta. No es que me hubiera quedado mirando el corte de sus músculos al desaparecer bajo el pantalón azul del pijama. No es que me restregara la cara en carne viva tratando de sacarme los pensamientos salaces de la cabeza.

En serio, ¿mi boca en su marca de nacimiento? Ugh.

Aunque mi tía ya no estaba, juraba que la oía reírse de mí desde dondequiera que estuviera ahora.

«¿Ves, cariño?» me decía. «Puedes planearlo todo en tu vida, y aun así te tomará por sorpresa».

Y —peor aún— era una sorpresa que empezaba a gustarme. Eso era lo que más me asustaba. La forma en que me preguntaba cómo pintarle los ojos: más azul, probablemente, en capas después de que se secara el gris diluido. La forma en que recordaba cómo se sentían sus manos en las mías, callosas y suaves, cómo su otra mano, mientras bailábamos, seguía las crestas de mi columna vertebral por mi espalda, un poco demasiado lejos y no lo suficiente.

Algo, algo bien planeado.

Y eso —todo eso, la forma en que pintaba sus ojos, el roce de su mano en la parte baja de mi espalda mientras bailábamos, su sonrisa torcida, la sensación de burbujas efervescentes de champán en mi pecho cada vez que encontraba mi mirada— me aterrorizaba.

—Una vez más —murmuré mientras salía sigilosamente del baño y tomé el bolso y las llaves—. Inténtalo una vez más.

No se oía nada en la habitación de mi tía, así que supuse que Iwan ya se había ido a la cama. Si me iba, cerraba la puerta y volvía, quizá ya se habría ido. Quizá el apartamento no me enviaría de nuevo a esta época.

Así que eso es exactamente lo que hice.

—Adiós —susurré, odiando no poder decírselo a la cara, pero era lo mejor. Tenía que irme. Nada bueno podía pasar si me quedaba.

Abrí la puerta. Salí.

Esperé uno… dos… tres…

Conté hasta siete. Un número de la suerte.

Luego introduje la llave, giré la cerradura y, mientras contenía la respiración, abrí la puerta y volví a entrar.

Y cuando la puerta se cerró, me di cuenta de que estaba en un gran problema.

Así que me arrastré por el pasillo hasta el dormitorio y me deslicé hasta el lado izquierdo de la cama. Iwan ya respiraba profundamente, girado sobre un costado, con la luz de la luna proyectándose blanca sobre su pelo castaño, convirtiendo el pelirrojo en fuego. Tenía agujeros en la oreja de donde, supuse, solía llevar pendientes, y el tatuaje de un batidor muy pequeño detrás de la oreja izquierda, y me di cuenta de que no era el tipo de chico que me gustaba, y desde luego yo no era el tipo de chica que le gustaría. Remilgada y ansiosa, un desastre roto y horrible con paredes tan altas que había olvidado lo que había bloqueado al otro lado.

—Duérmete, Lemon —murmuró, con su acento sureño cargado de sueño.

Mortificada, me metí rápidamente bajo las sábanas, le di la espalda y esperé a que el sueño o la muerte me reclamaran.

CAPÍTULO 10

Espacios (sub)liminales

La luz de la mañana entró a través de las cortinas del dormitorio. Tenía la cabeza confusa, el edredón se me había caído a mitad de la noche. Rodeé con el brazo la almohada que había en medio de la cama y hundí la cabeza en ella. Hacía calor y el apartamento estaba en silencio. Había tenido un sueño encantador: por una vez había cenado con un hombre que sabía cocinar. Nunca había salido con nadie que supiera hacer algo en la cocina que no fuera queso a la plancha. También tenía una bonita sonrisa y unos ojos preciosos, y me entraron ganas de reírme de mí misma porque nunca haría ni la mitad de las cosas que hacía en aquel sueño. No lo dejaría quedarse en el apartamento de mi tía. No bailaría con él en la cocina. No dormiríamos en la misma cama, con una almohada entre los dos.

… Una almohada que seguramente estaba abrazando en ese momento.

Y, de repente, todo se me vino encima. Me desperté sobresaltada y me incorporé con dificultad, agarrando el reloj de la mesilla de noche: las 10:04 a. m. Miré a mi alrededor. Era la habitación de mi tía. Su planta de monstera marchita en un rincón, su tapiz del Líbano en la pared.

Ayer había sido real.

Oh… oh, no.

Enterré la cabeza en la almohada y respiré hondo.

—Levántate —me dije. Iwan debe de estar por aquí. Su hendidura seguía en la cama a mi lado, pero ya no estaba caliente. ¿Cuándo se había despertado? Tenía un sueño tan pesado que no me despertaría ni aunque estallara una bomba atómica. Dios, esperaba no haber babeado mientras dormía.

Pasé las piernas por encima de la cama y me puse en pie. Sus cosas de aseo seguían en el cuarto de baño (no es que lo hubiera comprobado) y su mochila seguía en el otro extremo de la cómoda de mi tía (la vi casualmente al salir de la habitación), pero él no estaba por ninguna parte.

Una sensación de soledad y pesadez se anudó en medio de mi pecho cuando entré en la cocina. Él había guardado los platos esta mañana, todo había vuelto a su sitio la noche anterior, aunque yo había ordenado las copas de vino y apilado los utensilios en los cajones, donde él los había colocado al azar. En realidad, era algo automático, una forma de mantener las manos ocupadas. El apartamento estaba tan tranquilo sin nadie más, los sonidos de la ciudad apagados, un zumbido sordo de motores de coches y arrullos de palomas y gente.

Cuando abrí la caja del pan para sacar un panecillo, me fijé en un trozo de papel que había sobre la encimera, atrapado bajo un bolígrafo, con una letra rayada.

Fui a buscar ese estimado trabajo de lavaplatos. ¡El café está caliente!

Ese peculiar nudo se deshizo en mi pecho al verlo. No había sabido que había querido volver a verlo hasta que me di cuenta de que podía hacerlo, y odiaba que hubiera un nudo allí para empezar. Tomé el trozo de papel, empecé a hacer una bola con él para tirarlo a la papelera que había debajo del lavabo, pero resistí el impulso y lo volví a guardar. Luego entré en el cuarto de baño para lavarme la cara y cepillarme los dientes, ya que tenía la boca agria por el vino de anoche. Me puse máscara de pestañas para no parecer ni la mitad de muerta de lo que me sentía. ¿Cómo se levantó Iwan tan temprano? Había bebido casi tanto como yo, pero también era cinco años más joven que yo. Y

había un abismo entre la veintena temprana y la veintena tardía que solo entendían las personas que vivían en cuerpos de veinteañeros tardíos. Podías seguir luchando contra Dios, pero después tendrías que ponerte hielo en las rodillas.

Para cuando el panecillo salió de la tostadora, me había lavado la cara y recogido el pelo en una pequeña coleta. La cafetera aún estaba caliente, así que aproveché y me serví una taza.

Al menos olía bien.

Me deslicé en el taburete para disfrutar de mi desayuno, escuchando a las palomas arrullar en su unidad de aire acondicionado, y traté de convencerme de que este tipo no estaba creciendo en mí.

—Maldita sea —susurré porque también hacía un café excelente.

Los domingos solía quedarme en casa y me ponía al día con mis programas de televisión, los pocos que aún veía. Principalmente Survivor y cualquier programa que Drew y Fiona me obligaran a ver, alegando que me encantaría. Sin embargo, mi tía nunca pagó el cable ni Internet, y no era exactamente como si mi teléfono pudiera conectarse a Wi-Fi siete años en el futuro, así que decidí husmear en su lugar.

Solo un poco.

Solo para evitar el aburrimiento.

Al principio no iba a hacerlo, pero su mochila estaba allí mismo, en el dormitorio, y yo me la cruzaba cada vez que entraba. Pensé que era solo una miradita y saqué la bolsa de al lado de la cómoda. Empecé a abrir la cremallera, pero me remordió la conciencia.

Era de mala educación revisar las cosas de otra persona, y él no me había dado realmente una razón para no confiar en él.

—No puedes controlarlo todo —susurré para mis adentros, y bajé la tendencia—. Probablemente sea solo ropa y cosas de todos modos.

Pero ignorar la tentación fue mucho más difícil de lo que creía, porque aunque me había contado muchas cosas sobre sí mismo, yo quería saberlo… todo. Dónde había ido al instituto. Su primer amor.

Su color favorito.

Con una última mirada tentadora a la mochila, cerré la puerta del dormitorio tras de mí para no dejarme engatusar por mis propios malos pensamientos y entré en el estudio de mi tía.

Necesitaba distraerme.

Podía salir del apartamento, pero ¿y si no me traía aquí cuando volviera? Eso era exactamente lo que yo quería, y la puerta estaba justo ahí, la oportunidad para que me fuera…

Realmente debería, me di cuenta, porque no había nada que me retuviera aquí, y aunque Iwan estaba realmente bueno, definitivamente no iba a romper el continuo espacio-tiempo para estar con él. Esta historia no iba así.

Irme era la mejor opción, pero ¿el apartamento me devolvería aquí una y otra vez? Tomé el bolso y me quedé mirando la puerta.

—Vamos a portarnos bien —le dije al apartamento, agarré el pomo de la puerta y la abrí para salir al pasillo…

Justo cuando pasaba una mujer paseando a su hurón con una correa de brillantes. Me saludó con la cabeza, aunque su mirada se detuvo demasiado en mí.

—Clementine —saludó—, encantada de verte.

—Igualmente, Emiko —contesté, subiéndome el bolso al hombro, cohibida.

—Hoy sí que estás a la moda.

Fue entonces cuando se me ocurrió: Todavía llevaba puesto el pijama. Un rubor subió rápidamente a mis orejas.

—Sí, bueno… estoy probando mi puerta. —Hice un gesto a la puerta detrás de mí, luego introduje la llave y me empujé hacia adentro.

La puerta se cerró con un sonoro clic.

Y supe, incluso antes de volver al salón, que me había enviado de vuelta. El café aún estaba caliente, la nota seguía sobre la encimera y había agotado mis opciones. Podía ir a casa de mis padres esta noche, si realmente quería. Tal vez Drew y Fiona podrían alojarme en su sofá por una noche. Pero la idea de admitir la derrota me sabía amarga.

Siempre había querido que me llevara por arte de magia, y ahora que lo había hecho, seguía pidiéndole que me llevara de vuelta.

—Bien —llamé al apartamento, admitiendo la derrota—. ¡Tú ganas! Me quedo.

Puede que fuera mi imaginación, pero las palomas del alféizar sonaban engreídas mientras arrullaban en respuesta.

Volví a dejar el bolso en el sofá y entré en el estudio de mi tía para buscar algo que hacer. Seguía oliendo como lo recordaba. A libros viejos, a cuero desgastado, a libros de bolsillo arrugados con el lomo roto, a romances, a aventuras, a fantasías, a guías de viaje, a pisapapeles y a libros ilustrados. Cuando no viajaba, mi tía leía. Leía con detenimiento, se ahogaba en las palabras. En los veranos entre nuestras aventuras, construía un fuerte de almohadas y se metía debajo de él, iluminado con luces de hadas y velas aromáticas de lavanda en tarros de cristal, y leíamos juntas. A veces me pasaba fines de semana enteros de aventuras con Eloise o resolviendo misterios con Harriet.

Había algo tan tranquilizador en los libros. Tenían principio, nudo y desenlace, y si no te gustaba una parte, podías pasar al capítulo siguiente. Si alguien moría, podías detenerte en la última página

anterior y seguiría viviendo para siempre. Los finales felices eran definitivos, los males vencidos, y lo bueno duraba para siempre.

¿Y los libros sobre viajes? Prometían maravillas con los ojos muy abiertos. Hablaban poéticamente de la historia y la cultura de los lugares, como un antropólogo de experiencias únicas.

En uno de nuestros primeros viajes juntas —creo que entonces tenía nueve años— me aburría como una ostra en una visita a un castillo inglés. El grupo estaba formado por personas mayores y yo era la única niña que viajaba en autobús. Había olvidado mi cuaderno de dibujo —me encantaba pintar desde que era pequeña, mis padres siempre decían que mi primer regalo de Navidad fue un juego de acuarelas lavables—, así que empecé a garabatear en el folleto, hasta que mi tía abrió su guía de viajes, señaló el lugar al que íbamos, con párrafos y párrafos de historia en la página, y dijo:

—¿Por qué no dibujas aquí? Lo hará más emocionante.

Así que eso es lo que hice.

Los rotuladores dieron paso a las tintas, y luego de nuevo a las acuarelas, y se convirtió en un hobby para mí, y desde entonces he pintado en nuestras guías de viaje en todos los viajes. En una estantería había guías de todos los lugares del mundo a los que me había llevado, con los lomos agrietados y las páginas dobladas por las acuarelas.

Con el tiempo, me di cuenta de que quería trabajar con libros, sobre todo de viajes. Era un trabajo fácil porque ya lo amaba todo. La sensación de un libro de tapa dura desnudo bajo mis dedos, el olor a tinta nueva, el corte fresco de una página al doblarla, el arrugamiento del lomo de un libro de bolsillo.

La promesa de un lugar secreto que solo el autor conoce.

Empecé a sacar un libro —una guía de Bolivia— cuando me llamó la atención una lata en el borde de un estante. Era pequeña, manchada de diferentes colores, pero la reconocí al instante. Era mi estuche de acuarelas de viaje, uno de los más antiguos, porque aquel año mi tía

me había sorprendido con una lata nueva de colores más intensos y vivos, y yo había pintado Ámsterdam y Praga. La lata era pequeña, del tamaño de la palma de mi mano, con seis acuarelas del tamaño de la uña del pulgar en su interior.

Los colores no estaban escamados como esperaba, caducados, sino un poco secos. Con un poco de agua, podrían volver a la vida con bastante facilidad. Incluso había un pequeño pincel en la parte superior de la lata. Lo tomé y se me ocurrió una idea. La guía de viajes de Nueva York que había traído del trabajo aún estaba en mi bolso, así que fui a buscarla, recogí unas cuantas almohadas del sofá (entre ellas la de Jeff Goldblum) y me dirigí al baño. Mi tía siempre bromeaba diciendo que me hacía un nido en la bañera como una paloma, pero en realidad era el único sitio donde me dejaba pintar después de que accidentalmente derramara acuarelas por toda su flamante alfombra.

—¡Aquí no se puede estropear nada! —había anunciado, blandiendo una mano hacia el cuarto de baño—. Y todo lo que puedas, un poco de lejía lo arreglará.

Me instalé en la bañera seca y humedecí mis acuarelas, despertándolas de su letargo. La mayoría de los pocillos estaban casi vacíos, los últimos posos de color aferrados a sus esquinas como sombras. Entonces pasé a una página de un paisaje que conocía bien: el puente Bow y los botes de remos llenos de turistas que navegaban bajo él. Pinceladas de azules y verdes, la arenisca marrón cremosa del puente, estallidos de camisas blancas de protagonistas románticos brillantemente vestidos, confesando su amor mientras remaban por el lago.

Mientras pintaba, la acuarela colgada en la pared —una luna en un mar de nubes— me hacía compañía. La había pintado para mi tía hacía años, y le había encantado tanto que la había llevado a enmarcar ese mismo día.

—¡Me has regalado la luna, cariño! —había dicho feliz—. Oh, qué regalo tan encantador e imposible.

Siempre me había dicho que persiguiera la luna. Que me rodeara de gente que la lazaría en un santiamén.

Para ella era fácil. Era la protagonista de su propia historia, y lo sabía.

Y, durante una parte, creo que ella también fue la protagonista de la mía. Comparada con ella, yo era una sombra. Mientras ella se iba a explorar Milán, yo la seguía con un mapa. Mientras ella iba de excursión a los castillos, yo me quedaba atrás con el guía turístico y me aseguraba de llevar un botiquín de primeros auxilios. Ella contaba historias de fantasmas y yo las refutaba destapando conductos de ventilación, y por muy acaramelados que fueran esos recuerdos, yo seguía atrapada en el sabor agrio de un mundo sin ella.

Con el tiempo, empezó a surgir algo de mi pintura. Me perdí en los colores, en la forma caprichosa en que se mezclaban. No recordaba la última vez que me había permitido pintar. Normalmente estaba ocupada con el trabajo, y luego, cuando murió mi tía, crear me dolió demasiado, porque ella siempre había sido la que me regalaba estuches de acuarelas, la que buscaba paisajes bonitos y me plantaba en un banco, y me dejaba pintar durante horas mientras ella iba de compras a tiendas de segunda mano y tiendas para turistas. Probablemente nunca debería haber dejado a una adolescente sola en un banco del Sena, o en la Acrópolis, o en el jardín de una casa de té, pero esos eran algunos de mis recuerdos favoritos de aquellos viajes: cuando veía el mundo en diferentes tonos de azules y verdes y dorados, mezclándolos, superponiéndolos, encontrando el tono perfecto de azul para el cielo.

Fue agradable volver a hacer algo por mí. Simplemente ser.

Sin listas de tareas que seguir presionando, sin expectativas.

Solo yo.

Y aunque no me sentía como la niña que se acurrucaba en una bañera con patas para pintar, sí me sentía… segura.

Seguía sintiéndome sola —dudaba que eso cambiara—, pero no sentía que me fuera a desmoronar. La verdad era que me había aislado durante los últimos meses, desde la muerte de Analea, porque era la única forma de mantener la compostura. Mis padres se tenían el uno al otro para llorar cuando la pena se alzaba en mitad de la noche.

No tenía a nadie, sola en un apartamento en Brooklyn.

No tenía a nadie que me frotara la espalda y me dijera que estaba bien no estar bien. Tenía que decírmelo a mí misma mientras me sentaba en el suelo de la cocina en mitad de la noche y lloraba contra una almohada para no despertar a mis vecinos.

El pasado era el pasado y no podía cambiarse. Incluso si de alguna manera me encontrara con ella aquí en este apartamento siete años en el pasado, no cambiaría nada. Ella seguiría muerta. Seguiría encontrándome en el suelo llorando a las dos de la mañana.

Y entonces llegó Nate tres meses después y pensó que podría arreglarme, supongo, con un poco de amor bien puesto. Excepto que yo no necesitaba que me arreglaran. Había pasado por el peor día de mi vida yo sola, y salí del otro lado como una persona que sobrevivió. Eso no era algo que hubiera que arreglar.

No necesitaba que me arreglaran. Solo necesitaba… que me recordaran que era humana.

Y cenar con un desconocido que no me miraba como si estuviera rota había sido un comienzo sorprendentemente bueno.

CAPÍTULO II

Arde, bebé, arde

Al final, dejé de pintar y me preparé un baño.

Me sumergí en el agua caliente, con el suave aroma a lavanda y manzanilla del jabón que había usado, y me quedé mirando las molduras del techo, con sus intrincados remolinos y patrones dorados característicos del Monroe. Debí de quedarme dormida en algún momento, porque lo siguiente que supe fue que la puerta principal se estaba abriendo y oí a alguien cruzar el apartamento. Sus pasos eran pesados. Me froté los ojos con los dedos enjutos.

Me senté en la bañera.

Iwan.

Busqué mi teléfono en el taburete. ¿Ya eran las cinco de la tarde?

—¿Lemon? He vuelto —llamó, sus pasos se acercaban.

—¡Aquí! —respondí, tratando de no entrar en pánico—. ¡Estoy en el baño!

Sus pasos se detuvieron de repente.

—¡Ooh!

Hice un gesto de dolor. «Bien hecho, Clementine», pensé. «Deberías haberle dicho que no entrara». Las orejas me ardían de vergüenza.

—¡No lo hagas raro!

Él balbuceó.

—¡No lo estoy haciendo raro, tú lo estás haciendo raro!

—¡Tú lo hiciste raro primero!

—¡Yo no he dicho nada!

—¡Dijiste «Oh»!

—¿Debería haber dicho algo diferente?

Enterré la cara entre las manos.

—Solo… solo ignórame. Voy a ahogarme en la bañera. Adiós.

Se rio entre dientes.

—Bueno, no te ahogues durante mucho tiempo. Esta noche vuelvo a cocinar —añadió, y sus pasos se desvanecieron en la cocina.

Tomé rápidamente la toalla y salí de la bañera. Lo oí en la cocina, guardando las cosas, mientras me secaba y recordé que no había elegido ropa.

—Mierda —murmuré, y abrí el armario del baño para intentar encontrar uno de sus albornoces. En su lugar, encontré un precioso albornoz de satén negro con adornos de plumas de marabú. Era totalmente ridículo: el tipo de albornoz caro que llevaban las mujeres ricas en las películas antiguas, con una pitillera larga y un cadáver en el vestíbulo. Resoplé y lo saqué de la percha. Casi había olvidado que tenía aquella monstruosidad. Hace unos años, se incendió gracias a su vela de Santa Dolly Parton, y acabó tirando las dos por la ventana presa del pánico. El apartamento olió a plumas derretidas durante semanas.

Bueno, al menos era mejor que una toalla.

Me encogí de hombros sobre la bata. Aún olía a su perfume. Red de Giorgio Beverly Hills. Tan inconfundible e intenso. Lo había llevado durante casi treinta años.

Cuando salí del baño, Iwan me miró, con el pelo húmedo y un ligero olor a jabón de lavanda. Abrió la boca. Volvió a cerrarla. Parpadeó varias veces. Luego dijo, muy serio:

—Señora, tengo que hacerle una pregunta muy seria: ¿Asesinó usted a su marido?

Me esponjé la boa y adopté un terrible acento del Atlántico medio.

—Lo siento, agente, no recuerdo cómo murió mi marido. Debió de ser el chico de la piscina. Tendré que conseguir uno nuevo.

Arqueó una ceja mientras permanecía de pie junto a los fogones, donde calentaba lentamente una cacerola grande, con media docena de limones sobre la encimera a su lado.

—¿Chico de la piscina o marido?

—No estoy segura, ¿cuáles son sus credenciales?

Me recorrió con la mirada.

—Tengo un currículum bastante bueno —contestó con su suave y bajo acento sureño—. Y muchas referencias.

—Por tu carácter, espero.

Los bordes de su boca se crisparon mientras se convertía en una especie de media sonrisa, y realmente pensó que estaba siendo sofisticado mientras se inclinaba hacia atrás contra la estufa… y dio un aullido.

—¡Sonova! —Rápidamente levantó la mano, pero ya se había quemado la punta del dedo meñique y se lo había metido en la boca.

—¿Estás bien? —pregunté alarmada, dejando caer mi horrible acento.

—Bien —dijo con el meñique en la boca—. Estoy bien. Es solo una herida superficial.

Le eché una mirada y me acerqué, sacándole la mano de la boca para inspeccionarle el dedo. Tenía una marca roja por todo el interior.

—Deberíamos ponerle mantequilla.

—¿Mantequilla? —Sonaba incrédulo.

—¿Sí? Mi madre siempre lo hace.

Se echó a reír y retiró suavemente su mano de la mía. Abrió el grifo y pasó el meñique bajo el agua fría.

—Esto servirá, no me gustaría estropear el Échiré de tu tía.

Tardé un momento en darme cuenta:

—¿Su mantequilla de fantasía tiene nombre?

—No es elegante si no tiene nombre —me contestó con galantería, cerrando el grifo mientras yo saqué una venda del botiquín. Volvió a extender la mano una vez seca y se la envolví en una tirita de Disney—. ¿Quieres besarla? —me preguntó—. ¿Para que me sienta mejor?

—Eso no funciona.

—Supongo que funciona tan bien como la mantequilla —fue su respuesta.

—Bueno, en ese caso… —No me gustaba nada lo engreído que sonaba, y con la boa de plumas de mi tía, sintiéndome de repente valiente, me llevé la mano a la boca y besé suavemente la venda.

Su cara se tiñó de un precioso rojo rosado, desde el cuello hasta el cuero cabelludo, que hacía brillar las pecas de sus mejillas. Y también era extrañamente sexi, con el pelo rizado alborotado por un día en la ciudad, la corbata suelta y torcida, vestido con una camisa blanca abotonada que no le quedaba del todo bien y unos pantalones negros que yo estaba segura de que ya tenían unos años, porque estaban un poco deshilachados en los dobladillos. Cada vez que lo miraba de cerca, me desorientaba de la misma manera que los caleidoscopios, en constante movimiento y cambio, lleno de colores y formas que no deberían haber ido juntos, pero lo hacían de una manera que lo hacía perfecto.

Podría haber sido el hombre más guapo que jamás había visto.

Pero sobre todo cuando se sonrojaba.

Tragó saliva, con la nuez de Adán tambaleándose por la dificultad, desconcertado.

Le solté la mano y le dije:

—Por cierto, la mantequilla funciona.

—Yo… eh. —Se miró el dedo vendado.

—Te sientes mejor, ¿no?

Su mirada se posó en mis labios. Se detuvo allí. Se inclinó hacia mí, milímetro a milímetro, y cuanto más se acercaba, más absorbía de él, sus largas pestañas, las pecas de sus mejillas y su nariz, que se multiplicaban por momentos. Sus labios parecían suaves. Tenía una boca bonita, amable. Era difícil explicar por qué parecía amable, pero lo era.

Pero entonces algo lo hizo retroceder, dudar de sí mismo, y mi estómago se retorció un poco de arrepentimiento. Se aclaró la garganta.

—Bien, bien. La mantequilla podría funcionar —dijo, ocupándose de echar medidas de azúcar, algún tipo de almidón de maíz o harina y sal, y el tinte rosáceo solo se mantuvo en los bordes de sus orejas.

«¿Estabas a punto de besarme?», quise preguntar, y no estaba segura de si quería que la respuesta fuera no. Pero en vez de eso, pregunté:

—¿Qué hay para cenar?

—Oh, esto es el postre —respondió, señalando los limones en el mostrador—. ¿Qué te parece pizza esta noche?

—Creo que hay un número de entrega en la nevera…

—Quise decir congelada.

Dejé escapar una carcajada, aunque sonó hueca a mis oídos.

—¿Seguro que eres chef?

—Estoy lleno de sorpresas, Lemon —respondió, burlándose de mí con otra sonrisa, y volvimos a estar como antes. Era una tontería

sentirme decepcionada porque no me hubiera besado. No era yo en absoluto. Y, al parecer, tampoco era él—. Y además —añadió guiñándome un ojo y lanzándome encantadores (con pena ajena hay que reconocerlo) gestos de pistolas—, esta noche, en cambio, te voy a preparar un postre.

CAPÍTULO 12

La Luna y más

La pizza congelada era exactamente lo que prometía ser: sabía a cartón con un poco de queso de plástico por encima. Y estaba deliciosa de la misma manera que siempre lo estaban las pizzas de cinco dólares del supermercado y el vino barato: predecible y sólido.

Mientras esperábamos a que se cocinara, yo había desenterrado algunos de mis viejos vaqueros que aún me valían de la ropa que me sobraba en el armario de mi tía y me había puesto una camiseta gris oscura que había perdido en España hacía dos años, y él preparó una especie de tarta que olía a limones y la metió en el horno caliente mientras comíamos.

—¿Qué tal la entrevista de hoy? —pregunté mientras tomaba mi último trozo. Ya nos habíamos bebido media botella de vino y casi toda la pizza.

—Gloriosa —dijo con un suspiro de satisfacción—. Era tal como lo recordaba. Hasta tenían la mesa en la que nos sentábamos mi abuelo y yo.

—¿Estaba allí el jefe de cocina? ¿El que le gustaba a tu abuelo?

Arrugó la nariz y negó con la cabeza.

—Lamentablemente, no. Pero creo que la entrevista fue bien. Fui uno de los veintitrés aspirantes que pasaron a la ronda final.

—¿Por un trabajo de lavaplatos?

Agarró un trozo de salchichón de su pizza y corrigió:

—Para una vacante en uno de los restaurantes más prestigiosos del SoHo. Es una institución, claro que mucha gente quiere trabajar allí.

Negué con la cabeza.

—No puedo creer que no puedas empezar como cocinero de línea.

—Quizá si tuviera más talento, claro —respondió encogiéndose de hombros, y no me creí ni un ápice su falsa modestia. Había una tarta que había hecho desde cero en el horno, y yo no iba a decir que era una conocedora, pero había comido por todo el mundo. Conocía la buena comida de la misma manera que cualquiera que haya viajado lo suficiente sabe que las mejores pizzas siempre están en los antros llenos de grasa, los mejores tacos en los camiones de comida, el mejor falafel en los puestos callejeros, la mejor pasta en los restaurantes familiares de las entrañas de Roma. Iwan tenía talento.

Las ventanas estaban abiertas y una suave brisa entraba desde la calle, agitando las cortinas blancas. Las dos palomas que se posaban en el aire acondicionado arrullaban en su pequeño nido, Mother y Fucker disfrutando de la velada.

—Entonces —dijo cambiando de tema—, ¿qué has estado haciendo todo el día?

—Me bañé —respondí, y cuando arqueó una ceja, suspiré y dije—: Me quedé dormida en la bañera sin querer. Antes de eso estaba… —Fruncí el ceño—. En la bañera.

—¿Solo en la bañera?

Dudé y dejé el último trozo de pizza. De todos modos, no tenía hambre. No había razón para no decírselo, sobre todo después de que hubiera compartido tanto conmigo la noche anterior.

—No te rías, pero de niña siempre fui una pintora desordenada. Me ponía a pintar acuarelas por todas partes y mi tía se ponía furiosa, así que me instaló en el baño y me dijo que me volviera loca. Así que eso es lo que hacía. Ya sabes, antes de bañarme.

Parecía sorprendido, en el mejor de los sentidos.

—¿Pintabas?

Asentí con la cabeza.

Cuando Nate se enteró de mi afición, al tropezar con mis paisajes y mis bodegones y mis retratos, todos metidos en mi armario, sus ojos brillaron con la posibilidad de venderlos. Monetizar mi pasión.

—Haz que te funcione. Eres fantástica.

Pero yo ya trabajaba en una industria que vendía arte como mercancía, y realmente no quería seguir ese camino. No me gustaba pintar porque pudiera gustar a otras personas; me gustaba pintar porque apreciaba cómo se mezclaban los colores, cómo los azules y los amarillos siempre se volvían verdes. Los rojos y los verdes se volvían marrones. Había una certeza en todo, y cuando no la había, siempre había una razón.

Además, cuando Nate y yo nos juntamos, yo ya había dejado de pintar.

—¿Puedo ver? —preguntó Iwan, y cuando no respondí de inmediato, añadió rápidamente—: No tienes por qué. No pasa nada. Es algo para ti, ¿verdad? —adivinó—. Es privado.

Lo miré fijamente durante un largo momento, porque era exactamente eso. Siempre había tenido que explicarlo.

—Sí. Es para mí.

Asintió, como si lo entendiera.

—Cocinar era así para mí. Me gustaba mantenerlo en secreto, solo entre mi abuelo y yo. Me sentía poderoso, ¿sabes? Esta pequeña cosa que nadie más sabía.

—Y si se lo enseñas a alguien más, temes que se estropee.

—Sí, eso es.

—Pero lo hiciste, obviamente. Desde que cocinaste para mí.

Se encogió de hombros.

—Pensé que solo quería que fuera un pasatiempo, pero luego decidí… ¿qué demonios?

Miré el trocito de pintura que aún tenía pegado bajo las uñas.

—¿Te arrepientes?

Ladeó la cabeza, pensativo.

—Pregúntame dentro de unos años.

«Si te encuentro», pensé, «lo haré».

Aunque no podía imaginar que lo hiciera: había cierto tipo de personas que se aferraban a su pasión y nunca dejaban que se echara a perder. Nunca perdería de vista por qué quería ser chef en primer lugar.

Admití:

—¿El cuadro del baño? ¿El de la luna? Es mío.

Pensó, arrugando las cejas al recordar el cuadro, y entonces se le iluminaron los ojos.

—¡Ah, ése! Es precioso. ¿Tienes otros por el apartamento?

Sonreí y me llevé un dedo a los labios.

—Los tengo. Te los enseñaré la próxima vez —dije—, si te acuerdas de pedírmelo.

—Trato hecho —aceptó—. Probablemente estén delante de mis narices.

Pensé en las guías de viaje del estudio de mi tía. No tenía ni idea. Ladeé la cabeza.

—Sabes, es raro. Hoy ha sido la primera vez que he pintado en… ¿medio año? Sí, eso parece.

Silbó.

—Eso es mucho tiempo. ¿Por qué paraste?

Sentí que mi cuerpo se tensaba.

—Alguien me rompió el corazón —dije en voz baja.

—Oh… Lo siento, Lemon.

Me encogí de hombros y traté de disimular.

—No pasa nada. Mi último novio intentó que volviera a pintar, pero yo no podía. No estaba dispuesta a hacer muchas cosas con él, para ser sincera. Decía que era demasiado cerrada. —Puse las palabras entre comillas—. Ni siquiera lloré cuando rompimos.

—Eso no significa que no lo quisieras.

—Fueron tres meses —respondí, descartando su idea—. Estoy segura de que no. Mi tía siempre decía que lo sabes en el momento en que te enamoras.

Me estudió un momento.

—Puede que sí.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —Y entonces pregunté, intentando bromear con él—: ¿Es por eso por lo que estás realmente en la ciudad? ¿Para perseguir a alguien? No pasa nada —añadí en tono de conspiración—, puedes confesármelo. No se lo diré a nadie.

A lo que él sonrió, torcido y encantador, como si estuviera a punto de contarme un secreto que nunca le había contado a nadie más en el mundo. Se inclinó hacia mí.

—¿Y si lo he hecho?

Me senté un poco más erguida.

—¿Lo sabe?

—Lamentablemente, sí —respondió—. Pero, ¡ay, las pommes frites son una bestia cruel, y mi cuerpo las rechaza con… acidez! —Se agarró dramáticamente el pecho y yo puse los ojos en blanco.

—Bien, supongo que me lo merecía.

—Mm… hmm. —Me agarró de la mano y tiró de mí para ponerme en pie—. Y si tienes tiempo para tramar mi ficticia vida amorosa —dijo, tirando de mí hacia la cocina—, tienes tiempo para…

—Por favor, no digas baile.

—… para montarme un poco de nata mientras saco la tarta del horno y la enfrío un poco.

El temor se convirtió rápidamente en alivio.

—Ah, eso. —Entonces me di cuenta de lo que había dicho—. Espera, ¿te voy a ayudar?

—Será fácil, lo prometo.

De alguna manera, no le creí. Había estropeado los SpaghettiOs en el microondas, así que no tenía mucha confianza en poder batir nada. Se puso las manoplas de colibrí de mi tía y sacó la tarta del horno. El aroma de los limones estalló en el apartamento, cálido, pegajoso y cítrico. Lo metió en el congelador y me acercó a un cuenco, donde echó los ingredientes en rápida sucesión —lo tenía todo previamente medido y enfriado en la nevera— y me dijo que siguiera batiendo los ingredientes hasta que se formaran picos duros. Asentí con la cabeza e hice lo que me dijo, y aparentemente mis picos de nata montada eran preciosos.

—No tengo ni idea de lo que eso significa —contesté, sintiendo los brazos como gelatina, mientras él comprobaba cómo estaba la tarta en el congelador rápido y sacaba la nata, extendiéndola sobre la tarta.

Sonrió:

—Significa que tienes talento natural.

—¿Al batir? ¿O a la nata?

—¿Qué es eso, sentido del humor?

Me reí y le di un codazo en el costado.

—Cállate.

Pero siguió sonriendo mientras llevaba la tarta a la mesa y yo lo seguía con dos platos del armario y dos tenedores. Nos sentamos, le di uno y los chocamos en una especie de vítores.

—Tú primero —decidió, señalando la tarta—. El suspense me está matando. En esta receta, sustituyo el merengue por nata montada. Es un giro a la tarta de lima, con limones, obviamente, con una corteza de galleta graham. Simple, realmente. Podría decirse que demasiado simple, especialmente sin el merengue.

—¿Por qué no hay merengue?

Se encogió de hombros.

—La nata montada tiene toques de limón. Se parece bastante.

—¿No puedes hacer merengue?

—Ay —suspiró, y apoyó la cabeza en la mano—, mi único enemigo. Para ser justos, yo tampoco hice la nata montada. La hiciste tú.

—Entonces, ¿no eres perfecto? —Me burlé jadeando, tambaleándome.

Puso los ojos en blanco.

—Sería aburrido si fuera perfecto. Siempre se me ha dado mal el merengue, desde la escuela de cocina. Los picos nunca llegaban a su punto y soy totalmente impaciente. Mi mayor defecto.

—¿Ese es tu mayor defecto?

Se lo pensó un momento antes de asentir.

—Sí. Sí, lo es.

—Ajá. —Porque estaba segura de que si se enteraba de mi lista de defectos, saldría corriendo. Hice girar el tenedor entre mis dedos y lo clavé en la tarta.

Entonces tomé un tenedor y lo probé. La acidez cálida y pegajosa de la tarta, junto con la textura arenosa de la galleta graham, el dulzor de la nata montada y una pizca de cáscara de limón, era un ramillete de sabores y texturas tan encantador. Me recordó a un limonar.

Esperó pacientemente. Luego, como si fuera fiel a su palabra, un poco impaciente. Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Se movió en su asiento.

Dio un resoplido.

Finalmente, preguntó:

—… ¿Y bien?

Mordí las púas del tenedor entre los dientes, mirando de él a la tarta y luego de nuevo a él. Era realmente impaciente, ¿verdad?

Se le cayó la cara.

—Es terrible, ¿verdad? Metí la pata. Olvidé un ingrediente. Yo…

—Debería darte vergüenza —le interrumpí, señalándolo con el tenedor.

Alarmado, lo agarró y le dio un mordisco.

—¿Comimos pizza cuando podríamos haber estado comiendo esto todo el tiempo? —Terminé, mientras masticaba y se hundía en su silla, tragando su bocado—. Para futuras referencias, estoy perfectamente de acuerdo con el postre para la cena.

Me miró mal.

—Realmente me engañaste, Lemon. —Suspiró aliviado, y entonces se dio cuenta—: ¿Así que volverás a cenar conmigo? ¿En el futuro?

—Por supuesto. Todavía estoy esperando esa sopa de guisantes —respondí noblemente, y di otro bocado—. ¿Por qué estabas tan nervioso de que esto no fuera bueno?

—Era la receta de mi abuelo, que en realidad no es una receta —me contestó, devolviéndome el tenedor—, así que cada vez es un poco diferente.

Un poco diferente cada vez.

Como los fettuccine de Vera.

La frase fue como un puñetazo en el estómago: un recordatorio de la segunda regla de mi tía. Nunca te enamores en este apartamento.

—Siempre dice que la comida une a la gente, y eso es realmente lo que me gusta de ella. —Sonrió un poco al recordarlo, aunque había una mirada distante en sus ojos. ¿Era así como miraba cada vez que hablaba de mi tía?—. Cómo puede ser un lenguaje propio —continuó, apoyando los codos en la mesa, con la cabeza apoyada en las manos—. He tenido conversaciones enteras con gente a la que nunca había dirigido la palabra. Con la comida puedes decir cosas que a veces no puedes decir con palabras.

Y ahí estaba otra vez, su pasión por este arte que yo había dado por sentado convertido en poesía. Yo leería enciclopedias si él las escribiera con esa pasión.

Tomando otro bocado, la dulzura de la crema bailando con el limón ácido, haciendo que mis dientes se curvaran de placer, dije:

—Ah, estás hablando de una comida perfecta otra vez.

—Todo cierra el círculo —respondió con una sonrisa en los bordes de la boca—. Verdades universales en mantequilla. Secretos en la masa. Poesía en las especias. Romance en un chocolate. Amor en una tarta de limón.

Apoyé los codos en la mesa y la cabeza en las manos, como él.

—A decir verdad, siempre he encontrado a mis amantes en un buen queso.

—Asiago es muy descarado.

—Un buen cheddar nunca me ha defraudado.

—¿Vas con cheddar? Eso es tan… como tú, honestamente.

Di un grito ahogado.

—¡Quieres decir aburrido, no!

—Yo no he dicho eso, lo has dicho tú.

—Te diré que el cheddar es un queso muy respetable. Y muy versátil. Puedes poner cheddar en cualquier cosa. No como otros quesos más sofisticados, como el gouda o la mozzarella o el rock… rocke…

Inclinó la cabeza hacia mí y susurró:

—Roquefort.

—¡Sí, ése! —Dije, señalándole con el tenedor—. O chèvre. O gouda…

—Esa ya la has dicho.

Tenía la cara tan cerca de la mía cuando se inclinó sobre la mesa que pude oler la loción de afeitar en su piel. Me ardía el estómago.

—O —mi cerebro se esforzó por pensar en otro— parmesano…

—Siempre me ha gustado el queso cheddar —dijo finalmente. Tan cerca, sus ojos eran más azules y verdes que grises, y se volvían más oscuros y tormentosos cuanto más los miraba. Me pregunté si podría ver su futuro en sus ojos, qué clase de hombre sería dentro de siete años, pero todo lo que vi fue a un veinteañero un poco perdido en una nueva ciudad, esperando a ser la persona en la que se convertiría.

Si le gustaba el queso cheddar, ¿también le gustaba lo seguro y aburrido? ¿Yo? No, me estaba dejando llevar. Por supuesto que no se refería a eso, pero seguía tan cerca de mí, y el calor que sentía en su

cuerpo me erizaba la piel. Sus ojos volvieron a posarse en mis labios, como debatiéndose entre correr el riesgo o no.

Y entonces preguntó, su voz apenas por encima de un susurro, un secreto:

—¿Puedo besarte?

Respiré hondo. Quería y no debía y probablemente era la peor decisión del mundo y…

Asentí con la cabeza.

Se inclinó sobre la mesa y apretó sus labios contra los míos. Luego nos separamos —solo un instante, una respiración agitada— y volvimos a juntar nuestras bocas. Enrosqué los dedos en la parte delantera de su camisa de vestir y tiré de su corbata, que ya estaba floja. Me agarró la cara con las manos y me absorbió. Me derretí en él más rápido que un helado en una acera caliente. Me besó como si quisiera saborearme.

—Me temo que, en efecto, me he hecho una idea equivocada —murmuró cuando por fin nos separamos, sus palabras calientes contra mis labios, la voz profunda y ronca—. A pesar de mis esfuerzos.

Me sentía hambrienta, la chica salvaje que quería ser pero nunca llegué a ser, la que ansiaba devorar el mundo, sensación a sensación. La suavidad de sus labios, su hambre. Enrollé su corbata alrededor de mi mano, atrayéndolo hacia mí, y él emitió un ruido en la garganta mientras yo tiraba de él.

—Puede que los dos nos hayamos hecho una idea equivocada —coincidí—. Sin embargo, me gusta. ¿Podríamos intentarlo de nuevo?

Sus ojos se oscurecieron como un huracán en el horizonte y, cuando tiré de él hacia mí, se corrió de buena gana y me besó más fuerte en la boca, enredando los dedos en mi pelo. Su lengua jugueteaba con mi labio inferior, burlona, y sabía a tarta de limón, dulce y veraniega. El vientre me ardía, me dolía, mientras su pulgar se deslizaba por la línea

de mi mandíbula, bajando lentamente hacia mi cuello. Su tacto era ligero y suave, y las callosidades de sus dedos, ásperas contra mi piel, me ponían la carne de gallina. Me estremecí. Y olía de maravilla, como a loción de afeitar, detergente y corteza de galleta.

No me di cuenta de lo hambrienta que estaba de contacto, de algo bueno, algo cálido y dulce, hasta que lo probé.

«Nunca te enamores en este apartamento», me había advertido mi tía, pero esto no era amor. No era, no era, no era…

La forma en que me besó, tan a fondo que lo sentí en los dedos de los pies, la forma en que tiré de él hacia mí, mi mano envolviendo su corbata, la forma en que pensé en si era tan bueno con la lengua ahora, cuánto mejor sería dentro de unos años.

No, esto no era amor.

Al fin y al cabo, no sabía lo que era el amor, el amor romántico, el amor de pies y manos. Entonces, ¿cómo podía enamorarme?

No era esto. No podía serlo.

—Besas como bailas —murmuró contra mi boca.

Me separé, repentinamente horrorizada.

—¿Terriblemente?

Se rio, pero fue bajo y profundo en su garganta, medio gruñido, mientras volvía a robarle otro beso.

—Como alguien que espera que se lo pidan. Puedes bailar, Lemon. Puedes tomar la iniciativa.

—¿Y me seguirás?

—Hasta la luna y de regreso —respondió, y yo me incliné hacia delante, con las manos apoyadas en su duro pecho, y volví a besarlo. Más fuerte. Sobre la tarta de limón. Mi interior parecía un Pop Rocks, efervescente y brillante. Hizo un ruido contra mi boca, un gruñido que

retumbó en su pecho mientras sus largos dedos se enroscaban aún más en mi pelo, sus dientes me mordisqueaban el labio inferior…

De repente, apartó la tarta de limón, las copas de vino repiquetearon al chocar contra la pared, y yo puse una rodilla en la mesa, a medio camino sobre ella, solo para acercarme un poco más. Solo un poco más. Quería apretarme contra él. Quería perderme en su olor, en su tacto calloso, en su forma de pintar las palabras como si fueran poesía.

El romance no estaba en el chocolate, sino en la respiración entrecortada al tomar aire. Estaba en la forma en que me acunaba la cara, en el modo en que yo pasaba el dedo por la marca de nacimiento en forma de media luna de su clavícula. Estaba en la forma en que murmuraba lo hermosa que era, la forma en que hizo que mi corazón se disparara. Estaba en el modo en que quería saberlo todo sobre él: sus canciones favoritas, adivinar por fin su color favorito. Su boca migró hacia mi cuello, sintiendo mi pulso rápido y fuerte en mi garganta. Me dio un beso bajo la oreja.

«Nunca se quedará, mi querida Clementine», oí decir a mi tía, con claridad cristalina en mi cabeza. Podía verla sentada en su sillón, recordando a Vera. «Nadie se queda».

—Espera —jadeé, separándome de él. El corazón me latía rápido y fuerte—. Espera, ¿es esto inteligente? ¿Lo hacemos? Podría ser una mala idea.

Se quedó inmóvil.

—¿Qué?

—Esto podría ser una mala idea —repetí, dejando que mi mano se soltara de su corbata. Sentía los labios sensibles y las mejillas sonrojadas.

Parpadeó, mordiéndose el labio inferior, con la mirada aún embriagada por nuestros besos.

—Nunca podrías ser una mala idea, Lemon.

«Pero, ¿y si lo eres?», pensé, mordiéndome el interior del labio. Porque allí estaba yo, tambaleándome sobre el precipicio de algo. Podía volcar y no volver a ver la cima, o podía permanecer perfectamente equilibrada donde estaba.

Y entonces miré sus ojos azul grisáceo y supe exactamente cómo los pintaría: los pintaría como la luna. Capas blancas que se oscurecían gradualmente, con sombras azules. Ahora, sin embargo, eran como nubes de tormenta en el mar a la luz dorada del atardecer…

Y yo era una tonta.

—… ¿Lemon? Vuelves a tener esa mirada —dijo preocupado. Salí de mis pensamientos, con la vergüenza inundándome las mejillas. Había dado la vuelta a la mesa y se había arrodillado frente a mí, con la mano en la rodilla y el pulgar frotando círculos suavemente—. ¿Lemon?

—Lo siento. —Apreté las manos contra mi cara—. Lo siento mucho.

—No, no, está bien. —Suavemente, me apartó las manos de la cara, mirándome con preocupación. Qué hombre tan encantador. Me hundí contra él y hundí la cara en su hombro, donde encajaba perfectamente. Era tan cálido y confortable, y odiaba que me encantara—. Lo siento —volví a repetir, porque no sabía de qué otra forma expresarlo: lo mucho que quería esto, lo mucho que lo quería a él, pero había cosas que mi corazón ya no podía soportar, todavía frágil y pequeño, roto por algo que no podía quedarse.

Estaba rota, y estaba sola, y deseaba que él me hubiera encontrado hace siete años, en su lugar.

—Lo siento. Lo siento…

—Eh, eh, no te disculpes, no lo sientas, no hay nada que lamentar —dijo, separándome suavemente de su hombro para poder mirarme a la cara, empujándome el pelo detrás de la oreja. Acunó mi mejilla en su cálida mano—. No pasa nada. No pasa nada, de verdad.

Aquí es donde las chicas normales habrían llorado, porque su voz era tan suave, tan reconfortante. Aquí es donde habrían dejado desbordar su corazón y derribar sus muros, pero a mí ni siquiera me escocían las lágrimas. Creo que las había llorado todas en los últimos seis meses. Creo que me había quedado seca. Porque mientras miraba su cara y sus preciosos ojos pálidos, todo lo que podía sentir era un hueco en el centro de mi estómago.

«Ojalá pudiera contarte una historia», pensé, «y ojalá te la creyeras».

Pero no lo haría. Era lo bastante mayor como para saberlo. Porque aunque él creía en el romanticismo, en los bombones y en el amor sobre tartas de limón, la historia de una chica siete años fuera de tiempo sonaba demasiado abstracta, incluso para sus oídos, y yo no podía soportar la idea de cómo me miraría una vez contara mi historia, medio compadeciéndose, medio decepcionado, por haber tenido que inventarme una mentira sobre un lapsus de tiempo en lugar de contarle la verdad.

En lugar de eso, apoyé la cara en su mano y le besé la palma.

—¿Podemos terminar el postre? ¿Y hablar un poco más?

Se levantó y me besó la frente.

—Por supuesto, Lemon. Nada me gustaría más.

Se me estrujó el corazón, porque era tan encantador, y me sentí tan aliviada, feliz, incluso, de que lo entendiera.

Volvió a su silla, agarró su tenedor y me preguntó por mis cuadros favoritos. ¿Por qué Van Gogh? ¿Adónde me gustaba viajar? ¿Cuál era mi aperitivo favorito? Si pudiera cenar con alguien, del pasado o del presente, ¿quién sería y por qué? Y me hizo reír con el resto de la tarta de limón, y bebimos vino, todavía con el sabor de sus labios en mi lengua, el recuerdo de los besos que, a todos los efectos, nunca fueron.

CAPÍTULO 13

De vuelta a la rutina

Cuando me desperté, la cama a mi lado estaba vacía, e Iwan había dejado una nota en la encimera que decía:

Café recién hecho en la cafetera.

Debía de haberse marchado ya para volver a ver lo del lavaplatos; ni siquiera le había oído levantarse. Cuando terminamos la botella de vino de la noche anterior, nos fuimos a la cama, con los dedos entrelazados y la frente apretada contra la del otro, la luz de la luna nítida y plateada, pintando suaves líneas sobre nuestros cuerpos, y seguimos hablando. Sobre su hermana, sobre el restaurante de sus sueños, sobre mis padres y su suave y rutinaria forma de vida. Me preguntó por la cicatriz que me atravesaba la ceja y yo le pregunté por sus tatuajes: el manojo de cilantro en el brazo por su abuelo (los dos tenían ese gen que sabía a jabón); las iniciales en el torso, misteriosas y descoloridas; un batidor detrás de la oreja porque le parecía gracioso, entre otros. Hablamos de dónde había viajado yo, dónde no había estado nunca él.

—¿Nunca has comido en un Waffle House? —había preguntado, atónito.

—Mi tía y yo nos cruzamos con unos cuantos en el viaje por carretera que hicimos aquella vez, pero… ¿no? ¿Por qué, me estoy perdiendo algo?

—Los WaHos son los mejores. Nunca cierran, ¿y cuando lo hacen? Sabes que se avecina una catástrofe natural, así que será mejor que salgas pitando de allí. Sus hash browns son lo mejor del mundo o están

tan empapados que son una sopa. Es solo la mejor experiencia de taberna moderna del mundo.

—Eso no puede ser verdad.

—Te lo prometo —respondió con firmeza—, nada se parece a un Waffle House a las dos de la mañana.

Mientras me ponía la blusa, me preguntaba vagamente cuál sería el Waffle House más cercano. ¿Comería unas papas fritas deliciosas o una sopa grasienta? ¿Lo encontraría allí, rondando las cabinas? Eso me hizo preguntarme dónde estaría, en realidad, ahora mismo. Siete años después.

—Hasta luego —dije en el apartamento mientras tomaba el bolso y las llaves y salía. Earl estaba en la recepción leyendo otro James Patterson, y se quitó el sombrero ante mí cuando salí a toda prisa por la puerta.

Ahora que estaba fuera del apartamento, la ciudad empujaba a mi alrededor, siempre avanzando, y al principio era tan desconcertante.

En el apartamento de mi tía, casi parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Estaba tan perdida en mis propios pensamientos, entre el apartamento de mi tía y Strauss & Adder, que no me di cuenta de que Drew y Fiona estaban en el ascensor a mi lado hasta que Fiona dijo, con aspecto un poco desaliñado:

—Tienes cara de sol y pedos de unicornio.

Me acaricié el flequillo.

—¿Sí?

Drew dijo:

—Estás radiante.

—Es irritante —añadió Fiona, pulsando el botón de cierre de la puerta antes de que se colara más gente en el ascensor. Ya había diez personas, y nosotras estábamos apretujadas cerca del fondo.

Mis mejillas se sonrosaron al pensar en Iwan. Y en la boca de Iwan. Su sabor.

—Me pasé todo el fin de semana pintando, eso es todo. —No era del todo mentira.

—Ooh, ¿pintando qué? —preguntó Drew.

—Esa nueva guía de viajes de Nueva York en la que trabajó ¿Kate? —le dije.

—¡Oh! Vi una en el estante de los regalos. ¿Te la llevaste? ¿Qué pintaste primero?

—Puente de proa —respondí, y las estudié a las dos. Parecían muertas vivientes—. ¿Supongo que ustedes dos no tuvieron un buen fin de semana?

—El eufemismo del año —murmuró Drew, mirando al techo.

—Nos hemos pasado todo el fin de semana preparando el rincón del bebé. Y con nosotras me refiero a mí. Ésta «supervisó». —Puso la palabra entre comillas.

—Lo has hecho muy bien, cariño —respondió Fiona y le besó la mejilla.

El ascensor se abrió en nuestra planta y nos abrimos paso hasta el vestíbulo. Drew se marchó a su escritorio mientras Fiona y yo íbamos a la cocina a prepararnos nuestros cafés matutinos. Solo cuando perdimos de vista a Drew, Fiona se acercó a mí y me susurró:

—¡Estaba preocupada por ti!

La miré con extrañeza.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

Suspiró exasperada y agarró una taza de café del lavavajillas.

—¡No has respondido a ninguno de mis mensajes este fin de semana!

La miré fijamente, y entonces me di cuenta.

—Oh… oh, sabes que el apartamento de mi tía tiene mala recepción.

Arrugó la nariz.

—No me di cuenta de que mal…

Saqué el celular del bolso y, he aquí, tenía unos cuantos mensajes de Fiona: una foto de ella y Drew montando una habitación infantil con temática de bosque y enfadándose con la cuna de IKEA.

—Oh. ¡Oh, lo siento mucho! Ni siquiera miré mi teléfono. Es un color precioso.

No parecía creerme mientras ponía una bolsita de café descafeinado en la cafetera.

—¿Es…?

—Absolutamente…

—¡Buenos días! —Rhonda entró en la cocina, con un fuerte olor a perfume y tacones ruidosos—. ¡Tenemos una reunión! —canturreó—. ¡Mejor no llegar tarde! —Y me dirigió una mirada significativa. Cierto, porque a partir de ahora estaba a prueba. Si quería demostrarle a Rhonda que podía ocupar su lugar, tenía que dar lo mejor de mí. Y lo haría. Esto era lo que quería, después de todo.

No podía estropearlo.

Fiona miró a Rhonda mientras se marchaba con su mezcla para el desayuno matutino y susurró:

—Está de buen humor… eso me hace sospechar.

—Suele estar de buen humor —le contesté, y Fiona me miró inexpresiva—. ¿Cómo? Siempre lo está. Será mejor que te vayas antes de que cambie.

—¡Espera, no he terminado de interrogarte!

—Más tarde —prometí, y rápidamente me preparé una taza de café, dejé el bolso junto al escritorio y tomé mi cuaderno y mi bolígrafo antes de salir corriendo por el pasillo y entrar en la sala de reuniones.

Cuando todos tomamos asiento, Rhonda aprovechó la oportunidad para empezar.

—Acabo de pasar un fin de semana estupendo y espero que todos ustedes también. Lo que me lleva a mi primer asunto… —Empezó con el diseño de *marketing*: comprobar el estado de los anuncios, si el nuevo vídeo que se emitiría delante de Entertainment Weekly estaba listo, si habían corregido la errata en uno de los anuncios de Google, etcétera.

Pensé en buscar a Iwan en Google para ver si seguía trabajando en aquel restaurante francés, fuera el que fuera. Quizá podría darle una sorpresa. Tal vez sería ayudante ahora. Tal vez había ganado premios.

O tal vez había vuelto a casa.

—… ¿Clementine? ¿Me has oído?

Me senté un poco más alta en mi silla giratoria, mortificada por haber estado en mi propia cabeza.

—Lo siento. ¿Qué?

Rhonda me miró con curiosidad.

—He preguntado por la presencia en los medios de los libros de Mallory Grey. No queremos que se tope con la última novela de Ann Nichols de Falcon House.

—Claro, sí. —Eché un vistazo a mis notas e intenté sacarme a Iwan de la cabeza. El resto de la reunión fue un rápido repaso del trabajo de la semana. Los libros que salían el martes, las campañas que teníamos

en marcha, las promociones en las que debíamos centrarnos, las novedades sobre los clubes de lectura… pero en el fondo de mi mente persistía la pregunta…

¿Dónde estaba ahora?

CAPÍTULO 14

Siete años tarde

Pensé que esa tarde podría buscar a Iwan en Google, pero apenas tuve un segundo para mear porque una caja de libros de suscripción para adultos decidió presentar una de nuestras memorias de famosos junto a una pastilla de jabón con forma de innombrable, completa con una ventosa en la parte de atrás para pegarla a la pared del baño, y me pasé toda la tarde apagando ese fuego.

Para cuando dieron las seis, Fiona tuvo que apartarme a rastras del ordenador antes de que enviara otro acalorado correo electrónico a la empresa de cajas de libros, absolutamente a punto de firmarlo con «Ten el día que te mereces». Caminamos juntas hasta el metro, ya que ambas nos dirigíamos a la parte alta de la ciudad (ella tenía una cita y a Drew le dio una migraña a mitad del día, así que decidió irse a casa temprano), y se sentó a mi lado en un banco mientras esperábamos el metro. Un hombre con un acordeón y una batería a sus pies tocaba una versión jazzística de *Piano Man* de Billy Joel, y a unos metros, una rata mordisqueaba un trozo de pizza.

Dios, me encantaba Nueva York. Incluso los clichés.

Fiona dijo, sin mirarme:

—Algo más pasó este fin de semana, ¿no? Me doy cuenta.

—¿Qué? No. Yo solo… te lo dije.

—Sí, has pintado y no has mirado el celular en todo el fin de semana, dos cosas que nunca haces.

Tenía razón. Me mordí el interior del labio, debatiéndome entre decírselo o no. Si conocía a Fiona, sabía que no dejaría de preguntar hasta averiguarlo, y era increíblemente perspicaz.

—Bien, no te asustes —empecé, y respiré hondo—, pero creo que he conocido a alguien este fin de semana.

Eso la sorprendió. Levantó la vista de su teléfono.

—¿En el Monroe?

—Está viviendo en el edificio durante el verano. —No era del todo mentira—. Está en la ciudad por un trabajo, y acabamos de empezar a hablar y… es agradable. Hablar con él es agradable.

Parpadeó varias veces. Reiniciando su cerebro.

—Lo siento, ¿dijiste que conociste a alguien? ¿Por tu propia voluntad? ¿Se ha caído el cielo? —añadió, perpleja.

Resoplé una carcajada.

—Oh, vamos, puedo conocer gente a veces.

—Sí, cuando Drew y yo te obligamos.

Puse los ojos en blanco. El tren entró en la estación con un chirrido de frenos, nos levantamos y entramos en el vagón.

—¿Lo has besado? ¿Pasaron la noche? —preguntó Fiona, siguiéndome. Me dirigí a dos asientos vacíos, pero un joven con traje de negocios se abalanzó sobre nosotras antes de que pudiéramos ocuparlos, abrió las piernas y empezó a jugar a un juego en su teléfono.

Lo fulminé con la mirada.

—Cuéntamelo todo. ¿Es guapo? —Fiona continuó, ajena.

Seguí fulminando al hombre con la mirada hasta que por fin levantó la vista, con un gruñido en los labios, y vio a la mujer embarazada que estaba a mi lado. Y a los demás pasajeros que lo miraban con reproche.

Se metió el teléfono en el bolsillo y cerró las piernas, y yo guié a Fiona hasta el asiento de al lado.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó—. ¿Cómo se llama?

—Iwan —respondí, agarrándome a la barra por encima de ella—, y acabamos de cenar juntos… todo el fin de semana.

Se abanicó con las manos, parpadeando lágrimas falsas.

—¡Dios mío! ¡Mi pequeña Clementine por fin está creciendo! ¡Realmente podría enamorarse!

No quería pensar en ello.

—Bien, es suficiente.

—¿Y si se casan? ¿Y si es tu alma gemela? —jadeó, inclinándose hacia mí—. ¿Cuál es su apellido?

—Es… —Me quedé helada. El tren avanzaba a sacudidas. Y me di cuenta, en ese momento, de que no sabía su apellido—. Um…

Me miró fijamente.

—¿En serio pasaste todo el fin de semana con él y no conseguiste su apellido?

El Sr. Piernas abiertas, a su lado, sonrió satisfecho, y yo le lancé otra mirada fulminante.

—Lo conseguiré esta noche. Ésta es tu parada —añadí.

Parecía a punto de saltarse la parada para seguir acosándome, pero decidió no hacerlo y recogió su bolso.

—Tienes que contármelo todo mañana, incluido su nombre —me dijo solemnemente, pero ni le prometí ni le negué que lo haría mientras salía, me señalaba desde el andén y me decía—: Lo digo en serio —mientras el tren se alejaba.

Me despedí de ella con la mano, sabiendo que no había forma de evitarlo, y fui a sentarme en su sitio, pero el tipo ya se había dispersado

de nuevo. Fruncí el ceño, me dirigí hacia la puerta y esperé a salir en la estación de la calle Ochenta y Seis.

No podía creer que no supiera su apellido.

Hace solo unos días, si me hubieras dicho que conocería a un apuesto desconocido en el apartamento de mi tía que se convertiría en un amigo no tan extraño (¿éramos amigos?, ¿o algo más?), no te habría creído. Pero ahora me preguntaba qué prepararía esta noche para cenar, si había conseguido el trabajo de lavaplatos, cómo le había ido el día. Tal vez podría pasar los fines de semana del verano en el apartamento aprendiendo sobre la marca de nacimiento de su clavícula y las cicatrices de sus dedos que besaron demasiados cuchillos.

Y, tal vez al final, podría contarle el secreto, que yo vivía en el futuro. Y tal vez me creería.

O, peor aún, acabé contándoselo y no me creyó, y quizá por eso nunca vino a buscarme. Porque no podía ignorar los siete años que nos separaban, los siete años que habían pasado desde que me conoció y dónde estaba yo ahora. Nunca vino a buscarme.

Al menos no que yo recuerde.

El tren llegó a mi estación, salí del metro y me dirigí al Monroe. Earl estaba de nuevo en la recepción, casi terminando la novela de James Patterson de esta mañana. Me saludó con una sonrisa, como hacía siempre, y me fui hacia el ascensor y subí en él hasta la cuarta planta.

Iwan parecía tener un apellido caprichoso, ¿algo galés, quizá? Ya que Iwan era galés. ¿O era un apellido? ¿Y tal vez su apellido era aburrido para contrarrestarlo?

Saqué las llaves del bolso, tratando de contener mi excitación.

Desbloqueé la puerta del B4 y abrí la puerta rápidamente.

—¿Qué tal si probamos los fettuccine de mi tía esta noche? —llamé al apartamento, quitándome los zapatos junto a la puerta.

Me detuve unos metros dentro del apartamento. Estaba oscuro y silencioso.

El tipo de silencio que hacía que mi corazón se retorciera dolorosamente. El tipo de silencio que conocía demasiado bien en este lugar.

—¿Iwan? —llamé, y el miedo se apoderó de mi pecho. Porque era el tipo de silencio que recordaba justo después de la muerte de Analea. El tipo de silencio sin alma, invivible, que me hacía querer huir tan rápido como pudiera. El tipo de silencio que me acompañó mientras desempaquetaba mis cajas. Mientras guardaba sus cosas en el armario. Di otro paso dentro del apartamento. Luego otro—… ¿Iwan? —Mi voz era más suave ahora. Mayormente carcomida por mi propio pánico.

Este era el tipo de silencio que era tan fuerte que gritaba.

Cuando entré en la cocina, las luces estaban apagadas y la cocina estaba limpia, con la caja de la vajilla de mi antiguo apartamento junto al fregadero, abierta y a medio desembalar. Las tazas de café seguían en la rejilla de secado, sin haber llegado a su sitio en los armarios, y las servilletas del soporte del pavo real estaban vacías. En el salón, todo era naranja amarillento con la luz del atardecer, como un retrato de naturaleza muerta, enmarcando el espacio donde ya no se sentaba un sillón azul huevo de petirrojo, cuyas huellas seguían en la alfombra oriental.

No. No, no, no…

Retrocedí un paso, y luego otro, con la esperanza de que tal vez el apartamento se diera cuenta de su error y lo corrigiera rápidamente. Pero no lo hizo. Y de repente, salí corriendo por la puerta.

La cerré de golpe.

Me temblaban las manos cuando volví a abrirla y entré.

Oscuro y silencioso, y presente.

La cerré y la volví a abrir, y otra vez.

Al quinto intento, me quedé de pie en la puerta abierta y miré hacia el apartamento vacío, donde la luz dorada del atardecer se colaba en un apartamento que ya no estaba habitado, y supe que eso era todo.

Esto, fuera lo que fuera, se había acabado.

Se acabaron las conversaciones sobre pizzas de cartón o bailar al son del violín de una muerta en la cocina o los besos que sabían a tarta de limón o…

La vecina del otro lado del pasillo se asomó de su apartamento. Era una mujer mayor, con grueso pelo negro y gafas. Me miró preocupada.

—Clementine, ¿está todo bien?

No, no, no lo estaba, pero ella no lo entendería. Así que me enrosqué. Me recompuse. Me había enseñado a hacerlo en los últimos meses y se me daba muy bien. Un albañil sobresaliente en el arte de las emociones amuralladas.

—Bien, gracias, Srta. Avery —respondí, sorprendida por la uniformidad de mi voz—. Solo vengo a casa.

Asintió y volvió a entrar.

Apoyé la espalda contra la puerta del B4, inspiré hondo y volví a espirar. Sentí que las rodillas me flaqueaban y el pecho me oprimía mientras me hundía en el suelo enmoquetado. Intenté decirme a mí misma que sabía que esto iba a ocurrir, guardando en una cajita todos los «y si…» que tenía en la cabeza, todos los fines de semana imposibles que me había inventado, enterándome de la marca de nacimiento que tenía en la clavícula y de las cicatrices que tenía en los dedos por haber besado demasiados cuchillos.

—Ha sido un fin de semana perfecto —susurré, manteniendo a raya mis dudas—. Un poco más y saldría mal. Descubrirías que escuchaba Nickelback o algo peor.

Un fin de semana fue suficiente.

Un recuerdo era suficiente.

Lo era.

Una oleada de dolor subió a mi pecho. No iba a aceptarlo así como así. Saqué el teléfono y abrí el navegador, y allí, en el antiguo suelo enmoquetado del Monroe, intenté encontrar a Iwan, dónde estaba, dónde podía estar. Busqué todas las palabras clave que se me ocurrieron: Instituto Culinario de América + lavavajillas + cocinero de línea, Carolina del Norte, tartas de limón, Iwan…

Busqué en todos los enlaces, en todas las páginas extrañas de Facebook, y me encontré con…

Nada.

Era como si fuera un fantasma, y solo podía pensar que había ocurrido lo peor. Que se había ido. Que tal vez, de hecho, ahora era un fantasma, un recuerdo al otro lado de algún cementerio. Y aunque no lo fuera, aunque siguiera vivo, estaba más segura que nunca de que no volvería a verlo.

Mi tía me lo había advertido. Regla número uno, quítate siempre los zapatos junto a la puerta. Regla número dos, nunca te enamores en este apartamento.

Me mordí el interior de la mejilla y me concentré en ello, y me dije que si lloraba, eso sería todo: sabría lo que era el amor, y eso sería todo. Y lo intenté: quería llorar. Esperé a que el escozor de mis ojos se convirtiera en lágrimas saladas, pero nunca llegaron. Porque no lloraba por alguien a quien apenas conocía. Eso sería una tontería, y Clementine West no era tonta.

No se enamoraba.

Y no empezaría ahora.

Respiré hondo, me armé de valor y me obligué a ponerme en pie. Todo iría bien. «Todo iría bien». Seguí avanzando, mantuve la mirada al frente. Formulé un plan. Hice una lista mental de cosas por hacer.

Nada se quedó, eso era algo que debería haber esperado, algo que debería haber recordado.

Estaba bien.

Así que me volví para mirar hacia la puerta del B4, la desbloqueé y entré en el tranquilo y solitario apartamento. Dejé el bolso sobre la encimera, me cambié de ropa y encendí la televisión en el salón mientras desempaquetaba el resto de la caja de la cocina y lo guardaba todo en su sitio.

Y entonces me fui a dormir a mi cama en la habitación de mi tía, con el somier más chirriante que el suyo, las cortinas abiertas lo justo para que entrara un rayo de luz plateada de una luna a 238,900 millas de distancia. Cerré la cortina y la ignoré, como debería haber hecho desde el principio.

CAPÍTULO 15

Atemporal

Y el verano sigue.

Las húmedas mañanas de junio dieron paso finalmente a las tormentosas tardes de julio, que se convirtieron en atardeceres dorados, e Iwan había desaparecido de verdad. Yo seguía buscando, pensando que tal vez podría encontrarlo en una acera abarrotada o cenando en un restaurante de lujo pero sin pretensiones de Chelsea o West Village que encajara con su personalidad, pero siempre estaba demasiado lejos de mi alcance. Buscaba por todas partes a alguien que, por encima de todo, no quería ser encontrado. Si así fuera, no me lo habría puesto tan difícil, y empezaba a preguntarme cuánto habían cambiado a Iwan estos últimos siete años. Me preguntaba si lo reconocería por la calle.

Me preguntaba si ya lo habría conocido, si nos habríamos sentado uno al lado del otro en algún metro, si habríamos compartido un chiste en un bar oscuro, si me habría comido su comida, robado accidentalmente su asiento en un autobús abarrotado.

Tal vez era hora de dejarlo ir.

Así que, poco a poco, dejé de buscar tanto.

Además, mis amigas eran muy buenas distrayéndome, bueno, arrastrándome a sus planes.

El pasillo de la editorial Strauss & Adder estaba a oscuras hasta que entré en mi cubículo y se activaron las luces con sensor de movimiento. Todo el mundo se había marchado pronto por el fin de semana del 4 de

julio, así que me estiré y disfruté del silencio. El verano siempre era húmedo en la ciudad, y el apartamento de mi tía no tenía precisamente aire acondicionado central. El aparato de la ventana funcionaba lo mejor que podía, pero nunca se libraba del calor.

—¡Clementine! —canturreó Fiona, sacando por fin a Drew del cuarto de baño, donde ambas habían estado los últimos veinte minutos, poniéndose el atuendo de cena—. ¿Estás lista?

—Vamos a llegar tarde —repliqué, apoyando las manos en los reposabrazos de la silla y poniéndome en pie. Fiona me había engatusado con un terrible vestido morado que me hacía sentir como una uva a punto de ser aplastada en vino—. Podemos llamarle y decirle que no vamos.

—No es mala idea —aceptó Drew, arreglándose la corbata. Llevaba una camisa de vestir rosa con tirantes blancos y vaqueros pitillo oscuros. Atrás quedaban su chaqueta de tweed y sus cómodos pantalones de vestir. Las cosas que hacía por su mujer, las cosas que las dos hacíamos por Fiona—. Podemos decir que todas nos resfriamos.

La señalé.

—Exactamente.

Fiona puso los ojos en blanco.

—Nos vamos. Este tipo es muy simpático. Vive en nuestro edificio. Incluso paga su propio alquiler, lo cual es raro porque vivimos en un edificio lleno de bebés de fondos de cobertura. Y tú —añadió, dirigiendo su mirada hacia mí—, te vas a divertir.

Como me temía, Fiona no se había olvidado de nuestra conversación en el metro, y había preguntado por Iwan unos días después. No podía decirle exactamente que el piso de mi tía había decidido dejar de reunirnos, así que nunca supe su nombre, y mi búsqueda casi acosadora en Google no había dado como resultado absolutamente nada, así que en lugar de eso le dije algo de lo que ahora me arrepentía absolutamente…

—No era el momento adecuado.

Inmediatamente supuso que estaba prometido a otra persona, o que se estaba divorciando, o que se estaba mudando a Australia, así que ella se encargó de hacer lo que solían hacer las mejores amigas:

Hacerme sentir mejor.

Así que me subí a los tacones y dejé que me arrastrara hasta el ascensor y bajara al Uber que me esperaba. El restaurante que había elegido mi cita estaba en el Upper West Side, un pequeño restaurante italiano donde te rallaban el queso en la mesa. Elliot Donovan tenía una sonrisa amable. Era alto y ancho, con la cabeza llena de pelo negro rizado y ojos color chocolate, y hablaba de libros, de eventos a los que había ido en el Strand y de sus autores favoritos. Fiona y Drew estaban sentadas en una mesa al otro lado del restaurante, pero yo sentía la mirada de Fiona clavada en mí todo el tiempo, y mi acompañante también.

A mitad de la cena, se inclinó un poco hacia delante y dijo:

—Fiona es un poco intensa, ¿verdad?

Me metí un trozo de pan en la boca antes de poder decir algo de lo que me arrepintiera, y en su lugar murmuré al cabo de un momento:

—Tiene el corazón en el sitio correcto.

—Oh, no lo discuto —respondió, pero luego respiró hondo y dijo—: pero no creo que esto vaya a funcionar, ¿verdad?

Sobre el papel, Elliot era perfectamente bueno. Era exactamente el tipo de hombre con el que quería salir: trabajador, con un buen trabajo y una colección de libros decente. Tenía un buen sentido del humor y una risa encantadora, pero cuando miré el menú, solo pude pensar en Iwan hablándome de un romance en chocolate, una carta de amor en una ristra de fettucine, y negué con la cabeza.

—No lo creo. Lo siento.

—¡No pasa nada! Tengo que admitir que vine esperando que fuera una buena distracción —añadió avergonzado.

—¿Hay alguien más?

Asintió con la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí, pero el momento no era el adecuado.

Se rio.

—Eso siempre es lo más trágico, ¿no? —Luego volvió a echar un vistazo a la mesa de Fiona y Drew —y Fiona tuvo el descaro de fingir que estaba mirando la carta de vinos en su lugar— y dijo—: Pero podemos fingir por el bien de tu amiga, ¿no? ¿Darles un buen espectáculo?

Sonreí.

—Por supuesto. Y luego podemos fingir que nos peleamos al final de la cena y no volver a hablarnos.

—Oh, me gusta esa idea. ¿Sobre qué debería ser la pelea?

A lo que le pregunté:

—¿Cuál es tu libro de moda? —Porque yo sabía que un hombre tan culto, que había vivido toda su vida en la alta sociedad, trabajando en Wall Street, tenía absolutamente uno bueno.

Y lo hizo.

Fiona lanzó las manos al aire mientras descendíamos a las entrañas del metro. Después de nuestra falsa pelea, él había tomado un taxi para

volver a su apartamento, y Drew, Fiona y yo fuimos andando hasta la estación de metro.

—¡No puedo creer que eligieras una pelea por Dune!

—Mira, no es culpa mía que su opinión fuera errónea —repliqué, tratando de esbozar una sonrisa.

—Era perfecto, ¡perfecto! Y luego tuviste que ir a buscar pelea —siguió despotricando, agitando las manos en el aire—. ¡Me han faltado al respeto! Me siento humillada. Tengo que verlo en los ascensores de mi edificio. Tengo que mirarlo a los ojos y saber que piensa que Dune es el mejor libro de ciencia ficción de todos los tiempos.

Drew negó con la cabeza.

—La falta de respeto a Anne McCaffrey.

—Mira, no voy a tener a un muerto acaparando mi espacio en las estanterías. Los inmuebles en Nueva York ya son escandalosos —dije con naturalidad.

Fiona entrecerró los ojos.

—Dices eso y sin embargo posees cuatro ediciones diferentes de El Señor de los Anillos.

—Podría tener cinco —amenacé, y ella volvió a levantar las manos.

—Bien. Bien, los examinaré primero, y luego lo intentaremos de nuevo…

La sujeté suavemente de la mano y nos detuvimos frente al torniquete. No había mucha gente en la estación a esas horas de la noche, y los que había se limitaban a rodearnos.

—¿Qué tal si no lo hacemos?

Sus cejas se entrelazaron en señal de confusión.

—¿Qué quieres decir?

—En realidad no estoy mirando ahora mismo… no quiero mirar ahora mismo —enmendé—. Agradezco todo esto, pero… He superado lo de Iwan, lo prometo. Estoy muy bien sola.

Y lo decía en serio. Aunque mis padres eran parangones de un romance exitoso —encajaban el uno en el otro como piezas de un rompecabezas—, mi tía había vivido sola casi toda su vida, y no estaba tan mal. Rhonda tenía una vida exitosa y tampoco tenía una pareja. Eran brillantes ejemplos de que yo también podía hacerlo. Solo necesitaba concentrarme en el trabajo, como hacía Rhonda. Además, estaba cansada de todo este baile. No es que no quisiera tener pareja —sí quería; pensar en ir sola por el mundo hacía que se me cayeran las tripas hasta los dedos de los pies—, pero en realidad no quería buscarla ahora mismo.

No quería sentarme frente a otro hombre decente y no sentir nada y tramar la mejor manera de terminar la cita para no tener que vernos nunca más.

Drew tiró de su brazo a través del de su mujer y añadió en voz baja:

—Encontrará a alguien cuando esté preparada.

Fiona dejó escapar un suspiro.

—Bien, pero hasta entonces, eres nuestra tercera rueda. Y te va a gustar.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Me encantaría ser tu sidecar.

—Bien —respondió, aunque sonaba un poco derrotada. Parecía que quería decir algo más, pero se lo pensó mejor y sacó su MetroCard del bolso. Tomamos juntas la línea 1 hasta la Q y luego se bajaron en Canal para subir a la R. Les dije adiós con la mano.

El corazón de Fiona estaba en el lugar correcto, así que no podía culparla. Además, la comida de esta noche estaba bastante buena. No

tan buena como el sitio al que Drew nos había llevado el mes pasado, el Olive Branch, pero era agradable.

La alerta del metro anunció que las puertas se cerraban, y me hundí en mi asiento, dejando por fin que mis muros se derrumbaran. Me dolían los pies en los zapatos y no veía el momento de escapar de mi Spanx.

Seguir avanzando, mantener la mirada al frente, ese era el plan. Nada se quedó, eso era algo que debería haber esperado, algo que debería haber recordado cuando conocí a Iwan.

Estaba bien.

A mi lado, dos chicas agacharon la cabeza para susurrar, mirando sus teléfonos.

—Oh Dios mío, MoxieGossip dice que acaba de ser visto en el SoHo. Saliendo de su restaurante.

—¿El nuevo?

—¡Sí!

—¿Estaba con alguien?

—¡No! Creo que está soltero otra vez.

Ellas rieron juntas, mirando una historia de Instagram, y yo saqué un bolígrafo y la guía de Nueva York que había birlado el mes pasado y la abrí por la sección del metro. Allí empecé a dibujar a las chicas inclinadas sobre sus teléfonos, y me acomodé para el viaje a la parte alta de la ciudad.

CAPÍTULO 16

La vida sigue

Había algo magnético en Manhattan en verano, la forma en que el sol se reflejaba en las ventanas de los rascacielos, rebotando unas en otras como una antigua bola de espejos. Era perfecto para las tardes haciendo cola para Shakespeare in the Park, los sábados tranquilos en los Cloisters, las noches llenas de luz, comida y energía. Pero todos los años, cuando llegaba el 4 de julio, Drew, Fiona y yo hacíamos las maletas y nos íbamos al valle del Hudson para escapar de los turistas y echar un vistazo a las pequeñas y encantadoras librerías enclavadas en pueblos pintorescos.

Almorcé con Drew y Fiona, y trabajé hasta tarde, y entonces, una tarde, más o menos un mes y medio después de conocer a Iwan por primera y última vez, en pleno julio, cuando el verano estaba en su momento más caluroso, Drew se inclinó excitada al otro lado de la mesa de hierro forjado donde nos sentábamos a la sombra en Bryant Park.

—¡Adivina quién nos ha hecho una propuesta hoy! —dijo contenta.

Fiona y yo agarramos nuestros quesos a la parrilla del camión de comida aparcado junto al edificio Stephen A. Schwarzman de la Biblioteca Pública de Nueva York. Estaban en guerra con un nuevo camión de comida de la manzana: un ruidoso camión de fajitas amarillas que tenía una cola que serpenteaba por la acera y olía ridículamente bien. Aunque probablemente no tan buenas como las fajitas que me hizo Iwan hace unas semanas. Además, yo tenía mi lealtad al camión de los quesos a la parrilla. Los quesos a la plancha eran de los mejores de Midtown: empalagosos y crujientes, la corteza

de masa madre crujiente, la mezcla de quesos armoniosa. El mío tenía trozos de champiñones y pimientos, mayonesa condimentada con un poco de sriracha, y era una auténtica delicia. Desde Iwan había empezado a prestar un poco más de atención a la comida que comía, y a las personas que la cocinaban, preguntándome también cuáles eran sus historias.

—¿Quién? —preguntó Fiona alrededor de un queso asado con pimiento.

—¡El chef! Ya sabes, ¿el de Olive Branch? ¿James Ashton? Vendrá a la oficina mañana. Quiere reunirse con nosotros.

Me animé.

—¿Pensé que lo habíamos descartado?

—Casi. Hay que reconocer que su agente también dijo que iban a otros sellos… —Se encogió de hombros—. Pero es un comienzo. Aún no he revisado la propuesta, pero sé que va a ser increíble. Y deberías leer por fin ese artículo de Eater.

Agaché la cabeza.

—Lo siento…

Había pospuesto el artículo desde aquella comida de hacía unas semanas porque la vida se había vuelto frenética y Rhonda me había impuesto muchas más responsabilidades. En aquel momento no había sacado nada en claro, hasta ahora.

—Clem, te vas a enamorar de su forma de escribir. Es tan romántico. Sus antebrazos son casi tan bonitos como su cara —añadió.

—Más vale que salgan en la portada del libro.

—¿Sus antebrazos o su cara?

—Ambos.

—Y —añadió Drew, recordándonos que era, de hecho, una profesional—, escribe maravillosamente. Me imagino cómo será su propuesta.

Dudaba mucho que me enamorara de unos cuantos adjetivos bien colocados, pero me gustó el entusiasmo de Drew, y si conseguía atrapar a otro autor para su lista, eso era lo único que me importaba. Estaba tan emocionada por volver a la oficina para leer su propuesta, que terminamos pronto nuestro almuerzo y nos dirigimos de nuevo a Strauss & Adder. Pensé que la tarde sería tranquila. Juliette no había roto con su novio desde hacía una semana y media, y yo estaba al tanto de todos mis correos electrónicos, así que me sorprendió un poco que Rhonda me llamara a su despacho una hora más tarde y me pidiera que cerrara la puerta de cristal de su oficina… otra vez.

Lo hice y me senté en la silla de plástico duro.

—¿Ocurre algo? —pregunté vacilante, comiéndome las uñas. Porque, una vez más, cuando cerraba la puerta de su despacho, algo iba mal. La primera vez, despedimos al diseñador de *marketing*. La segunda vez, me dijo que se jubilaba.

Realmente esperaba que hoy no tuviera una enfermedad terminal.

—¿Qué? Oh, no, ¿por qué preguntas eso? —dijo alarmada. Luego, un poco más seria—: ¿Debería preguntar eso?

—¡No! No, en absoluto. No —contesté rápidamente, agitando las manos delante de mí. Me comí una almendra que me había ofrecido mientras ella se hundía de nuevo en su asiento—. Todo va bien. Perfecto. —Mi teléfono sonó tres veces. Tres correos electrónicos. Tragué saliva—. Casi todo perfecto. Estamos teniendo un pequeño problema con…

Levantó una mano.

—No importa. Como sabes, tenemos una reunión mañana con James Ashton, que está comparando ofertas para su libro de cocina.

—Creo que Drew lo mencionó, sí.

—Estaría muy bien añadirlo a nuestra lista —respondió, y se quitó las gafas. Las dejó en el escritorio frente a ella y añadió—: Desde que perdimos a Basil Ray por Faux.

Me incorporé un poco más.

—¿Qué?

—Firmó un contrato con ellos la semana pasada —nos dijo, lo que posiblemente fue una de las peores noticias que podríamos haber recibido. Basil Ray era uno de nuestros mejores autores: sus libros de cocina se vendían tan bien que no nos lo pensamos dos veces cuando nos dijo que le reserváramos un billete en primera clase y nos envió un documento en el que pedía solo Coca-Cola light, un tipo específico de kombucha que tenía que importar de Corea del Sur y opciones de comida vegana, sin gluten y con alto contenido calórico—. Para ser francos, perderle supondrá un golpe sustancial para nuestras finanzas. Teniendo eso en cuenta, junto con otras rachas de mala suerte, podríamos tener problemas si no encontramos un gran libro para el próximo verano. No pretendo alarmarte, solo estoy siendo sincera —añadió, porque sin duda podía ver cómo se me iba la sangre de la cara.

—Problemas… ¿quieres decir, como, por una temporada o…?

—Tal vez, Clementine —dijo con gravedad—, pero no queremos correr riesgos. Por eso te pedí que cerraras la puerta.

—Oh —dije en voz baja.

—Estoy recopilando una lista de otras estrellas emergentes del mundo culinario a las que dirigirme, pero James Ashton sería una apuesta segura. Es joven, tiene talento y es guapo. Podríamos vender un montón de sus libros de cocina —dijo con confianza—. Este es un escenario bastante raro. Por todo lo que he oído de su agente, todo este calvario va a ser notoriamente horrible, así que me gustaría que tomaras las riendas con Drew. Eres la única en quien confío.

Lo que significaba que era mi oportunidad de probarme a mí misma.

Comió otra almendra.

—Me gustaría que echaras un vistazo a su propuesta y que mañana fueras a la reunión con un esquema de cómo harías el lanzamiento de este libro. Lo normal, ya sabes. Drew puede enviártelo por correo electrónico.

—Por supuesto, y puedo reunirme con ella y formular un plan de ataque.

—Perfecto. Estoy deseando ver cómo atrapas a este chef —respondió.

—¿A quién más ha ido? —pregunté.

—Todos los grandes jugadores.

Lo que significaba que esto iba a ser casi imposible. Strauss & Adder no tenía el dinero ni los recursos de muchas de las grandes editoriales, pero eso significaba que tenía que ser creativo. Idear una estrategia de *marketing* a la que no pudiera decir que no. Tenía mucho trabajo por delante esta noche.

—Voy a ver lo que puedo hacer.

—Excelente —respondió Rhonda, y se sentó de nuevo en su silla, con los ojos verdes brillando—. Esto va a ser grande para ti, Clementine. Puedo sentirlo.

Esperaba que tuviera razón.

CAPÍTULO 17

Objetos perdidos

—Empieza con el artículo de James Ashton, el de Eater —dijo Drew mientras salíamos a toda prisa del trabajo hacia el metro. Llovía a cántaros, así que tuvimos que esquivar grandes charcos mientras bajábamos a la estación—. No creo que la propuesta ataque realmente en lo que es bueno.

—¿Todavía quieres convencerlo de que escriba unas memorias? —le pregunté mientras pasábamos nuestras tarjetas de metro.

—Más que nada, pero antes me llevaré un libro de cocina si puedo conseguirlo —contestó, y saludó con la mano mientras ella y Fiona se apresuraban a abordar el tren.

Me dirigí al otro lado de la estación, escurriéndome el pelo mientras esperaba el tren de la parte alta de la ciudad. Nueva York era miserable cuando llovía, pero sobre todo cuando te sorprendía sin paraguas.

Conseguí un asiento en la Q y me acomodé, tratando de ignorar a los extraños que me tocaban por todas partes. Esta era otra de las razones por las que siempre trabajaba hasta tarde: no tenía que lidiar con la hora pico y toda esa gente. Tratando de ignorar a los turistas que se agolpaban a mi derecha, saqué el celular y abrí el artículo que Drew me había enviado hacía un mes y medio.

«Buena comida», rezaba el título del artículo. Por James Ashton.

Fue una lectura encantadora, sobre cómo existe el arte de la comida y el arte de la presentación. La voz era encantadora, irónica, como la de

un amigo que te cuenta un secreto mientras toma una copa con nombre de poeta muerto.

Al principio, sonreí y comprendí por qué Drew adoraba su voz. Su entusiasmo era contagioso. Podría hacer mucho con esto, sobre todo si el chef era tan carismático como su forma de escribir. Las posibilidades…

Pero a mitad del artículo, una extraña sensación empezó a recorrerme la espalda.

Las palabras me resultaron familiares, como un abrigo que alguien me hubiera puesto sobre los hombros bajo la lluvia. Se entrelazaron en unos ojos grises pálidos y un pelo castaño y una media sonrisa torcida, y de repente estaba de vuelta en el apartamento de mi tía, sentada frente a Iwan en aquella mesa amarilla de la cocina, con su voz cálida y segura…

Rara vez es la comida lo que realmente hace una comida, sino las personas con las que la compartimos. Una receta familiar de espaguetis heredada de la abuela. El olor de las albóndigas pegadas a un jersey que no has lavado en años. Una pizza de cartón sobre una mesa amarilla. Un amigo, perdido en un recuerdo, pero vivo en el sabor de un brownie a medio quemar.

Amor en una tarta de limón.

Las puertas sonaron y se abrieron hasta mi parada. Las palabras me daban vueltas en la cabeza mientras salía con la gente, volviendo a leer el artículo, segura de que me había perdido algo. Segura que me había equivocado.

Y allí, en la parte superior, una foto finalmente cargada.

Un hombre en una cocina profesional, vestido con un uniforme blanco, un familiar rollo de cuchillo de cuero en sus manos. Era mayor, tenía patas de gallo alrededor de los ojos pálidos, pero aquella sonrisa seguía siendo tan brillante y tan dolorosamente familiar que me dejó sin aliento. Me quedé mirando la foto brillante y vibrante de un hombre al que solía conocer.

James Ashton.

No…

Iwan.

Alguien subió las escaleras mecánicas a mi lado, devolviéndome a la realidad. No podía ser él. No podía ser. Pero cuando salí, allí estaba otra vez, en el anuncio de un concurso de cocina en una parada de autobús, con un grafiti empapelado a su alrededor. El anuncio llevaba allí un tiempo. Al menos unas semanas. El corazón se me subió a la garganta al girar rápidamente la esquina y pasar por delante de un puesto de revistas, donde su cara volvía a aparecer en la portada de una de ellas. Empecé a asimilar la realidad. Incrédula, me acerqué y la tomé.

LA ESTRELLA CULINARIA MÁS SEXI DE NUEVA YORK, decía el titular.

—Tiene que ser una broma —murmuré.

Había estado tan concentrada en mirar hacia delante, catapultándome hacia el siguiente paso de mi plan, el resto del mundo borroso para no hacerme daño.

No había mirado a mi alrededor. No había sido parte del mundo. Parte de nada, en realidad. Simplemente lo había atravesado, con la cabeza gacha, el corazón encogido, como un viajero contra un aguacero torrencial.

Pero cuando finalmente me detuve un momento y miré a mi alrededor, él estaba…

En todas partes.

CAPÍTULO 18

Otro tú

—Estaba delante de mis narices —le dije a Helga, mi nueva planta de pothos, mientras me servía un vaso de vino.

Aquí estaba yo, sentada en el suelo frente a la mesa de café del apartamento de mi tía, haciendo clic furiosamente en todos los enlaces sobre un hombre que era siete años mayor, siete años más lejano, siete años más extraño, que el que me había besado por una tarta de limón.

—Solo que ahora está tan fuera de mi alcance que apenas lo reconozco. Ni siquiera va por Iwan. Se hace llamar James Ashton. Nunca me habría imaginado que fuera Ashton —añadí, un poco malhumorada, y volví a hundirme contra el sofá, apretando la botella de vino contra mi pecho. Cuando me regalaron a Helga hace unas semanas, mi madre me dijo que si hablaba con ella mejoraría, pero Helga solo parecía un poco caprichosa. Probablemente porque descargué todo mi trauma emocional en ella.

—Al menos lo logró, ¿no? Lo logró. Y lo encontré…

Fue un alivio, porque no estaba muerto, no había vuelto a casa. Había hecho algo de sí mismo, exactamente como dijo que quería, y cuanto más me desplazaba por su vida, generada digitalmente a través de Google, más empezaba a desear haberlo visto todo de primera mano.

En los últimos siete años, solo había sido lavaplatos durante un mes y medio antes de pasar a cocinero de línea, donde el chef Albert Gauthier, dos veces galardonado con estrellas Michelin, lo tomó bajo su tutela. Gauthier… ¿no era el chef del que había hablado durante la

cena? Un año más tarde, ya era segundo de cocina y se le reconocía como una estrella emergente, un talento a tener en cuenta, que acumulaba elogios como quien colecciona tapones de botella. La trayectoria de su carrera era astronómica. Hace dos años, Albert Gauthier se jubiló y le cedió las riendas del restaurante en el que Iwan había empezado como lavaplatos. ¿Ese restaurante?

Olive Branch.

Recordé el ancho pecho con el que me topé al salir por la puerta.

Me mordí la uña del pulgar, ojeando los diferentes enlaces y artículos que detallaban su vida en una línea de tiempo desordenada e imperfecta…

Ahora que sabía que no se hacía llamar Iwan, lo encontré fácilmente en la página de antiguos alumnos del CIA, como chef notable. Con su reconocimiento en Olive Branch, se había hecho un nombre en el mundo culinario. James había participado como estrella invitada en Chef's Table y en algunos programas de Food Network; había sido invitado frecuente en programas de viajes sobre comida. Y ahora iba a abrir su propio restaurante a finales de verano, y yo estaba segura de que iba a coincidir con su propuesta de libro. El nombre del restaurante aún no se había anunciado, pero yo estaba segura de que sería algo sobre su abuelo, ¿tal vez? ¿Pommes Frites?

Sonreí un poco ante la idea.

De alguna manera, se había vuelto aún más guapo, envejecido como un mango de fino bourbon. En los vídeos en línea, era magnético y pulido. Si Drew se hacía con él, no necesitaría mucho entrenamiento mediático, lo que facilitaba mi trabajo.

Pensé en aquel hombre dulce, de boca torcida, con un gusto por las tartas de limón de su abuelo que nunca eran iguales dos veces, y decidí que sí, que esto estaba bien. Esto estaba bien.

Terminé mi copa de vino, abrí su propuesta de libro de cocina y empecé a hacer un plan. Se me daban bien los planes, se me daba bien

mi trabajo, se me daba bien lo que hacía. Era en lo único en lo que destacaba, en lo único en lo que podía refugiarme y sentirme segura, sobre todo contra ese horrible pensamiento que tenía en la cabeza:

No podía recordarme, porque si lo hiciera… ¿no habría intentado encontrarme?

Y no estaba segura de querer saber esa respuesta.

Y, por suerte, llegué tarde a la reunión de la mañana siguiente.

Para que quede claro: faltaban cinco minutos para las diez de la mañana, hora en que se suponía que empezaba la reunión, pero por el sonido de las voces al otro lado de la puerta de la sala de conferencias, yo estaba a punto de ser la última en entrar. Me alisé la falda negra, pensando que quizá debería haberme puesto pantalones. Algo que me hiciera parecer más lista, más atrevida. Quizá también una blusa diferente. ¿Por qué siempre elegía el amarillo? Al menos nadie notó la mancha en el moño de mi café de esta mañana.

El corazón me latía rápido y enfermo en la garganta. ¿Por qué estaba nerviosa?

«Ya has hecho esto cientos de veces», me dije. «Se te da bien».

Cerré los ojos. Respiré hondo.

Y abrí la puerta con una sonrisa.

—Hola —saludé alegremente—. Lo siento, estoy un poco…

Tarde era lo que quería decir, pero las palabras se me cayeron de la boca cuando entré en la sala y vi al hombre sentado a la cabecera de la mesa de conferencias. Había ensayado este momento en el espejo toda la mañana: aspecto agradable, arreglado, sonrisa profesional (no

sonrías demasiado, no enseñes las encías, actúa como si tu vida también estuviera arreglada). Quizá me reconociera. Tal vez pensara que le resultaba familiar y esbozara esa sonrisa juvenil suya…

Cuando llegué al metro ya lo tenía todo preparado, repasando mentalmente la escena hasta memorizar exactamente qué decir y cómo decirlo.

Y todo ello, en una fracción de segundo, me falló.

Porque el hombre que encabezaba la mesa de conferencias no era el que yo recordaba. Pelo castaño rizado corto por un lado y más largo por arriba, acentuando su rostro robusto y su mandíbula cuadrada bien afeitada. Había perdido la barba de las fotos de Instagram, pero de alguna manera había ganado la capacidad de dejarme absolutamente sin palabras. Había trozos del Iwan que yo conocía: una pizca de pecas en las mejillas, una nariz fuerte y unos labios suaves.

Inmediatamente recordé cómo se sentían en mí. La forma en que me había mordisqueado la piel, sus manos alrededor de mi cintura…

Mi estómago cayó en picado hasta los dedos de los pies.

Pero a pesar de que todo seguía igual, muchas cosas habían cambiado. Cosas que no podría saber hasta que lo viera en persona. Siete años habían afilado sus aristas, habían convertido las camisetas de cuello alargado en una americana ajustada de color gris claro que le ceñía los hombros con un corte afilado, las Vans en unos zapatos Oxford sensatos, las ojeras de insomnio en unas refinadas patas de gallo, todo su aspecto hecho a medida. Su aspecto desgarbado se había transformado en algo sólido y musculoso, mucho más en forma que el hombre que conocí hacía más de un mes en un extraño fin de semana de verano. El hombre que me besó, con labios que sabían a tarta de limón, prometiéndome que me seguiría a la luna y de regreso…

Su mirada se dirigió a la mía, sus ojos grises pálidos, agudos y brillantes, me clavaron en el sitio como una polilla en una pizarra de corcho, y sentí que todos los músculos de mi cuerpo se tensaban.

Oh, no, yo estaba en tantos malditos problemas.

CAPÍTULO 19

La propuesta

—Esta es Clementine West —me presentó Drew—. Aunque creo que la conociste por unos segundos el mes pasado.

¿El mes pasado…? ¿Se había dado cuenta de que era Iwan? ¿Mi Iwan? No, no les había contado a Fiona ni a Drew nada concreto sobre él y, además, tenía un aspecto muy distinto al del hombre que había conocido en el apartamento de mi tía.

Entonces se me ocurrió, de repente…

Me lo había encontrado al salir del restaurante. A eso se refería.

—¿Clementine…? —preguntó Drew, un poco vacilante.

Volví en mí y sonreí, sin mostrar las encías, con un aspecto agradable, como había ensayado.

—Oh, hola, sí, lo siento. Creo que tuvimos un pequeño encontronazo en el restaurante. Lamento no haber tenido la oportunidad de conocerte apropiadamente.

—No pasa nada, ya podemos volver a vernos —comentó con aquel familiar tono sureño, no desagradable. A su lado estaba sentada su agente, una mujer llamada Lauren Pearson, que sin duda era una de las mejores del negocio. Aún no me había quitado los ojos de encima, casi como si pensara que iba a desaparecer.

¿Estaba tratando de ubicarme? Tenía ese tipo de rostro, en realidad. Alguien que podrías ver en una multitud y casi recordar.

«¿Tú también me reconoces?» Quería preguntar.

No, no podía. Habían pasado siete años. Ni siquiera recordaba mis aventuras de una noche de hacía siete años.

«Contrólate, Clementine».

—Hiciste una buena atrapada con ese postre, si mal no recuerdo —continuó.

—Habría sido una pena llevar el postre fuera del restaurante —respondí, y me senté junto a Drew, situando mi cuaderno frente a mí.

Y entonces ocurrió lo peor de todo, lo que yo había estado temiendo: sonrió, perfectamente recto y perfectamente blanco y perfectamente practicado —como mi sonrisa— y me tendió la mano a través de la mesa.

—Estoy seguro de que te habría quedado impresionante. Soy James, pero James es el nombre de mi abuelo. Mis amigos me llaman por mi segundo nombre, Iwan.

Acepté su mano. Era áspera y cálida, marcada con cicatrices, tantas más de los siete años que nos separaban. La última vez que había sentido esas manos, me habían acunado la cara, sus pulgares me habían trazado la mandíbula, con suavidad, como si yo fuera una obra de arte…

—¿Cómo clasificarías a tu futuro publicista? ¿Cómo un amigo? —le pregunté, y su agente soltó una carcajada.

—¡Me gusta! —cacareó.

La sonrisa de James Ashton se torció un poco. Un pequeño desliz en su refinada imagen.

—Ya veremos, Clementine —respondió, y me soltó la mano.

—Clementine es una publicista sénior aquí en Strauss y Adder. Básicamente dirige todo el departamento de publicidad cuando Rhonda no está. El año pasado fue reconocida como estrella emergente

por Publishers Weekly. No hace falta decir que cualquier libro nuestro está en buenas manos con ella.

—No lo dudo —respondió Iwan-James, y se volvió hacia Drew, y al hacerlo, su cuerpo se movió y se sentó un poco más erguido—. Háblame de Strauss y Adder.

Así lo hizo Drew. Habló de la historia de la empresa, de nuestros autores y de nuestra ética de trabajo. Mientras hablaba apasionadamente del equipo y de cómo podíamos servir mejor a su carrera, utilizando un PowerPoint para mostrar otros lanzamientos de libros y campañas de éxito a lo largo de los años, James hizo preguntas reflexivas sobre cómo le gustaba a Drew editar, qué se esperaba del libro de cocina, el proceso de convertir un borrador en el producto final.

Debía de estar mirándolo fijamente, porque sus ojos —brillantes por la luz del PowerPoint— se desviaron hacia mí. Atrapó mi mirada y la sostuvo durante un latido, dos, mientras Drew respondía a una de las preguntas de Lauren. Sus ojos pálidos eran de un gris perfecto y nublado, como mis días de otoño favoritos, perfectos para obscenos chai lattes y bufandas gruesas. La forma en que me miraba me hacía arder el estómago.

No me recordaba de aquel fin de semana. Fue hace siete años, y había conocido estrellas mucho más brillantes que yo.

Luego volvió a apartar la vista, ante la avalancha de cifras y proyecciones, y asintió a la apasionada presentación de Drew. Por la forma en que hablaba de su trabajo, de sus autores, se notaba que amaba lo que hacía. Le encantaba ayudar a la gente creativa a plantar semillas y ver cómo esas semillas florecían y se convertían en proyectos fascinantes. Se dedicaba sobre todo a las memorias y a la fantasía histórica, pero le encantaba su forma de escribir y sus recetas.

—Y quiero ayudarte a compartirlos con el mundo —declaró Drew, apagando el proyector—. Creo que podríamos ser un gran equipo.

—Bueno, eso es absolutamente encantador —respondió su agente, y yo no podía decir si el lanzamiento de Drew nos había hecho querer a James Ashton o no. Desde luego, era imposible leer a su agente. Hizo un gesto con la mano hacia nosotras—. ¿Te gustaría empezar, James, o lo hago yo?

James se sentó un poco más erguido, juntando sus largos dedos sobre la mesa que tenía delante.

—Empezaré yo, gracias, Lauren —empezó, y su voz estaba nivelada y fría, y dirigió esa mirada color pizarra a Drew—. Creo que la comida debe ser una experiencia.

Me senté un poco más erguida, porque conocía esta parte. Sabía que iba a hablar del amor en el chocolate y del consuelo en la mantequilla y de la poesía en las especias, y me emocioné, quizá por primera vez desde que lo vi, porque significaba que no era tan diferente. Las mejores partes de él eran…

—Cualquiera puede hacer un queso a la plancha, cualquiera puede hacer una sopa de tomate y, con las herramientas adecuadas, creo que cualquiera puede hacerlo bien. Todo está en la presentación —prosiguió con confianza—. Es la habilidad. Es la forma de crear tu arte culinario lo que realmente hace que sea una experiencia memorable.

Pensé en los bocadillos de mantequilla de cacahuete y mermelada de mi tía, que siempre se me quedaban pegados al paladar, y en cómo el Iwan que yo conocía me había dicho que eso era…

—Una comida perfecta —dijo.

No, no lo era.

Bajé rápidamente la mirada hacia la propuesta impresa que tenía delante. Drew me dedicó una pequeña sonrisa, yo le devolví la sonrisa y asentí con la cabeza, esperando no parecer demasiado confusa.

¿Experiencia? ¿Habilidad? ¿Qué hay de sus recuerdos y anécdotas? ¿Qué hacía que esos alimentos fueran entrañables?

—Como se puede deducir de la propuesta, estoy buscando un editor que ofrezca tanto como yo, entre mis impresiones en Internet, medios de comunicación y conexiones, todo lo cual se indica en la propuesta. El libro de recetas en cuestión coincidirá con la apertura de mi restaurante en NoHo. Detallará especialidades de temporada y nuevas recetas para quienes busquen cocinas más excitantes, y se esforzará por captar lo que hace que una comida sea perfecta —terminó, y me robó una mirada.

No pude encontrar su mirada.

—Es una idea muy bonita para un libro de cocina —dijo Drew, con los dedos doblando y desdoblando la esquina de la propuesta—, y con el fotógrafo perfecto, estoy segura de que podemos hacer que las páginas sean absolutamente cantarinas, con tus reflexivos comentarios al principio de cada plato, por supuesto. Como escribiste en tu artículo de Eater.

—Me alegro de que te haya gustado el artículo —respondió agradablemente—. Lo escribí hace años.

Y me pregunté si quedaba algo de aquel autor en él, porque lo que Drew no decía, pero yo podía oír entre las palabras, era lo… fuera de contacto que se sentía con la propuesta. Había algo tan elegante en las páginas, casi intocable. Era un concepto tan elevado y… ajeno a mí. Una vez habló poéticamente de los alimentos reconfortantes, pero aquí no había nada de eso. ¿Quién tenía hielo seco por ahí para un plato de fideos? ¿O se pasaba tres días preparando una salsa para mojar un filete? Había algo tan desconectado en este discurso del hombre que había conocido, y entendí por qué Drew me había dicho que el artículo era más importante. Toda la calidez y el cuidado en la pieza estaba en desacuerdo con el pulido rebuscado aquí.

Hace solo seis semanas —o siete años, supongo— me hablaba con gran entusiasmo de la receta de fajitas de su amigo y de su abuelo, que nunca hacía dos veces la misma tarta de limón. Ese era el hombre que escribió el artículo de Eater. No éste. Y sus recetas no estaban ocultas

tras un muro de pago de habilidades, inaccesible para cualquiera que no supiera lo que era el jus.

—Parece que tienes algo que decir —observó James Ashton-Iwan, dirigiéndome una mirada indescifrable mientras se reclinaba en su silla.

—No, lo siento —respondí, y Drew me miró dubitativa—. Es solo mi cara.

—Ah.

—Bueno, tenemos otras reuniones con editores después de esta —dijo Lauren mientras recogía sus cosas—, pero les pedimos que, si están interesados, presenten su oferta preliminar mañana por la tarde. Será un proceso ligeramente… diferente al habitual.

Drew y yo intercambiamos una mirada extraña. Normalmente había una puja, a veces una subasta si había varias ofertas, y a Lauren Pearson le encantaban las subastas. Me imaginaba que nos enfrentaríamos a muchos otros sellos, así que no entendía qué podía ser diferente.

Lauren dijo:

—Vamos a llevar a todos los licitadores serios a una segunda ronda, una clase de cocina, en la que evaluaremos cómo trabajan juntos los equipos editoriales. Y para divertirnos un poco. Luego nos quedaremos con la última y mejor oferta, y a partir de ahí decidiremos. —Entrelazó los dedos sobre la mesa—. Y se preguntarán por qué nos tomamos tantas molestias.

«Sí, la verdad».

—Y me gustaría poder decirles más —continuó, disfrutando claramente de colgar un secreto delante de nosotras—, pero esto es solo una reunión preliminar. Examinaremos todas las partes de la oferta y, muy probablemente, siempre que un editor venga a jugar y tenga ideas dinámicas, se le invitará a pasar a la segunda ronda.

Luego se levantó e Iwan-James, tuve que recordármelo, le siguió.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo a Drew, y le estrechó la mano—. Espero poder trabajar contigo en el futuro.

—Eso espero. Podría hacer mucho contigo, respetuosamente —respondió ella.

Sonrió, pero no le llegó a los ojos.

—No tengo ninguna duda.

Drew siguió a la agente hasta la puerta, la guió hasta el vestíbulo y, de repente, me encontré a solas con el talento. Reuní rápidamente todos mis papeles y los metí en mi cuaderno, queriendo marcharme lo antes posible, pero sería de mala educación irme antes que él, y desde luego se estaba tomando su tiempo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿James? —lo llamó su agente literario.

—Ya voy —contestó, y se dirigió hacia la puerta, pero al pasar se inclinó hacia mí y percibí un poco de su costosa colonia, amaderada y penetrante, y susurró en un profundo y delicioso susurro—: Me alegro de volver a verte, Lemon —antes de escabullirse fuera de la sala de conferencias, y yo me quedé con la boca abierta, mirándolo fijamente.

CAPÍTULO 20

Bayas vivas

Los miércoles por la noche estaban habitualmente reservados para tres cosas: vino barato y platos de queso en Berried Alive, un pequeño bar en el Flatiron Building decorado con motivos de la muerte que eran más bonitos que morbosos, y para quejarnos de nuestra semana. Fiona lo llamaba nuestro «vino y lloriqueo» aunque se había estado perdiendo la primera parte durante los últimos ocho meses. Ahora se abría camino a través de la tabla de quesos y se lamentaba de cómo echaba de menos el sabor de un tinto de la casa. Normalmente solo íbamos Fiona, Drew y yo, pero Juliette había tenido una semana especialmente mala, así que también la habíamos invitado.

El bar de vinos estaba muerto esta noche —no era un juego de palabras—, así que conseguimos nuestra mesa favorita en la parte de atrás, con forma de calavera, y eso le hizo mucha gracia a Fiona. Se sentó en la parte superior de la calavera y gritó:

—¡Mira, nena, tengo una cabeza! —con una carcajada, y (no por primera vez) Drew parecía que se iba a tirar al mar. Pedimos lo de siempre, platos de queso y vino barato de la casa, y empezamos nuestra sesión de vino y lloriqueo, porque no era nada si no era terapéutico, y ninguna de nosotras podía permitirse una terapia.

Yo, personalmente, solo quería enterrarme en el centro de la tierra y no volver a salir. Desde ayer, creo que mi corazón no se había calmado.

«Me alegro de volver a verte, Lemon», había dicho Iwan-James, maldita sea, era un autor en potencia. Lo que significaba que se acordaba de mí.

Sabía cómo manejar un montón de situaciones. Sabía a qué números llamar cuando mis autores se quedaban tirados en los aeropuertos, sabía a qué periodistas acudir primero para conseguir primicias exclusivas, sabía cómo causar una buena primera impresión, las mejores palabras que decir para empezar con buen pie, pero nada de eso iba a ayudarme aquí.

Seguía repitiendo la reunión en mi cabeza, una y otra vez, intentando distinguir al Iwan que conocía del James Ashton sentado a la mesa. La forma en que controlaba la sala desde el momento en que empezaba la reunión —era como si no pudiera mirar a nadie más— era exasperantemente sexi y, al mismo tiempo, inalcanzable.

En la mesa, Juliette empezaba a darle vueltas a la campaña en las redes sociales que Rhonda le había encargado, algo que implicaba un baile en TikTok que era, por encima de todo, una completa pérdida de tiempo.

—¡Ni siquiera sé bailar! —gritó, hundiendo la cara entre las manos—. Oh, ¿por qué me eligió a mí?

Fiona dijo:

—Podrías haber dicho que no.

—¿A Rhonda? —preguntó, atónita—. Clementine puede, pero yo desde luego no, y me gusta mi trabajo.

Lo cual, para ser justos, era cierto, aunque Juliette era sin duda la más fuerte de las dos cuando se trataba de campañas geniales e inesperadas. Hace un año —cuando yo estaba de vacaciones— Strauss & Adder tenía que promocionar un libro titulado: «Dibujo estrellas», pero el diseñador de *marketing* había dejado un error tipográfico en un anuncio que se publicó en el New York Times y, lamentablemente, en la gran pantalla gigante de Times Square, donde ponía: «Pujo estrellas». Inmediatamente estalló en Internet y todo el mundo empezó a burlarse de ello, pero en lugar de disculparse y retirar los anuncios por los que nos habíamos gastado demasiado dinero, Juliette decidió

apoyarse en el hashtag #YoTambienPujo. Fue solo una coincidencia que el personaje principal también sufriera de un trastorno gastrointestinal, y la autora, empoderada, salió del armario como una persona con un trastorno gastrointestinal también. Se convirtió en un todo.

Y sí, ese era el diseñador de *marketing* que Rhonda despidió más tarde.

Juliette tenía una agilidad mental que yo no tenía en absoluto, a pesar de haber trabajado como publicista durante más tiempo.

—Bueno, ¿quizá puedas conseguir que lo haga la nueva becaria? —preguntó Drew, y Fiona estuvo de acuerdo.

—¿O la nueva encargada de las redes sociales? ¿Por qué no haces de esto su problema?

—Lo intenté —suspiró—. Ella hizo que fuera mi problema otra vez.

—Bueno, eso es tonto… Clementine, ¿qué harías? —preguntó Fiona—. ¿Clementine?

Tenía la cabeza gacha, desplazándome por Instagram en mi teléfono. Bien, técnicamente un único perfil en Instagram. El de James Ashton. Mi teléfono brillaba, lleno de colores de todos los lugares en los que había estado, el amarillo brillante del Sáhara, el verde intenso de Tailandia, el rosa sakura de Japón… tantos lugares diferentes, absorbiéndolos todos.

Como mi tía.

También había otras personas en su línea de tiempo. Su agente, Lauren, pero también gente con la que supuse que trabajaba en el Olive Branch. Más atrás, también había fotos de mujeres, sonriendo mientras las besaba en la mejilla o se sentaban en su regazo en poses íntimas. Fotos de vacaciones en los Hamptons y viajes intercontinentales con novias agotadas pero felices. Ninguna de esas mujeres permanecía

mucho tiempo en su feed. Como mucho, unos meses, y luego desaparecían, y muy pronto otra mujer se colaba en su vida, y otra.

No muy diferente de mis relaciones, me di cuenta.

—¿Clem? —Fiona repitió—. ¡Tierra a Clementine! —Agitó la mano delante de mi teléfono.

Rápidamente lo golpeé, boca abajo, sobre la mesa.

—¡No estoy mirando nada!

Drew dijo:

—Bueno, eso es sospechoso.

—¿Respondiendo a una pregunta que no hemos hecho y con mala gramática? —añadió Juliette, sonando un poco dudosa—. Eso parece raro.

Fiona estuvo de acuerdo:

—Nunca se le ha dado bien mentir. ¡Dame eso!

Chillé en señal de protesta cuando Fiona agarró mi teléfono, introdujo mi contraseña (¿desde cuándo sabe ella mi contraseña?) y jadeé cuando apareció su Instagram. Enterré la cara entre las manos.

—¡Clementine! ¿Estás enamorada? —preguntó Fiona socarronamente, y mostró al resto de la mesa mi teléfono, como si la repentina revelación fuera escandalosa.

Inmediatamente levanté la cabeza, sobresaltada.

—¡No! ¡De ninguna manera! Me gusta mi trabajo —añadí, como si no hubiera sonado ya mortificada—. Es que… —Apreté mis manos contra los lados de mi cuello, sabiendo que me estaba volviendo de todos los tonos de rojo imaginables, y todas mis amigas me miraron expectantes, porque yo no era alguien que acechara las páginas de Instagram de nadie. Nunca.

Fiona negó con la cabeza.

—Clementine nunca se enamora —dijo, y Drew asintió sabiamente.

—Debe de estar enferma —convino Drew.

—¡Oh, qué flechazo tan encantador! —Juliette añadió—. Espera, ¿es ese el chef?

Me quería morir. No podía decirles que estaba tratando de entender cómo alguien que escribió un artículo tan encantador en Eater podía hacernos una propuesta tan fría, y no quería socavar a Drew y su adquisición. Mi trabajo era respaldarla, así que cualquier sentimiento o reserva que tuviera quedaba en segundo lugar respecto a estar en su equipo. Así que terminé diciendo:

—Bien. Está bien. Tienes razón. Está muy bueno. Espero que lo tengamos.

Juliette parecía intrigada.

—¡Oh! Todo el mundo hablaba en la cocina del trabajo sobre este tipo. ¿Algo sobre un extraño proceso de adquisición?

—Es un poco ridículo, pero vamos a jugar —respondió Drew, y se comió un trozo de queso cheddar de la tabla de embutidos con forma de hueso—. No podemos permitirnos no hacerlo a estas alturas. Estoy segura de que el libro caerá en las manos adecuadas.

—Preferiblemente la tuya —dijo Fiona, y agarró la mano de su mujer y la apretó con fuerza—. Te apoyamos, cariño.

Le quité el teléfono a Fiona y lo metí en el bolso.

—Es imposible que no pasemos a la siguiente ronda. La oferta de Drew fue fantástica y somos un gran equipo. Yo estaría más preocupada por esa clase de cocina.

Juliette chasqueó la lengua contra el paladar.

—Oh, me imagino el seguro que tendría que contratar por eso. Rob siempre tiene que asegurar su guitarra.

La miramos con extrañeza.

—¿Por qué? —preguntó Drew.

Ella respondió, bastante seria:

—Por si estalla en llamas mientras la está tocando.

Pues bien.

Respondió Fiona, ahorrándonos la respuesta tanto a Drew como a mí:

—Si alguien va a quemar su restaurante, será Clementine.

—¡Eh! —grité—. Puede que no.

Señaló:

—Has admitido que has metido papel de aluminio en el microondas.

—Fue una vez y estaba borracha y la chocolatina estaba congelada —dije a la defensiva, y todas se rieron y coincidieron en que todas venderían un riñón por ser una mosca en la pared de aquella clase de cocina.

A continuación, hablaron de sus conjeturas actuales sobre el tiempo que Basil Ray permanecería en Faux antes de arrepentirse de su decisión y volver a Strauss & Adder. Aquí era un pez gordo, pero ¿en Faux? No tanto.

—No va a volver —le dijo Drew a Juliette—. Y aunque lo hiciera, ha agotado la lista de todos los escritores fantasma reputados.

Los ojos de Juliette se abrieron de par en par.

—¿Tiene un escritor fantasma? Oh, la verdad es que tiene sentido. Sus libros de cocina son siempre tan diferentes…

Y volví a desconectar un poco. Unté una galleta de queso brie blando, la cubrí con mermelada de albaricoque y me pregunté qué pensaría Iwan de este lugar. ¿Le gustarían las calaveras de la pared, los terribles juegos de palabras del menú, o pasaría los ojos por el local,

daría media vuelta y se marcharía de inmediato, porque no era un sitio al que fuera su brillante imagen? ¿Él, James Ashton, bebiendo vino de la casa y comiendo el plato de queso más barato en un bar temático de la muerte con un grupo de chismosas?

No podía imaginármelo aquí en absoluto.

Y tal vez fuera lo mejor.

—Hablando de Falcon House —continuó Juliette, después de que Drew mencionara que Ann Nichols también tenía una escritora fantasma—, he oído que el editor ejecutivo de su sección de novela romántica supervisa ahora todo su sello, tanto de ficción como de no ficción.

Fiona silbó por lo bajo.

—¿Son solteros?

Todos la miraron.

—¿Qué? ¡Por Clementine!

—Tiene una prometida —respondí distraídamente, solo para demostrar que, de hecho, estaba escuchando. Tomé otra loncha de queso cheddar (mi favorito, nunca me fallaba) y añadí—: Además, ya me conoces. No tengo tiempo para enamorarme.

CAPÍTULO 21

Puertas rotas

La tarde siguiente, Drew me dio la noticia. La terrible, horrible, exasperante noticia.

—No lo conseguimos —susurró, sentada a la mesa alta de la cocina común, removiendo distraídamente su café solo, y supe exactamente lo que quería decir…

James y su agente habían rechazado nuestra oferta.

Mi visión se volvió roja casi de inmediato.

—¿Qué? Pero…

—Lo sé —me interrumpió con un gran suspiro—. Es imposible que pujáramos menos que Estrange Books, y Tonya me ha dicho que están en la siguiente ronda. No debimos gustarle.

Lo cual era mentira, porque era imposible odiar a Drew, y habíamos elaborado un plan infernal para enviar con nuestra oferta.

—Bueno, se equivoca, y se va a arrepentir.

—Gracias —respondió, y se bajó del taburete de la mesa. Intentaba fingir que la decisión no la había destrozado; al fin y al cabo, era editora y estaba acostumbrada a las decepciones. Pero esto era un poco diferente porque ella había ido tras James Ashton. Lo había perseguido. Y en cualquier otra circunstancia, habría sido la única editora en hacerlo. Solo fue un mal momento, y peor suerte—. Creo que voy a dar una vuelta a la manzana. ¿Le dices a Fiona si viene a buscarme?

—Claro —dije, un poco impotente, mientras ella se marchaba hacia el vestíbulo del ascensor. Esto no tenía ningún sentido. Pensaba que al menos llegaríamos a la siguiente ronda. Me paseé por la cocina, intentando recordar lo que Drew podría haber dicho, lo que podría haber contado durante la reunión de ayer, pero ella estuvo perfecta. Su presentación de Strauss & Adder fue perfecta y su pasión por el proyecto casi tangible. La única otra posibilidad era…

Me congelé sobre mis pasos.

Por mí.

Se acordaba de mí, y no quería trabajar conmigo, y yo era la razón por la que había rechazado nuestra oferta. Una sensación de malestar se instaló en mi estómago porque esa era la única explicación posible.

Hundí esta adquisición. En cuanto supe que era Iwan, debería haberme recusado, pero tenía tantas ganas de verlo y de demostrarle a Rhonda que podía manejarlo…

—Mierda —murmuré, pasándome los dedos por el pelo—. Mierda.

Me gustaría poder decir que la mala suerte acabó ahí, pero Rhonda se enteró de que el chef había pasado de nosotros, y decir que estaba un poco decepcionada era quedarse corto.

Se quedó de pie junto a mi cubículo, repasando la propuesta, nuestros planes y la oferta declinada de Drew con un movimiento de cabeza.

—Debió de ser algo que se dijo en la sala. La oferta es buena, los derechos de autor son ridículamente generosos. —Sacudió la cabeza y, en lugar de devolverme la propuesta, la tiró a la papelera—. Basura, toda ella.

—La agente nos aseguró que era más que probable que todos entraran también en la siguiente ronda.

—Obviamente Lauren mintió. De vuelta a la mesa de dibujo, entonces. Tomemos esto como una oportunidad de aprendizaje y sigamos adelante.

Luego se dio la vuelta y se marchó a su despacho, y resistí el impulso de enterrar la cara entre las manos. Una oportunidad de aprender cuando ya llevaba aquí siete años. Esta reunión preliminar debería haber sido pan comido y, en cambio, había sellado nuestro destino. Me sentí humillada, sobre todo porque había estado tan segura de que pasaríamos a la siguiente ronda.

Y yo había sido la que lo había reventado, y eso nos dejaba sin un jugador importante que ocupara el papel de Basil Ray. A la mierda Basil Ray, en serio. ¿Tenía que ir a Faux?

—Oportunidad de aprendizaje —me recordé a mí misma, abriendo Instagram y echando un vistazo a algunos de los foodgrammers más importantes, descartando a todos los chicos guapos que se cruzaban en mi feed. No eran de fiar.

Para cuando dieron las cinco, ya había planeado cuatro formas distintas de matar a James Ashton y que pareciera un accidente. Incluso tenía un lugar en el Hudson guardado en mi teléfono como el sitio perfecto para deshacerme de su cuerpo, aunque no lo haría. Pero pensar en ello me hizo sentir mejor mientras recogía mi bolso para marcharme.

Llamé suavemente a la puerta del cubículo de Drew y ella levantó la vista del manuscrito que había impreso y al que estaba aplicando un rotulador rojo.

—Hola —dije suavemente—. ¿Vas a estar bien?

—No es la primera vez que pierdo una puja, Clementine —me recordó, dejando el manuscrito—, pero gracias por comprobarlo.

Intenté que mi pesar no se notara demasiado, porque yo era la razón por la que él había pasado de nosotros. Al fin y al cabo, se había acordado de mí. ¿Y si acababa odiándome después de aquel fin de semana, o yo lo había molestado en secreto, o no quería trabajar con alguien a quien había besado, una vez, hacía mil años?

Yo era la razón por la que perdimos este libro. ¿Y si me convertí en la razón por la que Strauss & Adder quebraba? Eso era una tontería, yo sabía que era una tontería. Las editoriales no quebraban por una adquisición fallida.

Intentaba que no cundiera el pánico.

Drew miró el reloj y dio un respingo.

—¿Ya son las cinco? No puedo creer que me vaya después de ti.

—Por eso te pregunté si estabas bien.

—¡Ja! Oh, gracias. Estoy bien. ¿Nos vemos el lunes?

—No trabajes hasta muy tarde —le dije, despidiéndome con la mano, y me dirigí al vestíbulo del ascensor antes de que pudiera ver el pánico que se apoderaba de mi rostro. Me dirigí al gran edificio blanquecino con leones en los aleros y pensé que tal vez el hecho de que uno de ellos se rompiera y cayera sobre mí (una pesadilla recurrente que tenía de niña) podría ser una buena forma de pasar unos meses en coma antes de despertar, haber olvidado todo el verano y volver al trabajo sin saber nada de James Iwan Ashton.

Hoy era uno de esos Manhattanhenges, y mientras el sol se ocultaba entre los edificios, turistas y manhattanitas por igual se agolpaban en los pasos de peatones, sacando sus teléfonos para capturar cómo los naranjas y amarillos y rojos estallaban en el horizonte justo al otro lado de la calle. No me detuve mientras cruzaba detrás de los turistas. El fenómeno solo duró unos minutos, ya que el crepúsculo se asentó sobre la ciudad como un resplandeciente amanecer de tequila, y cuando abrí las puertas del Monroe, ya había terminado.

Earl me saludó al entrar. Iba por la mitad de su siguiente novela de misterio: Muerte en el Nilo. Yo solo quería llegar al apartamento de mi tía, darme un baño con una bomba de baño, hundirme en el agua y disociarme un rato mientras escuchaba la banda sonora de Moulin Rouge.

El ascensor tardó mucho en llegar y, cuando entré, olía un poco a ensalada de atún, lo cual… era tan desagradable como suena. Me apoyé en la barandilla, miré mi reflejo deformado y me acaricié el flequillo suelto, aunque el día había sido tan húmedo que el pelo se me deshilachaba en las puntas.

No había forma de evitarlo.

El ascensor me dejó bajar en la cuarta planta y conté los pisos hasta el B4. Me moría de ganas de salir de esta falda. Después de bañarme, me pondría unos pantalones de chándal, sacaría el helado del congelador y vería una repetición de algo terrible.

Abrí la puerta y entré a trompicones, quitándome las zapatillas en la puerta…

—¿Lemon? —dijo una voz desde la cocina, profunda y familiar—. ¿Eres tú?

CAPÍTULO 22

Consejos no solicitados

El apartamento olía a comida —cálida y especiada— y los suaves sonidos de una radio zumbaban por el apartamento, tocando una melodía que había sido popular años atrás.

Conocía esa voz. Mi corazón se hinchó en mi pecho, tanto que sentí que podría estallar.

Di un paso y luego otro.

De ninguna manera. De ninguna manera.

—¿Iwan? —llamé vacilante… *¿optimista?*

¿Tenía esperanzas o sentía pavor en el estómago? No estaba segura. Di otro paso por el pasillo, deslizándome fuera de mis pisos. ¿Qué posibilidades había?

El sonido de unos pasos atravesó la cocina y entonces un hombre de pelo castaño y ojos pálidos asomó la cabeza por la puerta.

Y la puerta se cerró tras de mí.

Iwan llevaba una camiseta blanca sucia, con el cuello estirado, y unos vaqueros deshilachados, tan diferente del hombre estirado que se había sentado frente a mí en la sala de conferencias, desprovisto de todo lo que le hacía brillar. Sonreía con esa sonrisa suya, amable y encantadora, como si se alegrara de verme.

Porque lo hacía.

Imposible, imposible, esto es…

—¡Lemon! —me saludó alegremente, e incluso la forma en que dijo mi estúpido apodo era diferente. Como si no fuera un secreto, sino un santuario. Abrió los brazos y me abrazó. No me gustaban mucho los abrazos, pero el repentino aplastamiento contra su pecho, la cercanía, hicieron que el corazón se me clavara en la caja torácica. El miedo se convirtió en mariposas revoloteantes, terribles y esperanzadas. Olía a jabón y canela, y me encontré rodeándolo con los brazos y abrazándolo con fuerza.

«Te conocí en mi época, y eres tan diferente», quise decirle, apretando mi cara contra su pecho, pero dudo que me creyera. «No sé por qué has cambiado. No sé cómo».

Y, más tranquila, «no te conozco de nada».

—Eres un regalo para la vista. Y llegas justo a tiempo para la cena —me dijo en el pelo—. Espero que te guste el japchae.

Me quedé mirándolo como si fuera un fantasma. Me zumbaba el cerebro. El apartamento lo había vuelto a hacer, como con mi tía y Vera. Pero, ¿por qué ahora? ¿Otra encrucijada?

Iwan frunció el ceño y me soltó.

—¿Pasa algo?

—Yo…

Me di cuenta de que no me importaba. Él estaba aquí. Yo estaba aquí.

Y fui más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

—Siento —solté—, no haber vuelto.

—¿Todo bien con tu apartamento?

—¿Qué?

—Con las palomas —dijo.

—¡Oh, sí! Todo va bien. Solo vine a ver cómo estabas. Para ver cómo estabas. Siento no haber llamado antes.

—Está bien, está bien, estaba seguro de que volverías. Bueno —añadió, con una tímida sonrisa—, al menos lo esperaba.

Nos quedamos allí de pie durante otro momento incómodo. Como si quisiera decir algo, y yo también. «Te eché de menos», pero ¿era demasiado atrevido? «Te he echado de menos a *ti*», eso habría sido demasiado raro. Quería sacudirlo y preguntarle si yo era la razón por la que había rechazado la oferta de Drew, pero él no era ese hombre.

No sería ese hombre hasta dentro de unos años.

Luego se aclaró la garganta y me invitó a pasar a la cocina, donde apagó la radio y volvió a los fogones. El momento pasó. Lo seguí, dejé el bolso junto a la encimera y me subí al taburete, como si fuera algo rutinario. ¿Era rutina a estas alturas? Me sentía cómoda. Parecía irreal.

—¿Cómo has estado? —preguntó, agarrando la cuchara de madera que había abandonado en la sartén y removiendo lo que hubiera dentro.

—Bien. —Luego, cuando me di cuenta de que había utilizado esa palabra tan a menudo en las últimas semanas, añadí con más sinceridad—: Un poco agobiada, la verdad, pero he estado pintando más. —Luego eché mano al bolso que tenía a los pies y saqué la guía de viajes de Nueva York para enseñarle mis nuevos cuadros. Por fin había coloreado el de las chicas en el metro, y me gustaba mucho cómo habían quedado, bañadas en azules y morados.

—¡Oh, qué preciosidad! —exclamó, y agarró la guía para ojearlas y verlas todas—. Son realmente increíbles. Te diré una cosa, algún día, cuando tenga un restaurante, te encargaré unas cuantas piezas.

Pensé en el Olive Branch y en su propuesta de libro de cocina.

—Dudo que sean de tu estética.

—Por supuesto que sí. —Cerró el libro y me lo devolvió—. ¿Qué me dices?

Me sentí halagada, fue un bonito pensamiento.

—No acepto comisiones, por desgracia.

—Entonces, ¿qué tal un intercambio? —respondió—. Cena en mi restaurante para el resto de mi vida.

Pintó un futuro encantador. Me habría embelesado con él, si existiera.

—De acuerdo —dije, porque no existía—, pero solo si consigo mi propia mesa.

—Reservaré para ti cada noche la mejor mesa de la casa.

—Trato hecho, Chef —le contesté, tendiéndole la mano y él me la estrechó, con un apretón firme y cálido y los dedos callosos. Al menos su apretón de manos no había cambiado en el futuro. Excepto quizá en aquella sala de reuniones, donde había apretado un segundo más de la cuenta.

—Te vas a arrepentir —le dije, mientras él volvía a su cacerola hirviendo a fuego lento, y yo volvía a guardar mi cuaderno de bocetos de viaje en el bolso.

—No, no creo que lo haga.

No, simplemente lo olvidaría.

Hice balance del apartamento. En las últimas semanas desde que me había ido, se había sentido como en casa. Había platos secándose en el estante, y unas cuantas migas en el aire acondicionado de fuera, donde anidaban Mother y Fucker. Sacó dos cuencos florales del armario y los emplató con una especie de fideos con verduras y carne. Llevó ambos a la mesa amarilla y ni siquiera preguntó antes de sacar una nueva botella de vino.

—Me acordé de que te gustaba el rosado, así que compré más por si volvías por aquí —dijo, para mi sorpresa, e hizo un gesto hacia la mesa—. Podemos comer.

—Vaya, ¿tratas de impresionarme? —bromeé, bajándome del taburete y uniéndome a él en la mesa. Era tan fácil convivir con él. Tal vez fuera su sonrisa despreocupada, la forma en que me desarmaba como muy pocas otras cosas lo hacían. Fuera lo que fuese, el pánico que se había instalado en mis huesos desde el encuentro con James, y más tarde la oferta perdida, desapareció.

—¡Ja! Tal vez —cedió, se sentó frente a mí y nos sirvió a los dos una copa de vino—. *Bon appétit*, Lemon.

Me quedé colgada de cómo decía mi nombre, como si fuera algo tierno.

—¿Puedes repetirlo? —pregunté, antes de darme cuenta inmediatamente de lo raro que sonaba.

—¿Qué, *bon appétit*? —Hizo una mueca—. Sé que soy pésimo en francés, no tienes que restregármelo…

—No, mi apodo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el borde de su boca y, apoyándose en los codos, dijo:

—¿Así que ahora te gusta?

La mortificación me subió por el cuello.

—No. Solo… necesito acostumbrarme. Porque está claro que no vas a parar. —Pero, por supuesto, él no me creía. Yo tampoco me creía a mí misma—. No importa —añadí rápidamente.

De repente, el agudo timbre de un teléfono celular atravesó la cocina.

—No es el mío —le dije, porque mi celular no funcionaba en el pasado.

—Lo siento —murmuró, poniéndose en pie de nuevo, tomó un viejo teléfono plegable del cargador de la encimera. No le gustaba la tecnología, ¿verdad? Leyó el identificador de llamadas y arrugó la nariz, algo que solía hacer cuando estaba confuso—. Lo siento, tengo que responder —dijo, y contestó mientras se iba al dormitorio—. Hola, mamá. ¿Pasa algo?

Me senté en silencio, mirando mi plato de fideos fríos, verduras y carne. ¿Debería seguir adelante y comer o…? Intenté no escuchar a escondidas, de verdad, pero las paredes de este apartamento eran finas como el papel y el dormitorio estaba justo al otro lado de la cocina.

—Sí, todavía estoy buscando un sitio… no, estoy bien, estoy bien —dijo riendo—. Deja de preocuparte tanto, ¿quieres? Mira, tengo una amiga en casa. Te llamo luego… Te lo prometo. —Una pausa—. Te avisaré. Yo también te quiero. Buenas noches.

Mientras volvía, intenté fingir que estaba haciendo algo: doblé la servilleta, la desdoblé, inspeccioné los cubiertos (ni siquiera me había dado cuenta de que mi tía tenía palillos de metal) y, cuando se sentó, preguntó:

—¿Mis habilidades para lavar los platos dejan algo que desear?

—No, no, están perfectos —contesté rápidamente, dejando los palillos—. Yo solo… Um. Mi reflejo en el… Las paredes son finas —admití, y él resopló una carcajada.

—Mi mamá. Está muy preocupada. Como las madres —añadió poniendo los ojos en blanco y agarrando una servilleta de la mesa—. De todos modos, te manda saludos.

—¿Le has hablado de mí? —pregunté, sorprendida.

—Le he dicho que he conocido a una amiga —respondió—. Y así, por supuesto, ella asume inmediatamente que vamos a fugarnos a Las Vegas.

—Vaya, eso sí que es un salto.

—Esa es mi madre. —Se rio—. ¿Vamos a comer?

—*Bone appetite* —le dije, haciendo que casi se atragantara con su vino al ir por un trago, soltando una carcajada, y di un bocado a la comida para no parecer demasiado engreída. Resulta que me moría de hambre. Los fideos fríos estaban deliciosos, y la carne era tan tierna que casi se deshacía en la boca.

—Una buena paletilla de cerdo nunca me defrauda —respondió—, y hay que reconocer que esto es una especie de comida reconfortante para mí. Han sido unas semanas duras.

—¡Oh! ¡Tu entrevista! —jadeé, recordando de repente. Tenía un aspecto un poco desmejorado, ahora que lo pienso. Tenía el pelo grasiento y echado hacia atrás, y la camisa blanca que llevaba parecía haber sufrido mucho hoy, con el cuello caído, dejando al descubierto la marca de nacimiento que tenía en la clavícula. Aparté inmediatamente la mirada—. ¿Conseguiste el trabajo?

Tragó un bocado de comida antes de hacer una pose y decir:

—Soy oficialmente su nuevo lavavajillas. Se me había olvidado lo agotador que era. —Me enseñó las manos. Ya estaban secas y agrietadas, y cuando le sujeté la mano, su piel era áspera al tacto.

—Necesitas una buena crema hidratante —le dije mientras se las echaba hacia atrás y miraba con desolación el lecho de sus uñas—. O guantes de goma.

—Probablemente…

—Todo irá bien. No es como si fueras a ser un lavaplatos para siempre.

—No, y manos agrietadas aparte, ha sido genial. He trabajado en cocinas antes, pero hay algo en el Olive Branch que simplemente…

—¿Ese es el nombre del restaurante? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—¡Ah, sí! ¿No te lo había dicho? —Cuando negué con la cabeza, esbozó una sonrisa de disculpa—. Deberías venir alguna vez. Te lavaré los platos muy bien.

—Me siento halagada, Iwan.

Sonrió, hizo girar los fideos alrededor de los palillos y comió otro bocado.

—El jefe de cocina es magnífico. Sabe exactamente cómo sacar lo mejor de todos sus cocineros. Dirige un barco muy apretado, pero estoy deseando que llegue —dijo, casi con reverencia, y luego arrugó la nariz—. Bueno, sobre todo.

Enarqué una ceja.

—Hay un puesto de cocinero y quiero solicitarlo, pero…

—¿Pero qué? Hazlo. Los apartamentos por aquí son estúpidamente caros.

—Lo sé, pero me acaban de contratar, así que no estoy seguro de que deba hacerlo. No me lo he ganado, en realidad, y hay otro tipo que lo solicita, de todos modos. Prepara verduras. Todo el mundo piensa que lo va a conseguir.

—Por eso —adiviné—, ni siquiera vas a intentarlo.

—No estoy seguro de si debo hacerlo ¿Y si no soy lo suficientemente bueno? ¿Y si hago el ridículo delante del Chef? He tenido suerte con esta oportunidad de estudiar con el ídolo de mi abuelo. El abuelo nunca recibió entrenamiento formal, y quiero esto más que nada. Quiero que se sienta orgulloso, ¿sabes? Y no sé si…

Me acerqué y puse mi mano sobre la suya. Se sobresaltó y guardó silencio, bajó la vista hacia mi mano y luego volvió a mirarme. Le froté suavemente la piel con el pulgar.

—James Iwan Ashton —le dije suavemente—, tienes talento y eres incansable, y te mereces ese puesto tanto como cualquier otro.

—No he pagado mis cuotas…

—¿Y quién decide qué cuotas hay que pagar? Si quieres algo, tienes que ir por ello. Nadie estará más de tu parte que tú.

Vaciló.

Enrosqué mis dedos alrededor de su mano y la sujeté con fuerza.

—Sé despiadado con tus sueños, Iwan.

Cambió de mano y en su lugar entrelazó nuestros dedos, los suyos secos y agrietados, y los míos suaves y pálidos.

—De acuerdo —aceptó finalmente, y volvió a dirigirme esos preciosos ojos grises—. Aunque creo que nunca te he dicho mi nombre de pila.

—Claro que sí —respondí rápidamente, deslizando mi mano fuera de la suya. Volví a mi comida—. ¿Te acuerdas? La primera noche. —Me di un golpecito en un lado de la cabeza—. Este cerebro es como una trampa de acero.

Se rio entre dientes.

—Seguro que sí. —Ladeó la cabeza, debatiendo por un momento—. ¿Te he hablado alguna vez del restaurante que quiero abrir?

Eso despertó mi interés y me senté un poco más erguida.

—¿No?

Se animó como un perro al que le ofrecen un hueso.

—¿No? Bien, Bien, imagínatelo: largas mesas familiares. Las paredes rojas. Todo cómodo, el cuero de las sillas estará muy trabajado. Conseguiría que un artista local diseñara las lámparas de araña, contrataría a toda mi gente favorita, pondría tu arte en las paredes —añadió con un guiño—. Será un lugar en el que te sientas un poco como en casa, ¿sabes?

Pensé en los platos del libro de cocina que me propuso —los fideos en hielo seco, las albóndigas que necesitaban una vaporera comercial, la receta de salsa de chile que requería pimientos africanos Orange Bird poco comunes— y no me lo podía imaginar.

—Suena como un sitio donde comería, y odio comer en restaurantes —le contesté—. ¿Cómo se llamaría?

—No lo sé. Nunca le he puesto nombre. —Sonrió, lento y derretido como la mantequilla—. Creo que tengo unos cuantos años para averiguarlo.

Siete, para ser exactos.

Terminó el resto de su vino mientras yo dejaba los palillos, porque aunque quedaba un poco, no podía terminarlo. Hizo un gesto hacia el cuenco y le dije:

—Oh, sí, por favor, tómalo.

—No soy más que un agujero negro gastronómico —respondió, poniendo mi cuenco encima del suyo.

Bebí mi vino y me senté mientras terminaba mis fideos. Una idea se formaba lentamente en mi cabeza.

—Entonces, tengo un escenario para ti.

—Vamos —dijo, con la boca llena.

—Hay un autor, ¿verdad? En el trabajo. —Intenté mantenerlo lo más anónimo posible—. Mi amiga y yo estábamos en una puja; se suponía que todos los postores iban a pasar a la siguiente ronda, pero… nos rechazó.

Sus cejas se alzaron.

—¿Así de fácil?

—Sin más. Y es frustrante porque sé que estaría increíble con mi amiga. —Me mordí la uña del pulgar, antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo y detenerme rápidamente—. ¿Qué harías tú?

—¿Sabes por qué pasó de ustedes?

Por mi culpa, me temo.

—No lo sé.

—Hmm. Eso es difícil. —Empezó a levantarse con nuestros cuencos, pero le aparté la mano de un manotazo y me llevé los platos yo misma.

—Tú cocinas, yo limpio, ¿recuerdas? —declaré, y abrí el grifo del fregadero, esperando a que se calentara. Me siguió a la cocina y, cuando me quedé allí de pie, enganchó la barbilla en mi hombro y se apoyó en mí. Olía a jabón de fregar y a lavanda, y necesité toda la voluntad de mi cuerpo para no derretirme en él como un helado en la acera en verano—. Bueno —dijo, su voz retumbando contra mi piel—, ¿podrías ir e intentar convencerlo?

Solté una carcajada.

—Lamentablemente, no funciona así. Y para empeorar las cosas, tanto la carrera de mi amiga como la mía estaban en juego. No lo entiendo. Deberíamos haber pasado a la siguiente ronda.

—Es una pena que no sea chef. En los restaurantes, una buena cocina es un buen equipo. Todos trabajamos en equipo y la mayoría de las veces es mejor si todos nos caemos bien. Mis amigos han estado en sitios donde todo el mundo se metía con todo y era tan horrible que lo dejaron. Las personas son lo más importante en cualquier cocina.

¿La personas? Lo miré fijamente.

—¿De verdad crees eso?

Se encogió de hombros, como si fuera una obviedad.

—Por supuesto. No nos pagan lo suficiente para trabajar en un sitio de mierda, sobre todo si tenemos el currículum para ir a otro sitio.

Cerré el grifo y me quedé mirándolo, con el cerebro a cien por hora. Dios mío, eso era. Todo lo que tenía que hacer era apelar al chef que hay en él, el que me dijo exactamente esto. Seguro que ya había pasado por una mierda en la cocina; por lo que había leído, los hay a montones. Era una posibilidad remota, pero yo creía en las posibilidades remotas.

Dudó.

—¿Qué? ¿Hay algo en mi…?

Me giré hacia él, miré sus preciosos ojos color luna y le puse las manos a ambos lados de la cara, aplastándole las mejillas.

—¡Eres un genio, Iwan!

Parpadeó.

—Yo… ¿lo soy? Quiero decir, claro que sí.

—¡Un genio! —Tiré de su cara hacia abajo para besarlo. Sus labios, suaves y cálidos, se sobresaltaron al principio. Apenas se dio cuenta antes de que me apartara—. Nos vemos luego, ¿bien? —Me di la vuelta para marcharme, pero me agarró de la mano y tiró de mí. Me agarró con fuerza, más que de costumbre. De un modo desesperado y anhelante.

—Un momento —murmuró, y volvió a besarme.

Esta vez estaba listo para mí, su boca hambrienta, y me fundí con él. Enrosqué mi mano libre alrededor de su camisa, manteniéndolo cerca. Me soltó la mano y, agachándose para agarrarme por la cintura, me levantó del suelo y me plantó sobre la encimera. Me miró a los ojos y su palidez se tornó tormentosa. Su pelo suelto le caía sobre la cara, y había trozos de oro en él cuando las luces fluorescentes de la cocina le daban justo en el blanco.

—Incentivo —gruñó, y me besó una y otra vez, rápidos chasquidos por mis mejillas, contra mi cuello—, para que vuelvas un poco antes.

—¿Tanto me has echado de menos? —le pregunté, rodeándole el cuello con los brazos.

Murmuró contra mi boca:

—Tendría que mentir para decir que no.

¿Y lo peor de todo? Quería quedarme. Quería quedarme mientras me besaba sabrosamente, sus manos me agarraban los muslos mientras se inclinaba sobre el beso. Pero podía ver la hora en el microondas detrás de él, y ya eran las nueve. Si quería llegar al Olive Branch antes de que cerrara, tenía que irme ya.

—Volveré —susurré, lamentando tener que irme.

No me creyó.

—¿Lo prometes?

—Prometido.

Aunque realmente no dependía de mí, técnicamente no era una mentira. Volvería a verlo. Pero si el apartamento me había traído de vuelta ahora, sabía que podría hacerlo de nuevo, y de alguna manera en mi corazón sabía que lo haría. Así que me besó por última vez mientras me deslizaba fuera de la encimera, como si quisiera sellar la promesa con sus labios, y supe que tenía que irme entonces si quería irme del todo, porque cada vez era más difícil separarse.

«Recuerda la segunda regla», me dije, y me alejé de él. Recogí mi bolso y la poca resistencia que me quedaba, y huí antes de convencerme de quedarme.

CAPÍTULO 23

Curso principal de acción

Sabía que era una mala idea, pero no tenía otra. No si iba a salvar esto.

Llamé a un taxi, le dije al conductor que se dirigiera al Olive Branch, en el SoHo, y no tardé ni veinte minutos en encontrarme frente al restaurante. Sin un plan. Las puertas estaban abiertas de par en par, las ventanas abiertas para dejar entrar el aire del verano. La clientela nocturna era muy distinta de la que había visto durante el almuerzo: jóvenes a la última moda con sus nuevos vestidos relucientes, haciendo fotos de la comida mientras apenas probaban bocado, y la mayoría de los platos solo tenían un bocado. Me sentía más fuera de lugar de lo que me había sentido en mucho tiempo, y eso casi me impidió entrar, pero luego me armé de valor y pensé en lo que había dicho mi tía…

«Finge que perteneces a este lugar hasta que lo hagas».

La recepcionista me paró delante de la casa y me preguntó a nombre de quien estaba mi reservación. Ese fue mi primer obstáculo. No tenía, obviamente, y no me dejaría entrar en el restaurante si no lo tenía. Así que eché los hombros hacia atrás y levanté la barbilla, y fingí como los mejores.

—Vengo a ver a James.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par. Me miró de arriba abajo.

—¿Y usted es…?

Cierto, mucha gente quería verlo estos días, y dudaba que se lo hubiera pensado dos veces sobre mí. Lo cual era extraño, ya que todavía sentía el toque fantasma de su boca en la mía.

—Yo…

Nadie importante: una publicista de una editorial que había rechazado. Eso desde luego no me llevaría a verlo. Así que pensé rápido. ¿Qué haría mi tía? Se había puesto innumerables sombreros a lo largo de los años, fingiendo pertenecer a algún sitio hasta que lo hizo.

—Soy periodista. Para… para… —Eché un vistazo a una pila de revistas que había detrás de la recepcionista—. Salud femenina.

Intenté no hacer una mueca de dolor. Era una mala mentira.

Ella frunció el ceño, dándome otra mirada.

—¿A James?

—En un artículo sobre cómo acelerar el corazón de las mujeres. —Me estaba hundiendo más y más.

—Es un poco tarde, ¿no?

—Nunca es demasiado tarde, ese es el lema de un periodista. ¿Está aquí?

Frunció los labios, apretó el auricular y dijo algo. Esperó un momento y luego asintió.

—Lo siento, tendrás que venir… ¡Espera un minuto!

Había pasado a su lado como si tuviera un trabajo que hacer. Técnicamente sí, pero no era lo que ella pensaba.

—Puedes decirle que estoy aquí —dije por encima del hombro, y me zambullí en el oscuro y decadente restaurante que no podía permitirme. Ella graznó en respuesta, pero no hizo ningún movimiento

para detenerme. Tenía demasiada gente a la que saludar y sentar, y probablemente no le pagaban lo suficiente.

Esquivé a un camarero que llevaba una pesada bandeja a una mesa grande y me deslicé por el pasillo que conducía a la cocina y los baños. Las puertas metálicas de la cocina se abrieron, un camarero salió corriendo con una bandeja llena de platos hermosamente emplatados, y yo me hice a un lado mientras él pasaba, atrapando la puerta metálica antes de que se cerrara. Era el momento.

—A Mordor —susurré, y entré.

Una mujer mayor con un corte pixie de color verde azulado levantó la vista del último plato —un plato de pescado de algún tipo— y su cara se arrugó con fastidio.

—La cocina está fuera de los límites —dijo, y gritó algo detrás de ella para una salsa o algo así. Debía de ser la ayudante.

Todo en la cocina era un caos. La gente gritaba: «¡Atrás!» mientras acercaban sartenes chisporroteantes a la parte delantera para emplatar, o «¡Esquina!» mientras se daban la vuelta, arrojando los platos a los fregaderos de la parte trasera. Era todo muy abrumador, pero me obligué a mantenerme firme.

Otro camarero me pasó a la cocina y dejó un ticket en la estación con el ayudante, que lo agarró y gritó el pedido de vuelta a la cocina.

Luego se volvió hacia mí y dijo, de nuevo, un poco molesta:

—La cocina está prohibida.

—Solo estoy buscando…

Hizo un gesto al camarero que estaba a mi lado.

—Sácala de aquí.

A mi lado, el camarero, un tipo desgarbado de unos veinte años, se giró y abrió los brazos para intentar acorralarme de nuevo en el pasillo.

—Lo siento, señora —murmuró, mirándose los zapatos y sin mirarme a los ojos.

Intenté apartarlo.

—¡Espera, espera, quiero hablar con el jefe de cocina!

—Todo el mundo lo hace —respondió la ayudante, sin dignarse siquiera a levantar la vista mientras limpiaba el borde de un plato caliente emplatado—. Tú no eres especial.

Bueno, eso fue grosero. El camarero me agarró del brazo, pero me zafé.

—Mira, solo necesito unos minutos…

—¿Lo ves aquí? ¡Fuera! —volvió a gritar, agitando la mano, y el camarero me empujó fuera de la cocina. Nunca en mi vida me habían maltratado con tanta disculpa. Murmuró—: Lo siento, lo siento, lo siento —mientras me sacaba por la puerta.

Tropecé de nuevo hacia atrás en el pasillo, y Mordor se cerró en un destello de puertas plateadas batientes.

—Espera, por favor, solo necesito hablar…

—¿Pasa algo?

El camarero se congeló. Yo me congelé. El corazón me golpeó el pecho.

Se volvió rápidamente hacia la voz que había detrás de mí.

—Chef —murmuró, todavía mirando al suelo—. Lo siento. Vino a la cocina preguntando por usted.

—¿Ahora sí? —retumbó. Sentí que se me erizaba la piel.

—La Chef Samuels me pidió que la sacara.

—Espero que no permanentemente.

El camarero dio un respingo.

—Yo… uh…

—Es una broma —se lamentó, casi con lástima, y luego le hizo un gesto para que se fuera—. Ya la tengo. Puedes volver al trabajo.

—Sí, Chef. —El camarero asintió de nuevo, y rápidamente se fue a atender sus mesas.

Cuando el mequetrefe se fue, oí retumbar al chef:

—No eres de una revista.

Giré sobre mis talones y me volví hacia James Ashton. Se me hizo un nudo en el estómago. Hacía apenas media hora, tenía su boca en mi cuello, su aliento en mi piel, y ahora no podíamos estar más separados.

—James —lo saludé, tratando de mantener el tono de voz.

Esperaba que esto funcionara.

Esperaba que Iwan tuviera razón.

Llevaba el uniforme de cocinero, una filipina blanca abotonada por delante, tensando sus anchos hombros.

—¿Sí, Clementine?

—Rechazaste nuestra oferta.

—Lo hice, y si es por eso por lo que estás aquí —dijo con cuidado—, mi decisión es definitiva.

El corazón se me desplomó en los dedos de los pies.

—Espera, escúchame…

—Lo siento —continuó, dejando caer los brazos a los lados y pasó junto a mí en dirección a la cocina—. Realmente necesito volver al trabajo…

Giré sobre mis talones.

—¿Es por mi culpa?

Se detuvo sobre sus pasos, de espaldas a mí. Tenía las manos tan apretadas que sentía que las uñas me hacían muescas en las palmas.

—¿Es por mí? —repetí—. Porque tú y yo…

Me miró por encima del hombro y ésa era toda la respuesta que necesitaba.

Fue por mi culpa. Mis puños empezaron a temblar. Probablemente debería haberme sentido triste porque me odiaba, pero ¿castigar a Drew? No estaba triste, me estaba enfadando.

—Espera, ¿no te parece un poco duro?

Se volvió hacia mí.

—No, en realidad.

—Ni siquiera hicimos nada —dije, dando un paso hacia él mientras retrocedía—. Solo nos besamos un par de veces. Solo eso. —Di otro paso, y él se apretó contra la pared, enmarcado entre un candelabro y un bodegón de un frutero—. Y estoy segura de que has hecho más que eso desde entonces, James.

Sus pálidos ojos se abrieron de par en par.

—Um… bueno…

—Entiendo que no te guste o que quieras olvidarme, pero ¿rechazar la oferta de Strauss y Adder por mi culpa? —Seguí adelante porque el Iwan que yo conocía y el hombre que tenía delante no podían ser más diferentes, y me daba igual el éxito que tuviera ahora o lo guapo que fuera, yo tenía una huella editorial que salvar.

—Clementine —dijo, y odié lo nivelada que seguía siendo su voz, su serenidad—, ¿de verdad crees que deberíamos trabajar juntos? ¿Crees que esto… —hizo un gesto entre nosotros—, sería una buena idea?

—¡Creo que tú y Drew trabajarían muy bien juntos! Y creo que Strauss y Adder trataría muy bien tu trabajo. No importa que yo sea condenadamente buena en mi trabajo, y sé que lo soy. No dejaré que

un rencor personal o lo que sea que tengas contra mí afecte a lo duro que trabajaré para ti y tus libros. —Mis manos se cayeron de los puños—. Sé que mi venida aquí es poco profesional, pero tu dijiste una vez que son las personas las que hacen un buen equipo, y todos en Strauss y Adder son buenos. Son trabajadores y honestos, y tú te lo mereces. Y se merecen una oportunidad. Una de verdad.

Y no estaría aquí haciendo el ridículo si no fuera importante. Strauss & Adder necesitaba un gran autor para llenar el vacío que dejaba Basil Ray, y si no lo conseguíamos, sería un muy mal presagio para mi trabajo y el de todos los demás en el sello. Basil Ray no sería la razón del cierre de Strauss & Adder, pero me negaba a hacer de ese viejo críptido el clavo de este proverbial ataúd.

Frunció los labios, esperando que yo rompiera primero el contacto visual, pero finalmente lo hizo y apartó la mirada. Se le crispó un músculo de la mandíbula. Murmuró:

—No me gusta que uses mis propias palabras contra mí…

—Admítelo —le dije, dándole un puñetazo en el pecho—, es una buena jugada.

Arrugó la nariz, la primera pequeña grieta en su fachada. La primera pequeña señal de mi Iwan.

—Es… también bastante entrañable —admitió—, y un poco sexi.

Parpadeé.

—¿Sexi?

A lo que él respondió, con su cara a centímetros de la mía, tan cerca que podía sentir sus palabras en mi piel:

—Me tienes contra la pared, Lemon.

… *Oh*.

Por fin me di cuenta de lo cerca que estábamos. Tan cerca que podía ver mi reflejo en los botones pulidos de su filipina de chef. Poco

profesionalmente cerca. Y de repente, esa horrible sensación delatora regresó. El Pop Rocks en mi estómago, cómo casi me hacía sentir enferma. El calor subió a mis mejillas y me aparté rápidamente, con las orejas ardiendo.

—Lo siento, lo siento.

—No me estaba quejando…

—Me retiro de la puja —interrumpí—. Debería haberlo hecho desde el principio, cuando me di cuenta de quién eras. Fue culpa mía. Juliette puede ocupar mi lugar, es una publicista encantadora y…

—No, está bien. —Con un suspiro, se frotó el costado del cuello. Los gritos de la parte delantera de la cocina llevaron por el pasillo como un eco a través de una cueva. El murmullo de la casa era fuerte, el tintineo de los utensilios sobre la vajilla, las risas de los amigos. Más bajo, murmuró—: Pensé que no querrías trabajar conmigo.

Mis ojos se abrieron de par en par. Volví a mirarlo.

—¿Qué?

—Eso es lo que yo pensaba. Pensé que solo estabas jugando limpio en la sala de conferencias. No estabas exactamente amigable allí. Tenías esa mirada en los ojos. Ya sabes, la… —E hizo un movimiento de pellizco con las manos hacia las cejas. ¿Se refería a mi…?—. ¡Ésa! Esa misma.

La mortificación me invadió.

—¡Pensé que no querías verme! —No lo has hecho en siete años. Ni siquiera has venido a buscarme. Di un paso atrás y me pasé los dedos por el pelo—. Dios mío.

—Lo siento —aceptó, aunque parecía querer decir otra cosa—. Realmente me encantó la energía de Drew. Parece que sería genial trabajar con ella.

—Lo es —insistí—. ¿Entonces lo reconsiderarás?

—Yo… tendré que hablar con mi agente —respondió, y volvió a restregarse el costado del cuello… antes de darse cuenta de lo que hacía y detenerse rápidamente. Puso las manos a los lados.

Al menos era mejor que donde estábamos antes.

—Bien —respondí brevemente.

—De acuerdo.

Su ayudante chef asomó la cabeza en la zona trasera. No parecía sorprendida en absoluto de encontrarnos allí.

—¡Chef, deja de coquetear, te necesitamos aquí!

—Sí, Chef —respondió, y empezó a dirigirse al frente de la cocina, pero se volvió hacia mí y me susurró—: No me gusta cuando nos peleamos, Lemon —y me dejó en el pasillo, el sonido de su apodo para mí como un caramelo al final de la cena, dulce y perfecto, y yo no podía quitarme la sensación de que tal vez (tal vez) estaba sobrepasada.

CAPÍTULO 24

Un regalo no deseado

Y así fue como Drew se encontró flotando en las nubes el viernes por la tarde. Sacó todos los libros de cocina que Strauss & Adder tenía de las estanterías como si fuera un ratón de biblioteca en una librería donde todo era gratis, mientras Fiona y yo le enviábamos enlaces de tutoriales de YouTube y hacíamos una lista de programas de cocina de Netflix para pegarnos un atracón cada hora que estuviéramos despiertas este fin de semana. El apartamento no me devolvió de nuevo a él, pero tal vez fue para mejor, ya que poco a poco entré en una espiral de pánico sobre cómo sostener un cuchillo.

—Podríamos quemar todo el restaurante —dijo Drew alegremente, acercándose a Fiona y a mí en la mesa de la cocina—. ¡Pero al menos seguimos en la carrera!

Fiona estaba comiendo la mitad de la barrita de cereales que se suponía que iba en mi parfait. La mordisqueó.

—Para alguien que no sabe cocinar, ciertamente vas a intentarlo como en la universidad, nena.

—Por supuesto, nena —contestó Drew, dejando la pila de libros en el borde de la mesa y tomando asiento—. Voy a quemar unos tortellini. No sé cómo lo has hecho, Clementine, pero haces milagros. Como siempre. La agente dijo que se precipitó antes de consultar a James Ashton.

Fiona añadió:

—¿Qué hiciste para que recapacitara?

Me encogí de hombros, revolviendo mi yogur.

—Nada, en realidad. —Además de entrar en una cocina y maltratar a un posible cliente—. Solo le pregunté por qué y cambió de opinión.

Sobre todo.

Desde la sala de correo, Jerry —nuestro cartero, un hombre alto que preparaba los mejores pasteles para las fiestas— sacó un carrito silbando una canción de Lizzo.

—Buenos días, señoras —saludó, y agarró un paquete para dármelo—. Para usted.

—¿Ah? —Lo tomé y di la vuelta al paquete para leer el nombre. Mi mundo se redujo a un pinchazo.

Jerry se volvió hacia Drew.

—¡He oído que estás en la siguiente ronda con ese chef! ¡Felicidades!

Se chocaron los cinco.

—¡Gracias! Voy a estrellarme y a quemarme —contestó ella contenta, y él se echó a reír y siguió con su carrito. Agarró el primer libro de la pila: *Salt, Fat, Acid, Heat*, de Samin Nosrat y empezó a leer.

—Supongo que no terminaremos la habitación del bebé este fin de semana —dijo Fiona con ironía, y Drew la miró abatida—. ¿Qué? Todavía no has colgado el papel pintado que compré.

—Nena, sé menos de colgar papel pintado que de cocinar.

—Hay menos formas de estropear el papel pintado —respondió con naturalidad.

Drew me fulminó con la mirada y Fiona sonrió, y ése fue su matrimonio en pocas palabras. Dejé el paquete rápidamente y le di la vuelta a la dirección.

—Me encanta empapelar. ¿Puedo ayudar?

—Dios mío, ¿de verdad? Gracias —dijo Fiona aliviada, y se metió el resto de la granola en la boca.

—Te pagaremos —añadió Drew.

—Una botella de rosado y soy tuya todo el tiempo que necesites —respondí, y con un último bocado de yogur, metí la cuchara de plástico en el vaso vacío y me puse en pie—. Probablemente debería volver al trabajo.

Había empezado a irme cuando Drew dijo:

—Oye, olvidaste tu paquete.

Fiona lo agarró y le dio la vuelta.

—Me pregunto de quién es… Oh.

Hice un gesto de dolor.

Fiona le mostró a Drew el nombre del paquete y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Tu tía? —preguntó Drew—. Pero…

—Se habrá perdido en el correo —murmuré.

Mis amigas intercambiaron una mirada de preocupación. A veces, cuando mi tía vivía, enviaba paquetes a mi trabajo para sorprenderme —cuadernos encuadernados en piel de España, tés de Vietnam, pantalones de cuero de Alemania— cada vez que se iba de viaje sola.

Pero mi tía llevaba muerta seis meses.

El paquete debía de llevar mucho tiempo perdido en el correo. No había ido a ningún sitio desde el pasado noviembre, cuando visitó el último lugar en el que nunca había estado: la Antártida. Había dicho que era el lugar más frío que había sentido en su vida, tanto que las yemas de los dedos aún no se le habían calentado en las semanas transcurridas desde que regresó a casa.

—¿Funciona la calefacción? —le había preguntado, y ella se había reído.

—Oh, estoy bien, estoy bien, cariño. A veces el frío se te pega.

—Si tú lo dices. —Creo que volvía a casa del trabajo, acababa de salir del metro, tenía la nariz fría y la nieve chapoteaba en el suelo, pero no me acordaba. Nunca guardas en la memoria un momento mundano, pensando que será la última vez que oigas su voz, o veas su sonrisa, o huelas su perfume. Tu cabeza nunca recuerda las cosas que tu corazón quiere recordar en retrospectiva.

Mi tía me dijo:

—Me siento inquieta. Vámonos de aventura, cariño. Nos vemos en el aeropuerto. Elijamos el primer vuelo que salga…

—No puedo, tengo trabajo —interrumpí—, y además, hoy mismo he comprado los billetes a Islandia para nuestro viaje en agosto. Eran una auténtica ganga, así que no pude resistirme.

—Oh.

—¿No quieres ir a Islandia?

—No… no, sí quiero. Es que ya hemos estado antes.

—Pero no en agosto. Por lo visto se puede ver el sol a medianoche, y hay unas aguas termales que quiero probar; he oído que son muy buenas para la artritis, así que te vendrán muy bien —añadí, y mi tía hizo un ruido con la garganta porque cada vez era más evidente que no le gustaba la idea de ir más despacio. Tenía sesenta y dos años, así que, en su opinión, no debería tener artritis. Al menos hasta los setenta. Mi teléfono sonó—. Oh, mamá está llamando. Te veré en la cena de Año Nuevo con mis padres, ¿estarás allí?

—Por supuesto, cariño —respondió ella.

—¿Prometes que no te irás en el próximo avión que salga del JFK?

Ella se rio.

—Lo prometo, lo prometo. No sin ti.

Y, de repente, volví a la mañana de Año Nuevo, con el teléfono sonando y sonando y sonando, mientras me latía la cabeza. Había bebido demasiado la noche anterior, demasiado de todo. Sentía la boca como algodón de azúcar y creo que besé a alguien a medianoche, pero no recordaba su cara. Drew y Fiona siempre me arrastraban a las fiestas de Nochevieja, y nunca fallaba que todas las fiestas fueran igual de horribles.

Busqué el teléfono en la mesilla y, cuando por fin lo encontré, lo desenchufé y contesté.

—Mamá, es muy temprano…

—Se ha ido. —Nunca había oído a mi madre sonar así. Alta e histérica. Su voz quebrándose. Sus palabras forzadas—. ¡Se ha ido! Cariño, cariño, se ha ido.

No lo entendía. Mi cabeza seguía adormilada.

—¿Quién? ¿Qué quieres decir? ¿Mamá?

—Analea. —Luego, más tranquila—: Los vecinos la encontraron. Ella…

Lo que nadie te dice, lo que tienes que descubrir por ti misma a través de tu propia experiencia, es que nunca hay una forma fácil de hablar del suicidio. Nunca la hubo y nunca la habrá. Si alguien me preguntara, le diría la verdad: que mi tía era increíble, que vivía mucho, que tenía la risa más contagiosa, que sabía cuatro idiomas distintos y tenía un pasaporte con tantos sellos de diferentes países que haría que cualquier viajero del mundo se pusiera verde de envidia, y que tenía un monstruo sobre el hombro que no dejaba que nadie más viera.

Y, a su vez, ese monstruo no la dejaba ver todas las cosas que se perdería. Los cumpleaños. Los aniversarios. Las puestas de sol. La bodega de la esquina que se había convertido en aquella tienda de

muebles de chapa. El monstruo cerró los ojos ante todo el dolor que causaría a la gente a la que dejaba: el terrible peso de echarla de menos y de intentar no culparla, todo al mismo tiempo. Y entonces empiezas a culparte a ti mismo. ¿Podrías haber hecho algo, haber sido esa voz que finalmente se abriera paso? Si la hubieras querido más, si le hubieras prestado más atención, si hubieras sido mejor, si hubieras preguntado, si hubieras sabido preguntar, si hubieras sabido leer entre líneas y…

Y si, si, si.

No es fácil hablar del suicidio.

A veces las personas a las que quieres no te dejan con despedidas, simplemente se van.

—¿Estás bien? —preguntó Fiona suavemente, poniendo su mano en mi hombro.

Me aparté de ella, parpadeando para que se me saltaran las lágrimas.

—Sí —dije, aspirando una bocanada de aire. Y luego otra. Fiona tenía el paquete en la mano y yo lo tomé. No iba a abrirlo—. Estoy bien. Es solo… inesperado.

Drew miró el paquete.

—Es bastante pequeño. Me pregunto qué será.

—Tengo que volver al trabajo. —Al salir, tiré mi almuerzo, y el paquete, a la papelera, volví a mi cubículo y me sumergí en el trabajo como solía hacer. Como debería.

Dos horas más tarde, cuando casi todo el mundo se había ido de la oficina, volví al cubo de la basura para sacar el paquete de debajo de los fideos chinos de cuatro días y medio bocadillo de atún, pero no estaba allí. El paquete que me había enviado mi tía había desaparecido.

CAPÍTULO 25

Lo mejor de la exposición

El resto del fin de semana y la semana siguiente pasaron como un borrón. El apartamento se sentía vacío sin Iwan en él. Cada vez que abría la puerta, esperaba volver a encontrarlo, pero siempre me recibía el presente, y empecé a preguntarme si me llevaría de vuelta.

Los días pasaban sin mucha algarabía; Drew y Fiona preparándose para sus permisos parentales a medida que se acercaba el bebé, organizándolo todo, hasta que de repente me encontré sentada en un Uber que se detuvo en la acera frente al Olive Branch. El cartel de la puerta decía que estaba cerrado por la noche por un acontecimiento especial, ¿y ese acontecimiento especial? La clase de cocina. Editores y sus equipos de todas las editoriales debían estar aquí. Faux y Harper, algunos de Random Penguins y —según los rumores— el nuevo editor de Falcon, el mismísimo Benji Andor. A través de las ventanas abiertas, pude ver a algunas personas que ya se mezclaban en el comedor vacío.

—Este es el plan: yo cocino y tú cortas —especificó Drew, probablemente porque no confiaba en mis habilidades culinarias. Lo cual era justo. Yo tampoco confiaba en ellas—. Y si nos encontramos con Parker, lo atamos y lo metemos en el baño.

Fiona asomó la cabeza por el asiento del copiloto del todoterreno.

—¡Acaben con ellos, señoritas! —Nos hizo señas con el dedo mientras el Uber se alejaba de nuevo, rumbo al Lower East Side para dejarla en casa.

Drew y yo esperamos a que el todoterreno doblara la esquina antes de que ella se alisara la parte delantera de su camisa abotonada.

—¿Qué tal estoy?

Le estiré el collar medallón y le puse las manos sobre los hombros. Parecía tan nerviosa como yo.

—Vas a patear traseros ahí dentro.

—Vamos a patear traseros —me recordó. Pasó su brazo por el mío y dio un escalofrío—. ¡Oh, por fin estoy nerviosa! ¿Podemos echarnos atrás? ¿Decirle a Strauss que me he ido al bosque? ¿Hacernos ermitañas? ¿Vivir de la tierra?

—¿Qué pasó con la editora que dijo que mataría por James Ashton? Además, odiarías vivir sin agua caliente instantánea.

—Tienes razón. Me iré a un castillo en Escocia.

—Probablemente esté embrujado.

—Te gusta estropearlo todo, ¿verdad? —ironizó.

Puse los ojos en blanco y la guié suavemente en dirección a la puerta principal.

Dentro del restaurante vi a editores de todas las editoriales, algunos de renombre y otros que no reconocí en absoluto. No había asistido a ninguna reunión en los últimos meses —al menos, desde que murió mi tía—, así que Drew me puso al corriente de todo. Había una mesa con copas de champán, tomamos una y nos fuimos a merodear por un rincón del restaurante hasta que llegó la hora de empezar nuestro viaje culinario.

—Esto es misión imposible —murmuró Drew, recorriendo la habitación con la mirada—. Estamos en territorio enemigo, dos espías en la selva de… Parker, hola. —Se enderezó rápidamente cuando un larguirucho blanco con unas gafas demasiado grandes y el pelo engominado se acercó a nosotras. Tenía lo que yo llamaría el síndrome del MI (maldito idiota). Actuaba constantemente como si fuera el más listo de la sala, su libro favorito era algo de Jonathan Franzen o, peor aún, El club de la pelea. El tipo de persona que miraba el meme:

«pechugona bajando las escaleras» y asentía con la cabeza y decía: «Sí, sí, esto es indudablemente literatura de calidad».

Era ese tipo de hombre.

—Drew Torres, me alegro de verte —dijo Parker con una sonrisa que probablemente era tan genuina como sus tapones para el pelo—. ¿Emocionada por la clase de esta noche?

—Oh, absolutamente. ¡No puedo esperar a ver lo que vamos a cocinar!

—No todos los días se aprende de uno de los mejores chefs del sector. La semana pasada estuve hablando con Craig —señaló al editor ejecutivo de Harper o Simon & Schuster o algo así, una flexión como nunca había visto—, y estuvimos comparando el menú siempre cambiante de James. Me encanta que tenga un abanico tan amplio de habilidades.

Drew asintió.

—Oh, sí, tiene mucho talento.

—Será genial en Faux. Tenemos tantos recursos fantásticos… aunque estoy seguro de que Strauss y Adder harán todo lo posible, ¿no?

—Somos pequeños pero poderosos —respondió Drew y me hizo un gesto—. Clementine es una de nuestras publicistas principales. Es la artífice del éxito de muchos de nuestros libros.

—¡Ah, la segunda al mando de Rhonda Adder, me preguntaba cuándo te conocería! —Parker me saludó, extendiendo una mano—. No he oído más que grandes cosas. Me sorprende que te haya dejado salir de esa roca donde te tiene —añadió riendo.

Mi sonrisa era tensa.

—Bueno, me sorprende que tu editor te haya dejado salir de la tuya —dijo una voz grave y suave, y Drew y yo miramos a un enorme gigante que se acercaba a grandes zancadas. Pelo oscuro engominado,

gafas gruesas y una expresión de lunares artísticamente colocados en la cara. Miró a su colega editor con complicidad—. Puedes dejar de ser horrible, Parker.

Parker miró sorprendido a Benji Andor.

—¡Solo estaba bromeando! ¡Ella sabe que estaba bromeando! ¿Verdad?

—Oh, sí, obviamente —le dije.

—¿Ves? Obviamente. —Parker me dio una palmada en el hombro. Me tensé, tratando de no retroceder, cuando alguien al otro lado del restaurante llamó a Parker por su nombre, y él se despidió y se dirigió hacia ellos. Me estremecí cuando por fin me soltó.

Drew dijo en un susurro fingido:

—¿Ves? Es el peor.

—No bromeabas.

Benji Andor nos lanzó una mirada de disculpa.

—Diría que tiene buenas intenciones, pero todos sabemos que no es así.

—De todas formas, te habría llamado mentiroso —respondí antes de poder contenerme.

—Es la historia de origen del villano de alguien —convino Drew, y luego ladeó la cabeza pensativa—. Probablemente la mía, para ser honesta.

Soltó una carcajada.

—Si Parker vuelve a molestarte, avísame.

—Gracias, pero creo que podemos encargarnos de él nosotras mismas —respondió Drew.

—Por supuesto, solo me gustaría mirar —dijo guiñando un ojo y, tras despedirse, emigró a otro rincón para volver a quedarse en silencio, como el árbol melancólico que era.

No tuvimos que permanecer incómodos mucho más tiempo porque James Ashton entró en el restaurante, todo sonrisas y encantadores hoyuelos, con una camisa granate abotonada y unos vaqueros increíblemente bien ajustados. No quería que se llevara una impresión equivocada de mí, otra vez.

Drew me dio un codazo en el costado y siseó:

—¡Deja de mirar como si quisieras asesinarlo!

Aparentemente, no estaba funcionando. Gemí.

—¡Esa es solo mi cara!

James se acercó a la cocina y dio una palmada para llamar la atención de todos.

—Bienvenidos —saludó—. Me alegro mucho de ver sus encantadoras caras. Espero que hayan venido con el corazón abierto y el estómago vacío. Ahora, síganme a la cocina. He preparado diferentes estaciones para todos para que podamos aprender a cocinar una especialidad aquí en el Olive Branch…

Drew realmente no debería haber estado tan preocupada por la cocina. Resultó que no éramos las peores cocineras de la cocina; ese honor se lo llevó Parker, que, junto con su publicista y su director de *marketing*, prendió fuego a toda la estación. James se acercó corriendo con un extintor y después le dio una palmada en el hombro riéndose.

—¡Nos pasa a los mejores! —dijo.

En este ambiente íntimo, James Ashton era simpático y agradable, y era un profesor muy paciente, pero había algo distante en su forma de sonreír a todo el mundo, algo reservado cuando los editores hacían preguntas. No dejaba de buscar alguna grieta en su fachada para ver al hombre que conocía en el fondo, como vi en la sala de reuniones, pero parecía haber practicado. No dejaba que nadie se le acercara, lo cual, por un lado, era inteligente y profesional —oh, era muy profesional— y, por otro, me hacía preguntarme cómo y por qué se había vuelto tan práctico y refinado.

A pesar de ello, la clase de cocina fue tan divertida que pronto me olvidé de que estaba preocupada. Acabamos manchándonos de harina mientras hacíamos raviolis, bebiendo sorbos de vino de cocina mientras aprendíamos a reducir la salsa, y se nos saltaban las lágrimas al cortar las cebollas y al despedirnos del pollo mientras cortábamos las pechugas por la mitad. Benji Andor estaba fuera de sí en el puesto de al lado, se reía tanto que tuvo que excusarse para sentarse y recuperar el aliento. (No había estado tan agotada desde que un coche me dejó sin aliento). De alguna manera, habíamos conseguido abrirnos camino en la clase de cocina, pero sabíamos que no íbamos a obtener la máxima puntuación por la presentación.

Y cuando James Ashton finalmente se acercó a nuestro puesto, parecía moderadamente entretenido con nuestros raviolis.

—Parecen…

Como vaginas. No es que alguna de nosotras fuera a decirlo.

—Como la especialidad del Olive Branch —dije en su lugar, haciéndome eco de su declaración de antes, y di otro sorbo al vino de cocina.

Drew quería morir.

James se mordió el interior de la mejilla, esforzándose por mantener su imagen profesional, pero ahí estaba. Lo vi. La grieta en su imagen.

—¿Cómo lo han conseguido? —preguntó solo después de poder apartar la mirada.

—Se caían a pedazos —dijo Drew mansamente—. Así que los ¿aplastamos?

Asintió con el rostro serio.

—Sabrán muy bien a pesar de todo, estoy seguro.

Tosí sobre el hombro para disimular una carcajada y Drew me dio un codazo en el costado mientras James se alejaba para ir a ver cómo estaba la Falcon House.

—¡No puedo creer que dijeras que parecían la *especialidad* de su restaurante! —siseó.

—Lo parecen, Drew —le contesté—. ¿Prefieres que te diga que parecen vaginas? Cada una de ellas es un poco diferente.

Puso los ojos en blanco y empezó a echarlas a la olla hirviendo.

—Eres lo peor.

Le di un codazo en la espalda.

—Te alegras de que haya venido.

—Inmensamente.

El resto de la clase de cocina transcurrió tan bien como se esperaba. Terminamos nuestra comida y James habló un poco sobre cómo dirigía su cocina.

—Una buena cocina se basa en la excelencia, pero una gran cocina se basa en la comunicación y la confianza —dijo, mirándome mientras le hacía secretas armas con los dedos a espaldas de Drew. Lo ignoró con firmeza—. Quiero darles las gracias a todos por venir esta noche. Sé que esto es un poco diferente a lo que normalmente hacen para adquirir un libro, así que agradezco su disposición a explorar la cocina conmigo.

Me hubiera gustado que sonara un poco más entusiasmado, como en el apartamento de mi tía. Quería ver esa parte de él, la parte excitada y apasionada, pero se sentía un poco apagada en las duras luces de la cocina del Olive Branch. Mi corazón se sentía lleno y pesado al pensar en el Iwan que me esperaba en el apartamento de mi tía y en el que estaba aquí con nosotros ahora, tan diferente y a la vez tan parecido.

No habló de mejores ofertas ni de ofertas finales. Habló de comida y técnica, y esperaba que todos volviéramos a visitarlo tanto si funcionaba como si no.

Después de la clase, fue dando las gracias a todo el mundo, y todos metimos las sobras en bolsas para llevar y salimos del restaurante, riéndonos y metiéndonos con Parker por haber estado a punto de prender fuego a todo el restaurante.

—¡Soy mejor editor que cocinero! —Fue su defensa.

Y Drew respondió:

—Para ser justos, todos lo somos.

Fuera esperaba una mujer rubia, que se abalanzó sobre Benji Andor cuando éste salió. Él se inclinó y la besó en la mejilla, le entregó sus terribles raviolis y se marcharon hacia la estación del metro. Parker refunfuñó mientras él y su equipo tomaban un taxi. El Uber de Drew llegó primero.

—Puedo esperar al tuyo —me dijo, pero le hice un gesto para que se fuera.

—No, debería estar aquí en cualquier momento.

—De acuerdo. —Me abrazó y me besó en la mejilla—. Gracias por estar en mi equipo. No sé qué haría sin ti, Clementine.

—Todavía patearías traseros. Toma, puedes llevarte el mío para Fiona —añadí, entregándole mi comida, después de que ella subiera al Uber.

—Fiona te amará para siempre.

—Lo sé.

El coche se alejó y pronto me quedé sola en la puerta del Olive Branch. Mi Uber estaba dando vueltas por la manzana equivocada por segunda vez, y empecé a tener la sensación de que el conductor estaba a punto de cancelar el viaje y marcarme como no presente. Probablemente debería tomar el tren a casa y ahorrarme el dinero. Además, era una noche preciosa. La luna era redonda y grande, perfectamente encuadrada entre los edificios como la protagonista de su propia película, reflejándose en las ventanas, despidiendo una luz plateada en cascada hacia el cálido naranja de las farolas. Durante unas horas, había estado tan concentrada en cocinar que no había pensado en la jubilación de Rhonda ni en el desastre pendiente que era Strauss & Adder Publishers si no conseguíamos a James. No, concentrada no era exactamente la palabra adecuada. No me dolía la mandíbula de tanto apretarla, sino las mejillas de tanto sonreír. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto. Sobre todo en lo que respecta a mi trabajo.

Incluso antes de este asunto de James Ashton, no podía recordar la última vez que realmente me divertí en el trabajo. Solía hacerlo —sé que lo hacía, no me habría quedado en Strauss & Adder de no ser así—, incluso cuando trabajaba hasta la extenuación. Había algo estimulante en dominar el trabajo, en estar rodeada de gente a la que le gustaban las mismas cosas, pero en los últimos años… no estaba segura. El trabajo nunca cambió, pero creo que lo que me gustaba de él sí. Mi trabajo era como perseguir la luna, y ahora era como planear cómo dársela a otras personas.

Pero así es como se supone que debe sentirse un trabajo que amas, ¿verdad? ¿Cuando llevas allí un tiempo?

Mientras estaba de pie, pensativa, observando cómo mi Uber daba otra vuelta equivocada, alguien se acercó a mi lado por la acera.

Eché un vistazo. Era James, que había cerrado por la noche, balanceando las llaves en el primer dedo. Tenía un aspecto tan impecable como unas horas antes y resistí el impulso de restregarle los dedos por el pelo para hacerlo un poco menos perfecto. Desde luego, me sentía hecha un desastre a su lado.

—Creo que hemos empezado con mal pie —dijo a modo de saludo.

—¿Hemos? —repetí, volviéndome hacia él—. No me arrastres a tus malas decisiones.

Soltó una carcajada y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros oscuros. Le quedaban terriblemente bien, abrazando cada curva. Después de todo, no era la primera vez aquella noche que pensaba que tenía un buen trasero. No es que se lo dijera a un posible autor. Ni lo diría en voz alta. De hecho, probablemente no debería haberlo pensado en primer lugar.

—Bien, bien —dijo, con voz ligera y cálida—. Empecé con mal pie.

—Mejor. —En la aplicación, mi conductor seguía dando vueltas y vueltas. Brad no iba a venir a recogerme, ¿verdad?

—Sabes —dijo, y dio un suspiro frustrado, arrugando la nariz—, esta parte era mucho más fácil en mi cabeza.

Sorprendida, volví a mirarlo.

—¿De qué estás hablando?

Entonces se volvió hacia mí y deseé que no estuviera tan guapo como a la luz de la farola, con el brillo de los naranjas y marrones de su pelo castaño y algunas vetas plateadas en el pico de viuda, pero lo estaba y no me atreví a apartar la mirada. Entonces me di cuenta de lo extraño que era verlo en el mundo y no en un pequeño y estrecho apartamento del Upper East Side. Estaba aquí, de verdad. En mi tiempo.

Se me hizo un nudo en el estómago que no podría describir exactamente.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Incliné la cabeza.

Drew había estado picoteando toda la tarde, pero yo había estado tan nerviosa que no había podido comer nada. Probablemente era una mala idea cruzar cualquier tipo de límite profesional, pero esto era solo comida. No era una proposición de matrimonio ni nada parecido. Además, era un misterio para mí, no podía resistirme. Y, de hecho, me moría de hambre. Pero tal vez no por lo que pensaba…

Cancelé mi Uber y pregunté:

—¿Qué tienes en mente?

Señaló con la cabeza hacia la acera, e inclinó un poco el cuerpo, antes de empezar a caminar en esa dirección, y debió de ser la forma en que la ciudad de Nueva York se sentía por la noche —el resplandor de la posibilidad, encogiéndose de hombros del calor del día a la noche brillante y reluciente—, pero lo seguí.

CAPÍTULO 26

El Arco de Washington Square

Mi tía solía decirme que las noches de verano en la ciudad estaban hechas para ser imposibles. Eran tan breves como las necesitabas, pero nunca lo bastante largas, cuando las carreteras se extendían en la oscuridad, los rascacielos trepaban hasta las estrellas y, cuando inclinabas la cabeza hacia atrás, el cielo parecía infinito.

—Entonces… —Empecé, porque el silencio entre nosotros se estaba volviendo un poco incómodo—, ¿planeaste qué decir después de invitarme a cenar?

Me dedicó una sonrisa tímida.

—La verdad es que no. Soy bastante malo planificando.

—Ah.

Caminamos otra manzana en silencio.

Entonces, hizo la peor pregunta posible:

—¿Cómo está tu tía?

La pregunta fue como un puñetazo en el estómago. Me metí las manos en los bolsillos para que no me temblaran y me armé de valor para responder.

—Ella falleció. Hace unos seis meses.

—Oh. —Se frotó la nuca, avergonzado—. No lo sabía.

—No esperaba que lo supieras. —Nos detuvimos en el siguiente cruce y miramos a ambos lados antes de cruzar, pero no venían coches en ninguna dirección—. Han pasado siete años.

—Y parece que no has envejecido ni un día.

Me apoyé sobre los talones y empecé a caminar hacia atrás delante de él.

—¿Quieres que te cuente mi rutina de cuidado de la piel? —Porque dudaba que creyera la verdad—. Podría dártela con todo lujo de detalles.

—¿Estás diciendo que parezco viejo?

—Distinguido es un giro mucho mejor.

Se quedó con la boca abierta y se llevó una mano al pecho con un grito ahogado.

—¡Ay! Y yo que pensaba que queríamos empezar con buen pie.

—Lo hacemos —le recordé, incapaz de contener una sonrisa. Volví a girar sobre mis talones y esperé a que me alcanzara—. Estoy bromeando, por cierto.

Apretó las manos contra su cara, como si pudiera suavizar las patas de gallo alrededor de sus ojos.

—Siento que necesito ponerme botox ahora…

—¡Estaba bromeando! —Me reí.

—Quizá cirugía plástica.

—Oh, por favor, ¿y arruinar tu nariz perfecta?

—¿También me estoy quedando calvo? Tal vez pueda conseguir una cara nueva…

Lo tomé del brazo para detenerlo.

—Me gusta tu cara —le dije con buen humor y, antes de que pudiera contenerme, levanté la mano y le acaricié la mejilla, recorriendo con el pulgar las líneas de la risa que rodeaban su boca. Un rubor le subió por la garganta hasta las mejillas, pero en lugar de apartarse, cerró los ojos y se apoyó en la palma de mi mano.

Mi corazón tartamudeó con fuerza. La piel de su mejilla era áspera, con una fina barba incipiente, y cuando lo miré —lo miré de verdad—, había tantas cosas iguales en aquel hombre que realmente no conocía, que casi parecía que ya lo conocía. Pero a pesar de todo lo que era igual, había pequeñas diferencias. Llevaba las cejas arregladas y el pelo bien recortado. Le pasé el pulgar por la nariz, notando la protuberancia torcida.

—¿Cuándo te rompiste la nariz? —pregunté, bajando finalmente la mano.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—No es una historia tan genial como estás pensando.

—¿Así que no te la rompiste en una pelea de bar? —pregunté, fingiendo asombro.

—La boda de mi hermana hace un año —respondió—. Ella lanzó el ramo. Yo estaba demasiado cerca de la gente que intentaba atraparlo.

—¿Y te golpeó uno de ellos?

Sacudió la cabeza.

—Por el ramo. Tenía un pequeño broche de plata. Me dio justo en la nariz.

Me reí. No pude evitarlo.

—¡Estás de broma! ¿Al menos atrapaste las flores?

Se burló.

—¿Por quién me tomas? Claro que las atrapé. Mi hermana y todas sus amigas estaban lívidas. —Empezamos a caminar de nuevo, y Washington Square Park estaba justo delante. Había un camión de comida en el otro extremo, pero aún no podía distinguir su nombre.

—Así que, técnicamente —me di cuenta—, se supone que te casas después.

—Por eso estaban lívidas, sí. No he sido mucho de compromisos.

—Tu Instagram me lo dice.

Volvió a jadear.

—¡Es un honor que me hayas investigado!

Me señalé a mí misma.

—Publicista. Es mi trabajo.

—Claro, claro —zanjó, y luego se encogió de hombros. Del tipo que yo recordaba y que seguía enfureciéndome de la misma manera—. Quizá aún no había encontrado a quien buscaba.

Le eché un vistazo. Estudié las líneas de su cara, cómo las luces de la calle recortaban las sombras de su rostro con nitidez.

—¿Y a quién estás buscando, James?

—Iwan —corrigió en voz baja, con una mirada pensativa—. Mis amigos me llaman Iwan.

Incliné la cabeza.

—¿Es eso lo que soy?

No estaba segura de qué tipo de respuesta quería: que sí, ¿que era una amiga? ¿O que no debíamos cruzar los límites profesionales? O…

«¿Quiero que diga que soy algo más?».

Era una idea tonta, porque había visto el tipo de mujeres con las que había salido y ni una sola era como yo: publicistas *nerds* con exceso de

trabajo y licenciadas en Historia del Arte que se pasaban los cumpleaños bebiendo vino en petacas delante de cuadros de Van Gogh.

—Bueno —empezó—, en realidad…

CAPÍTULO 27

Yo Mama's Fajitas

—¡Iwan! ¿Eres tú? —gritó un hombre desde el camión de comida, sacándonos a los dos de nuestra conversación. De alguna manera habíamos acabado delante de un camión amarillo brillante con un logotipo muy estilizado en el lateral que decía YO MAMA'S FAJITAS. Por la acera se formó una fila, en su mayoría universitarios y jóvenes que asistían a clases durante el verano en el cercano campus de la Universidad de Nueva York.

¿Iwan…?

Entonces eso significaba…

Un hombre más corpulento saludó desde la ventanilla del camión de comida y a James se le iluminó la cara al verlo.

—¡Miguel! —gritó, saludando con la mano. El hombre abandonó su puesto y salió de la parte trasera del camión. Era un hispano corpulento, con el pelo rizado y oscuro recogido en un moño, la parte de abajo afeitada, la piel morena y una sonrisa más grande de lo normal. Se abrazaron rápidamente, con un apretón de manos secreto y todo.

—¡Eh, eh, pensaba que no te vería hasta el fin de semana! —lo saludó Miguel—. ¿Cuál es el motivo? ¿Vienes a pedir trabajo? —Movió sus espesas cejas negras.

—¿Listo para venir a trabajar en mi cocina? —James respondió.

—¿En ese nuevo y caro restaurante tuyo? A la mierda —respondió Miguel.

James se encogió de hombros.

—Vale la pena intentarlo.

Miguel me miró.

—¿Y quién es ésta?

—Esta es Lemon —me presentó James, haciéndome señas. Lemon. No Clementine. Supongo que solo usaba mi nombre real en entornos profesionales.

Le tendí la mano y decidí no corregirlo. Supongo que no iba a estar cerca lo suficiente como para que sus amigos necesitaran un nombre completo.

—Hola. Es un placer.

Miguel aceptó mi mano y la estrechó; su apretón era duro y firme, y aquel tipo me cayó bien de inmediato.

—Lemon, ¿eh? Encantado de conocerte. ¿Cómo terminaste con este tipo?

¿Con?

Me sobresalté, entrando rápidamente en pánico.

—Oh, no estamos juntos… solo… verás, estaba esperando un Uber y nunca llegó y solo estaba en una clase de cocina y en realidad soy su…

—Nos conocemos desde hace tiempo —intervino James, mirándome para ver si era una buena parada. Y lo fue. Quería derretirme en el pavimento, estaba tan aliviada—. Viejos conocidos.

—Sí, eso —asentí, aunque Miguel pareció sospechar de inmediato, pero antes de que pudiera preguntar los porqués de cómo nos conocimos, la otra persona del camión de comida se asomó por la ventanilla y le gritó—: ¡Eh, idiota! ¿Me dejas aquí sola con este tipo de cola?

A lo que Miguel se volvió e hizo un gesto a James.

—¡Isa! ¡Iwan está aquí!

—¡Pues dile a Iwan que se ponga a la cola! —respondió la mujer, metiéndose de nuevo por la ventana. Era una mujer blanca, alta y musculosa, con el pelo de color miel recogido en una coleta, las orejas blindadas con media docena de pendientes y los brazos desnudos llenos de tantos tatuajes diferentes que se fundían en un tapiz. Luego, pensándolo mejor, volvió a agachar la cabeza y añadió—: Iwan, si estás aquí otra vez para gorronearnos, ¡al menos reparte las bebidas!

—¡Está aquí con una cita! —respondió Miguel.

James le lanzó una mirada traicionera.

—No es…

Isa gritó:

—Entonces será mejor que pida algo: ¡cerramos a las diez en punto!

La sonrisa de Miguel se volvió dolorosa.

—Será mejor que vaya a ayudarla antes de que conspire para matarme mientras duermo. Otra vez —añadió sombríamente, y se apresuró a volver al camión de comida, y tomó el siguiente pedido, y nos pusimos en el final de la cola. Unas cuantas personas miraron hacia atrás para ver a James, aunque solo una o dos personas lo reconocieron, sacando sus teléfonos para comprobar las imágenes en línea junto a él en la vida real.

James parecía absolutamente ajeno a ello.

—Ese es Miguel Ruiz y su prometida, y mejor mitad, Isabelle Martin. Nos graduamos juntos del CIA.

—¿Oh? —Tuve una corazonada cuando me acerqué al camión y leí el menú. Con un nombre como Yo Mama's Fajitas, tenía una idea de lo que servían, pero de todos modos me sorprendí gratamente al hojear el menú—. Pues lo has conseguido —dije con una sonrisa.

Distraído por sacar la cartera del bolsillo trasero, preguntó:

—¿Qué?

—Intimidaste a tu amigo con la receta de fajitas para que abriera un camión de comida.

Tuvo que pensarlo un momento, pero luego debió de acordarse, porque cayó en la cuenta y pareció muy emocionado mientras decía:

—Te hice sus fajitas la primera noche que nos conocimos, ¿verdad? Estas son infinitamente mejores.

—Oh, no lo dudo.

—Vaya, dime cómo te sientes realmente con mi cocina, Lemon.

—Creo que acabo de hacerlo.

Se quedó con la boca abierta, escandalizado, y estoy segura de que habría tenido algo muy inteligente y sarcástico que decir, pero nos pusimos delante de la cola en ese preciso momento, y afortunadamente me distraje pidiendo una fajita de pollo, él una de ternera y dos Coronas. Se quedó junto al camión de comida mientras Miguel e Isa preparaban nuestro pedido, y parecía mucho más en su elemento aquí que en una cocina impecable, donde vestía una filipina de chef y ladraba órdenes a los cocineros. Aquí llevaba la camisa desabrochada y el pelo un poco alborotado y caído por la humedad de la noche, mientras le echaba la bronca a Miguel por alguna técnica con el cuchillo.

—En serio, mira ese cuchillo —dijo James, burlándose—. Tiene que ser lo más aburrido de la cocina, y eso te incluye a ti.

—Tengo sentimientos, hermano.

Dijo Isa mientras emplataba otra fajita, sin perder detalle:

—No, no los tienes. Los aplasté hace años.

—¿De ambos lados? Pueden irse los dos a la mierda. —Pero les sonrió.

James se rio, y, oh, era encantador, lo fácil que era. Como si encajara aquí, pasando el rato junto a la ventana del camión de comida de su amigo. Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Sabías que en Estados Unidos un camión de comida está técnicamente clasificado como restaurante? Y que, por serlo, puede obtener una estrella Michelin.

—No, no lo sabía —respondí.

Miguel puso los ojos en blanco.

—No me vas a convencer.

—Ya lo he hecho una vez.

—Pfff. ¿Me estás diciendo que pida a un crítico gastronómico cualquiera que venga aquí, se coma mi comida y me diga lo que ya sé? No, gracias. Quédate con tus estrellas. —Miguel hizo un gesto con la mano y volvió a su placa de cocina, y James puso los ojos en blanco.

Pregunté, porque yo misma no estaba muy segura:

—¿Cómo se consigue una estrella Michelin?

Se volvió hacia mí y movió los dedos.

—Es un misterio. Bueno, no tanto, pero nunca sabemos cuándo viene un crítico de Michelin a nuestros restaurantes. Solo sabemos cuándo se van. Normalmente, vienen una vez cada dieciocho meses más o menos si estás en su lista; a menos que un restaurante esté en peligro de perder una estrella, entonces pueden hacer una visita sorpresa.

—Suenan un poco como una mafia de la comida —dije conspiradoramente.

—No te equivocas. Para conseguir una estrella, un crítico tiene que venir a un restaurante y que la comida le guste lo suficiente como para concederle una estrella. Dos estrellas, un crítico tiene que venir cuatro veces. ¿Tres estrellas? —Silbó por lo bajo—. La más difícil de todas.

Diez visitas. Diez cenas perfectas consecutivas a lo largo de años de trabajo. Es casi imposible, por eso solo hay un puñado de restaurantes con tres estrellas. —Tenía una expresión de conflicto en la cara, mientras hacía girar un anillo de plata en su pulgar—. La mayoría de los chefs matarían por tener tres estrellas.

—¿Y tú?

—Soy cocinero —contestó, pero con una expresión cautelosa en el rostro. Hizo un gesto hacia la encimera, donde Miguel sacó un cuenco con tiras de filete y añadió un puñado de pimientos y cebollas—. Miguel e Isa son dos de las personas con más talento que conozco. Hacen que esto parezca fácil, pero su comida es compleja e increíblemente detallada. ¿Ves los filetes? Llevan al menos cuatro horas marinándose en una mezcla de… ¿qué es? ¿Jugo de lima y…?

—La receta secreta de tu madre —bromeó Isa.

James soltó una carcajada.

—Claro, claro. Los ingredientes son frescos y cambian el menú según la temporada. Tienen una fajita de calabaza en otoño que me deja alucinado.

Mientras hablaba, no pude evitar unirme a su excitación. Como hice en el apartamento. Hablaba demasiado con las manos, lanzando adjetivos al aire con los dedos, pero era entrañable, y las demás personas de la cola no podían evitar inclinarse para escuchar.

Cuando se encendió, fuimos como polillas a una llama.

Ojalá hubiera mostrado esa faceta en la sala de conferencias, en la clase de cocina y en todos los sitios importantes.

Esta era la parte de él que temía que hubiera desaparecido, pero se había limitado a educarla y mantenerla oculta para los amigos que no revelarían su secreto.

—¿Por qué sonríes? ¿He dicho algo gracioso? —preguntó de repente, soltando las manos.

—No, lo siento, es que me perdí en esto. —Y le hice un gesto.

—¿Te aburro con comida? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Que te apasione.

Una mirada conflictiva cruzó sus cejas.

—Siempre me apasiona.

«¿Por qué no lo muestras más a menudo, entonces?» quise preguntar, pero me pareció un poco descortés. Además, siete años lo convertían casi en un extraño, así que ¿quién era yo para decir algo, de todos modos?

—Lo sé, es que… lo echaba de menos. En los —hice un gesto distraído con la mano— siete años. Fue mucho tiempo.

—Ah. —James asintió con la cabeza, esbozando una sonrisa un poco torcida, y me dolió la parte hueca del pecho, la parte esculpida por la pena. Me dolía por algo cálido. Por algo bueno. Por algo que tal vez, solo tal vez, pudiera quedarse. Una sonrisa y una historia agridulce con tarta de limón.

Y yo estaba en problemas esta noche, porque le devolví la sonrisa.

—Creo que fue un poco más largo para mí —dijo por fin.

Mis ojos se abrieron de par en par.

De repente, mi teléfono zumbó, y rápidamente aparté la mirada de él y lo saqué del bolso, esperando que fuera alguno de mis autores varado en otro aeropuerto u hotel de convenciones. Eran Fiona y Drew. Mierda, se me había olvidado enviarle un mensaje a Drew para decirle que… ¿qué, había salido a cenar con nuestro posible cliente?

Puede que no.

¡¡¡TIERRA A CLEMENTINE!!! Fiona envió un mensaje de texto, junto con un montón de emojis que yo esperaba que significaran que estaba preocupada y no a punto de asesinarme.

¿Te han asesinado? preguntó Drew. **¿Tenemos que presentar un informe policial?**

CLEMENTINE SEGUNDO NOMBRE WEST ESTÁS VIVA, añadió Fiona. **MÁNDAME TU NOMBRE.**

Quería mucho a mis amigas. También deseaba que no hubieran arruinado el momento.

Preguntó James, un poco preocupado:

—¿Va todo bien?

—Ah, sí. Tengo que contestar a esto. —Si no, mis amigas podrían denunciar mi desaparición—. Mis amigas. Son un poco…

—No digas más —respondió levantando las manos—. Ya tengo la comida. Puedes buscarnos un asiento, si quieres.

—Claro, gracias. —Y salí rápidamente del camión de comida, lo que quizá fue lo mejor, porque estaba entrando en demasiado calor de pie a su lado, y él estaba demasiado guapo, y ése era el tipo de línea que no iba a cruzar. Me dirigí a los bancos de piedra frente al arco de Washington Square y me senté a esperar.

Fiona siguió con:

Bien, quizás no respondas los mensajes. SI ERES EL ASESINO, VAMOS POR TI, COLEGA.

Drew añadió:

SÍ, QUE TE JODAN.

TU DILES NENA

Las dos tienen que calmarse, escribí por fin, echando un vistazo al camión de comida. Miguel le estaba diciendo algo a James, que parecía

tímido, frotándose la nuca. Quería grabar esa imagen en la memoria, enmarcarla en mi cabeza: las luces de la calle brillando sobre su pelo, las sombras azules y moradas sobre su cara. Yo, no por primera vez esta noche, sentí que mis dedos se crispaban con la idea de pintarlo con colores vivos, para capturar el momento. Para que durara para siempre.

Inmediatamente, Fiona envió un mensaje de texto:

¡Santo cielo, está viva! NENA, ESTÁ VIVA.

ALALUYA, añadió Drew.

Después, * **ALELUYE**

Entonces, ** **ALALUYAGAKJA**

Una sonrisa se dibujó en mis labios. **Drew, ¿no se supone que eres editora?**, le pregunté.

Drew frunció el ceño.

Fiona dijo: **Claramente nunca tuvo que piratear Limewire de Rufus Wainwright.**

Creo que acabo de envejecer diez años al leer ese mensaje, respondí, luego les dije que había salido a cenar con un amigo que había conocido en la acera —no era del todo mentira, supuse— y guardé el teléfono mientras James se acercaba con nuestra comida y dos Coronas bajo el brazo. Tomé las cervezas cuando se sentó y él las abrió en un lado de los bancos.

—Por la buena comida —dijo, entregándome la mía.

—Y buena compañía —respondí, y brindamos juntos, y yo me conformé con pintar esta noche de verano en mi cabeza. La noche era una mezcla de neblina azul noche y púrpura, motas de perla y rosas chillones y brillantes que solo yo podía ver, metáforas de cómo me sentía.

La noche era cálida, la cerveza estaba fría y la compañía era, de hecho, perfecta. La gente paseaba bajo el arco, riendo entre sí, y el parque hacía que el cielo se viera tan amplio que casi podía ver las estrellas. Charlamos mientras comíamos. Me preguntó por mi trabajo y yo le pregunté por el suyo. El nuevo restaurante que estaba abriendo le ocupaba la mayor parte de su tiempo, así que su ayudante de cocina en Olive Branch estaba haciendo mucho del trabajo pesado, y se sentía mal por ello.

—¿Era la chef que conocí la semana pasada? —pregunté, recordando a la ayudante que me dijo que abandonara la cocina.

—Iona Samuels —respondió con un movimiento de cabeza—. Una de las mejores chefs que tengo. Todavía no lo sabe, pero va a ser la jefa de cocina del Branch cuando yo me vaya. No puedo imaginar el restaurante en mejores manos.

—¿Es agridulce? ¿Dejar un lugar en el que has estado los últimos siete años?

Se encogió de hombros.

—Un poco, pero es bueno para mi marca y mi carrera. —Era agradable ver que su vida se desarrollaba exactamente como él quería. No importaba lo que yo pensara de su brillante vida.

Yo estaba en tan poco, después de todo.

—He trabajado tanto —continuó—, que realmente no puedo parar ahora. Realmente no quiero.

—Has construido algo increíble. Apuesto a que tu abuelo está orgulloso.

Dudó y dio otro largo trago de cerveza.

—Falleció, en realidad.

Sentí como si me hubieran sacado el viento de un puñetazo.

—Oh… oh, lo siento mucho.

Sacudió la cabeza.

—Está bien, de verdad. Han pasado casi siete años. Falleció justo después de… —Se detuvo, y dijo en su lugar—: Unos días después de conseguir mi propio apartamento.

Así que después de irse de casa de mi tía. Después del verano. Tan pronto, sin embargo, después de que consiguió su trabajo. Su abuelo ni siquiera llegó a verlo convertirse en el chef que era hoy. Era injusto, de verdad. No sabía cómo consolarlo, ni siquiera si quería consuelo. Después de todo, habían pasado siete años… y él parecía poder hablar de su abuelo mucho mejor que yo de mi tía. Al final, me limité a decirle:

—Mira todo lo que has hecho. Estás a punto de abrir tu propio restaurante. Le has hecho sentirse orgulloso.

—Sí —aceptó, aunque no había ego en su voz. Solo había… ¿un cansancio? Sí, sonaba cansado—. Y he renunciado a muchas cosas para estar aquí. Relaciones, amistades, otras oportunidades profesionales… el único camino es hacia arriba.

Le di un último bocado a la fajita de pollo, estudiándolo bajo las luces de la calle.

—¿Te arrepientes?

—Si dijera que sí —contestó, con aire pensativo—, ¿le haría un flaco favor al yo del pasado que soñaba con llegar hasta aquí? Probablemente. —Pero entonces una lenta sonrisa se dibujó en sus labios, melosa y tímida—. Aunque es bueno que no lo haga. Pero… —Vaciló—. Lamento no haber estado allí. Por ti —añadió—. Cuando tu tía murió. Lo lamento.

Se me formó un nudo en la garganta. Miré hacia otro lado. A cualquier otra parte.

—Está bien —dije brevemente—. Estoy bien.

—No —murmuró, estudiando mi cara, y supe que parecía un poco perdida, un poco rota—, no lo estás.

—¿Por qué no viniste a buscarme, entonces? —pregunté bruscamente—. ¿Durante los últimos siete años?

Con la cara desencajada, dejó el plato en el banco y empezó a limpiarse las manos. Imaginé que estaba pensando en la mejor manera de decirme que no le importaba, que si hubiera querido podría haberlo hecho, pero se limitó a plantar una mano entre nosotros, se apoyó en ella mientras se acercaba y susurró:

—¿Me habrías creído, Lemon?

CAPÍTULO 28

Tiempo bien empleado

—Yo… no entiendo lo que quieres decir —confesé.

Suspiró y volvió a reclinarse, mirando alrededor del parque, hacia un grupo de jóvenes que hacían fotos bajo el arco.

—Entonces permíteme situar la escena. Hace siete años. Tienes… ¿cuántos, veintidós? Te encuentro y soy un extraño, ¿verdad? Porque no me conocerás hasta dentro de siete años.

Sus palabras me tomaron desprevenida y casi me atraganto con la cerveza al intentar dar otro sorbo. «¿Qué ha dicho antes?»

—¿Creo que fue un poco más largo para mí? ¿Sabes, entonces? Que…

—Sí —contestó brevemente—. Sí, sí lo fue.

No estaba segura de qué era más chocante: la constatación de que había pensado en venir a buscarme o el hecho de que en algún momento de las próximas semanas, antes de que se mudara del apartamento de mi tía, le contaría la verdad. Me senté un poco más erguida al darme cuenta.

—Entonces vuelvo, ¿no? ¿Al apartamento en tu época?

Se concentró en una farola.

—No me acuerdo.

Estudié su cara durante un largo rato, tratando de ver si podía decir si estaba mintiendo, la forma de su boca, una incertidumbre en sus

ojos, pero no traicionó nada, ni siquiera cuando me sorprendió mirándolo fijamente, y me devolvió la mirada.

—No me acuerdo, Lemon —insistió, y yo aparté rápidamente la mirada.

«¿Sucede algo?» quise preguntar. ¿Algo tan terrible que ni siquiera podía contármelo? Intenté hacer memoria y recordar aquel verano de hacía siete años, cuando me fui de juerga con mi tía sin avisar. Fue la primera y única vez que mi tía y yo nos escapamos durante meses, cargando el celular en cafeterías y durmiendo en albergues. Al año siguiente, yo trabajaba en Strauss & Adder, así que todos los años planeábamos un viaje al final del verano. Nos reuníamos en el Met el día de mi cumpleaños, maletas en mano, y nos sentábamos a visitar a Van Gogh durante un rato, para luego partir hacia lugares desconocidos.

No recordaba el día en que volví a casa de aquel glorioso verano en el extranjero hace siete años. Recordaba haber estado demasiado tiempo en el taxi en LaGuardia, tanto que se habían quedado sin vino de cortesía, y recordaba haber dejado a mi tía en su apartamento, haberla abrazado para despedirme de ella y estar tan cansada que tomé sin querer un taxi con otra persona ya dentro.

Fruncí el ceño.

James se acercó a mí y me alisó la piel del entrecejo con el pulgar. No dijo nada, pero no hizo falta, porque supuse que yo volvía a tener esa expresión agria y distante, como si estuviera chupando un caramelo de limón.

—¿No te acuerdas o no quieres decírmelo? —pregunté, apartándome de él, y él ladeó la cabeza y se debatió sobre cómo responder.

—¿Hay una tercera opción?

—Claro, ¿pero cuál es?

Dudó y miró su fajita a medio comer, como si intentara averiguar cómo decir lo que tenía que decir, y de repente tuve la terrible sensación de que eso solo empeoraría las cosas.

—Lo siento —dije rápidamente—. No tienes que contestar a eso. Vaya, realmente no sé cómo mantener una conversación normal, ¿verdad? ¿Cuál es tu grupo favorito? ¿Libro favorito? ¿Color favorito?

—Shh, shh, todavía tienes que adivinarlo… oh, no —añadió más bajo, divisando algo detrás de mí, y su mirada se oscureció—. Siento que estoy a punto de arrepentirme de esto.

—¿Qué? —Miré por encima del hombro.

Miguel e Isa estaban cerrando la camioneta, bajando la ventanilla y cerrando las puertas, antes de venir hacia nosotros. Miré el reloj. Realmente cerraban a las diez en punto, ¿no?

Dijo James mientras se acercaban:

—Espero que no tengas lo que creo que tienes en esa bolsa marrón, Miguel.

—Pffff, en absoluto. ¿Quieres uno? —añadió Miguel, deslizándose para sentarse a mi lado, y me ofreció el contenido de la bolsa. Saqué una papa frita, y parecía estar recubierta de azúcar.

Probé una. Definitivamente azúcar moreno.

—Oh, eso es bueno. ¿Qué es eso?

James arqueó una ceja al ver a Miguel y tomó uno él mismo.

—La verdadera especialidad de Miguel —me dijo—. Tortillas fritas con azúcar y canela y algo más. Aún no lo he descubierto.

—Ni siquiera Isa lo sabe —exclamó Miguel.

Las papas fritas de postre eran encantadoras y dulces, y tenían un agradable crujido grasiento. Eran perfectas después de las fajitas. Me comí otra.

—¿Pimienta de Cayena? —Adiviné.

Agarrando un puñado de la bolsa, Isa dijo:

—Nunca te dirá si tienes razón o no. Mi apuesta es sriracha deshidratada.

—No tiene el sabor adecuado para la sriracha —reflexionó James.

Miguel solo parecía feliz de que nadie pudiera adivinarlo.

—¿Qué importa? ¿Quieres llevarte todos mis secretos?

—Podría ayudar con su libro de cocina —dijo Isa—. Dios sabe que no sabe hacer panes.

—No se me dan mal —replicó James indignado—, y las papas fritas no son pan.

Ella se rio y le restregó el pelo.

—Lo dice el tipo que casi suspende Introducción al Pan dos veces.

—Y —añadió Miguel mirándome—, lo lleva como una insignia de honor. —Luego se acercó a James y le apartó el pelo de detrás de la oreja para enseñarme el tatuaje. El batidor que había visto antes, ahora descolorido, las líneas un poco borrosas.

James hizo un ruido de disgusto y apartó la mano de Miguel de un manotazo.

—Sí, no reveles todos mis secretos.

—Pffff —Miguel le hizo un gesto con la mano a James, y se inclinó hacia mí.

—¿Sabes cómo se hizo ese tatuaje?

—Es divertidísimo —añadió Isa, rodeando con un brazo el hombro de James.

—No les hagas caso —me suplicó James, con su mano rozando la mía, demasiado ligera y persistente para no ser intencionada—. No te dirán más que mentiras. Son unos mentirosos.

—Hablando de Introducción a los Panes… primer día en el CIA. Los tres éramos los más viejos —dijo Miguel, y James negó con la cabeza.

—Oh, no, esa historia no.

—¡Es una buena historia! —rebatió Miguel, y se inclinó hacia mí—. Total, a este hombre lo llamó el chef que nos está enseñando, y estábamos todos hasta los codos de pasta, ¿no?

—Odio tanto esta historia —gimió James, bajándose la mano por la cara en señal de agonía.

—Le preguntó… Isa, ¿qué le preguntó?

Sacó otra tortilla de la bolsa.

—Le preguntaron qué estaba haciendo.

—Estaba siguiendo instrucciones —murmuró James.

—Él le dijo a este chef superpesado, por cierto: «¿Qué parece que estoy haciendo? Lo estoy batiendo». Codo de profundidad en la masa. Harina en la cara. Levadura derramada por el mostrador. Usando… ¿qué carajos estabas usando? ¿Una cuchara de madera? Era puro caos.

Isa se rio.

—Y el profesor lo miró y le dijo: «Batidora, bátelo».

—Para ser justos, no había visto una batidora danesa en mi vida. —James señalo—. Entonces Isa decidió que esa noche saldríamos todos de copas y acabamos en una tienda de tatuajes y —se encogió de hombros— ya está. Esa es la historia.

A lo que Miguel e Isa me mostraron también los utensilios que llevaban detrás de la oreja izquierda: una espátula y un cucharón.

—Bueno, ahora me siento excluida —dije—. Quiero un utensilio de cocina detrás de la oreja. ¿Cuál sería yo?

Isa agarró otro puñado de papas fritas de la bolsa.

—No, no eres un utensilio de cocina. Serías… hmm.

—Un pincel —dijo James muy seguro.

Miguel preguntó:

—¿Eres pintora?

—Es solo un hobby —contesté rápidamente—. En realidad, soy publicista de libros. Es un trabajo estupendo. Trabajo a las órdenes de una de las personas con más talento en mi campo, y es todo un honor. Me encanta.

Al otro lado de Santiago, Isa preguntó:

—¿Por qué te gusta?

Abrí la boca y me quedé inmóvil.

Era una pregunta más difícil de lo que pensaba.

La cuestión era que yo también amaba mi trabajo, pero si era sincera conmigo misma… Ya no estaba segura de que me apasionara, no como a Rhonda, ni como a la persona que solía ser hace seis meses, que no paraba de subir más y más, y eso era todo lo que quería, pero…

Vi lo hambrienta y entusiasmada que estaba Drew con la posibilidad de adquirir el libro de James, cómo, incluso cuando se acercaba su jubilación, Rhonda se apasionaba por su trabajo hasta el final, y sobre todo me sentía… cansada.

Pensé en la última conversación que tuve con mi tía:

«Vamos a la aventura, cariño».

Y, sinceramente… Una aventura sonaba bien.

—Yo… simplemente lo hago —acabé respondiendo—. Y ayuda que mis dos mejores amigas también trabajen conmigo. ¿Qué te hizo querer ser chef? —le pregunté.

—Mi madre es una reputada pastelera, perdón, *pâtissiere*. Crecí entre fogones —dice Isa—. Creo que lo que más me gusta es… Cómo huele un croissant fresco. No hay nada igual.

—O cuando consigues la mezcla perfecta de sal, ácido y grasa… —Miguel se besó la punta de los dedos y la lanzó al cielo—. Hace que un plato cante.

—O la gente que viene a probar tu arte —asintió James, y luego frunció los labios y sacudió la cabeza—. La verdad es que la mayoría de los trabajos de restaurante pagan una mierda. Trabajas unas horas terribles. Aunque haces una comida estupenda, sueles comer una mierda cuando llegas a casa. O estás demasiado cansado para comer. Este negocio no es para todo el mundo. Si no persigues algo que merezca la pena, ¿por qué estás en la cocina?

—No recuerdo la última vez que cociné para mí —dijo Isa con una mirada distante.

Miguel devolvió el resto de su cerveza.

—No recuerdo la última vez que alguien halagó mi comida.

—Yo tampoco puedo, y estoy a punto de abrir un restaurante, espero que con gran éxito de crítica, así que espero que algo cambie —añadió James, terminándose también el resto de su cerveza y poniéndose en pie. Agarró los platos vacíos y las botellas de cerveza y fue a tirarlos. Cuando se marchó, sentí un naufragio en el estómago.

Isa suspiró, comiéndose otra papa frita.

—Tengo tanto miedo de que se queme.

Miguel se frotó la nuca.

—Lo sé.

Vi cómo James se retiraba hacia el cubo de basura que había en el borde de la plaza.

—¿Qué se queme?

—Sí —me dijo Miguel, viendo cómo James pateaba una lata por la acera, luego la recogía y la tiraba con el resto de la basura—. Es que… a veces pienso que hace demasiado. Que no hace lo suficiente por sí mismo.

—Quiere que su abuelo se sienta orgulloso —señalé.

Asintió con la cabeza.

—Sí, bueno, ¿en qué momento debería empezar a querer hacer algo por sí mismo? Si no era su abuelo, era el chef Gauthier, si no era Gauthier, era cualquier cosa que pensara que tenía que hacer para llegar al siguiente nivel. Una y otra y otra vez —dijo, girando la mano para enfatizar.

—A lo mejor es lo que él también quiere hacer —señaló Isa.

—Puede ser —respondió Miguel—, pero quizá también haya algo en hacer lo que te produce alegría. Aunque no sea lo que te da una maldita estrella Michelin.

Terminé mi cerveza cuando James regresó, con las manos en sus vaqueros oscuros. Volvió a sentarse entre nosotros y se apoyó en las manos.

—Bien, ya está bien de quejarse del trabajo. Lemon, ¿sabías que probablemente no habría sobrevivido al CIA sin estos dos?

—Era un pesado —se quejó Isa, y se comió otra papa frita.

Miré a James.

—Me lo creo.

Parecía afligido.

—Eh…

—Tenemos muchas historias —coincidió Miguel.

Tomé otro puñado de papas y les dije a sus amigos:

—No tengo dónde estar. Cuéntenmelo todo.

Isa canturreó excitada y se puso en pie de un salto. Si a James le gustaba hablar con las manos, a Isa le gustaba hacerlo con todo el cuerpo. Se movía cuando hablaba, me di cuenta enseguida, yendo y viniendo, girando sobre sus talones, como si quedarse sentada fuera la perdición de su existencia.

—Bueno, estás viendo a los tres mejores chefs del CIA del año en que nos graduamos —empezó, señalándolos a los tres—. Y dos de nosotros casi no nos graduamos, pero no por falta de ganas.

James se inclinó cerca de mí y murmuró, su voz baja y un poco juguetona:

—Te dejaré adivinar cuáles dos.

—Tú no, seguro —le contesté, y su boca se crispó en una sonrisa de oreja a oreja.

Isa prosiguió:

—En cierto modo, todos gravitamos unos hacia otros, ya que éramos de los más viejos del lugar.

—Creo que era el mayor de nuestra clase… —dijo James, más alto, aunque no se apartó de mí. Nuestros hombros se rozaron y me sentí como una adolescente, con el corazón subiéndome a la garganta.

—No, no. —Miguel hizo un gesto con la mano—. Estaba esa contable jubilada. ¿Cómo se llamaba? ¿Beatrice? ¿Bernadette?

Isa chasqueó los dedos y le señaló.

—¡Bertie! Ella es la razón por la que nos fuimos al extranjero aquel verano, ¿recuerdas? ¿Cuando atendimos a esa colonia nudista en la costa de Francia?

James tenía una mirada lejana, como si estuviera relatando una zona de guerra.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

Miguel continuó:

—O la vez que casi envenenamos a la Reina de Inglaterra.

—No lo hicimos —corrigió James—. Ni remotamente.

Pero todo lo que saqué de eso fue:

—¿Cocinaste para la reina?

Sacudió la cabeza.

—Dios la tenga en su gloria. No era para tanto…

—¡Claro que sí! Escucha, nunca se emociona por nada. Era para un banquete, ¿verdad? Algo realmente lujoso, y habíamos conseguido buenas referencias. Aunque no creo que estuvieras trabajando en la cocina, ¿verdad, Isa?

—No, me estaba emborrachando en Shoreditch.

—Claro, claro. —Miguel asintió, recordando—. Bueno, si no hubiera sido por ese catador de veneno, nadie lo habría descubierto.

—El pimentón y la guindilla molida se parecen, ¿bien? —James se masajeó el puente de la nariz y luego dijo un poco más bajo—: Y tenía un poco de resaca.

—Dios mío —jadeé—. ¿Casi fuiste un asesino?

—La guindilla molida no habría matado a la reina —replicó indignado, golpeando su hombro contra el mío. Incluso a través de nuestra ropa, estaba caliente, y tan cerca podía oler las notas de su loción de afeitar: cedro amaderado y rosa—. ¿Cayena, en cambio? Probablemente.

—¡Esa ni siquiera es la historia divertida! —continuó Miguel, con una chispa en los ojos. Se explayó poéticamente sobre otras anécdotas

con James, historias de una aventura de una noche en Glasgow, un encuentro con un mafioso en Madrid que acabó en una persecución a toda velocidad en ciclomotor por la Gran Vía, viajando tan lejos y tan lejos como había dicho, allá en el apartamento de mi tía, que esperaba hacerlo.

Hablamos hasta que nuestros dedos cubiertos de azúcar y canela tocaron el fondo de la bolsa de papas fritas, y fue una buena noche. El tipo de buena noche que no había tenido en mucho tiempo.

El tipo de bien que se te pegaba a los huesos, espeso y cálido, y te cubría el alma de luz dorada.

Buena comida con buenos amigos.

Al final, James volvía a reír y sonreía con facilidad cuando hablaba de sus primeros días como cocinero en el Olive Branch y del vendedor de carne que intentó juntarlo con su hija.

—Creo que en realidad fuiste a una cita, ¿no? —Isa preguntó.

James agachó la cabeza.

—Una. Enseguida nos dimos cuenta de que no éramos compatibles. Pero tenía una cabrita a la que vestía con botas de agua. Qué linda —admitió.

Miguel preguntó:

—¿No fue el otoño siguiente a tu llegada a NYC? ¿Cuando te ascendieron a línea en la sucursal? —Para entonces yo estaba tan interesada que deseaba cada pequeña cosa sucia y vergonzosa que James Iwan Ashton hubiera hecho o en la que hubiera participado—. Después de conocer a esa chica, ¿verdad?

Algo cambió entonces en la postura de James, mientras nos apoyábamos el uno contra el otro. Se puso rígido.

—Esa historia no.

—Oh, vamos. —Isa puso los ojos en blanco y me dijo—: Nunca ha dejado de hablar de ella. Ni una sola vez, ni un segundo. ¿Cómo se llamaba? Tenía algo que ver con una canción, ¿no?

—¿Una canción? —Quería y no quería saberlo.

—Sí —aceptó Miguel, y empezó a cantarla—. Oh mi querida, oh mi querida, oh mi querida Clementine.

CAPÍTULO 29

Mal momento

James me acompañó a la estación de metro, aunque había llamado a un Uber para que lo llevara… No estaba segura de dónde vivía, en realidad, pero desde luego no era el Monroe. Después de que Miguel cantara «Oh my darling, Clementine» pensé que acabaría atragantándome con una papa frita. James no tardó en cambiar de tema y hablar de cómo Miguel se había declarado a Isa, en realidad en medio del camión de comida, un lluvioso día de primavera de hacía tres años. Sin clientes, ellos dos solos, y un filete que se iba a estropear. Me habría encantado su historia si mi mente no siguiera tambaleándose por la conversación anterior.

«Nunca ha dejado de hablar de ella» había dicho Miguel, justo antes de cantar la canción, y pensar en ello me producía mariposas en el estómago.

«Nunca ha dejado de hablar de ella», de mí.

—Esta noche ha sido divertida. Gracias por entretener a mis amigos. Pueden ser… mucho —dijo, con las manos en los bolsillos.

—Si crees que son malos, deberías salir con Drew y Fiona —respondí con una risa cohibida, porque pensar en los cuatro juntos en la misma habitación era como un ataque de pánico a punto de producirse. Me detuve justo delante de las escaleras que conducían al andén del tren, y él se quedó a mi lado. Demasiado cerca y demasiado lejos a la vez.

Como si ambos estuviéramos esperando a que pasara algo.

Me volví y pregunté, intentando no sonar demasiado tímida:

—Así que Clementine, ¿eh? ¿Cuántas chicas llamadas Clementine conoces?

Su boca se contrajo en una sonrisa. Sus ojos eran suaves charcos de gris. Tal vez los pintaría de verde aguado, con trocitos de amarillo y azul, nubes opalescentes.

—Solo una —respondió en voz baja y sacó las manos de los bolsillos.

Las mariposas de mi estómago se volvieron voraces.

—Debe haber tenido suerte, entonces.

—También es inteligente, y tiene talento, y es guapa —siguió contando mis cualidades con los dedos, y se acercó un paso.

Así de cerca, parecía mucho más guapo de lo que yo esperaba, con sus espesas cejas oscuras recortadas y las pecas de la nariz salpicándole la piel como constelaciones. Su mirada era cautelosa y deseé, deseé con todas mis fuerzas, que siguiera siendo aquel hombre de ojos abiertos del apartamento de mi tía.

Llevé las manos a su cara, trazando las líneas de la risa alrededor de su boca, sintiendo la barba incipiente. Cerré los ojos y sentí su boca cerca de la mía, y quise que me besara, me di cuenta con una punzada de terror. Deseaba que me besara más de lo que había deseado nada en mucho, mucho tiempo. Estar cerca de él era como una historia de la que no sabía el final: la sensación de roca efervescente en los huesos que siempre tenía cuando mi tía me sonreía con todos los dientes, con los ojos brillantes y desorbitados, y me invitaba a una aventura.

Era una aventura. Una que de repente supe que quería emprender.

Sin ninguna duda, yo quería esto.

Lo quería.

Pero pasó un segundo, y luego otro, y la boyante sensación en mi estómago empezó a hundirse rápidamente. Abrí los ojos cuando se apartó de mí y me plantó un beso en la frente.

—Y ella está supremamente fuera de los límites —terminó, con su voz contra mi pelo. El corazón me dio un vuelco en la última traición. Se apartó de mí, con una expresión de dolor en el rostro—. Siempre es el momento equivocado, ¿verdad, Lemon?

—Sí —susurré, con la voz entrecortada, porque tenía razón y me mortificaba que tuviera que ser él quien lo señalara. No podía mirarlo—. Debería… debería irme —murmuré, y huí escaleras abajo.

—¡Lemon! —me llamó, pero no me detuve hasta que atravesé el torniquete y me dirigí hacia el andén del metro.

Casi había tirado mi carrera por la borda, ¿y para qué? ¿Por un sentimiento apresurado que, de todos modos, no se quedaría? Porque nada se quedó.

Nada lo haría.

Pero lo que me asustó no fue el hecho de que ni siquiera me lo hubiera pensado dos veces antes de besarlo, sino que no me hubiera preocupado en absoluto por mi carrera. Lo que pensaría Rhonda. De tirar por la borda siete años de horas extras, fines de semana sin dormir y recortes de papel.

Eso era lo que más me asustaba, que aquello por lo que había estado trabajando tan duramente fuera algo que, en una fracción de segundo, ni siquiera me importaba.

El tren llegó al andén y subí. Aún sentía la impresión de sus manos entre las mías, y el estómago me ardía cada vez que pensaba en lo cerca que había estado. El olor de su loción de afeitar. El calor de su cuerpo. Cómo se había detenido, el suspiro casi silencioso.

«Siempre es el momento equivocado, ¿verdad?» había preguntado.

Sí, supongo que sí.

CAPÍTULO 30

En el pasado

Entré en mi piso y me quité las zapatillas junto a la puerta. La lluvia repiqueteaba contra las ventanas, suave como las yemas de los dedos al golpear el cristal. Las dos palomas estaban acurrucadas en su nido sobre el aparato de aire acondicionado y yo me debatía entre darme o no una ducha fría para quitarme de encima la noche y todas las molestas sensaciones que aún zumbaban en mi pecho, cuando alguien llamó…

—¿Lemon?

Me quedé inmóvil. Luego, casi incrédula, volví a llamar:

—¿Iwan?

Tropezando con mis pisos, me apresuré a entrar en la cocina. Y allí estaba sentado a la mesa, con una botella de bourbon y una copa delante. Aún llevaba una camiseta blanca sucia del trabajo y unos pantalones negros holgados.

—¡Lemon! —dijo con una sonrisa torcida—. Hola, me alegro de verte. ¿Qué haces por aquí tan tarde?

—Quería verte —respondí, con tanta sinceridad que me dolía el corazón en el pecho. No creía que pudiera. Este hombre de pelo castaño desgreñado y ojos pálidos, que sonreía con esa sonrisa torcida y cálida.

«Y nunca me superaras».

Crucé la cocina y le sujeté la cara con las manos mientras me miraba con los ojos desorbitados por la sorpresa —oh, esa maravillosa sorpresa de los ojos abiertos de par en par— y lo besé. Ruda y hambrienta, deseando tatuarme su sabor en la materia gris de mi cerebro. Llevaba toda la noche deseándolo. Pasar los dedos por su pelo castaño, aferrarme a sus rizos. Apretarlo tan fuerte que lo sintiera contra mí.

Sabía a bourbon, y su barba de un día era áspera contra mi piel.

—¿Por qué tanta hambre, Lemon? —preguntó, acercándose para tomar aire, su curiosidad un poco desgarradora, como si sospechara que yo tenía motivos ocultos. Que no podía querer estar aquí besándolo.

—¿Verdad que sí? —pregunté, y eso pareció ser respuesta suficiente para él, porque, sí, lo era. Sí, sabía que lo sería. Por supuesto que lo sabía. La forma en que me había mirado toda la noche, estudiándome, como si quisiera absorberme, como si pensara que nunca volvería a hacerlo… conocía esa mirada. Era la mirada que mi madre le dio a mi padre. La que mi tía le dirigió a aquel lejano recuerdo que se asentaba como un caramelo agrio en su lengua.

Conocía esa mirada tan jodidamente bien, la reconocí en el momento en que levantó la cabeza de la mesa cuando entré, desde el momento en que me llamó Lemon con esa esperanzada incredulidad.

Levantó la mano y me enredó los dedos en el pelo, atrayéndome hacia otro beso. Lento y sensual, sus manos me acariciaban la cara mientras su boca se apretaba contra la mía, murmurando suaves afirmaciones contra mis labios. Su lengua rozó mi labio inferior y me incliné hacia él, con la sensación de Pop Rocks en el pecho. Olía tan bien, a salvajismo y a jabón y a él, que me hizo tener más hambre de más.

—Parece que siempre me visitas justo cuando necesito compañía —murmuró.

—¿Cualquier compañía o yo?

Se inclinó un poco hacia atrás, mirándome con aquellos hermosos ojos de tormenta, como las nubes antes de las primeras nieves del otoño.

—Tú, creo —respondió, con voz suave y segura, y eso derritió el horrible muro que había levantado a mi alrededor, y volví a besarlo, para saborear esas palabras en mis labios.

Me acarició la cara con suavidad y bajó lentamente hacia la blusa, desabrochando los botones uno a uno con sus dedos ágiles y largos. Mientras lo hacía, me besaba desde la boca hasta el cuello. Hice un ruido que sonó más a animal salvaje que a sensual cuando me rozó con los dientes la línea de la garganta hacia el hombro. Me levantó sobre la mesa y apartó la botella de bourbon de su camino. Me pasó la lengua por la clavícula, succionando, y luego me hincó los dientes.

Sentí que se me ponía la carne de gallina y jadeé.

—¿Demasiado? —preguntó, mirándome desde debajo de sus preciosas y largas pestañas, con la mirada embriagada en mí.

No, todo lo contrario.

—Más —supliqué, sintiendo que el calor subía a mis mejillas.

—Me encanta cómo te ruborizas —murmuró, besándome las colinas de los pechos mientras me desabrochaba los botones superiores de la blusa—. Me vuelve loco.

Nunca había pensado en cómo me veía cuando me sonrojaba.

—Dime.

—Es un color precioso —empezó, con su aliento caliente sobre la piel entre mis pechos, mientras me recostaba sobre la mesa, con la rodilla apoyada en el borde y las manos a cada lado.

—Empieza justo aquí —me plantó un beso justo debajo del centro de las clavículas— y va subiendo —un beso en la base de la garganta— y

subiendo —otro en el lateral del cuello— y subiendo. —Otro en el borde de la mandíbula. En la mejilla derecha—. Y me vuelve loco cuando sé que yo soy la causa.

Sentí cómo se me erizaba la piel ante aquella (muy cierta, sinceramente) suposición, y cómo el corazón me golpeaba la caja torácica. Una lenta sonrisa se dibujó en su boca terriblemente torcida.

—Como ahora —ronroneó, y besó mis mejillas sonrojadas. La forma en que me trataba era tan tierna, tan sincera, que resultaba francamente erótica. Ya me había enamorado antes —por supuesto que sí, no se puede viajar por el mundo sin enamorarse de un hombre guapo en Roma o de un viajero inteligente en Australia, de un escocés con un gruñido profundo, de un poeta en España—, pero esto era diferente. Cada caricia, cada roce de sus dedos sobre mi piel, tenía un peso. Una reverencia.

Como si yo no fuera simplemente una chica a la que besar y recordar con cariño dentro de diez años, sino alguien a quien besar en diez años.

En veinte.

Pero, por supuesto, eso no pasó, eso no podía pasar, porque yo ya sabía cómo acababa esto.

Besó el surco entre mis cejas.

—¿En qué estás pensando, Lemon?

Mis dedos recorrieron su pecho y se enroscaron bajo su camiseta. Pensaba que quería salir de mi cabeza. Que quería disfrutar de él, aquí. Pensaba en lo egoísta que era, sabiendo lo que sabía, sabiendo que esto no podría funcionar nunca. Pensaba en lo inteligente que había sido mi tía al establecer esa segunda regla, y pensaba en lo a conciencia que iba a romperla.

Rastreé el tatuaje de su estómago, un pequeño conejo corriendo. Mi contacto le puso la piel de gallina.

—¿Cuántos tienes? —le pregunté.

Inclinó una ceja.

—Diez. ¿Quieres encontrarlos?

Como respuesta, le quité la camiseta hasta el final, la dejó caer al suelo de la cocina y yo le dibujé otro tatuaje en el hueso de la cadera: un hueso de la suerte.

—Dos.

Iniciales en el lado izquierdo de su torso.

—Tres. Cuatro —añadí, besando el manojo de hierbas que llevaba en el brazo izquierdo, atado con un cordel rojo.

Uno en el interior de su otro brazo, de una carretera llena de pinos.

—Cinco.

—Eres impresionantemente buena encontrándolos —murmuró mientras me deslizaba fuera de la mesa de la cocina y tiraba de él lentamente hacia el salón. Volvió a besarme y me mordisqueó el labio inferior.

—Nunca me echo atrás ante un desafío —respondí, y le di la vuelta, plantándole un beso en el cuchillo de carnicero de su omóplato derecho—. Seis.

El séptimo estaba en su antebrazo derecho, un rábano a medio cortar, deshaciéndose.

El ocho era pequeño, tan fácil de pasar por alto en su muñeca, una constelación de puntos que formaban Escorpio. Por supuesto que era Escorpio.

—Cada vez es más difícil —se burló.

—Ahora sí —le contesté, y él se dio cuenta de lo que había dicho y soltó una carcajada, esta vez sonrojándose, y yo tiré de él hacia el pasillo, besándolo mientras lo empujaba a la cama y me subía encima de él. De hecho, estaba extremadamente excitado por mi juego, y eso

era muy emocionante. El número nueve estaba metido justo encima de su clavícula, su marca de nacimiento en forma de media luna debajo. Era la línea de un latido, y cuando mordisqueé la piel allí, hizo un ruido que sonó, un poco, como si se estuviera deshaciendo.

Murmuró:

—Lástima que no encuentres el último.

Por supuesto que lo haría. No era más que una oyente atenta. Giré suavemente su cabeza hacia un lado, oyendo su respiración entrecortada, y aparté el pelo que se enroscaba alrededor de su oreja izquierda, plantando un beso en el batidor escondido allí.

—Diez —susurré—. ¿Cuál es mi premio?

Arrugó la nariz.

—¿Tomarías un lavavajillas?

—Alguien me dijo una vez que es el papel más importante en la cocina —le contesté.

—Puede que nunca haga mucho de sí mismo.

—Oh, Iwan —suspiré, tomando su cara entre mis manos—, no me importa. Me gustas.

Y ahí estaba.

La regla de mi tía rota; mi plan perfecto hecho añicos. Sabía que Iwan no sería un lavaplatos para siempre, e incluso si lo hubiera sido, no habría importado: lavaplatos o chef o abogado o nadie en absoluto. Era el hombre de los ojos de piedra preciosa y la sonrisa torcida y las bromas encantadoras por el que sentía que se me estrujaba el alma.

Aquellos preciosos ojos perlados se oscurecieron hasta convertirse en tormentas, en tempestades, cuando me agarró por el medio y me apartó de él para ponerme sobre el edredón. Se apretó contra mí con su peso, arrastrando las manos por mis muslos, por debajo de la falda.

—Voy a quitarte la blusa —dijo, y sus dedos se dirigieron a los botones de mi blusa, desabrochando el resto uno a uno con sus dedos largos y ágiles. Los quería en otra parte—. Voy a besar cada parte de ti. Voy a memorizar cada parte de ti.

—¿Cada pieza? —Le pregunté mientras me desabrochaba el sujetador.

—Todo —murmuró mientras su boca exploraba mis pechos, sus dedos seguían mis curvas hacia abajo, tirando de mi falda, deslizándose bajo mi ropa interior— encantador…

Me tensé en un grito ahogado cuando sus dedos juguetearon conmigo y mis manos se agarraron a su pelo revuelto.

—… cada pieza —gruñó, y deslizó sus dedos dentro de mí, acariciándome, mientras su lengua bailaba sobre la piel desnuda de mis pechos. Me retorcí bajo su peso, pero él me abrazó con firmeza y murmuró dulcemente, como chocolate, sus palabras agrias y tímidas como limones, afirmación tras afirmación en mi pelo. Nunca he sido el tipo de mujer que se enamora de una voz, pero cuando me corrí, me apretó la boca contra la oreja y retumbó—: Buena chica —de la forma exacta que me hizo perder todo sentido de la autopreservación.

Mi tía tenía dos normas en el apartamento: una, quítate los zapatos junto a la puerta, y estoy segura de que yo me había olvidado de hacerlo al menos una vez.

Así que al menos una vez también pude romper la regla número dos.

Solo una vez.

Pero, a diferencia de lo que ocurre con los zapatos, basta con enamorarse una vez para arruinarse para siempre.

—¿Anticonceptivos? —preguntó entre besos.

Tuve que pensar un segundo.

—Um, sí, pero…

—Espera, por favor. —Dejó un rastro de besos por mi cuerpo y me plantó uno en la cara interna del muslo antes de salir a buscar algo en la cartera y volver al dormitorio, quitándose los pantalones. Rompió el envoltorio del preservativo con los dientes (lo cual era mucho más sexi de lo que yo pensaba) y se lo puso antes de que, lentamente, saboreándome, se deslizara dentro de mí, murmurando salmos de mi cuerpo mientras lo recorría, y supe que estaba cayendo. El tipo de caída que me dolería cuando tocara el suelo. El tipo de caída que me haría pedazos.

Así que lo besé, sintiéndome brillante y temeraria y valiente, y caí.

A la mañana siguiente, tenía la boca como si me hubiera tragado un paquete entero de bolas de algodón, y entonces me acordé: bourbon. La botella vacía seguía en la mesilla de noche y mis bragas rosas de encaje colgaban de la pantalla.

«Con clase, Clementine».

A mi lado, alguien gimió. Estaba tan acostumbrada a despertarme sola que no me había dado cuenta de que Iwan seguía en la cama a mi lado hasta que se dio la vuelta y me besó el hombro desnudo.

—Buenos días —murmuró somnoliento y ahogó un bostezo contra mi piel. Su voz era arrastrada y frita por la mañana, y adorable—. ¿Cómo estás?

Apreté la palma de la mano contra un ojo. Sentía la cabeza llena de arena.

—Muerta —grazné.

Se rio, suave y ronco.

—¿Café?

—Mmm.

Así que se dio la vuelta y empezó a levantarse de la cama, pero el espacio que dejaba se sintió tan frío de repente, que rápidamente me agarré a él por la cintura y tiré de él para que volviera a la cama. Cayó sobre el colchón con una risita y yo me acurruqué contra su espalda, empujando mis pies helados contra los suyos.

—¡Tienes los pies helados! —gritó.

—Trato hecho.

—Bien, Bien, déjame… aguantar —dijo con un suspiro, y se puso boca arriba—. No te tomé por una mimosa —añadió, no sin maldad.

—Cinco minutos más —murmuré, apoyando la cabeza en su pecho. Su corazón latía con rapidez en su caja torácica y yo lo escuchaba inspirar y espirar. El apartamento estaba en silencio y la luz de la mañana se entremezclaba en dorados y verdes a través de las obras de arte de cristal que colgaban sobre la ventana detrás de la cama.

Al cabo de un rato, dijo:

—Creo que las palomas del salón llevan mirándonos desde el amanecer.

—¿Hmm?

Señaló hacia la ventana y miré hacia arriba. Efectivamente, Mother y Fucker estaban sentados en el alféizar de la ventana. Me senté en la cama, asegurándome de que la sábana me envolvía, y los miré con los ojos entrecerrados.

—¿Cuánto tiempo crees que viven las palomas en libertad?

Se lo pensó.

—Probablemente unos cinco años, ¿por qué?

—Solo me lo preguntaba —respondí con desdén y volví a mirar a las dos que estaban en el alféizar. Eran exactamente iguales a las de mi infancia. Una tenía plumas azules alrededor del cuello como un collar, el resto moteado de blanco y gris, y la otra parecía un poco grasienta, con vetas de plumaje azul marino que llegaban hasta la punta de las plumas. Ahora que lo pensaba, no recordaba qué aspecto tenían las palomas anteriores, ni si habían tenido crías. Siempre había supuesto que anidaban en invierno y que una nueva pareja ocupaba su lugar cada año, pero ahora empezaba a sospechar algo muy distinto, y me recordaban (con toda claridad) que yo tampoco estaba donde debía estar.

Les hice un gesto con la mano.

—Fuera, fuera. Váyanse —les dije, pero no levantaron el vuelo hasta que golpeé la ventana con los nudillos. Entonces volaron hasta su posición normal en el salón—. Mi tía odiaba a esos pájaros —dije mientras me recostaba contra él y cerraba los ojos.

Se movió un poco.

—¿Lemon? —preguntó al cabo de un momento.

—¿Mmm?

—¿Por qué te refieres a tu tía en pasado?

Me quedé helada. Lo primero que se me ocurrió fue hacerme la dormida. No decir nada. Mi segundo instinto fue mentir. «¿De qué estás hablando? ¿Pasado? Debe ser un lapsus».

¿Qué daño haría una mentira? Para él, ella seguía viva. Para él, estaba de juerga con su sobrina, colándose en la Torre de Londres, bebiendo en Edimburgo y siendo perseguida por una morsa por media Noruega.

Para él, ella no moriría hasta dentro de unos años. Ni siquiera pensaría en ello. Aún estaba viva, y el mundo aún la contenía.

«Así que ahora es cuando te enteras», pensé, y mi voz se tensó al susurrar:

—No me creerás.

Frunció el ceño. Era un ceño peculiar, las cejas fruncidas, el lado izquierdo de la boca un poco más bajo que el derecho.

—Pruébame, Lemon.

Pensé en decírselo. Quería hacerlo. Pero…

—Nunca está en casa el tiempo suficiente para que yo pueda verla —me encontré mintiendo—. Viaja mucho. Le gustan los sitios nuevos.

Se lo pensó un momento.

—Puedo ver el encanto de eso. Me gustaría viajar.

—Solía hacerlo todo el tiempo con ella.

—¿Qué te detuvo?

—Trabajo. Cosas de adultos. Una buena carrera. Una relación estable. Un hogar. —Me senté en la cama y me encogí de hombros, envolviéndome en el edredón—. Algún día tenía que crecer.

Arrugó la nariz.

—Debes pensar que estoy loco, entonces, para empezar una nueva carrera a mitad de camino a los treinta.

—En absoluto. Creo que eres valiente —lo corregí, y le besé la nariz—. La gente cambia de vida todo el tiempo, no importa la edad que tengas. Pero… ¿puedes prometerme algo?

—Cualquier cosa, Lemon.

—¿Me prometes que siempre serás tú?

Sus cejas se fruncieron.

—Bueno, eso es algo raro de pedir.

—Lo sé, pero me gustas. Tal y como eres.

Se rio, un suave rumor en la garganta, y me besó la frente.

—De acuerdo. Te lo prometo, solo si tú también me prometes algo.

—¿Qué?

—Encuentra siempre tiempo para hacer lo que te hace feliz, como pintar, y viajar, y que se joda el resto.

—Qué poético.

—Soy chef, no escritor.

—Quizá algún día seas ambas cosas. Y ahora mismo, lo que me va a hacer feliz es una ducha. Quizá me ayude con esta resaca. —Empecé a levantarme de la cama, pero volvió a acercarme a él y me besó. Me encantaba su forma de besar, como si yo fuera algo que saborear, incluso con el aliento de la mañana—. Esto también me hace feliz —añadí.

Sonrió contra mi boca.

—Lo más feliz.

Al final, me separé de él, recogí mi ropa y me fui a ducharme.

Cuando volví a salir, ya estaba vestido.

—Salgamos hoy —me dijo cuando salí del baño, secándome el pelo con una toalla. Estaba sentado en el sofá de los desmayos, con los ojos cerrados y los brazos detrás de la cabeza, la ventana abierta para dejar que las palomas comieran unas palomitas en el alféizar. Miré el reloj del microondas: ya era la una de la tarde—. Puedes enseñarme la ciudad. Y puedes traer tus acuarelas. Puedo observarte. ¿Dónde te gusta pintar?

Lo pensé.

—Trampas para turistas, sobre todo.

—¿Central Park entonces? ¿O hay otro que te guste más? Prospect Park es precioso.

—Bueno…

Se levantó del sofá.

—Hagámoslo. Antes de que acabe el día. Hoy está tan bonito fuera. Vamos a descansar, y puedo traer un libro, y tú puedes hacer tus acuarelas.

—E… espera —dije asustada, cuando desapareció en el estudio y volvió con mi lata de acuarelas y un libro, y me agarró de la mano—. Todavía tengo el pelo húmedo. Me duele la cabeza. No llevo maquillaje.

—Estás preciosa tal y como estás —me contestó, tirando de mí por el salón. Agarró su cartera de la encimera.

—Esa no es la cuestión.

Y aun así dejé que me guiara hasta la puerta principal. «No puedo salir de este apartamento», quería decirle, pero no me creería. Por otra parte, yo no había intentado salir de este apartamento con él. Tal vez…

Podría haberlo detenido si hubiera querido. Pero no lo hice. Su entusiasmo era contagioso. Mencionó los sitios que le gustaría visitar: la charcutería de Cuando Harry encontró a Sally, otros restaurantes específicos de películas. Quería probar un perrito caliente en el parque, un pretzel, quizá un helado.

—¿De verdad permiten alquilar botes de remos en Central Park? —preguntó, deslizándose sobre sus zapatos, y yo me puse los planos. Me apretó la muñeca con fuerza, hasta que le sujete los dedos y los entrelacé con los míos.

Así, mucho mejor.

Sonrió mientras me guiaba hacia la puerta, con los ojos brillantes por la posibilidad.

—Iremos a todas partes. Encontraremos la pizza más grasienta de Nueva York. Iremos…

Y en cuanto abrió la puerta, desapareció, dejando solo el calor de sus dedos entre los míos, y luego incluso eso se desvaneció, y yo me quedé en el oscuro apartamento de mi tía, en el presente, y miré mi mano vacía.

CAPÍTULO 31

Cartas a los muertos

Después de intentar volver cuatro… no, cinco veces, finalmente me di por vencida y me di cuenta de que el apartamento no me iba a enviar de vuelta con él hoy, y decidí ir a hacer unos recados. Cerré la puerta y metí las llaves en el bolso mientras salía del edificio. No quería quedarme ahora, con la sensación de la mano de Iwan aún en la mía. En la recepción, Earl cerró su última novela de James Patterson y me saludó.

—¡Hola, Clementine! El verano hace estallar las tormentas en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad? —dijo cuando me acerqué a la puerta giratoria y miré hacia la lúgubre lluvia gris. Me alegré de no parecer tan resacosa, aunque lo sentía en cada hueso de mi cuerpo—. Sabes, recuerdo cuando tú y tu tía bajaban del ascensor y corrían hacia el patio y volvían empapadas. —Sacudió la cabeza—. Es un milagro que nunca te atrapara la muerte ahí fuera.

—Ella siempre decía que bailar bajo la lluvia alarga la vida —le contesté, aunque era una tontería y una falsedad absoluta. Era un pensamiento bonito, aunque resultara ser falso.

—Tendré que probarlo algún día —respondió riendo—. ¡Quizá viva para siempre!

—Tal vez —concedí, y me apoyé en el escritorio para esperar a que pasara la tormenta. Cada vez que la lluvia empezaba a tamborilear en las ventanas, dondequiera que estuviéramos mi tía y yo —no importaba si estábamos en casa o en algún lugar extranjero— me

tomaba de la mano y tiraba de mí hacia la lluvia. Extendía los brazos e inclinaba la cabeza hacia el cielo. Porque así era la vida, decía siempre.

Para eso era la vida.

¿Quién si no podría decir que bailó bajo la lluvia delante del Louvre?

—Vamos, mi querida Clementine —me apremió, metiéndome en el aguacero que caía frente al famoso museo de París, la gran pirámide de cristal que era nuestra pareja de baile. Levantó las manos por encima de la cabeza y cerró los ojos como si quisiera canalizar un poder divino. Hizo una pose y empezó a sacudir los hombros—. Solo se vive una vez.

—¿Qué? No, para —supliqué, con los zapatos chirriando y mi bonito vestido amarillo ya empapado—. ¡Todo el mundo está mirando!

—¡Claro que sí, quieren ser nosotras! —Me agarró de las manos y las levantó, y me hizo girar sobre los adoquines, un vals contra la tristeza, y contra la muerte, y el dolor, y la angustia—. ¡Disfruta de la lluvia! Nunca sabes cuándo será la última.

Mi tía vivía el momento porque siempre pensaba que sería el último. Nunca había un motivo o una razón para ello, incluso cuando estaba sana, vivía como si se estuviera muriendo, con el sabor de la mortalidad en la lengua.

Me encantaba su forma de ver el mundo, siempre como un último suspiro antes del final, bebiéndolo todo como si no fuera a volver nunca más, y quizá aún me gusten algunos trozos de eso.

Me encantaba que dedicara cada momento a crear un recuerdo, que viviera cada segundo con amplitud y plenitud, y odiaba que nunca pensara —ni se le ocurriera— que volvería a bailar bajo la lluvia.

Las miradas confusas de los turistas en el patio del Louvre se fundieron en asombro cuando ella los arrastró —a todos los extraños— uno a uno hacia la tormenta. Un violinista que había buscado cobijo bajo el borde de un puesto de periódicos se echó el instrumento al

hombro y empezó a tocar de nuevo, y los niños salieron corriendo para unirse a nosotros, y pronto todo el mundo estaba dando vueltas bajo la lluvia.

Porque esa era mi tía. Ese era el tipo de persona que era.

La melodía de una canción de ABBA cantaba sobre las cuerdas del violinista, un guiño sobre arriesgarse, sobre enamorarse, y bailamos, y al día siguiente me había resfriado y pasé el resto de la semana en el apartamento que habíamos alquilado, sobreviviendo a base de sopa de caldo y gaseosa. Nunca les dijimos a mis padres que me había puesto enferma, solo que habíamos bailado bajo la lluvia.

Nunca les conté a mis padres las cosas malas.

Tal vez si hubiera…

La lluvia empezó a amainar cuando Earl dijo:

—Oh, creo que tienes algo en el buzón.

Mi buzón. Me sacudió tanto oírlo. Se suponía que era de mi tía, pero ahora yo tenía las llaves y cualquier carta dirigida a ella llevaba seis meses sin recibir respuesta. Ella ya no recibía mucho correo, después de que yo cerrara su cuenta bancaria y sus tarjetas de crédito, pero a veces había algún correo basura, así que me acerqué a la hilera de buzones dorados y saqué mi llave.

—¿Qué es? —pregunté al abrirlo.

Se encogió de hombros.

—Solo una carta, creo.

¿Una carta? Mi curiosidad se vio superada por el miedo. Tal vez una carta devuelta al remitente, dirección desconocida. Tal vez era correo basura disfrazado. O tal vez…

Abrí el buzón y lo saqué. Parecía basura —como todo lo que llegaba para ella— hasta que me fijé en la dirección manuscrita de la esquina.

De Vera.

El corazón se me subió a la garganta. ¿Vera, la Vera de mi tía? ¿La Vera de sus historias? Unas manchas negras se deslizaron por los bordes de mi visión. Se me oprimió el pecho. Esto era demasiado real, demasiado rápido.

—¿Clementine? —Oí decir a Earl—. Clementine, ¿está todo bien?

Aparté los ojos de la carta y la metí en el bolso.

—Bien —respondí demasiado rápido, y traté de estabilizar mi respiración—. Estoy bien.

No me creyó, pero la lluvia había amainado y el sol se derramaba sobre la calle entre las nubes, y era mi oportunidad de marcharme.

—Que tengas un buen día, Earl. —Me despedí con la mano mientras salía por las puertas giratorias y me adentraba en la calurosa y húmeda tarde del sábado para dar un paseo e intentar despejarme.

Esa noche, convoqué a Drew y a Fiona a cenar para una reunión urgente. Drew quería probar un nuevo lugar de fusión asiática en NoHo, pero cuando llegamos, la cola estaba fuera de la puerta y la espera para sentarse era de al menos una hora. Fiona no quería esperar una hora, y Drew no había pensado que estaría tan lleno un sábado por la noche como para tener que reservar mesa, ya que era nuevo y nadie había oído hablar de él todavía. Resultó que Time Out había escrito una crítica estupenda del lugar hacía unos días, así que ahora todo el mundo quería probar los rollitos de huevo con sriracha.

—Quizá haya algún otro sitio por aquí —murmuró Drew sacando el celular, pero era la hora punta para cenar y estaba segura de que casi todos los sitios estarían relativamente ocupados. La tarde húmeda

había dado paso a una noche cálida y veraniega, con nubes que se movían por el cielo naranja y rosa como plantas rodadoras.

—¿Quizás algún sitio con mesas al aire libre? —preguntó Fiona, mirando por encima del hombro de Drew para hojear Yelp.

Eché la cabeza hacia atrás a la luz del sol, esperando a que decidieran a dónde ir, ya que yo no era muy exigente y Fiona era la que tenía más restricciones dietéticas de todas nosotras. Estaban discutiendo si debíamos irnos a otro restaurante del West Village, ya que Fiona no quería seguir vagando sin rumbo, cuando vi un familiar camión amarillo brillante al final de la calle, aparcado exactamente donde había estado la noche anterior: en Washington Square Park.

Atendiendo al público universitario de verano, como siempre.

—¿Qué tal unas fajitas? —les dije.

Me miraron confusas. Drew dijo, desplazándose a través de su teléfono:

—¿Dónde está ese…?

—¿Cuál es la calificación? —añadió Fiona.

Les di la vuelta y las empujé por la acera.

—Créanme, a donde vamos, no necesitamos calificaciones.

Intentaron discutir conmigo hasta que vieron el camión de comida y la cola que se formaba en la acera. La mayoría eran estudiantes de la Universidad de Nueva York o turistas que se encontraban junto al arco de Washington Square, atraídos por el olor de la carne a la parrilla y las canciones pop de los noventa.

—Este lugar suena delicioso —dijo Drew mientras Fiona encontraba el mango de Instagram del camión de comida y tomaba una foto para etiquetarlos—. ¿Cómo lo supiste?

«Anoche cené con James Ashton, que resulta ser un antiguo amor mío —es complicado—, y sus amigos son los dueños de este camión»,

es lo que habría dicho si no fuera por… todo. Aunque pensé que si lo decía, se abriría una caja de Pandora, y Drew empezaría a preguntarme de qué conocía a James Ashton, cuándo lo conocí… cosas sobre las que no podía mentir exactamente, porque en realidad conocí a Drew y a Fiona hace siete años, y ellas se habrían acordado de un tipo como James por aquel entonces.

Así que fue un poco verdad.

—No te enfades, pero James me enseñó este sitio anoche después de la clase de cocina.

Los ojos de Drew se abrieron de par en par.

—¿El chef?

Asentí y Fiona jadeó:

—¡Clementine!

—¡Solo era una cena! Los dos estábamos todavía un poco hambrientos, y mi Uber no me recogió y… de todos modos, los dueños de este camión de comida son sus amigos.

Drew parecía un poco indecisa, algo que comprendí porque, seamos sinceros, si los otros sellos se enteraban de que había estado pasando tiempo con el autor fuera de las funciones de trabajo, parecería…

Bueno, habría rumores, por no decir otra cosa.

En relaciones públicas, cualquier publicidad era buena publicidad, pero no en este caso. En este caso, parecería muy poco profesional, y Drew sabía que yo no sacrificaría mi carrera de ese modo. Al menos, esperaba que lo hiciera.

Mientras esperábamos para pedir, Fiona preguntó:

—¿Por qué has convocado una reunión de urgencia?

—Casi lo había olvidado. —Metí la mano en el bolso y saqué la carta—. La recibí en casa de mi tía, en el buzón del Monroe —me apresuré a corregir.

—¿Una carta? —murmuró Drew, y entonces sus ojos se abrieron de par en par cuando leyó a quién iba dirigida—. ¿A tu tía?

—¿Quién es Vera? —añadió Fiona.

—Vera era una… ella y mi tía salieron hace treinta y tantos años. Mi tía nunca hablaba mucho de ella, pero Vera era muy, muy importante para ella. —Tan importante que decidió dejarla marchar, temerosa de que lo que tenían solo pudiera empeorar. Porque la gente cambiaba a lo largo de siete años, y Analea y Vera no eran diferentes. Era como si Iwan se hubiera convertido en James. Como cambiaría en los siete años venideros—. No sé qué hacer. ¿Debería devolverlo al remitente o quedármelo?

—Tiene fecha de hace solo unos días —señaló Fiona—. No creo que sepa que tu tía se ha ido. ¿Quizás deberías decírselo? ¿En una carta para ella? O, ya que tienes su dirección, ¿en persona?

—¿Pero qué diría? —preguntó Drew, y luego sacudió la cabeza—. Simplemente lo devolvería al remitente.

—¿Pero y si estuvieran enamoradas?

—¿Entonces por qué no sabría que Analea está muerta?

Las escuché discutir, mirando la letra larga y serpenteante de una mujer de la que solo había oído hablar en las historias de mi tía. Una mujer que había pasado por casi lo mismo que Iwan y yo. Mi tía me había contado su versión de la historia, y yo había supuesto que Vera había desaparecido y se había ido a vivir su vida, pero esta carta demostraba lo contrario. Aún seguían en contacto, años después.

¿Por qué mi tía nunca lo dijo?

—¿Clementine? —Drew golpeó su hombro contra el mío, un poco preocupada—. Estamos casi en la ventana.

Rápidamente volví a guardar la carta.

—Bien, bien, gracias.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Fiona entrelazó su brazo con el mío.

—Bueno, elijas lo que elijas, estaremos contigo.

Eso significaba mucho, y le apreté el brazo con fuerza.

Cuando nos pusimos a la cola, a Miguel se le iluminaron los ojos al instante. Levantó los brazos y dijo:

—¡Eh! ¡Cuánto tiempo sin vernos! Qué bien que hayas vuelto por más, ¿eh, eh? —preguntó moviendo las cejas.

—No podía mantenerme alejada.

Isa dijo, asomándose a la ventana:

—¿Y quiénes son tus amigas?

—Fiona y Drew. —Les hice un gesto y me saludaron amablemente—. Estos son Miguel e Isa.

—Un placer —dijo Miguel con un gesto de la mano—. Me encanta conocer nuevos amigos.

—Lemon nos ha hablado un poco de ustedes —aceptó Isa.

Drew y Fiona me miraron extrañadas.

—¿Lemon? —preguntó Drew.

—Un apodo —respondí rápidamente—. ¿Puedo pedir una fajita de pollo y…? —Las miré para que me dieran sus órdenes y dijeron lo que querían—. Y una botella de agua.

—¿No quieres una cerveza? —preguntó.

Solo de pensarlo me ponía verde. Todavía sentía los efectos de la bebida de anoche. Iwan bebió más que yo sin duda.

—El agua está perfecta.

—Bien, bien, las botellas están al lado, en una nevera —dijo, y empecé a sacar la tarjeta para pagar, pero Drew me hizo un gesto de negación con la mano.

—Lo tengo.

—Pero…

—En serio, nosotras invitamos. Dos botellas más de agua, eso sí.

—Entendido. —Asintió y lo tecleó en su tableta. Drew terminó de pagar mientras yo iba hacia el lado del camión de comida donde Miguel dijo que estarían las aguas. Había un hombre sentado en la nevera.

Me quedé helada.

Se enderezó rápidamente. Incluso con la gorra de béisbol calada sobre sus rizos, reconocí la marca de nacimiento en forma de media luna en su clavícula, entre el cuello abierto de su Henley oscuro. Oh.

—¿James? —le pregunté.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Lemon?

—¿Qué haces aquí? —pregunté, porque si Drew y Fiona lo veían, inmediatamente asumirían que las traje aquí para poder verlo. Y estaba segura de que nunca me dejarían olvidar eso.

Parecía perplejo.

—¡Son mis amigos! A veces paso el rato aquí.

—¿No tienes un restaurante que atender?

—Normalmente… —respondió dubitativo—. Estoy preparando una preinauguración de mi nuevo restaurante. Isa y Miguel me ayudarán más tarde con algunos retoques de última hora. ¿Qué haces aquí?

—He traído a mis amigas para que prueben la comida de tus amigos.

—Amigas… —Su nariz se arrugó mientras pensaba y luego se sentó derecho—. ¿Están aquí?

—¿Sí?

Drew llamó desde la parte delantera del camión.

—¿Todo bien, Clementine?

Le contesté:

—¡Bien! ¡La nevera está fría! —Y le hice un gesto con la mano para que abriera la nevera en la que estaba sentado y sacara las aguas—. ¿Por qué actúas tan raro? —le murmuré.

Miguel llamó:

—Iwan debería estar ahí detrás. Que vaya por ellas.

James y yo nos miramos a los ojos.

—¡Gracias! —respondí, mientras James murmuraba en voz baja y metía las manos en el agua helada y sacaba tres botellas. Me las dio.

—No estoy actuando extraño —respondió, y entonces me di cuenta de lo que estaba fuera de…

—Oh Dios mío, tienes *resaca*, ¡ni siquiera bebimos tanto anoche! —le contesté. Bueno, él no bebió mucho. Su yo de hace siete años se emborrachó como una cuba.

—Tú tampoco tienes muy buen aspecto —replicó irónico. Los dos estábamos un poco verdes, la verdad. Miró detrás de mí, debatiéndose entre saludar a mis amigas o no—. Lo siento, no creo que esté en forma para conocerlas ahora.

—Ya has conocido a Drew, es solo su esposa a la que no has conocido.

—Ah, la editora… sí, creo que sería mejor que no me viera con resaca —razonó con un movimiento de cabeza—. ¿Estaría bien?

Fue adorable lo que preguntó.

—Tienes una tarjeta para salir libre de la cárcel.

—Me lo llevo —respondió sombríamente—. Me aseguraré de compensar… —Las palabras se le atascaron en la garganta. Entonces, sin previo aviso, extendió la mano hacia mí, apartándome el pelo, y sus pálidos ojos se volvieron oscuros y tormentosos. Apretó los labios y no entendí por qué hasta que…

—Parece que tú también has pasado una buena noche —bromeó.

Y entonces me di cuenta.

—Dios mío —jadeé, apartándome rápidamente, y me tiré del pelo para taparme el moratón que tenía allí. Bueno, el chupetón. Me había esforzado por cubrirlo con corrector esta mañana, pero debió de desaparecer a lo largo del día.

—¿Tuviste otra cita después de cenar anoche? —me incitó—. ¿Fue caliente?

Lo miré en silencio. No lo entendió por un momento, pero entonces sus ojos se abrieron de par en par y se llevó los dedos a la boca.

Y todo lo que dijo al recordar fue…

—Oh.

Me aclaré la garganta.

—Lo fue, de hecho.

—¿Fue qué? —Sus ojos estaban un poco aturdidos.

Le contesté:

—Caliente.

Entonces gimió y se pasó las manos por el pelo.

—No puedes hacer eso, Lemon.

—Tú preguntaste.

Sonaba absolutamente destruido mientras respondía:

—Lo sé. Me vuelve loco. —Su rostro se contrajo—. Para mí fue hace siete años, y para ti fue anoche.

—Técnicamente esta mañana también —corregí.

Hizo un ruido de dolor en su garganta.

—Por supuesto, ¿cómo podría olvidarlo?

—No estoy segura, la verdad. Fue muy buen sexo. —Incliné un poco la cabeza, estudiando a este hombre de pie a la sombra del camión de comida de su amigo, con resaca por (lo que sospechaba) la misma razón que yo: el uno por el otro. Aunque estaba segura de que yo me lo había pasado mejor anoche que él.

Se frotó la cara con las manos.

—Si esto era para vengarte de mí por rechazarte anoche…

—Oh, no te preocupes, no lo hiciste.

—Sabes lo que quiero decir —gruñó. Sí, pensaba que anoche había vuelto al piso y me había acostado con su yo del pasado para poner celoso a su yo del presente.

Puse los ojos en blanco.

—Pues te equivocas. El apartamento hace lo que quiere cuando quiere… no es mi culpa que no quieras nada conmigo ahora.

Se acercó un paso más, lo suficiente como para que pudiera besarlo, si me atreviera.

—¿Nada contigo? —susurró, incrédulo—. Recuerdo tu sabor, Lemon, el sonido de tu respiración mientras te abrazaba. —Sentí que la piel se me calentaba incluso mientras me apretaba una botella de agua contra un lado del cuello y apartaba la mirada—. Recuerdo cómo contabas los tatuajes de mi piel, la forma de tu boca, cómo se sentía tu cuerpo cuando te corrías por mí —murmuró, deslizando las yemas de sus dedos por mis mejillas furiosamente rojas—. Y todavía me encanta cómo te ruborizas. Me vuelve loco.

Me quedé con la boca abierta. El corazón me martilleaba el pecho. Por un momento no parecía James, sino Iwan, mi Iwan, mirando desde un rostro siete años más extraño. Y pensé que iba a agacharse, a robarme un beso, pero se apartó y subió rápidamente a la parte trasera del camión cuando Drew dobló la esquina.

—Oye —dijo, con nuestra comida en las manos—, ¿va todo bien?

—¡Bien! —chillé, dándome la vuelta rápidamente. Cuanto antes nos fuéramos, mejor—. ¡Tengo las botellas de agua! Deberíamos irnos.

Drew me miró confusa.

—Bien…

—¡Adelante! Vamos a sentarnos junto a la fuente —dije, alejando rápidamente a Fiona y a ella del camión de comida. Miré detrás de mí cuando habíamos cruzado la calle y vi a James saliendo de la parte trasera del camión. Luego se bajó la gorra y se fue en dirección contraria.

«Fuera de los límites», me recordé a mí misma, volviéndome hacia mis amigas. «Él está fuera de los límites».

CAPÍTULO 32

Segunda y última oferta

Pasé el resto del fin de semana limpiando a fondo el apartamento de mi tía y haciendo bocetos de Mother y Fucker en la sección del diario de viaje de NYC titulada «Vida salvaje». El apartamento no me envió de vuelta a Iwan, aunque hubiera deseado que así fuera. Pintar era una forma fácil de distraerme, al menos hasta que empecé a hacer limpieza en el bolso y volví a encontrar la carta de Vera. La dirección estaba en el Upper West Side. Tan cerca —justo al otro lado del parque del Monroe— pero a un mundo de distancia.

Cuanto más tiempo vivía en el apartamento de mi tía, más comprendía por qué lo había conservado. Por qué, después de su desengaño con Vera, no lo había vendido y había viajado por todo el mundo para mantenerse alejada. Había una posibilidad en el sonido de la cerradura al abrirse, en el crujido de las bisagras cuando la puerta se abría de par en par, una ruleta que podía o no devolverte al momento en que te sentías más feliz.

Analea había dicho que los romances a través del tiempo nunca funcionaban, pero entonces ¿por qué Vera seguía escribiéndole? Quería abrir la carta, leer su contenido, pero me parecía demasiado personal. No era asunto mío leer lo que había dentro, y dudaba que mi tía quisiera que lo hiciera. Lo más que podía hacer era devolvérsela y preguntárselo a Vera en persona.

Cuando llegué al trabajo el lunes, Rhonda ya estaba en su despacho, con aspecto más agotado que de costumbre. Ya se había quitado la americana —algo que solo solía hacer después de comer— y se había

cambiado los tacones por los zapatos planos que guardaba en el último cajón del escritorio.

Llamé a la puerta de cristal y ella levantó la vista.

—¡Ah, Clementine! Justo a tiempo.

—¿Empiezo temprano? —pregunté.

—No podía dormir, así que pensé que podría hacer algo de trabajo.

Lo que significaba que se le había ocurrido algo en mitad de la noche que no la dejaba dormir, así que vino a trabajar temprano para hacerlo. El trabajo de toda su vida era esta imprenta, volcaba toda su vida en ella. Su afición era la lectura, su tiempo libre lo dedicaba a idear nuevas estrategias para el próximo gran libro, sus círculos sociales estaban salpicados de directores de otros sellos. Yo también debería ser así; quería ser yo, pero sentía un picor bajo la piel que crecía día a día. Una sensación de estar en una caja demasiado pequeña, un collar demasiado apretado.

Y me daba miedo, porque había pasado mucho tiempo intentando encontrar un lugar permanente donde quedarme.

—Por cierto —prosiguió Rhonda, golpeando con su bolígrafo un bloc de notas que tenía sobre el escritorio—, ¿has decidido qué hacer con tus vacaciones?

—Creo que me limitaré a dar una vuelta por la ciudad —respondí, sabiendo que me preguntaba para asegurarse de que realmente iba a tomarlas. En contra de mi voluntad.

Asintió con la cabeza, aunque por la curvatura de sus hombros me di cuenta de que estaba aliviada.

—Bien, bien. Con la transición, puede que necesites estar de guardia.

Eso me hizo hacer una pausa.

—¿La transición?

—Sí. —No me miró mientras hablaba, organizando ordenadamente los bolígrafos en su bandeja—. Como te he dicho, Strauss va a dividir mi trabajo en tres: editor, director de *marketing* y director de publicidad. Te propongo para directora de publicidad, pero también quiere entrevistar a personas ajenas a la empresa. Algo sobre la sana competencia —añadió inexpresiva.

—Oh. —Asentí—. Quiero decir, eso tiene sentido. Solo llevo aquí siete años.

Por fin, mi jefa me miró, y su cara estaba constreñida. Reconocí la expresión: estaba enfadada. Pero no conmigo.

—Y tú eres una de las personas con más talento que he conocido en mucho tiempo. Lucharé por ti hasta el final, Clementine, si es lo que quieres.

—Por supuesto que lo es —respondí rápidamente, esperando que las palabras pudieran ser el bálsamo para el picor bajo mi piel—. Quiero esto.

Los labios rojos de Rhonda esbozaron una sonrisa de satisfacción.

—Bien. No esperaba menos. Puede que Strauss quiera contratar a otro, pero hay dos personas en Strauss y Adder, y yo tengo tanto peso como él. Tú —continuó—, solo tienes que atrapar a James Ashton.

—Oh, ¿eso es todo? —pregunté, tratando de no sonar demasiado asustada—. Tan fácil como atrapar la luna.

—Ve por ellos —animó.

Volví a mi cubículo, donde había tan poca intimidad que ni siquiera podía gritar en mi almohada cervical de rosquilla que había metido debajo de mi escritorio durante días, cuando echaba siestas de gato en el almacén. Ya sabía que el sello y mi carrera dependían de la adquisición de James Ashton. No hacía falta que me lo recordara.

«Respira, Clementine».

Si quería la carrera por la que había estado trabajando durante siete años, tenía que hacer esto.

Pase lo que pase.

Envié algunos correos electrónicos y seguí algunas entrevistas de podcast, y poco a poco mis ojos se desviaron hacia las acuarelas de paisajes que había pintado años atrás, colgadas en la pizarra de corcho junto a mi monitor. El puente de Brooklyn. El estanque de Central Park. La escalinata de la Acrópolis. Un tranquilo jardín de té en Osaka. Un muelle pesquero. Instantáneas de lugares en los que he estado y de la persona que era cuando los pinté.

Esa sensación de inquietud bajo mi piel volvió, más terrible que nunca.

El cuadro de una pared de glaciares tenía tonos morados y azules, del verano en que cumplí veintidós años —la Clementine de la época de Iwan—, recién salida de un desengaño amoroso con su novio. Debería haberlo visto venir, pero no lo hice, y después fui un completo desastre. Me gradué y volví a casa de mis padres en Long Island, donde me encerré a pasar el verano mientras solicitaba trabajos de comisaria que no estaba segura de querer.

Mi novio y yo íbamos a hacer un viaje de mochileros por Europa, pero obviamente eso no ocurrió cuando me dejó y decidió aceptar un trabajo de tecnología en San Francisco, y estuve a punto de devolver el dinero de los billetes de avión… hasta que mi tía se enteró y se negó a que lo hiciera.

—Por supuesto que no —me dijo por teléfono. Estaba tumbada en la habitación de casa de mis padres, mirando al techo lleno de bandas de chicos de mi juventud. Todas mis cosas estaban en cajas en el pasillo, sacadas del apartamento de mi ex en un torbellino de veinticuatro horas—. Vamos a hacer ese viaje.

Me incorporé, sobresaltada.

—¿Vamos?

—¡Tú y yo, querida!

—Pero yo no planeé que fuéramos. La mitad de los hoteles que he reservado tienen una cama y…

—La vida no siempre sale según lo planeado. El truco está en aprovechar cuando no es así —dijo con naturalidad—. ¿Y no me digas que no quieres dormir codo con codo con tu querida tía?

—No es eso lo que estoy diciendo, pero debes tener algo más que hacer. Ese viaje del que hablabas, el de Rapa Nui…

—¡No! Puedo posponerlo. Vámonos de mochileras por Europa —dijo con decisión—. Tú y yo… no lo hemos hecho desde que estabas en el instituto, ¿recuerdas? Solo una última vez, por los viejos tiempos. Después de todo, solo se vive una vez.

Y quisiera o no decir que no, la tía Analea era el tipo de fuerza de la naturaleza que no me lo permitiría. Podría haberme inventado cualquier excusa, encontrado cualquier motivo para quedarme en casa y revolcarme en la autocompasión, y no habría importado. Mi tía apareció a la mañana siguiente con las maletas hechas, el abrigo azul que siempre reservaba para los viajes y unas grandes gafas de sol, un taxi esperando en la acera para llevarnos al aeropuerto. Su boca se torció en una sonrisa tan grande y peligrosa que sentí que la angustia se convertía en otra cosa: emoción. Un anhelo de algo nuevo.

—Vamos a la aventura, cariño —declaró.

Y, oh, me di cuenta entonces de que tenía la sed de aventura sembrada hasta los huesos.

Echaba de menos a aquella chica, pero ahora la sentía volver, poco a poco, y ya no odiaba tanto la idea de algo nuevo. Cuanto más tiempo pasaba sentada aquí, en este pequeño cubículo, más empezaba a preguntarme para qué, exactamente, estaba trabajando.

Pensé que era la idea de Rhonda, una mujer rodeada de listas de superventas y galardones enmarcados, bastante feliz donde estaba, y

me imaginé a mí misma en su silla naranja. Cómo sería yo. Tendría que poner todo mi empeño en ello. Por muchas horas que yo trabajara, sabía que Rhonda trabajaba más. Se ponía a disposición de nuestros autores, de sus agentes, de su personal, en cada momento. Llevaba su trabajo como llevaba sus Louboutins. Para ser tan buena como yo quería ser, tendría que hacer eso también. Cambiaría mis zapatos planos por tacones, me compraría un juego de americanas, sería el tipo de persona que todos esperaban que fuera…

Alguien como James, supuse.

Yo quería eso. ¿No es así?

Mi teléfono vibró y miré el mensaje de texto de Drew.

¡Ya está! ¡¡Segunda y última oferta!! Envíen buenas vibraciones, dijo con un emoji de manos rezando.

YA LO TIENES, NENA. Fiona respondió.

James y su agente nos invitaron a la preinauguración de su nuevo restaurante el jueves. ¿Movemos el vino y lloriqueo allí entonces? preguntó Drew.

Me parece bien, le envié un mensaje y Fiona me dio el visto bueno.

Puse el teléfono en silencio y volví al trabajo. No estaba en mis manos. James había elegido a quien había elegido. Ya no podía hacer nada al respecto.

Todo seguía su curso, entraba en mi vida y volvía a marcharse, porque nada se quedaba. Nunca nada se quedaba.

Pero las cosas podrían volver.

Eso me recordó algo. Volví a sacar el celular y añadí: **¿Quieren venir conmigo a entregar la carta?**

CAPÍTULO 33

Lo que nunca fue

Vera vivía en la calle ochenta y primera, entre Amsterdam y Broadway, en un piso sin ascensor del color de la piedra crema. Según la dirección de su carta, vivía en el tercer piso, en el 3A. Fiona y Drew me apoyaron en la acera, aunque Drew seguía creyendo que debía devolver la carta por correo.

—¿Y si no quiere verte? —preguntó.

—Prefiero enterarme en persona de que ha muerto alguien a quien he escrito cartas durante los últimos treinta años —argumentó Fiona, y su mujer suspiró y negó con la cabeza.

Entendía el punto de vista de Drew, pero tal vez habría sido más fácil devolver la carta. La relación entre mi tía y Vera no era asunto mío, pero como conocía la historia, me sentí… obligada, supongo. A terminarla.

Había oído hablar tanto de Vera que casi me parecía un cuento de hadas, alguien a quien nunca pensé que conocería. Tenía las manos húmedas y el corazón se me aceleraba en el pecho. Porque estaba a punto de conocerla, ¿verdad? Estaba a punto de conocer a la última pieza del rompecabezas de mi tía.

Respiré hondo y examiné la caja del timbre. Los nombres estaban borrosos, casi ilegibles. Entrecerré los ojos para intentar distinguir al menos los números y pulsé el timbre del 3A.

Al cabo de un momento, una voz tranquila respondió:

—¿Diga?

—Hola, siento molestarte. Me llamo Clementine West y tengo la carta que le enviaste a mi tía. —Luego, un poco más tranquila—: Analea Collins.

No hubo respuesta durante un buen rato, tanto que pensé que tal vez no iba a obtenerla, pero entonces ella dijo:

—Sube, Clementine.

La puerta zumbó para desbloquearse y les dije a mis amigas que volvería en un minuto.

Respiré hondo, me armé de valor y entré en el edificio.

Perseguir a Vera era como abrir una herida que había suturado hace seis meses, pero tenía que hacerlo. Sabía que tenía que hacerlo. Si ella y mi tía habían mantenido el contacto a lo largo de los años, ¿por qué Analea nunca lo había mencionado? Si habían seguido siendo amigas, ¿por qué no funcionó? Pensé que Analea había cortado los lazos con Vera, como había hecho con todo lo que amaba y se negaba a arruinar, pero al parecer mi tía tenía más secretos de los que yo había pensado en un principio. Cosas que mantenía ocultas. Cosas que nunca dejaba que nadie viera.

Antes quería ser exactamente como mi tía. Pensaba que era valiente y atrevida, y quería construirme a mí misma como ella se había construido. Mi tía me daba permiso para ser salvaje y desenfrenada, y yo quería eso más que cualquier otra cosa, pero desde que falleció me había echado atrás. No quería parecerme en nada a ella, porque tenía el corazón roto.

Todavía tenía el corazón roto.

Y ahora tenía que decirle a otra persona, alguien que también quería a Analea lo suficiente como para escribirle cartas treinta años después de que su tiempo terminara, exactamente lo que no quería volver a oír nunca más.

Me detuve en el apartamento 3A y llamé a la puerta. Mi tía me había hablado de Vera, de cómo era, pero al abrir la puerta me sorprendió de inmediato lo mucho que me recordaba a mi tía. Era alta y delgada, llevaba una blusa naranja y unos pantalones cómodos. Tenía el pelo rubio grisáceo muy corto y la cara angulosa para una mujer de unos sesenta años.

—Clementine —saludó, y de repente me abrazó con fuerza. Sus brazos eran delgados, así que me sorprendió lo fuerte que era—. ¡He oído hablar tanto de ti!

Se me llenaron los ojos de lágrimas, porque me confirmó lo que me había preguntado: si esta carta había sido una casualidad o si se trataba de otra línea de conversación en una larga historia de correspondencia durante años y años. Y era lo segundo.

Analea se había mantenido en contacto con Vera y habían hablado de mí.

Olía a naranjas y a ropa recién lavada, y le devolví el abrazo.

—Yo también he oído hablar mucho de ti —murmuré en su blusa.

Al cabo de un momento, me soltó y me puso las manos en los hombros, mirándome bien desde debajo de sus gafas de media luna.

—¡Eres igual que ella! Casi su vivo retrato.

Esbocé una pequeña sonrisa. ¿Era un cumplido?

—Gracias.

Dio un paso atrás para darme la bienvenida a su apartamento.

—Pasa, pasa. Estaba a punto de hacer café. ¿Te gusta el café? Tienes que ser así. Mi hijo hace el mejor café…

Lo que mi tía no había mencionado, sin embargo, era que Vera tenía un acento sureño muy leve, y su apartamento estaba lleno de fotos de una pequeña ciudad sureña. No me fijé demasiado en ellas cuando entré en el salón y me senté, y ella nos preparó dos tazas de café y se

sentó a mi lado. Estaba un poco entumecida, todo borroso. Después de tantos años escuchando historias sobre esa mujer llamada Vera, aquí estaba en carne y hueso.

Esta era la mujer que Analea había amado tanto que la dejó ir.

—Me preguntaba cuándo podría conocerte —dijo Vera mientras se sentaba a mi lado—. Es una sorpresa. ¿Está todo bien?

En respuesta, metí la mano en el bolso y saqué la carta que le había enviado a mi tía. Estaba un poco arrugada de tanto luchar con mi cartera, pero la alisé y se la devolví.

—Lo siento —empecé, porque no sabía qué más decir.

Frunció el ceño al tomar la carta sin abrir.

—Oh —susurró, dándose cuenta—, ¿está…?

Había cosas que eran difíciles de hacer —divisiones complicadas sin calculadora, un maratón de cien millas, abordar un vuelo de conexión en el aeropuerto de Los Ángeles en veinte minutos—, pero ésta era, con diferencia, la más difícil. Encontrar las palabras, reunirlas, enseñarle a mi boca cómo decirlas, enseñarle a mi corazón cómo entenderlas…

Nunca le desearía esto a nadie.

—Falleció —forcé, incapaz de mirarla, tratando de mantenerme firme. Estable—. Hace unos seis meses.

Su respiración se entrecortó. Agarró con fuerza la carta.

—No lo sabía —dijo en voz baja. Bajó la mirada hacia la carta. Luego volvió a mirarme—. Oh, Clementine. —Sujetó mi mano y la apretó con fuerza—. Verás, hace poco que he vuelto a la ciudad. Mi hijo tiene un trabajo aquí y quería estar cerca de él —divagó, porque le sentaba mejor que detenerse en esas palabras: ella había fallecido. Se tragó su tristeza y dijo, después de un momento, mientras se recomponía—: ¿Puedo preguntar qué pasó?

No, quería contestar, pero no porque estuviera avergonzada. No estaba segura de poder hablar de ello sin llorar.

Por eso no hablaba de ello con nadie.

—Ella… no había estado durmiendo bien, así que su médico le recetó una medicina hace un tiempo. Y ella solo… —Todas las veces que lo había ensayado me habían fallado. No sabía cómo explicarlo. Estaba haciendo un mal trabajo—. Los vecinos llamaron el día de Año Nuevo cuando ella no abría la puerta, pero era demasiado tarde. —Apreté los labios y los cerré con fuerza al sentir que un sollozo me salía del pecho—. Se fue a dormir. Tomó lo suficiente para saber que no se despertaría. La encontraron en su sillón favorito.

—El azul. Oh —la voz de Vera se quebró. Dejó caer la carta y se llevó las manos a la boca—. Oh, Annie.

Porque, ¿qué otra cosa se puede decir?

—Lo siento —susurré, apretándome las uñas en las manos, concentrándome en el agudo dolor—. No hay forma fácil de hablar de ello. Lo siento —repetí—. Lo siento.

—Cariño, no fuiste tú. No hiciste nada malo —dijo…

Pero lo hice, ¿no? Debería haber visto las señales. Debería haberla salvado. Debí haber…

Y entonces esa mujer a la que no conocía me rodeó con sus brazos y me apretó contra su blusa naranja quemada, y sentí que me daba permiso. Del tipo que no me había permitido durante seis meses. El tipo de permiso que había estado esperando, mientras estaba sentada sola en el apartamento de mi tía y el dolor brotaba tan alto que parecía sofocante. El permiso que creía haberme dado a mí misma, pero que no había sido un permiso para llorar, sino una orden para ser fuerte. De estar bien. Me dije una y otra vez que tenía que estar bien.

Y por fin alguien me dio permiso para deshacerme.

—No es culpa tuya —me dijo en el pelo mientras un sollozo escapaba de mi boca.

—Ella se fue —susurré, mi voz apretada y alta—. Ella se fue.

Y me rompió el corazón.

Esta mujer que no conocía, que solo había imaginado en las historias de mi tía, me abrazó con fuerza mientras yo lloraba, y ella lloró conmigo. Lloré porque me había dejado, porque se había ido, aunque yo la persiguiera, con sus faldones revoloteando fuera de mi alcance. Se fue y yo seguía aquí, y había tantas cosas que aún no había hecho, o que nunca haría en el futuro. Había amaneceres que nunca vería y Navidades en Rockefeller Plaza de las que nunca se quejaría y escalas que nunca tomaría y vino que nunca volvería a beber conmigo en aquella mesa amarilla suya mientras comíamos fettuccine que nunca eran iguales dos veces.

Nunca la volvería a ver.

Nunca iba a volver.

Mientras lloraba apoyada en el hombro de Vera, sentí como si de repente se hubiera derrumbado un muro y todo mi dolor y tristeza reprimidos se hubieran desvanecido como un dique roto. Al cabo de un rato, nos separamos y ella tomó una caja de pañuelos y se secó los ojos.

—¿Qué pasó con el apartamento? —preguntó.

—Me lo dio en su testamento —respondí, agarré unos pañuelos y me limpié la cara. La tenía en carne viva e hinchada.

Asintió con la cabeza, un poco aliviada.

—Oh, bien. ¿Sabes que era mío antes de que ella lo comprara? Bueno, no era mío, solo se la alquilé a un viejo estirado que me cobró de más. Murió, así que tuve que mudarme y su familia se lo vendió a tu tía. Creo que nunca supieron lo que hacía.

Eso me sorprendió.

—¿No lo hicieron?

—No, nunca vivieron allí, pero los inquilinos lo sabían. El hombre del que tomé el contrato me advirtió. Se había dado cuenta por las malas. Creyó que otra persona tenía la llave del piso y entraba a reordenar sus cosas. Solo cuando supo su nombre se dio cuenta de que la mujer que seguía entrando había fallecido hacía casi cinco años. —Sacudió la cabeza, pero sonreía al recordarlo—. ¡Casi no le creí hasta que me pasó a mí y conocí a tu tía!

No se parecía mucho a la Vera de las historias de mi tía. Esta Vera estaba más arreglada, llevaba un collar de perlas y tenía un aspecto tan impecable como su apartamento, decorado con sencillez. Y si las pequeñas cosas eran diferentes, quizá parte de la historia de mi tía también lo fuera.

—¿Por qué no funcionaron las cosas? —pregunté, y ella se encogió de hombros.

—No puedo decírtelo. Creo que siempre tuvo un poco de miedo de que algo bueno llegara a su fin, y oh, nosotras éramos algo bueno —dijo con una sonrisa secreta, sus pulgares rozando el sello de lacre en el reverso de su carta—. Nunca quise a nadie como quise a Annie. Nos manteníamos en contacto por carta, a veces cada dos meses, a veces cada dos años, y hablábamos de nuestras vidas. No estoy segura de que alguna vez se arrepintiera de haberme dejado marchar, pero ojalá hubiera luchado un poco más por nosotras.

—Sé que lo pensó —respondí, recordando la noche en que mi tía me contó toda la historia, la forma en que había llorado en la mesa de la cocina—. Siempre deseó que hubiera acabado de otra manera, pero creo que tenía miedo porque… el apartamento, ya sabes. Cómo se conocieron.

Su boca se torció en una sonrisa tímida.

—Tenía tanto miedo al cambio. Temía que nos distanciáramos. No quería estropearlo, así que hizo lo que mejor sabía hacer: conservarlo para ella. Esos sentimientos, ese momento. Estuve muy enfadada con ella —admitió—, durante años. Durante años estuve enfadada. Y luego dejé de estarlo. Así era ella, y era una parte de ella que amaba con el resto de su ser. Así era como sabía vivir, y no todo era malo. También era bueno. Los recuerdos son buenos.

Dudé, porque ¿cómo iban a ser buenos cuando nos dejó? ¿Cuando el último sabor en nuestras bocas fueron gotas de limón?

—Incluso después de…

Vera me cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Los recuerdos son buenos —repitió.

Me mordí el labio inferior para que no me temblara y asentí, secándome los ojos con el dorso de la mano. El café que había traído ya estaba frío y ninguna de las dos lo habíamos tocado.

Mi teléfono zumbó, y estaba segura de que eran Drew y Fiona preguntando si me encontraba bien. Probablemente tenía que volver con ellas, así que abracé a Vera y le di las gracias por hablar conmigo sobre mi tía.

—Puedes volver cuando quieras. Tengo historias para días enteros —dijo, y me acompañó de vuelta a la puerta. Ahora que la cabeza no me daba vueltas, me fijé en los cuadros del pasillo.

Vera aparecía en casi todas ellas, de pie junto a dos niños de distintas edades: un niño y una niña, ambos con la cabeza llena de pelo castaño. A veces eran niños pequeños. A veces eran adolescentes. La pesca en el lago, la graduación de la escuela primaria, los dos niños sentados en las rodillas de un anciano sonriente. Los dos se parecían mucho a Vera, y me di cuenta de que debían de ser sus hijos. No había otra persona en las fotos, solo ellos tres. Y no podía dejar de mirar al niño, con sus hoyuelos y sus ojos pálidos.

—Mi hija menor nos llamaba los Tres Mosqueteros cuando era pequeña —dijo cuando me sorprendió mirando el collage de fotos, y sentí como si la oyera a través de un túnel, y señaló una foto de una hermosa joven vestida de novia junto a un sonriente hombre moreno—. Esa es Lily —dijo, y luego señaló la foto de un rostro que yo conocía demasiado bien.

Un hombre joven con una sonrisa torcida y ojos pálidos y brillantes y pelo castaño rizado, con un delantal de cocinero floreado mientras cocinaba algo en un fogón bien cuidado. Estaba de pie junto a un anciano más bajo, con la espalda encorvada, que llevaba un delantal de cocinero similar en el que se leía: NO SOY VIEJO, ESTOY BIEN SAZONADO, sus ojos del mismo gris pálido brillante. Me quedé mirando la foto con un asombro agridulce.

—Y este es Iwan —continuó—, con mi difunto padre. Iwan lo quería de verdad.

—Oh. —Mi voz era pequeña.

Sonrió.

—Va a abrir un restaurante en la ciudad. Estoy muy orgullosa, pero últimamente está muy estresado; a veces me pregunto si hace todo esto porque le gusta o por su abuelo.

Me quedé mirando la foto del hombre que conocía, Iwan, con su sonrisa torcida y contagiosa. Debió de ser tomada justo antes de que se mudara a Nueva York. Y de repente, al mirar esa foto, algo me hizo clic. De todas las cosas que habían cambiado en esos siete años, la más destacada era su mirada. Había una alegría descarada.

Y me preguntaba cuando se fue.

—Quizá lo conozcas algún día. Es muy guapo —añadió Vera moviendo una ceja.

—Lo es —asentí, le agradecí de nuevo que me dejara llorar en su hombro y, con un último abrazo, salí y me reuní con mis amigas en la

acera, que declararon (inmediatamente) que parecía que necesitaba una copa.

No tenían ni idea.

CAPÍTULO 34

Demasiado bien

Durante el resto de la semana, me pregunté cómo no había visto las señales.

No es que fuera evidente. Pensándolo bien, Iwan había dicho que Analea era amiga de su madre, pero yo nunca le había preguntado su nombre. Pensándolo bien, tenía sentido que mi tía ofreciera su piso vacío al hijo de alguien a quien conocía. No solo lo conocía, sino que lo conocía íntimamente. Dudaba de que Iwan conociera la historia de su madre con mi tía, igual que yo no la conocía; él lo habría sacado a relucir.

¿El apartamento sabía quién era Iwan? ¿Era por eso por lo que nos había reunido en esta encrucijada?

Mis dedos se sentían inquietos, tanto que me traje una lata de acuarelas al trabajo y me senté en Bryant Park durante el almuerzo a pintar las multitudes que veía. Cuando volví al trabajo, fui a lavarme rápidamente la pintura seca en las yemas de los dedos.

—Me gusta que vuelvas a pintar —comentó Fiona el miércoles, mientras descansábamos en la hierba verde de Bryant Park, sobre una de las mantas de Drew de su oficina, y yo bañaba de dorados y cremas el Edificio Schwarzman en las Mejores Paradas Turísticas Gratis de mi guía de viajes—. Los amarillos son bonitos.

—Casi alimonado —coincidió Drew, tumbada en el suelo junto a Fiona, con las manos detrás de la cabeza—. Llevo tiempo queriendo preguntártelo, pero… ¿qué te ha hecho volver a pintar?

Me encogí de hombros.

—No sé, acabo de retomarlo —respondí, limpiando mi pincel en un tapón de botella con agua, y eligiendo un naranja oxidado para los bordes del edificio—, y me hace sentir feliz.

Drew canturreó pensativa.

—Ni siquiera puedo recordar lo que me hace sentir feliz…

—Leer, nena… oh —Fiona sostuvo su vientre, su cara arrugándose—. Oh, eso fue interesante.

Drew se incorporó alarmada.

—¿Va todo bien? ¿Pasa algo?

Le hizo un gesto para que se alejara.

—Estoy bien, estoy bien. Solo fue una sensación extraña.

Le dirigí una mirada dubitativa.

—¿Como un bebé raro?

—No estaré de baja por maternidad hasta dentro de una semana —contestó Fiona, como si eso fuera a detenerla, pero el resto del día se encontraba bien, y se había burlado por completo de la idea de empezar antes su baja por maternidad. «¿Qué, quedarme en casa todo el día? No, gracias, me volvería loca».

Así que cuando llegó el jueves, me llevé un vestido a la oficina, me cambié en el tenderete después del trabajo y, junto con Drew y Fiona, tomamos un taxi para ir al nuevo restaurante de James. Se trataba de una preinauguración, reservada solo a invitados, para celebrar el lanzamiento de *hyacinth* (por cierto, todo en minúsculas, con una letra de lo más rara).

Nos encontramos con Juliette fuera, vestida con una elegante blusa color crema metida por dentro de unos holgados pantalones marrones, con un cinturón. Llevaba el pelo recogido en dos moños y un bolso de

imitación de Prada en el brazo que parecía tan real que casi me lo creería si no me dijera exactamente dónde conseguir uno. A su lado, yo parecía… un poco desarreglada e informal, con un vestido hasta la rodilla de color púrpura pálido con un lazo en el cuello, y por primera vez desde mi última cita con Nate…

—¿Tacones? —Juliette jadeó—. ¡Dios mío, llevas tacones! Y eres tan alta con ellos. —Rápidamente sacó su teléfono y les hizo una foto—. ¡Esto va directo a mis historias! Tenemos que recordar esta ocasión.

Gemí.

—¡A veces uso tacones!

—Cuando quieres impresionar a alguien —señaló Fiona.

—Nuestro futuro autor, obviamente —le respondí.

Drew puso las manos en las caderas y practicó su respiración tranquila.

—Hablando de eso, si alguna de ustedes me hace quedar mal esta noche…

Juliette dijo, con un saludo:

—¡Nos comportaremos lo mejor posible! Aunque puede que alguien tenga que decirme qué tenedor usar si hay más de uno…

Pasé mis brazos por los de Drew y Fiona y les dije:

—No se preocupen, yo también me equivocaré.

Y juntas abrimos la pesada puerta de madera y entramos.

Durante el trayecto me imaginé cómo sería su restaurante, quizá como aquel del que hablaba mientras comía fideos fríos. Largas mesas familiares y paredes de color rojo carmesí, cómodas y cálidas, con las sillas de cuero desgastadas. Las paredes estarían decoradas por artistas locales y las lámparas serían una amalgama de apliques y candelabros.

Una mesa reservada para una mujer que conoció durante unos lejanos fines de semana en un recuerdo lejano.

«Reservaré para ti cada noche la mejor mesa de la casa», recuerdo que me dijo.

Una conversación que estaba segura de que había olvidado, a pesar de que guardaba la misma guía de viajes en el bolso cuando entramos en su restaurante.

Era luminoso —fue lo primero que noté—, casi impecable, con mesas de mármol blanco pulido y apliques blanquecinos con un ligero matiz azul. Las sillas eran taburetes en el mejor de los casos, el techo desnudo hasta las nuevas tuberías plateadas, a medio camino entre un almacén y unos grandes almacenes a medio terminar. Parecía un lugar en el que, si cometías un error, estaba en un pedestal a la vista de todos. Se me encogió un poco el corazón porque éste no era en absoluto el sueño de Iwan.

Era de James.

La recepcionista reconoció rápidamente a Drew por una foto de su portapapeles y nos condujo a una mesa especial. Ya había otras caras conocidas: Benji y su prometida, Parker y su mujer, y otros dos redactores que habían asistido a la clase de cocina. Nos sentamos en una de las mesas más grandes, las sillas eran incómodas y frías, y yo me sentía tan fuera de lugar que me picaba la piel.

«Finge que perteneces a este lugar hasta que lo hagas», pensé para mis adentros.

—Este sitio es tan elegante —dijo Fiona cuando nuestro camarero nos trajo los menús, que eran todos iguales y detallaban una lista de siete platos. Fiona tenía un menú especial por sus restricciones dietéticas como embarazada. El camarero también nos trajo una botella de vino.

—Cortesía del chef —dijo el camarero, descorchó el tinto y nos sirvió una copa a cada una.

Cuando se hubo ido, Drew levanto su copa.

—Por una buena noche, consigamos o no el libro.

Las demás chocamos nuestras copas con la suya. El vino estaba seco y un poco agrio, y de repente me sentí como si estuviera de vuelta en aquel primer almuerzo en Olive Branch, sintiéndome fuera de lugar, moviendo los brazos salvajemente para encontrar mi equilibrio.

Mis amigas hicieron comentarios sobre el restaurante, el menú, las otras personas sentadas en las mesas. Estaba medio escuchando a Juliette hablar de una nueva campaña que estaba preparando con el coordinador de redes sociales cuando una cara conocida entró en *hyacinth*: Vera Ashton.

La recepcionista la llevó rápidamente a sentarse a la mejor mesa del restaurante, y ella sonrió mientras se sentaba y se maravillaba de la decoración. Me excusé de la mesa para ir a saludarla.

—¡Oh, Clementine! —gritó, juntando las manos. Llevaba un traje pantalón color salvia y perlas en las orejas—. Es tan inesperado verte aquí. Encantador, ¿no es encantador?

—Lo es —respondí a modo de saludo—. ¿Cómo estás?

—¡Bien! Bien. Creía que era una preinauguración, ¿qué te trae por aquí al restaurante de Iwan, perdón, de James? Odia que le llame Iwan en público. Algo relacionado con su imagen. Un poco tonto, pero ya se dará cuenta.

No estaba tan segura, viendo este restaurante.

—En realidad trabajo para una de las editoriales con las que está pensando firmar. —Hice un gesto hacia mi mesa—. Solo quería venir a saludar.

—¡Oh, qué lujo! Haría mal en no elegirte… Ah, ahí están Lily y su marido —añadió, mirando detrás de mí, y apenas tuve tiempo de mirar antes de que una mujer menuda con un vestido de flores, el pelo castaño largo y alborotado, se acercara a la mesa. Me sorprendió lo

mucho que se parecía a Iwan, desde sus ojos claros hasta las pecas de sus mejillas. Me dedicó una sonrisa vacilante, al igual que su marido, y enseguida me di cuenta de que estaba bloqueando la silla en la que se iba a sentar y me aparté—. Lily —dijo Vera, señalándome—, esta es Clementine. ¿Recuerdas mis historias sobre Analea? Esta es su sobrina.

—Encantada de conocerte —dijo Lily agradablemente, mientras su marido se sentaba a su lado—. ¿No fue Analea con quien se quedó Iwan aquel verano?

—En su apartamento, sí —confirmó Vera—. Me enteré de que se iba al extranjero, así que la llamé y le pregunté si mi hijo podía pasar allí el verano. Consiguió trabajo en el restaurante favorito de su abuelo y, siete años después, ¡mira dónde estamos! Todo porque Analea lo dejó quedarse allí gratis. —Eso no lo sabía. Vera se rió, sacudiendo la cabeza—. ¿No es extraño cómo funciona el mundo a veces? Nunca es cuestión de tiempo, sino de oportunidad.

Lo era, ¿no?

—Ojalá tuviera sillas más cómodas —dijo Lily riendo—. El abuelo habría odiado estas.

—Estoy segura de que le habría gustado —respondió Vera amistosamente—. Clementine, ¿te gustaría unirte a nosotros? Tenemos una silla extra.

—No, tengo que volver a mi mesa, pero me ha encantado verlos a todos y conocerte a ti, Lily. Buenas noches —me despedí, y volví a mi mesa.

La cocina del fondo estaba oculta tras un cristal esmerilado que cambiaba, un poco, como un ópalo, según la luz. Detrás, las sombras iban y venían. Hice una fina línea con la boca, mirando las perfectas mesas blancas jaspeadas y las líneas limpias, y los platos que llegaban a las mesas de espera, círculos de blanco con pequeños bocados de color. En las mesas se sentaban personas influyentes y famosos, gente a la que conocía tangencialmente en el mundo culinario por haber

investigado a James. Degustadores. Críticos. Gente con la que debería ser visto. Gente a la que quería impresionar.

Volví a mi mesa, pero ya había alguien en mi asiento. Un hombre con un impoluto uniforme de cocinero, hombros anchos y pelo crispado, un batidor oculto tras los rizos que rodeaban su oreja izquierda.

James me miró cuando me acerqué y me dedicó una sonrisa perfecta.

—Ah, hola. Estaba aquí para dar la bienvenida a todos a *hyacinth*.

Juliette dijo:

—Hay tanta luz que debería haber traído gafas de sol.

—A los redactores les va a dar un infarto con ese nombre sin mayúsculas —añadí.

—Tal vez empiece una nueva moda, Clementine —me dijo con su sonrisa blanca y perfecta. Se levantó y me acercó la silla. Me senté, con un nudo en la garganta—. Ha sido un placer volver a verlas a todas y conocerte a ti, Juliette. Por favor, disfruten de la comida y espero que sea memorable, quizá incluso perfecta.

Luego se fue a la mesa de al lado y mis amigas empezaron a hablar de los platos del menú, casi todos ellos iteraciones de recetas de su propuesta, pero mejoradas para adaptarse a este espacio elevado.

A mi alrededor, los chismosos de otras mesas hablaban de cómo había ganado una estrella Michelin por el Olive Branch, de cómo había ganado el premio James Beard al Chef Emergente. Hablaban de su presentación, de sus platos, de su atención al detalle, de su hambre —siempre hambre— de más. De cómo eso lo convertía en un talento emergente.

La gente estaba entusiasmada y deseosa de más.

Por mucho que me doliera el corazón, era difícil no estar orgullosa de él.

A pesar de que sus mejores amigos, Isa y Miguel, no aparecían por ninguna parte.

Nuestro camarero empezó a traer nuestros platos.

Lo primero fue una sopa de pescado: lubina negra en flor. Todos eran del tamaño de un bocado, aunque eso era un menú degustación, un montón de platos más pequeños, suficientes para un bocado y una conversación evocadora sobre el sabor del caviar.

Había hígado de trucha con manzanas frescas y mantequilla grasa caramelizada.

Ragú de pato.

Tostada de amaranto con huevas ahumadas y salsa tártara.

Un solo hush puppy de pan de maíz con una yema ahumada y trocitos de maíz en escabeche.

Pan plano de sangre de cerdo.

Yogur con malvaviscos.

Helado con llovizna de caramelo.

Y por último, había un batido de merengue con sabor a limón sobre una galleta graham desmenuzable. Se suponía que era su nueva interpretación de una tarta de limón, pero mientras me la comía, solo podía pensar en el postre que Iwan y yo compartimos en la mesa de la cocina de mi tía.

Había dicho que el merengue era su perdición —no podía ser bueno en todo, sería aburrido si fuera perfecto— y, sin embargo, el bocado que le di fue bueno. La galleta graham se desmenuzó en mi boca.

No me di cuenta de que tenía lágrimas en los ojos hasta que Drew preguntó:

—¿Va todo bien?

Sí, debería estarlo. Sí, porque esta cena fue excelente en todos los aspectos necesarios para impresionar a todos los equipos editoriales presentes. Cada celebridad, cada influencer. Estaba delicioso.

Perfecto, incluso.

Y, sin embargo, no podía quitarme de la cabeza la foto que había visto en la pared de Vera, de Iwan y su abuelo en una cocina demasiado pequeña, con delantales que no hacían juego, harina en las mejillas y esa sonrisa torcida y terriblemente perfecta. Perfecta porque no era perfecta.

Perfecta porque no intentaba serlo. Era simplemente él mismo.

—Disculpen —le dije a mi mesa, limpiándome la boca, y salí rápidamente hacia el baño. Cuando llegué, la puerta estaba cerrada. Maldije en voz baja y me quedé fuera, esperando. El cartel que había sobre la puerta tenía la misma letra minúscula.

Sentía una opresión en el pecho.

Mi tía había dejado su carrera porque temía no ser nunca mejor de lo que había sido en El corazón importaba, e Iwan era todo lo contrario. Seguía intentando ser mejor, ganarse el respeto de todo el mundo, impresionar a la gente con perfección… o nada.

Pero, ¿se daba cuenta de a qué había renunciado?

Debería haber estado orgullosa de él, lo estaba, pero…

—Entonces, ¿cómo fue?

Sobresaltada, me di la vuelta y vi al chef James Ashton detrás de mí, recién salido de la cocina, donde su equipo trabajaba como una máquina bien engrasada. Los vi a través de la ventana circular de la puerta, con las caras apretadas, trabajando para alcanzar una perfección que no entendía.

—Es… todo un restaurante —le dije, señalando hacia el comedor.

Su sonrisa perfecta se tensó.

—No te gusta.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. «Oh, no».

—Yo no he dicho eso.

—Puedo verlo en tu cara.

Volví la mirada hacia el comedor, el tintineo de los cubiertos y el murmullo de las voces, los jadeos cuando llegaban los platos, suspirando hielo seco fuera de ellos. Estábamos aislados en nuestro pequeño mundo.

—Lo siento, James —dije en voz baja.

Su cara no delataba nada, pero preguntó:

—¿Por qué nunca me llamas Iwan?

Era una pregunta que realmente no sabía cómo responder hasta ese momento, mirando aquellos ojos grises y cautelosos, charcos de esquisto que solo necesitaban una capa. Me acerqué a él y puse una mano sobre su pecho sólido y cálido. Quería besarlo, quería sacudirlo, quería sacar a la luz al hombre que a veces veía entre las grietas, pero no podía. Lo único que podía hacer era decirle la verdad.

—Solía tener cenas encantadoras con un hombre llamado Iwan, que me dijo que se podía encontrar el romance en un trozo de chocolate y el amor en una tarta de limón —empecé, y la confusión cruzó su frente.

—Esos platos no habrían impresionado a nadie, Lemon. Yo era lavaplatos entonces. No conocía nada mejor.

—Lo sé, y la comida estaba deliciosa esta noche. ¿El pescado? Estaba buenísimo. Lo siento, no sé cómo se llama —añadí rápidamente, esperando no molestarlo—. Estaba muy bueno. ¿Estás contento con todo? —le pregunté, señalando con la mano su nuevo restaurante, con sus bordes afilados y sus paredes blancas. La forma en que intentaba ser algo nuevo y acababa siendo nada.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió, y había un deje de frustración en su voz—. Claro que lo estoy. —Señaló hacia el comedor—. Parece que todo el mundo lo está pasando bien; la comida es excelente.

—Entonces cierra los ojos: ¿qué oyes?

—No voy a hacer eso.

—Por favor.

—Lemon…

—Por favor.

Exhaló por la nariz, pero luego cerró los ojos.

—Oigo utensilios en los platos. Oigo conversaciones. El aire acondicionado chirría, tengo que arreglarlo. Ahí, ¿estás contenta?

—Sigue escuchando —le dije, y para mi sorpresa, lo hizo. Al cabo de un momento, le pregunté—: ¿Oyes reír a alguien?

—Espero que no lo hagan.

—No me refiero a ti, sino a los demás. —Volví a echar un vistazo al restaurante, extraños en sillas incómodas, moviéndose torpemente mientras hacían fotos de su comida y bebían vino o champán mientras se desplazaban por sus redes sociales.

Lentamente, abrió los ojos y miró también hacia el comedor, con una extraña expresión en el rostro, buscando entre las mesas como si pudiera demostrarme que estaba equivocado. Y cuando no pudo, dijo:

—Estoy haciendo algo nuevo aquí. Algo inventivo. Algo que la gente quiera ver, algo de lo que hablen. —Frunció los labios y volvió a mirarme—. Le estoy dando a la gente una comida perfecta… sabes que este es mi sueño. Esto es por lo que he trabajado.

—Lo sé —traté de explicarle, pero lo estaba perdiendo rápidamente—. Solo te pido que no pierdas lo que eres…

—Quién era yo —replicó, y me estremecí—. ¿Qué quieres de mí, Clementine?

Que fuera el hombre que me sonreía con esa boca torcida sobre pizza de cartón congelada. El tipo que contaba chistes sobre fideos fríos. El que me hablaba de las tartas de limón de su abuelo, de cómo nunca eran iguales dos veces.

—Estás tan fuera de contacto con todo lo que eras —le dije—. ¿Me refiero al hielo seco para la pasta?

Su nariz se arrugó.

—Fideos fríos.

Como los que me hizo la otra semana. Lo intenté de nuevo:

—¿Una tarta de limón deconstruida?

—Cada bocado sabe un poco diferente.

Como el tipo de tarta que hacía su abuelo.

—Pero no son lo mismo: son cosas que te hicieron ser quien eres —intenté razonar—. Te hicieron…

—Y si aún fuera ese lavaplatos, ¿estarías aquí? ¿Compitiendo por mi libro de cocina? No. Nadie estaría aquí.

Sentí como si me hubiera arrojado un cubo de agua helada. Sentí un nudo en la garganta. Aparté la mirada.

—Sigo siendo yo, Clementine —dijo—. Sigo intentando que mi abuelo se sienta orgulloso de mí, de hacer la comida perfecta, y ahora sé cómo hacerlo. Estudié con el hombre que la hizo. Sé exactamente lo que la hizo perfecta…

—Era tu abuelo, Iwan —interrumpí, y la mirada aguda se congeló, y luego se deslizó lentamente por su rostro, hasta que pareció que había perdido a su abuelo de nuevo. Alargué el brazo para intentar tomarle la cara con las manos, pero se apartó.

Se me hizo un nudo en la garganta y se me saltaron las lágrimas.

—Lo siento…

—El cambio no siempre es malo, Clementine —dijo con voz firme pero estoica. La mandíbula le temblaba mientras buscaba las palabras adecuadas—. Quizá en lugar de querer que siga siendo exactamente la misma persona que conociste en aquel apartamento, deberías permitirte cambiar un poco tú también.

Retiré la mano rápidamente.

—Yo…

Detrás de él, las puertas plateadas de la cocina se abrieron, pero en lugar de un camarero que salía con otra ronda de platos de intrincado diseño, era ¿Miguel? Con el pelo peinado hacia atrás, un traje granate y una copa de champán en la mano.

Después de todo, ¿estaba aquí?

—¡Me preguntaba dónde te habías metido! Isa está a punto de beberse ese Salon Blanc 2002 de ahí atrás —dijo Miguel sonriendo—. ¡Lemon! ¡Eh! Iwan, no me dijiste que estaría aquí.

James frunció los labios y yo aparté la mirada, tratando de encontrar alguna excusa para marcharme, porque al parecer lo había juzgado mal. Más de lo que pensaba.

De repente, se oyeron gritos en el comedor. Miramos hacia atrás, hacia el caos creciente, y palidecí cuando me di cuenta de que procedían de mi mesa. Drew estaba ayudando a Fiona a levantarse. Juliette, presa del pánico, me buscó por el restaurante con el teléfono en la mano, llamando a un Uber. Me encontró y levantó el teléfono.

—¡YA VIENE! —gritó Juliette.

—¿Está…?

James no lo entendía.

—¿Viene? ¿Qué viene? —preguntó, y me di cuenta un segundo antes que él—. ¿Ha roto aguas?

—Tengo que irme —murmuré, y él no me detuvo. Mientras corría hacia mi mesa, sentí que algo cálido se deslizaba por mis mejillas y me enjugué las lágrimas.

Agarré el teléfono de la mano de Juliette y mi propio bolso mientras nos íbamos.

—El Uber está a cinco minutos.

—¡Le haré señas! —Juliette anunció y se apresuró a salir por la puerta.

—Realmente no tenemos que ir tan rápido… —Fiona estaba diciendo, pero nadie escuchó. Drew estaba despejando el camino mientras guiaba a su mujer fuera del restaurante.

Miré por última vez a James y al resto de las caras desconocidas, y el picor que sentía bajo la piel era tan fuerte que me quemaba. No quería estar aquí, porque él tenía razón en una cosa. Clementine West, publicista sénior de Strauss & Adder, no se habría fijado en Iwan si hubiera sido un simple lavaplatos. No le habría perseguido con tanto ahínco si su currículum no hubiera estado salpicado de elogios. Ella era buena en su trabajo, y estaba buscando un chef con talento para llenar un espacio en la lista de su imprenta. Era la segunda al mando de Rhonda Adder, y eso estaba por encima de todo. Alguien firme. Alguien sólido.

Pero Lemon, la agotada y agobiada Lemon, amaba a aquel lavaplatos de sonrisa torcida que había conocido desplazado en el tiempo, y venía a trabajar con acuarelas bajo las uñas por accidente, y tomaba guías de viaje de las estanterías libres cerca de los ascensores, y tenía un picor bajo la piel, y un pasaporte lleno de sellos, y un corazón salvaje.

Y al averiguar quién quería ser, pensé que había arruinado las posibilidades de Drew de conseguir este libro. Arruiné muchas cosas,

al parecer, mientras intentaba ser algo permanente… pero al final, fui yo quien se marchó, por la pesada puerta de madera hasta la acera, donde Juliette había hecho señas al todoterreno negro.

—¿Elegiste la opción de compartir coche? —Drew la acusó.

—¡Entré en pánico! —gritó Juliette.

Subimos al todoterreno junto a una pareja nerviosa que parecía tener una cita, y no miré atrás mientras cerraba la puerta y nos poníamos en marcha.

CAPÍTULO 35

Dos semanas de antelación

En la planta de partos del New York Presbyterian no esperaban que una comitiva de veinteañeras bien vestidas se apresurara a entrar en busca de su amiga, solo para que una enfermera agobiada las rechazara en la puerta y les dijera que se quedaran en la sala de espera. Juliette y yo nos quedamos en un rincón de la sala beige a esperar. Probablemente podríamos habernos ido a casa, pero ni se nos pasó por la cabeza. Nos sentamos allí y esperamos, porque Fiona y Drew eran mi familia tanto como mis padres; de todos modos, nos veíamos más a menudo. Nos quejábamos juntas con el vino y pasábamos juntas el Año Nuevo, Halloween y alguna que otra festividad gubernamental. Celebrábamos los cumpleaños y los días de difuntos, y eran las primeras personas a las que llamaba cuando ocurría el peor día de mi vida.

Era natural que también estuviéramos juntas los mejores días.

Así que no me sorprendió estar en la sala de espera. Juliette, en cambio, era nueva.

—Puedes irte —le dije, pero ella negó con la cabeza.

—De ninguna manera, me quedo con las cosas —respondió. Quise señalarle que en realidad no tenía ninguna obligación con Fiona o Drew, pero luego me lo pensé mejor. Si ella quería estar aquí, ¿quién era yo para decirle que no?

Al cabo de una hora, me estiré y miré el celular. Eran casi las diez y media de la noche. Juliette navegaba nerviosa por Instagram mientras yo esbozaba en mi guía de viaje el contorno de la sala de espera en la

sección titulada Quiet Reprieves. El sofá somnoliento. Las sillas de aspecto cansado. La familia del otro lado, el padre que había vuelto con su mujer, los abuelos encorvados en las sillas para esperar, dos niños viendo una película de Disney en el teléfono de su padre.

—Mierda —murmuró Juliette, deteniéndose ante una foto.

Me senté y me crují el cuello.

—¿Qué pasa?

Ella suspiró.

—Nada.

Eché un vistazo a su teléfono, de todos modos.

—¿Es Rob?

—Tenía un espectáculo esta noche —respondió ella, pero eso no era lo que estaba mal en la foto. Estaba besando a otra mujer—. Probablemente sea una fanática —dijo ella, como si quisiera explicarlo—. Es muy bueno con sus fans.

La miré con espanto.

—¿En serio?

—No importa. Me lo compensará —respondió ella, poniendo el teléfono en reposo y metiéndolo en el bolso—. No pasa nada.

Pero no fue así. Me volví hacia ella y tomé sus manos entre las mías.

—Somos amigas, ¿verdad?

—Eso espero. Ves mis historias privadas en Instagram, y si no somos amigas, realmente necesito reconsiderarlo.

No pude evitar reírme.

—Somos amigas, así que solo quiero decirte: que se joda Romeo-Rob.

Parpadeó.

—¿Qué?

—Que se joda Rob —repetí—. Eres demasiado lista, demasiado guapa y tienes demasiado éxito para que un guitarrista de la lista D de un grupo sin nombre te trate como si fueras reemplazable. No lo eres.

—Toca el bajo, en realidad… —murmuró.

—¡Que se joda! ¿Por qué sigues volviendo con él si te hace tan miserable?

Sus ojos se abrieron de par en par y abrió la boca, para luego volver a cerrarla, mirando a la familia del otro lado de la sala de espera, que había tapado los oídos de sus hijos, escandalizada. No me importó, era mi momento de película.

Continué:

—Lo entiendo, está bueno. Probablemente te da el mejor sexo de tu vida. Pero si no te llena de campanas estar a su lado cada segundo que pasas con él (si no te hace feliz), entonces, ¿qué demonios estás haciendo? Solo se vive una vez —dije, porque si algo había aprendido de vivir en un apartamento que viaja en el tiempo es que, por mucho tiempo que tengas, nunca es suficiente. Y yo quería empezar a vivir mi vida como si estuviera disfrutando cada momento que tenía—. Y si lo haces bien —dije, recordando la forma en que mi tía se reía mientras corríamos para abordar nuestros vuelos de conexión en el aeropuerto, cómo abría los brazos en la cima de Arthur's Seat y el Partenón y Santorini y cada colina con una hermosa vista que se encontraba, como si quisiera abrazar el cielo; la forma en que siempre se tomaba su tiempo para decidir lo que quería en un menú; la forma en que preguntaba a todos los que conocía por sus historias, absorbía sus cuentos de hadas y perseguía la luna.

—Si lo haces bien —repetí—, una vez es todo lo que necesitas.

Juliette se quedó callada durante un largo rato y luego se le llenó la cara de lágrimas.

—¿Y si nunca encuentro a nadie más?

—Pero, ¿y si lo haces? —pregunté, apretando sus manos con fuerza—. Mereces averiguarlo.

Con un sollozo, extendió los brazos y me abrazó con fuerza, hundiendo la cabeza en mi hombro. No me lo esperaba, así que me puse rígida ante el repentino contacto, pero si ella se dio cuenta, no me soltó, porque se aferró a mí mientras lloraba en mi hombro. La rodeé torpemente con los brazos y le di unas palmaditas en la espalda.

No sabía que nadie le había dicho que se merecía más. No sabía que llevaba tiempo pensando en dejarlo. No sabía lo infeliz que había sido. Lo desgraciada que era. Dijo que no se había dado cuenta hasta que le dije que se merecía algo mejor.

Cuando por fin me soltó y me dijo que tenía razón, pensé en mi pequeño cubículo, en los cuadros de paisajes que colgaba en mi pizarra y en las pilas de guías de viaje que tenía guardadas en el cajón de mi escritorio. Pensé en volver a casa, al pequeño apartamento de mi tía, y tomar el tren cada mañana, y planear las aventuras de otra persona en una hoja de cálculo Excel para el resto de mi vida.

Y me di cuenta de que yo también era infeliz.

Las puertas de la sala de espera se abrieron de par en par y Drew entró de golpe, con una sonrisa tan amplia y brillante que era contagiosa, y cualquier respuesta que hubiera podido tener se borró en ese momento.

—¡Vamos, vamos! —dijo Drew, sujetándonos por las muñecas para sacarnos de la sala de espera por el pasillo—. ¡Tienes que conocerla! Tienes que conocerla. Es increíble.

Y Penelope Grayson Torres, que nació con dos kilos y medio, fue, de hecho, increíble. Incluso cuando me escupió encima.

Aquel lunes por la mañana, el despacho de Rhonda estaba cálido y tranquilo cuando entré y dejé la carta sobre su mesa. El trabajo era tranquilo sin Drew y Fiona, pero ellas estarían de baja por maternidad durante los próximos meses, y yo odiaba tener que irme para cuando volvieran. Los altavoces de Rhonda emitían un suave zumbido pop mientras ella se recostaba en la silla y pasaba página tras página de un manuscrito encuadernado, con las gafas bajas sobre el puente de la nariz. Me miró, con las cejas fruncidas por la confusión que le producía la carta.

—¿Qué es esto?

El final, el principio.

Algo nuevo.

—Me di cuenta de algo durante el verano —empecé, retorciéndome los dedos nerviosamente—, y fue que ya no soy muy feliz. Hacía tiempo que no lo era, pero no sabía por qué hasta que un viejo amigo volvió a mi vida.

Rhonda se incorporó un poco, tomó la carta y la abrió.

—Siento que esto sea una sorpresa, para mí también lo fue. No estoy segura de lo que quiero hacer —continué mientras ella leía la carta de dimisión, con el rostro cada vez más sombrío—, pero no creo que sea esto. Muchas gracias por la oportunidad, y lo siento.

Porque sentía que había malgastado su tiempo durante siete años. Por haberme recortado partes de mí misma, una y otra vez, para encajar en las expectativas que creía que tenía que hacerme. Nunca iba a llevar tacones ni americanas: ya no quería eso, y me asustaba pensarlo, pero también me emocionaba un poco.

No pude mirarla mientras me daba la vuelta para marcharme, pero al hacerlo, Rhonda dijo:

—Yo no descubrí quién quería ser hasta que tuve casi cuarenta años. Tienes que probarte muchos zapatos hasta que encuentras unos con los que te gusta caminar. Nunca hay que disculparse por ello. Una vez que encontré los míos, he estado contenta durante veinte años.

—Apenas aparentas más de cincuenta —le dije, y ella echó la cabeza hacia atrás riendo.

—Vete —me dijo, agitando mi carta hacia mí—, y diviértete un poco mientras estás ahí fuera.

Así que lo hice.

Aunque tenía dos semanas para traspasar mis funciones a Juliette y ayudar a Rhonda a iniciar el proceso de contratación de mi sustituta, empaqueté mi cubículo en una caja —Drew siempre lo llamaba una salida de una caja— y me di cuenta de que una parte de mí, subconscientemente, siempre supo que no estaría aquí para siempre. No llené mi escritorio de cosas de casa. No decoré mi tablón de corcho con fotos de amigos y familiares. Ni siquiera cambié el fondo de pantalla de mi ordenador.

Simplemente estaba aquí.

Y eso ya no era suficiente.

Una vez presentada mi dimisión, el trabajo era extraño. Juliette y yo comíamos en Bryant Park sobre la hierba, y poco a poco empecé a ceder a mis autores y a despedirme, y manteníamos a Fiona y a Drew al corriente de todos los chismes de la sala de trabajo.

Después de la preinauguración de *hyacinth*, Drew no volvió a tener noticias de James y su agente hasta el martes siguiente, e incluso entonces fue solo para informarnos de que pronto tomarían una decisión definitiva, pero sin concretar cuándo. Al parecer, habían estado tan ocupados con los últimos preparativos para la inauguración

oficial del restaurante que no habían tenido tiempo. No tuve el valor de decirle a Drew que estaba segura de que había jodido nuestras posibilidades por completo; estaba segura de que me odiaba. O al menos no quería volver a verme, pero Drew estaba tan ocupada con su recién nacido que dudo que pensara en James de pasada.

Y si James quería verme, sabía dónde vivía, aunque parecía que ni siquiera el apartamento quería que lo volviera a ver.

CAPÍTULO 36

Temporada turística

Lo peor de renunciar a mi trabajo, sin embargo, fue descubrir cómo decírselo a mis padres, que destacaban en todo lo que hacían. Mis padres, que nunca renunciaban a nada. Mis padres, que me habían inculcado esa misma ética.

Mis padres, que exigieron celebrar mi cumpleaños este fin de semana, como siempre hacían.

Mis padres, a los que dije que sí porque los quería y no quería decepcionarlos.

Y me temía que lo haría de todos modos.

—¡Cariño! —llamó mamá, haciéndome señas para que me acercara a la mesa donde se sentaban ella y papá, aunque yo ya podía caminar hasta la mesa con los ojos vendados. Todos los años venían a la ciudad el fin de semana de mi cumpleaños. Pedían la misma mesa en el mismo restaurante el mismo sábado antes de mi cumpleaños y siempre acababan pidiendo exactamente la misma comida. Era una especie de tradición que se remontaba hasta donde yo podía recordar, un ritual a estas alturas.

Almorzábamos en una cafetería adorable de la calle Ochenta y Cuatro llamada Eggverything Café, donde mi madre pedía el número dos: dos tortitas, dos huevos al sol y dos salchichas quemadas. No cocidas, sino quemadas. Y mi padre pedía el egglet supreme, que no era más que una tortilla con pimientos y champiñones y tres tipos diferentes de queso, sin cebolla, y una taza de café descafeinado. Yo

solía jugar a que nunca pedía lo mismo dos veces, pero después de venir aquí durante casi treinta años, eso ya era imposible.

Si mi tía era el tipo de persona que siempre intentaba algo nuevo, mis padres destacaban en lo monótonamente mundano, una y otra vez.

Era su encanto. Un poco.

Cuando me acerqué a su mesa, papá se levantó y me dio un fuerte abrazo de oso, con su barba rasposa contra mi mejilla. Era un hombre corpulento al que se le daban de maravilla los abrazos, de los que rompen la espalda. Me levantó y me hizo girar, y cuando me dejó en el suelo, éste se inclinó un poco.

—¡Hija! —gritó, y su voz bramó—. ¡Ha pasado una eternidad!

—¡Mírate! Pareces tan cansada —añadió mamá, sujetándome la cara y plantándome un beso en la mejilla—. Necesitas dormir más, jovencita.

—Han sido unas semanas extrañas en el trabajo —admití, mientras nos sentábamos todos a comer.

—Bueno, ¡ya estás aquí! Y como cumpleañera, no vas a pensar en trabajar en las próximas… —Mamá consultó su *smartwatch*—, cuatro horas por lo menos.

¿*Cuatro*?

—No pongas esa cara de entusiasmo —añadió papá con ironía, porque una expresión de sufrimiento debió de cruzar mi rostro—. Nunca vienes a ver a tus padres, así que siempre tenemos que hacer el largo viaje a la ciudad para verte.

—No es tanto tiempo —les dije—. Vives en Long Island, no en Maine.

Mamá me hizo un gesto para que lo dejara.

—Deberías venir de visita más a menudo de todos modos.

La camarera recordaba nuestras caras y ya sabía lo que habían pedido mi madre y mi padre, y me miró expectante, dispuesta a que probara algo nuevo, pero al hojear el menú me di cuenta de que ya había probado todo lo que había.

—¿Qué tal los gofres de arándanos?

Sus cejas se alzaron.

—¿No pediste eso la última vez?

—Lo probaré con ese sirope de arce de Vermont que tienes —enmendé—, y el café más grande que puedas conseguirme. —Lo anotó en su libreta y se fue volando.

Mi madre entablaba conversaciones triviales comentando la nueva tapicería de los asientos del tren en el trayecto hasta aquí, y cómo las obras en su tramo de la LIE se estaban eternizando, y cómo había tenido que cambiar de médico, que no sabía nada de sus medicamentos… A mamá se le daba muy bien quejarse. Lo hacía a menudo y con mucho gusto, y mi padre había aprendido muy pronto a limitarse a asentir y escuchar. Mamá era un universo aparte del de su hermana. Eran polos opuestos de una misma moneda, una cansada de las cosas nuevas, la otra buscándolas allá donde fuera.

Se me había hecho un nudo en el estómago, porque en algún momento iban a preguntarme por mi trabajo, y en algún momento…

—Bueno —dijo papá—, ¿cómo va lo del libro?

Demasiado pronto. Llegó demasiado pronto.

—Yo…

La camarera nos trajo la comida, lo que distrajo de inmediato a mis padres, que por suerte siguieron hablando de cómo debía de haber un nuevo chef en la parte de atrás, porque los huevos de mamá no estaban cocinados como ella recordaba. Probé mis gofres de arándanos, que me parecieron bastante buenos, sobre todo untados con sirope de arce de Vermont. Mis padres me preguntaron cómo estaba el apartamento y yo

les pregunté por el condominio para pájaros de papá (una serie de casitas para pájaros apiladas como un complejo turístico de diseño; le dije que si lo construía se encontraría plagado de palomas, pero no me creyó hasta que, he aquí, se encontró plagado de palomas).

Cuando terminamos de comer, mamá se excusó para ir al baño y papá acercó su silla un poco más a mí, robándome el último bocado de gofre de arándanos.

—Sabes que tu madre no quería decir eso, que pareces cansada.

Le di la vuelta a mi cuchillo de mantequilla y miré mi reflejo. Cualquiera podía ver que mis padres y yo éramos parientes: tenía la nariz rojiza de papá, sus suaves ojos marrones y el ceño fruncido de mamá. Nunca tuve mucho de la tía Analea, aunque quizá por eso intentaba parecerme tanto a ella.

—No parezco tan cansada, ¿verdad?

—¡No! —contestó rápidamente, por los años que mamá misma le había tendido esa trampa—. Por supuesto que no. Por eso he dicho que no. Pareces feliz, en realidad. Contenta. ¿Pasó algo bueno en el trabajo?

Ladeé la cabeza, pensando en una respuesta. Supongo que era el mejor momento para decírselo.

—En realidad… dejé mi trabajo.

Papá se quedó con la boca abierta. Parpadeó con sus grandes ojos marrones.

—Em… ¿tienes una oferta en otro sitio?

—No.

—Entonces…

—Sí. —Desvié la mirada—. Sé que fue una decisión estúpida, pero… Este verano me di cuenta de que no era muy feliz donde estaba, y sé que no fue inteligente, pero en el momento en que cedí mis funciones en dos semanas, sentí que este nudo en medio de mi pecho se deshacía.

Fue un alivio. —Le devolví la mirada, con la esperanza de que lo entendiera, aunque no hubiera dejado nada en toda su vida.

Se lo pensó durante medio minuto. Eso era lo que más me gustaba de mi padre. Era amable y paciente. Equilibraba a mi madre, que era ruidosa, rápida y grandilocuente, así que siempre me gustaba contarle primero a mi padre las grandes noticias antes de sorprender a mamá.

—Creo que nada dura para siempre. Ni lo bueno ni lo malo. Así que busca lo que te haga feliz y haz todo lo que puedas.

Dejé el cuchillo de mantequilla y puse la servilleta sobre el plato.

—¿Y si no puedo encontrar eso?

—Puede que no —respondió—, pero también puede que sí. No sabes lo que te depara el futuro, cariño. —Me frotó la cabeza como hacía cuando era pequeña y me guiñó un ojo—. No pienses demasiado en ello, ¿bien? Tienes algunos ahorros…

—Y puedo vender el apartamento de Analea —añadí en voz baja.

Sus cejas se alzaron.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza. Llevaba un rato pensándolo.

—No quiero vivir allí para siempre. Me siento demasiado cerca de ella, y estoy cansada de vivir en el pasado.

Un poco literalmente, también.

Se encogió de hombros y volvió a sentarse en su silla.

—Entonces ahí tienes, y tu mamá y yo estaremos aquí si alguna vez necesitas algo… ¡Ah! ¡Mi amor! —agregó con un sobresalto cuando se dio cuenta de que mamá estaba de pie detrás de nosotros y probablemente lo había estado por un tiempo—. ¿Cómo, ja, ja, cuánto tiempo llevas ahí?

Se alzaba sobre nosotros y dirigió su aguda mirada hacia mí. Oh, no.

—Lo suficiente —dijo crípticamente.

Papá y yo nos lanzamos la misma mirada, un pacto silencioso de que desenterraríamos a la otra persona si mamá decidía arrojar a uno de nosotros a una tumba sin nombre.

Entonces mamá se sentó en su silla, se volvió hacia mí y me tomó la cara entre las manos —tenía los dedos largos y bien cuidados, de color rosa a juego con las flores de su blusa— y me dijo:

—¿Has dejado el trabajo, Clementine?

Dudé, con las mejillas aplastadas entre sus manos.

—¿S… sí…?

Entrecerró los ojos. Antes de jubilarse, era terapeuta conductual, y empleaba muchas de esas habilidades para manejarnos a mi padre y a mí. Luego me soltó la cara y dio un suspiro cansado.

—¡Vaya! Este no era el giro argumental que esperaba.

—Lo siento…

—No lo hagas. Me alegro —añadió, y tomó mi mano entre las suyas frías. Sus manos me recordaban a las de tía Analea. Mamá y yo nunca coincidimos, y aunque yo intentaba parecerme a ella, acababa siendo más como su hermana—. Por fin estás haciendo algo por ti, cariño.

Eso me sorprendió.

—Pensé que estarían enfadados.

Mis padres se miraron desconcertados.

—¿Enfadados? —repitió mi madre—. ¿Por qué íbamos a estarlo?

—Porque estoy renunciando. Me rindo.

Mamá me apretó las manos.

—Cariño. No te estás rindiendo. Estás intentando algo nuevo.

—Pero tú y papá siempre encuentran la manera de hacer que algo funcione. Hacen las cosas una y otra vez, incluso cuando se pone difícil. —Parpadeé para contener las lágrimas que me escocían en los ojos. Por supuesto que me encontraría con una crisis de los cuarenta en el Eggverything Café, donde todos los camareros llevaban gráficos de huevos salpicados en la parte delantera de sus camisas y juegos de palabras con huevos en sus etiquetas de identificación—. Me siento fracasada por no ser capaz de seguir adelante.

—No lo eres. Eres una de las personas más valientes que conocemos.

Papá estuvo de acuerdo:

—Diablos, tuviste una conversación con un desconocido en un taxi y decidiste ser publicista de libros. Eso es más valiente que cualquier cosa que yo pudiera hacer. Me pasé diez años decidiendo ser arquitecto.

Era cierto. Había tomado un taxi con un desconocido de la Monroe el día que volví de aquel verano en el extranjero, y me preguntó por el libro que llevaba: había sido la guía de viajes en la que había pintado todo el verano en el extranjero.

Mamá dijo:

—Serás más feliz cuando estés en tu propia aventura. No la de Analea, ni la de quienquiera que sea tu pareja, ni la de todos los que piensan que deberías hacer lo que se supone que debes hacer: la tuya. —Luego dio una palmada e indicó al camarero que nos trajera la cuenta—. ¡Ya casi hemos terminado! ¿Quién quiere tomar un helado de celebración de cumpleaños después de esto del carrito que hay frente al Met e ir a dar un paseo por el parque? —preguntó, con los ojos brillantes, porque era exactamente lo mismo que habíamos hecho para… bueno, ya sabes. Metí sus palabras en la materia blanda de mi corazón, y seguí a mis padres por sándwiches de helado congelado, y paseamos por el parque en este glorioso sábado dorado de principios

de agosto, fingiendo que no hacía demasiado calor ni había demasiada luz, aunque ya lo habíamos hecho miles de veces.

Había algo agradable en volver a hacerlo, sentarse en los mismos bancos del parque, dar de comer a los mismos patos en el estanque, tan trillado y natural. No seguro, en realidad, porque cada viaje era diferente, pero familiar.

Como encontrarse con un viejo amigo siete años después.

CAPÍTULO 37

El último adiós

Después de despedirme de mis padres en la estación de tren, me fui a casa. Al apartamento de mi tía.

A mi apartamento.

El cambio no siempre era algo malo, como mi tía se había convencido de creer. Tampoco era siempre bueno. Podía ser neutro, podía estar bien.

Las cosas cambiaron, la gente cambió.

Yo también cambié. Se me permitió hacerlo. Quería hacerlo. Lo hice.

Había algunas cosas que no cambiaban: el Monroe, por ejemplo. Siempre me quedaba sin aliento cuando me acercaba a él, parecía el protagonista de una serie de libros infantiles sobre una niña. Quizá se llamara Clementine. El edificio siempre tenía un portero, un señor mayor llamado Earl, que sabía el nombre de todos los vecinos y siempre los saludaba. El ascensor siempre olía como si alguien se hubiera olvidado la comida, y el espejo del techo siempre te miraba una fracción de segundo demasiado tarde, y la música siempre era horrible.

—Estarás bien —le dije al reflejo, y ella pareció creerlo.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta. No recordaba cuántas veces había hecho rodar las maletas por aquel pasillo, con las ruedas enganchadas en cada nudo y abolladura de la moqueta. Llevaba el pasaporte en la mano y un montón de guías de viaje en la mochila. Siete años atrás, acababa de volver a casa de nuestro viaje por Europa,

cansada y desesperadamente necesitada de una ducha; el resto de mi vida se extendía ante mí como las partes buenas de una novela que el autor aún no había escrito y no sabía cómo hacerlo.

Me licencié en Historia del Arte, algo que en realidad no tenía un único camino. Había pensado en opositar a comisaria. Había reflexionado sobre convertirme en una galerista. Quizás intentar un programa de posgrado. Pero nada de eso me atraía. Pensé que nada lo haría. Me había pasado todo el verano ojeando un viejo y andrajoso ejemplar de The Quintessential European Travel Guide que había birlado de una tienda de segunda mano en Londres, grabando paisajes sobre las trampas turísticas y los restaurantes recomendados.

Había dejado a mi tía en su apartamento, tan cansada que tenía los pies entumecidos, y había llamado a un taxi en la puerta, sin saber que otra persona acababa de colarse dentro. Abrí la puerta y entré, pero el desconocido me miraba con expresión perpleja.

Él me había dicho que podía tomarlo yo, pero yo le dije que podía él, y acabamos descubriendo que los dos íbamos hacia la Universidad de Nueva York de todos modos, así que por qué no ir juntos y compartir la cuenta. El peso de mi futuro se había extendido ante mí ahora que estaba de nuevo en tierra, en una ciudad en la que tenía que encontrar un trabajo y una futura carrera, y en lo único que podía pensar era en The Quintessential European Travel Guide, y en el logotipo del martillo perforador, y una idea empezó a formarse. Me habló del apartamento que estaba a punto de alquilar con dos de sus amigos, y de lo ilusionado que estaba por poder quedarse en la ciudad. Y entonces me preguntó…

—¿Y tú? —No recordaba su aspecto (vaqueros desgastados y una sencilla camisa blanca), pero la mayor parte del día estaba borrosa. Había conocido tantas caras en los últimos meses que todas tendían a confundirse.

Incluso las que cambiarían mi vida.

—Creo que quiero trabajar con libros —le dije, sorprendiéndome incluso a mí misma—. ¿Es raro? —añadí con una risa cohibida—. ¡No sé nada de la edición de libros! Debo de estar loca.

Y sonrió, y recordándolo, casi podía recordar su cara entonces. La curvatura de su boca. Sus ojos amables. Y dijo:

—No lo creo. Creo que vas a ser increíble.

Fue ese germen de una idea lo que, unas semanas más tarde, me llevó a solicitar todos los puestos de trabajo que pude encontrar en el mundo editorial. Todo para lo que estaba remotamente cualificada. Solo necesitaba un pie en la puerta. Solo necesitaba una oportunidad.

Lo siguiente que supe fue que estaba en una entrevista preliminar en una sala de conferencias de Strauss & Adder, sentada frente a una mujer tan elegante y atrevida que parecía hecha para el pintalabios rojo y los tacones con estampado de leopardo. Supe al instante que quería ser como ella, exactamente como ella. Alguien que tuviera su vida resuelta. Alguien con éxito. Alguien que se conociera a sí misma.

Pero al intentar ser Rhonda, nunca me había parado a pensar qué partes de mí misma había recortado.

Supongo que algo así como James.

Habíamos crecido y nos habíamos distanciado de distintas maneras.

Me detuve en el apartamento B4. Mi apartamento. Saqué las llaves del bolso y giré la cerradura. Sentí una bocanada de aire fresco al abrirse y el corazón se me estrujó en el pecho. Otra vez esa sensación. Tan leve, casi producto de mi imaginación. El hormigueo del tiempo sobre mi piel cuando atravesé la puerta y entré en el pasado.

El apartamento estaba a oscuras, salvo por la luz dorada del sol de la tarde que entraba por las ventanas del salón. Mother y Fucker se acicalaban en el aire acondicionado. Todo estaba ordenado, las mantas dobladas y las almohadas hinchadas.

Las mantas no eran mías. Y el sillón de mi tía estaba en la esquina.

El apartamento me había traído de vuelta.

Rápidamente comprobé la fecha en mi teléfono. Hacía siete años que volveríamos hoy. ¿Ya lo había echado de menos?

Pero cuando me volví hacia la cocina, estaba sentado a la mesa. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca con el cuello alargado y, de repente, vi al hombre del taxi. Cuando saliera, me reuniría con él en la acera. Compartiría un taxi con él, y me dolía el corazón al darme cuenta de que nos habíamos cruzado, una y otra vez, como barcos en la noche.

Levantó la vista y el reconocimiento iluminó sus ojos grises.

—Lemon…

Mi cuerpo reaccionó antes de que yo pudiera hacerlo y me apresuré a cruzar la cocina, y él me acercó, hundiendo su cara en mi estómago.

—¿Eres real? —murmuró porque yo había desaparecido ante sus ojos la última vez que me vio. Cada día que volvía al apartamento, esperaba que me trajera de vuelta para poder explicarme, pero nunca lo hizo.

Le peiné el pelo con los dedos. Memoricé lo suave que se sentía, cómo sus rizos castaños abrazaban las yemas de mis dedos.

—Sí, y lo siento. Siento no habértelo dicho.

Se inclinó un poco hacia atrás y me miró a la cara con esos preciosos ojos pálidos.

—¿Eres un fantasma?

Me reí, aliviada, porque, sí, lo era y, no, no lo era, porque era complicado, porque ahora sabía lo que era esta sensación, cálida y boyante, y lo besé en los labios.

—Quiero contarte una historia —le respondí—, sobre un apartamento mágico. Puede que al principio no me creas, pero te prometo que es verdad.

Y le conté una historia extraña, sobre un lugar entre lugares que sangraba como acuarelas. Un lugar que a veces parecía tener mente propia. Solo le conté las partes mágicas, las que se me pegaban a los huesos como una sopa caliente en invierno. Le hablé de mi tía y de la mujer a la que amaba a través del tiempo, y de su miedo a que las cosas buenas se estropearan, y le hablé de su sobrina, que tenía tanto miedo de algo bueno que se conformaba con lo seguro, que se recortaba tanto para encajar en la persona que creía que quería ser.

—Hasta que conoció a alguien en ese terrible y encantador apartamento que la hizo querer un poco más.

—Debían de ser muy importantes para ella —respondió en voz baja.

Le pasé los dedos por la cara, memorizando el arco de sus cejas, el corte de su mandíbula.

—Lo es —susurré, y él me besó, largo y sabroso, como si yo fuera su sabor favorito. Quería sumergirme en sus caricias y no volver a salir, pero había una parte de mí que me devolvía al presente, al lugar al que pertenecía.

—Pero, ¿por qué siete? —preguntó al cabo de un momento, frunciendo las cejas—. ¿Por qué siete años?

—¿Por qué no? Es un número de la suerte… o quizá sea el número de arco iris que verás —añadí bromeando—. Tal vez sea el número de vuelos que pierdes. El número de tartas de limón que quemarás. O tal vez sea cuánto tiempo esperarás antes de volver a encontrarme en el futuro. —Empecé a alejarme cuando me agarró por el medio y me atrajo de nuevo.

—Nunca tendré que esperar nada si nunca te dejo marchar —dijo con seriedad, sujetándome con fuerza las manos—. Podemos quedarnos aquí para siempre.

Qué pensamiento más bonito.

—Sabes que no podemos —respondí—, pero me encontrarás en el futuro.

Sus ojos se volvieron acerados.

—Puedo encontrarte ahora. Hoy mismo. Buscaré por todas partes. Te…

—No sería yo, Iwan.

Hace siete años, me habría sentido fatal por él. Tenía veintidós años y acababa de sufrir mi primer desengaño amoroso de verdad. Me había pasado el verano de juerga con mi tía, besando a todos los chicos extranjeros que conocía en bares sombríos. El amor no era algo que buscara, era algo que hacía una y otra vez para intentar olvidar al chico que me rompió el corazón. Apenas recordaba su nombre ahora: Evan o Wesley, algo de clase media y suburbana, que conducía un coche ecológico, con los ojos puestos en la facultad de Derecho.

Hace siete años, yo era otra persona totalmente distinta, probándome diferentes sombreros para ver cuál me quedaba mejor, con qué piel me sentía cómoda compartiendo.

Hace siete años, él era ese lavaplatos de ojos brillantes con jabón bajo las uñas, que llevaba camisas demasiado largas, intentando encontrar su sueño, y en el presente, era lustroso y seguro de sí mismo, aunque cuando sonreía, se le veían las grietas, y eran grietas que probablemente la mayoría de la gente no quería ver. Pero yo también las quería.

Eso era amor, ¿no? No era una gota rápida, era enamorarse una y otra vez de tu pareja. Era caer a medida que se convertían en nuevas personas. Era aprender a existir con cada nuevo aliento. Era incierto e innegablemente duro, y no era algo que pudieras planear.

El amor era una invitación a lo salvaje desconocido, un paso a la vez juntos.

Y amaba tanto a este hombre, que necesitaba dejarlo ir. A este él. El de mi pasado.

Porque el de mi presente era igual de encantador, aunque un poco desgastado, pero también un poco más, y ahora me sentía tan tonta porque lo había estado comparando con ese hombre que había conocido en el pasado. Había imaginado que sería como este Iwan, solo que más viejo. Pero todos cambiamos.

—Pero entonces, ¿quién seré dentro de siete años, cuando me encuentres? —preguntó, inseguro, como si temiera a la persona que conocería.

Pero no había de qué preocuparse.

—Tú —le dije, agachándome para presionar mi frente contra la suya, empapándome de cada detalle de este Iwan de antes, de este chico al que aún no le habían roto el corazón, que aún no sabía la letra de ese tipo de canciones. Quería abrazarlo. Quería envolverlo en una manta y transportarlo a través de todo eso. Quería estar a su lado, quería estar al lado de *él*. Pero no lo haría. No por mucho tiempo.

—Vas a viajar por el mundo —le dije—. Vas a cocinar mucho y vas a absorber culturas y comidas e historias como un girasol bebe al sol. Y creo que la gente verá una chispa en ti, y tu pasión por lo que haces, y algún día harás recetas sobre las que la gente escribirá en revistas, y recibirás invitados de todas las clases sociales, y harás buena comida, y se enamorarán de ella. De ti.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Así que me has conocido en el futuro.

—Sí —respondí, y memoricé la forma en que su mejilla se sentía rasposa por su barba de un día, el suave surco en sus cejas como si estuviera tratando de no llorar.

—Y tú —le susurré, una promesa para él—, vas a ser increíble.

CAPÍTULO 38

Fantasmas

Nos besamos por última vez, antes de que el reloj del microondas diera las cinco y él murmurara que tenía que irse. Le dijo a mi tía que saldría a las cuatro, y ya llevaba una hora de retraso, y aún tenía que ir a trabajar en el turno de tarde y llegar a su nuevo apartamento:

—Te tomé la palabra, e intimidé a mi amigo (ya sabes, el que me contó la receta de las fajitas) para que se mudara a la ciudad conmigo. Estamos subarrendando un lugar en el Village.

Así que iba a vivir en dirección completamente opuesta a la mía durante los próximos siete años —en un restaurante griego de Greenpoint— antes de ocupar el apartamento de mi tía.

—Creo que podría funcionar —respondí, conteniendo una sonrisa.

—¿Sí? Te tomo la palabra.

Nos quedamos un momento más en la puerta. Luego le puse las manos en el pecho y lo empujé hacia atrás.

—Vete —le dije—. Me verás de nuevo.

—¿Seré tan guapo como ahora? ¿Calvo? Oh, realmente espero no ser calvo.

Me reí y volví a empujarlo.

—Vete.

—Bien, bien —dijo sonriendo, y me tomó la muñeca por última vez. Me besó el interior de la mano y me miró como si quisiera

memorizarme—. Te veré dentro de unos años, Lemon. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo… ¿Y, Iwan?

—¿Sí?

—Lo siento.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

Pero me limité a sonreírle, aunque un poco avergonzada y un poco triste, porque cuando volviera a verlo, estaría tan absorta deseando que volviera a ser quien había sido que no vería en quién se había convertido. Él volvería a verme, pero yo no sabía si lo haría.

Eso era todo. Este último momento con mi muñeca envuelta en su mano, la luz de la tarde entrando por las ventanas, brillante y estancada de una forma que solo la luz de agosto podía ser, que hacía brillar su pelo de rojos y rubios.

«Creo que te quiero», quería decir, «pero no a este Iwan».

Me besó por última vez, en señal de despedida, y se marchó para tomar un taxi que acabaría compartiendo con una chica que no estaba muy segura de quién quería ser, y que no lo sabría en años. Intercambiarían charlas triviales, y él se enteraría de un secreto, y luego se despedirían en Washington Square Park.

La puerta se cerró y medio esperaba que el apartamento me catapultara al presente, pero la cocina estaba en silencio y las palomas arrullaban en el alféizar de la ventana, así que me quedé allí un largo rato, con los ojos cerrados, y existí un último momento en una época en la que mi tía estaba viva.

Cuando murió por primera vez, pensé en cómo sería recoger mi vida y marcharme. Correr con mi tristeza por el mundo, y ver quién ganaba. Pero nunca podría correr lo suficientemente lejos, no realmente.

La echaba de menos cada día. La echaba de menos de un modo que aún no comprendía, de un modo que no descubriría hasta pasados muchos años. La echaba de menos con un profundo pesar, aunque no hubiera podido hacer nada. Nunca quiso que nadie viera el monstruo que llevaba en el hombro, así que lo escondió, y cuando por fin se la llevo de la mano, nos rompió el corazón.

Seguía rompiéndonos el corazón, a todos los que la conocíamos, una y otra y otra vez. Era el tipo de dolor que no existía para ser curado algún día con palabras bonitas y buenos recuerdos. Era el tipo de dolor que existía porque, en otro tiempo, ella también existía. Y llevé ese dolor, y ese amor, y ese terrible, terrible día, conmigo. Me sentí cómoda con ello. Caminé con él.

A veces la gente a la que querías te dejaba a medias.

A veces te dejaban sin despedirse.

Y, a veces, se quedaban en pequeñas cosas. En el recuerdo de un musical. En el olor de su perfume. En el sonido de la lluvia, y en el ansia de aventura, y en el anhelo de ese espacio liminal entre una terminal de aeropuerto y la siguiente.

La odié por irse y la amé por quedarse todo el tiempo que pudo.

Y nunca le desearía este dolor a nadie.

Caminé por su apartamento una última vez, recordando todas las noches que pasé en su sofá, todas las mañanas que me cocinó huevos, el esmalte de uñas en el marco de la puerta para marcar mi altura, los libros en su estudio. Pasé los dedos por los lomos llenos de caras que habíamos conocido e historias que habíamos oído.

De toda la gente, de todas las experiencias, de todos los recuerdos, que me amaron hasta hacerme existir.

Oí abrirse la puerta y salí de su estudio. ¿Se le había olvidado algo a Iwan?

—Iwan, si te has vuelto a olvidar el cepillo de dientes… —Se me cortó la voz mientras miraba a la mujer en la puerta de la cocina, vestida con su ropa de viaje.

Dejó caer sus maletas, su cara se estiró en confusión, y finalmente asombro. Luego sonrió, brillante y cegadora, y extendió los brazos. Mi corazón se hinchó de pena, alegría y amor. Tanto amor por este fantasma mío.

CAPÍTULO 39

Te conocí

Me senté en uno de los bancos frente a Van Gogh con una petaca de vino y tres de mis mejores amigas, y todas nos la pasamos, compartiendo sorbos, mientras me cantaban el cumpleaños feliz y me hacían regalos. Un libro romántico de Juliette:

—¡Es el último de Ann Nichols! Lo conseguí antes de tiempo, no se lo digas a nadie.

Y Drew y Fiona, me regalaron un elegante y precioso porta pasaportes.

—Porque deberías usarlo —dijo Fiona con una sonrisa.

Las abracé a todas, agradecida de tener amigas como ellas, que estaban a mi lado cuando no los necesitaba y corrían hacia mí cuando los necesitaba. Por lo general, todos celebrábamos los cumpleaños en nuestro local de vino y lloriqueos el miércoles que estuviera más cerrado —así es como celebrábamos los cumpleaños de todas—, pero ellas sabían que yo iría al Met el miércoles, ya que era mi cumpleaños y yo no era nada si no la hija rutinaria de mis padres, y me habían abordado en las escaleras, de forma totalmente inesperada. Pensé que no volvería a ver a Drew y Fiona hasta dentro de una semana, por lo menos, pero decidieron traer a Penelope, que dormía una siesta sorprendentemente feliz en la falda de Drew. Mi tía y yo solíamos visitar a Van Gogh antes de emprender nuestros viajes, pero este año no había viaje, aunque seguía siendo agradable ir y sentarse, como solía hacer en la universidad, y beber un poco de vino, y escuchar a

mis amigas comentar las obras de arte como si alguno de nosotras supiera de lo que estaba hablando.

—Me gusta ese marco —dijo Juliette—. Es muy… austero.

—Creo que es de caoba —señaló Fiona, antes de que Penelope Grayson Torres hiciera un ruido que probablemente indicó a Fiona que algo iba mal, porque le quitó el bebé a Drew y dijo—: Necesito ir a buscar un baño. ¿Drew?

—Creo que hay uno por aquí. Enseguida volvemos —añadió Drew, levantándose con su mujer.

—Tómense su tiempo —respondí, y se marcharon por el pasillo. Juliette Agarró un mapa que había quedado abandonado en uno de los bancos y mencionó que hacía tiempo que no venía a este museo.

—Deberías ir a explorar. He estado aquí tantas veces que creo que me sé de memoria todas las placas —le contesté con naturalidad, y a ella le pareció una idea estupenda, porque se puso en marcha hacia el ala Sackler, dejándome a mi aire.

Por fin sola, en la tranquilidad rodeada de turistas, me acomodé en mi banco y miré a los Van Gogh, emparedados junto a otros pintores postimpresionistas de la época, Gauguin y Seurat. Aunque la gente intentaba no hacer ruido al moverse por la Galería 825, sus pasos eran ruidosos y arrastrados, y resonaban en el suelo de madera en espiga.

Cerré los ojos, exhalé un suspiro y eché de menos a mi tía.

Siempre decía que le encantaba la obra de Van Gogh, y quizá por eso a mí también me gustaba. Y sabiendo lo que yo sabía ahora, quizá también le gustaba la obra de Van Gogh por otras razones. Quizá le gustaba cómo creaba cosas sin conocer su propio valor. Tal vez le gustaba la idea de ser imperfecto, pero ser amado de todos modos. Tal vez sintió algún tipo de afinidad con un hombre que, durante toda su vida adulta, luchó contra sus propios monstruos en su cabeza. Las últimas palabras de Vincent van Gogh fueron, después de que su

hermano lo consolara diciéndole que mejoraría de la herida de bala autoinfligida en el pecho:

—*La tristesse durera toujours.*

La tristeza durará para siempre.

No era mentira. Había tristeza, había desesperación y había dolor, pero también había risas, alegría y alivio. Nunca hubo pena sin amor ni amor sin pena, y elegí pensar que mi tía vivía gracias a ellos. Por toda la luz, el amor y la alegría que encontró en las sombras de todo lo que la atormentaba. Vivió porque amaba, y vivió porque era amada, y qué hermosa vida nos regaló.

No me di cuenta de que Drew había vuelto hasta que se aclaró la garganta, con las manos en la espalda, sospechosamente, como si estuviera ocultando algo. Fiona no estaba con ella.

—Hola, lo siento. No quería darte esto con todo el mundo alrededor…

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Espero de verdad que no te enfades conmigo, pero… —Reveló un paquete y me lo dio—. Cuando lo tiraste, yo… lo saqué de la basura. Intentaba encontrar el momento adecuado para dártelo y, bueno… nunca hay un momento adecuado, supongo.

Era el mismo paquete que había tirado, el de mi tía que se había perdido en el correo.

Lo tomé y pasé las manos por la letra de mi tía.

—Lo siento si estás enfadada pero…

—No. —Parpadeé con lágrimas en los ojos—. Gracias. Me arrepentí de haberlo tirado.

Ella sonrió.

—Bien. —Luego se agachó y me abrazó—. Te queremos, Clementine.

Le devolví el abrazo.

—Yo también las quiero a todas.

Me besó la mejilla y empezó a marcharse de nuevo, pero la detuve un momento.

—¿Has tenido noticias? ¿Sobre James Ashton?

¿Lo había estropeado todo? Pero tenía miedo de preguntar esa parte, porque no me había enterado de una manera u otra de lo que acabó pasando con esa subasta. Creo que terminó hoy. Probablemente fue con Faux, o Harper, o…

Un brillo iluminó los ojos de Drew y asintió con una sonrisa. Se sentó en el borde del banco, me agarró las manos con fuerza y dijo:

—¡Lo tenemos! Me enteré justo antes de venir para darte una sorpresa.

Mis hombros se relajaron con alivio.

—Ya lo tienes.

—Tenemos algunas cosas que resolver en el contrato, pero es nuestro.

—Es tuyo —le corregí.

Su sonrisa vaciló un poco.

—Strauss y Adder no serán lo mismo sin ti.

—Será igual de bueno, y brillará contigo, lo sé.

Ella se animó.

—Tienes razón, y deberías decirlo más alto.

Así que lo hice. Me puse de pie, señalé a Drew y grité:

—¡Atención todos!

Drew palideció.

—No, espera, para…

—¡Por favor, un aplauso para Drew, la editora de libros más atenta y encantadora que jamás encontraran! —grité, mientras Drew intentaba hacerme callar y me arañaba para que volviera a sentarme. El asistente de la sala me dirigió una mirada cansada—. ¡Y acaba de ganar el libro de sus sueños en una subasta!

Hubo una ronda de escasos aplausos cuando Drew volvió a bajarme al banco, con la cara roja por el rubor.

—¡Calla! ¡Basta ya! ¿Qué te pasa, quieres que te echen?

Me reí y prometí:

—Voy a celebrar cada cosa buena que se te presente.

El encargado de la habitación, que había empezado a caminar hacia nosotras, decidió que no valíamos la pena, se dio la vuelta y se marchó de nuevo a su percha junto a la puerta.

Drew dijo:

—Eres una amenaza.

—Me quieres.

—Lo hacemos —aceptó, y sus ojos volvieron a bajar hacia el paquete—. ¿Vienes a buscarnos cuando termines?

—Lo prometo.

—Bien, bien. —Y se fue de nuevo a buscar a Fiona.

Cuando se marchó y el silencio volvió a apoderarse de la galería, me quedé mirando el paquete que había en el banco de al lado. Era pequeño, del tamaño de una postal, así que era fácil que se perdiera. Llevaba media docena de sellos de aduanas, en los que se detallaba su largo y angustioso viaje. Era casi imposible que volviera a mí, pero así fue.

Mis dedos se deslizaron bajo el papel marrón del paquete y finalmente lo abrí. Era una guía de viajes de Islandia. *Ævintýri Bíður, de Ingólfur Sigurðsson*. Cuando lo puse en Google, se tradujo como «La aventura espera».

Y había metido una carta dentro:

¡Para detallar nuestro viaje del año que viene! Lo encontré en una pequeña librería de segunda mano en Canterbury, Inglaterra.

Con amor, AA

Se me torció la boca y se me llenaron los ojos de lágrimas. Lo había estado planeando aunque, al final, no estaba muy segura de querer ir.

Cerré la carta y la volví a meter en el libro del viaje que nunca haría, y volví los ojos hacia Van Gogh.

Nunca sabría si quería irse o no, si fue accidental o intencionado, pero preferí creer que, en otro universo, estábamos subiendo a un avión rumbo a Islandia, ella con su abrigo de viaje azul empolvado, el pelo recogido en una bufanda, dispuesta a hojear todas las novelas románticas que había cargado en su kindle, y yo pintando escenas en *Ævintýri Bíður*.

Me gustó esa historia. Era buena.

Pero… ésta también lo era. Un poco más triste, pero era mía, y aunque Islandia ya no estaba en la agenda, aún me esperaba la aventura, así que abrí la primera página, saqué el lápiz y empecé a dibujar a la familia con la niña al otro lado de la habitación. Sus padres la llevaban de la mano mientras ella tiraba de ellos de un cuadro a otro, contando los pájaros que había en cada uno de ellos. Si no había ningún pájaro, decía:

—¡Ninguno! —y seguía adelante, así que naturalmente dibujé una bandada de palomas detrás de ella.

Estoy segura de que mis amigas se arrastraban unas a otras por el Met, mirando las armaduras y las esfinges y los Rembrandts, mientras

yo me sentaba feliz y dejaba que mi corazón se derramara en las páginas.

No me fijé en el hombre que se sentó a mi lado hasta que la niña se le acercó y le preguntó:

—¿Te gustan los pájaros?

—La mayoría —contestó afectuosamente—, aunque aún no estoy seguro sobre las palomas.

—¡Me encantan las palomas! —jadeó, y se volvió hacia sus padres—. ¡Mamá, papá, ahora vamos a contar las palomas de los cuadros! —Antes de llevárselos a rastras a la habitación contigua, en la que, lo sabía por experiencia, había un montón de cuadros con pájaros.

El hombre que estaba a mi lado se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas, mientras miraba los cuadros. Llevaba una camisa abotonada de color lavanda suave, con las mangas remangadas para dejar al descubierto los tatuajes que tenía en los brazos, colocados como a posteriori. Le eché un vistazo.

—¿Iwan? —Su nombre era un susurro, temía haberme equivocado. Sin embargo, no parecía tan arreglado como antes. Sus rizos castaños estaban alborotados, su camisa arrugada. Pero entonces me miró, con aquellos ojos pálidos de un gris tan encantador que ahora sabía cómo pintarlos, en tonos negros y blancos y cremas y dorados y azules, nacarados y suaves. Y entonces me sonrió, la misma sonrisa torcida del hombre que había conocido en aquel pequeño apartamento del Upper East Side, donde el tiempo chocaba como olas opuestas.

Acababa de abrir la boca para felicitarlo por elegir a Drew, la única elección correcta, intentando que sonara lo más sarcástica y juguetona posible, mientras trataba de disimular mi pesar, las grietas de un inminente desamor, cuando dijo:

—Feliz cumpleaños, Lemon.

—¿Qué? —Di un respingo.

Sacó un pequeño ramo de girasoles.

—Feliz cumpleaños.

Los tomé vacilante. Se había acordado de mi color favorito. Claro que sí, porque seguía siendo la misma persona, atenta y amable. Como siempre había sido. A pesar de todo lo que había cambiado, algo seguía igual.

—Lo siento —le dije—. No debí decir nada la otra semana, y menos en tu preinauguración.

—Tal vez —respondió, juntando las manos. Permanecimos sentados en silencio durante un momento, mirando los cuadros. Los turistas migraban a nuestro alrededor, la galería un suave rumor de murmullos.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —pregunté después de un momento.

Me miró de reojo.

—Dijiste que lo harías. Cada cumpleaños. —Soltó una pequeña carcajada—. No sabes cuántas veces me he planteado venir aquí cualquier otro año. Sentado a tu lado, preguntándome si, tal vez, me reconocerías.

—¿Del taxi? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Pero siempre tuve demasiado miedo. Y entonces, cuando entraste en aquella reunión sobre libros… —Se llevó la lengua al paladar y sacudió la cabeza—. Intenté parecer tan genial para ti.

—Lo has conseguido. Quizá demasiado bien —añadí.

Se rio entre dientes y se volvió hacia mí.

—¿Te gustaría… ¿te gustaría ir a cenar conmigo? Conozco un restaurante en NoHo. Ha cambiado un poco recientemente.

—No sé… ¿Es bueno?

—Es decente —respondió, y después de pensarlo, añadió—: Espero.

Se me dibujó una sonrisa en la cara. No pude evitarlo.

—Bueno, entonces creo que tenemos que ir a verlo por nosotros mismos —dije, y él se levantó y me tendió la mano, y sentí una especie de emoción familiar recorriendo mi cuerpo mientras aceptaba su mano, el tipo de sensación que tenía cuando corría detrás de mi tía por las terminales de los aeropuertos, rápido y sin aliento, con el mundo girando.

Era la sensación de algo nuevo.

CAPÍTULO 40

Perseguir la luna

—Cierra los ojos —me dijo cuando salimos del Uber frente a su restaurante. La tarde se había convertido en un hermoso atardecer dorado y la luz de la calle se reflejaba en las ventanas del restaurante, así que no podía ver el interior.

—¿Por qué? ¿Vas a secuestrarme? —respondí, y él puso los ojos en blanco y me tapó los ojos con las manos para que no mirara—. ¿Necesitas mi palabra de seguridad? Es sasafrás.

—Camina hacia delante, cuidado con el escalón —añadió cuando pasé por encima de algo y entré en el restaurante. Oí la puerta cerrarse tras de mí. El restaurante era frío y silencioso; éramos los únicos que estábamos aquí, por el sonido de nuestros pasos mientras él me guiaba hacia el interior.

—¿Es un poni? —pregunté—. Oh… ¿por fin me estás cocinando sopa de guisantes?

—¿Puedes hablar en serio un minuto? Esto es importante. Ponte ahí —añadió, colocándome en un punto exacto del suelo. Me mordí el labio inferior, intentando no sonreír demasiado—. Bien —dijo—, tres… dos…

Respiró hondo.

—Uno.

Luego apartó las manos.

Del techo colgaban suaves lámparas rústicas que proyectaban una luz dorada sobre las mesas de caoba, la mayoría de ellas pequeñas, en las que había hermosos ramos de jacintos violetas en jarrones de cristal, intercalados con velas que titilaban suavemente. Las paredes eran de un verde salvia —no carmesí, pero el carmesí ya no le quedaba bien— y estaban salpicadas de una colección de obras de arte, colgadas en distintos marcos y tamaños.

Se apresuró a acercarse a una silla y la apartó.

—Tardaremos un poco en acostumbrarlos —dijo cuando me senté y me empujó—, pero creo que tenemos tiempo.

—¿Esto es cuero de verdad?

—Por favor, pero no se lo digas a los críticos —añadió con un guiño. Luego agarró un menú que había sobre la mesa y me lo entregó. Era casi idéntico al menú que había visto aquí hacía casi dos semanas. Salvo que había una diferencia. Dos, en realidad, y por supuesto dije a la que no se refería—: ¿Pusiste el nombre en mayúsculas?

Me miró y señaló el postre.

—Voy a hacer la maldita tarta de limón. Aunque los fideos con hielo seco se quedan —añadió, un poco más tranquilo.

Los bordes de mi boca se crisparon en una pequeña sonrisa. Me gustaba la luz que había ahora, lo hacía todo brumoso y encantador. Romántico.

—Creo que es un buen trato —respondí, sin dejar de mirar el menú. Sonriendo, en realidad. Porque también había añadido otro plato. Pommes frites—. ¿Eh? ¿Qué has dicho?

Se arrodilló a mi lado, con una mano en mi rodilla, de modo que quedamos a la altura de los ojos. Era tan guapo que quería trazar las líneas de su cara, dibujar la nitidez de su mandíbula y pintar el color de su pelo. Esta escena iría en la sección de la guía de viajes titulada: «Lugares pintorescos» porque no me cansaría de mirar su cara durante

años, décadas. Quería verlo envejecer, quería ver qué tipo de arrugas se tejían en sus sonrisas.

—¿Es esto lo que imaginabas? —preguntó, volviendo la mirada a través del restaurante—. Después de que me recordaras que lo que hizo perfecta aquella comida fue mi abuelo, miré a mi alrededor y empecé a preguntarme qué partes de este restaurante eran yo.

Sacudí la cabeza.

—Fuiste todo tú, cada segundo del camino. Me equivoqué.

—No del todo —respondió, y volvió a ponerme de pie—. Las sillas fueron una mala idea, eran demasiado incómodas.

—Lo eran —admití aliviada.

—Y la iluminación era demasiado brillante e implacable, como si pusiera a todo el mundo bajo un foco. Pero —añadió—, a diferencia del lavavajillas de hace siete años, sé que me gusta la idea de las mesas pequeñas —son íntimas—, pero quizá el blanco era demasiado arrogante. —Tiró de mí hacia el centro del restaurante y se colocó detrás de mí, rodeando mi cintura con sus brazos y apoyando la barbilla en mi hombro, mientras me giraba lentamente hacia un espacio en blanco en la pared del centro del restaurante—. Es para ti, si alguna vez encuentras la inspiración para poner algo ahí.

Apreté los dedos con fuerza alrededor de los suyos en mi cintura, con los labios apretados mientras las lágrimas me picaban en los ojos.

—¿En serio? —susurré, y sentí que asentía contra mi hombro.

—De verdad. Toda mi vida he querido crear un lugar en el que la gente se sintiera cómoda. Un lugar donde la gente pueda venir, y comer comidas perfectas con sus abuelos, y sentirse como en casa. Este *hyacinth* soy yo. No el de hace siete años, ni la versión de prensa, sino yo. Y tú me ayudaste a recordarlo, Lemon.

Me giré en sus brazos y miré a aquel hombre encantador, mezcla de lavaplatos idealista y chef de cocina experimentado, en parte niño cuya

comida perfecta era un plato de papas fritas y en parte hombre que hacía las tartas de limón más delicadas.

—Me encanta cómo cada parte de este restaurante cuenta una historia, cómo el ambiente es el narrador. Y esta historia es sobre el pasado —apretó su frente contra la mía— encontrándose con el presente.

—O el presente encontrándose con el pasado —recordé.

Se llevó mi mano a los labios y la besó.

—Y el presente conociendo al presente.

—Y… —sonreí, recordando a aquella chica sentada en un taxi compartido—, el pasado encontrándose con el pasado.

—Creo que estoy enamorado de ti.

Parpadeé.

—¿Q… qué?

—Clementine. —Y la forma en que pronunció mi nombre en ese momento me pareció una promesa, un juramento contra la soledad y la angustia, y podría escuchar el modo en que su lengua envolvía las letras de mi nombre durante el resto de mi vida—: Te quiero. Eres testaruda, te preocupas demasiado, siempre se te arruga el entrecejo cuando piensas, ves partes de la gente que ya no ven en sí mismas, y me encanta cómo te ríes y cómo te ruborizas. Me encantaba la mujer que conocí en el apartamento B4, pero creo que a ti te quiero un poco más.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Sentía el corazón brillante y terriblemente fuerte en los oídos.

—¿En serio?

Me agarró la barbilla, girando mi cara hacia la suya, y susurró:

—Te quiero. Te quiero, Lemon.

Me sentí como si pudiera flotar hacia el cielo.

—Yo también te quiero, Iwan.

Me inclinó hacia él, con el aroma de la loción de afeitar embriagándole la piel.

—Voy a besarte ahora —ronroneó.

—Por favor.

Y me besó allí, en los momentos robados de una noche de miércoles, en un restaurante que sentía como su alma, y su beso sabía agudo y dulce, como el comienzo de algo nuevo. Sonreí contra su boca y susurré:

—Y yo que pensaba que encontrarías el romance en un trozo de chocolate.

Soltó una carcajada.

—Una chica que conocí una vez juraba que se lo había comido en un buen cheddar. —Sus manos bajaron hasta mi cintura y empezó a balancearme un poco, adelante y atrás, al son de alguna canción invisible—. ¿Qué te gustaría esta noche, Lemon?

Lo besé de nuevo.

—A ti.

—¡Para cenar! —Se rio, echando la cabeza hacia atrás, y luego dijo, un poco más suave—: Aunque también puedes tenerme.

—¿No me juzgarás?

—Nunca.

—Quiero un PB&J.

Volvió a reír, brillante y dorado, y me besó en la mejilla.

—De acuerdo. —Y tiró de mí hasta la inmaculada cocina y me preparó un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada con

algunos extremos sobrantes de una barra de pan recién horneado, compota de uva y mantequilla de cacahuete natural. El pan estaba blando, y cuando lo besé, sabía a mermelada de uva, y me habló de los nuevos chefs de su cocina, y me preguntó—: ¿Qué vas a hacer ahora con el resto de tu vida, Lemon?

Ladeé la cabeza y debatí mientras él se inclinaba y le daba un mordisco a mi bocadillo.

—No lo sé, pero creo que debería asegurarme de que mi pasaporte está bien.

—¿Vas a viajar?

—Creo que podría. Y, no sé, tal vez perseguir la luna.

Se inclinó hacia mí, ya que ambos estábamos sentados en la encimera, y me besó suavemente en los labios.

—Creo que es una gran idea.

Dejé el resto del bocadillo y enrosqué los dedos en su cuello, sintiendo el calor de su piel en mis dedos fríos. Sinceramente, me apetecía otra cosa.

—¿Quieres volver a mi apartamento?

—Sólo —respondió, mientras una sonrisa torcida curvaba sus labios—, si puedes adivinar mi color favorito.

—Bueno, eso es fácil —dije, y me incliné hacia él para susurrarle la respuesta al oído.

Soltó una carcajada y le brillaron los ojos.

—¿Estoy en lo cierto, James Iwan Ashton? —pregunté, sabiendo ya que lo estaba. Al principio, no había estado muy segura de cuál era su color favorito, pero resultó que lo había estado diciendo todo este tiempo, repitiéndolo, una y otra vez, cada vez que pronunciaba mi nombre.

Porque su color favorito era el mismo que el mío.

El Monroe estaba tranquilo aquella tarde. El cielo brillaba con las últimas gotas de luz solar, arrojando rosas y azules por el horizonte, mientras guiaba a Iwan hacia el interior del edificio de doce plantas donde criaturas de piedra sostenían los aleros y los vecinos tocaban musicales con sus violines. Earl estaba en la recepción, leyendo a Agatha Christie, y se animó con un gesto de la mano, y volvió a ella mientras nos apresurábamos hacia el ascensor.

—No sabes cuántas veces he pasado por delante de este edificio esperando verte —me dijo mientras entrábamos—. Tenía medio miedo de que ese hombre acabara reconociéndome.

—Es un milagro que no nos encontráramos después del taxi —coincidí—. ¿Qué habrías hecho tú?

Se mordió el labio inferior.

—Muchas cosas que probablemente estén mal vistas en la sociedad educada.

—Oh, ahora estoy muy interesada… Levanta la vista —añadí, y cuando lo hizo, le susurré, y mi yo del espejo le susurró al suyo medio segundo después, y sus ojos se abrieron de par en par al oír las palabras. Me miró mientras el color le subía por el cuello y le teñía las mejillas, haciendo que sus pecas casi resplandecieran. Le vi pasarse la lengua por los dientes de abajo, con la boca ligeramente entreabierta.

—De verdad —murmuró.

Me encogí de hombros. La puerta del ascensor se abrió en la cuarta planta.

—Tal vez —dije, esbozando una sonrisa secreta, y tiré de él para sacarlo del ascensor y llevarlo por el pasillo. Pasamos junto a filas y filas de puertas carmesí con aldabas en forma de cabeza de león. Frente a la puerta del apartamento B4, tiró de mí y me envolvió en sus brazos, apretó mi espalda contra él y atrapó mi boca con la suya. Besó con fervor, como si llevara años esperando un trago.

—Nunca lo superé —murmuró, separándose el tiempo suficiente para respirar.

Deslicé mis manos por su pecho.

—¿Qué?

—Qué bien besas. En los últimos siete años —continuó, apoyando su frente en la mía—, he tenido tantas citas, he besado a tanta gente, he intentado enamorarme una y otra vez, y solo podía pensar en ti.

No sabía qué decir.

—¿Los siete años?

—Dos mil quinientos cincuenta y cinco días. No es que llevara la cuenta —añadió, porque estaba claro que la llevaba, y eso alegró mucho a las mariposas de mi estómago. Siete años, siete años enteros.

Susurré:

—Al menos no tienes que esperar un día más.

Sonrió, amplio y torcido. Y volvió a apretar sus labios contra los míos. Suavemente, saboreándolos.

—No —murmuró contra mis labios, plantándome otro beso en la comisura de los labios—. Pero la espera valió la pena, Lemon.

—¿Dilo otra vez? —murmuré, porque aún me encantaba cómo decía mi apodo con su suave acento sureño.

Lo sentí sonreír contra mi boca, mientras su mano se acercaba a mi cara y volvía a besarme, como si no tuviera suficiente, y sinceramente,

podría pasarme el resto de mi vida siendo besada por él. Su boca se quedó contra la mía, esta vez más profunda, más hambrienta. Se inclinó hacia mí y sus manos se dirigieron a mis caderas. Recorrí con los dedos la hilera de botones de su camisa antes de deslizarlos entre dos de ellos, cerca de su estómago, rozando su piel con las yemas de los dedos. Podía perderme en este momento, sin guías de viaje ni itinerarios.

Hasta que recordé:

—Aún estamos en el pasillo.

—¿Estamos? —Me besó la mejilla.

—Sí.

Otro beso en mi sien, en mi nariz, volviendo a revolotear contra mi boca.

—Supongo que deberíamos entrar.

—Probablemente. —Y tiré de él para besarlo de nuevo, y entonces abrí la puerta de mi apartamento, y caímos dentro, un lío de brazos y miembros. Nos quitamos los zapatos al cerrarse la puerta y nos empujamos por el pasillo. Me pasó los brazos por la espalda y me levantó. Rodeé su cintura con las piernas y tiré de él para acercarlo. Mis dedos se enroscaron en su pelo castaño. Era como un coñac que quería beber en un día despejado de verano, una tarde dorada en la que quería perderme, una velada con pizza de cartón y tarta de limón que nunca volvía a ser la misma…

Me sentó en la encimera de la cocina y me besó en el cuello.

—La planta es nueva —murmuró, echando un vistazo al pothos del mostrador.

—Se llama Helga. No le importará.

Se rio contra mi piel.

—Bien. Me mordisqueó el hombro, sus dedos se deslizaron bajo mi falda, la bajó y me la quitó de un tirón. Luego me desabrochó los botones de la blusa y me plantó un beso entre los pechos.

Le desabroché los botones uno a uno, trazando la marca de nacimiento en forma de media luna de su cuello antes de continuar… y luego me detuve. Palpé un tatuaje nuevo que no había visto nunca. Enarqué las cejas.

—¿Cuándo te lo hiciste?

Miró el tatuaje y luego me miró tímidamente.

—Hace unos siete años. Ahora está un poco descolorido…

—Es una flor de limón.

—Sí —respondió, mirándome a los ojos, escrutándolos. Se había tatuado una flor de limón sobre el corazón.

—¿Qué le dices a la gente, cuando te preguntan por ello?

Su timidez se fundió en una sonrisa, cálida y pegajosa como el chocolate.

—Les hablo de una chica de la que me enamoré en el lugar adecuado pero en el momento equivocado.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y qué les vas a decir ahora?

—Que por fin hemos acertado.

—Cuestión de tiempo —susurré.

—Cuestión de tiempo —propuso, y volvió a besarme antes de que su boca recorriera mi vientre hasta llegar a mi ropa interior, hasta que la bajó, y enrosqué los dedos en sus rizos castaños mientras me decía suaves devociones allí mismo, en mi cocina. Era tan tierno cuando puso sus manos en mis muslos y me abrió las piernas de par en par, y, oh, realmente amaba a este hombre. Amé a este hombre mientras

besaba el resto de mi cuerpo y me llevaba a mi dormitorio. Mientras se tomaba su tiempo para conocer las cicatrices de mis rodillas de cuando me caí de niña, mientras recorría con sus dedos callosos y cálidos las pecas de mi espalda y besaba la cicatriz de mi ceja derecha por haber estado a punto de golpearme con un trozo de cristal. Me echó suavemente el pelo hacia atrás y me besó tan profundamente que por fin comprendí a qué se refería mi tía cuando decía que siempre sabías el momento exacto en que te enamorabas…

Lo supe.

Algo así.

Me enamoré por cada beso que me plantó, pero había caído días, semanas, meses, antes. Me enamoré un poco en aquel viaje en taxi con un desconocido, y caí un poco más cuando le pedí a ese desconocido, siete años después, que se quedara. Seguí cayendo, dando tumbos, sin darme cuenta de que ya no pisaba tierra firme, mientras cenábamos y reíamos con vino y bailábamos música de violín, mientras comíamos fajitas de madrugada en el parque y caminábamos por aceras relucientes hechas de plástico reciclado, tropezando de cabeza con algo tan profundo, aterrador y maravilloso que no me di cuenta de que había enamorado hasta que él vino a sentarse a mi lado frente al cuadro de un artista muerto y me dijo que me quería.

Lo decía en serio mientras sus dedos memorizaban mi cuerpo, mientras descubría cómo encajábamos juntos de nuevo, y era mucho mejor en todo eso que hace siete años. Un juego impecable, señor. De repente no tenía reparos con todas las mujeres que recordaba de su Instagram. Eran mucha práctica y yo estaba cosechando absolutamente los beneficios. Rodeó las mías con sus manos y, mientras nos movíamos juntos, pronunció mi nombre como si significara algo en sí mismo: un hechizo. Tal vez el comienzo de una receta. ¿Para el desastre? No, ni siquiera lo pensaré.

Me mordisqueó un lado del cuello, justo debajo de la oreja, y yo me apreté contra él, intentando estar más cerca de lo que jamás podríamos

estar. Quería entrar en su torrente sanguíneo, fundirme con sus huesos, formar parte de él con todo lo que era.

—He soñado con esto durante años —murmuró, besando la parte baja de mi cuello—. He soñado tanto contigo.

—¿Cómo está la realidad? —pregunté, yo misma a su alrededor, sin querer soltarlo.

—Maldición, mucho mejor.

Me reí y lo besé, y entonces él se movió más deprisa mientras nuestros latidos aumentaban, y no hubo más que hablar mientras caíamos, cada vez más fuerte, el uno hacia el otro, juntándonos en el lugar adecuado en el momento adecuado, y lo amé. Me encantaban sus cicatrices y las quemaduras de cocina de sus brazos y el estúpido tatuaje del batidor detrás de su oreja. Me encantaba cómo sus rizos castaños abrazaban mis dedos, y me encantaba que tuviera tres mechones de pelo gris.

Solo tres.

Probablemente iba a darle más.

Y nos reímos, y trazamos los cuerpos del otro hasta nuestras entrañas, mapas de lugares que eran familiares y a la vez nuevos, y la noche era buena, y mi corazón estaba lleno, y yo estaba feliz, tan feliz, de enamorarme en una noche como ésta, en la que sentía que por fin había atrapado la luna, y más.

EPÍLOGO

Y nos quedamos

En el cuarto piso del Monroe, en el Upper East Side, había un apartamento pequeño y desordenado que me encantaba.

Me encantaba porque, por las mañanas, una luz perfecta se proyectaba sobre la cocina, derramando yema de huevo dorada sobre la mesa y el suelo de baldosas, y en la quietud de las diez de la mañana, las motas de polvo brillaban en el aire como estrellas.

Me encantaba porque tenía una elegante bañera con patas de garra del tamaño perfecto para acurrucarse dentro y pintar. Me encantaba porque los libros se desparramaban por las estanterías del estudio y la hiedra del diablo medio moribunda se enroscaba alrededor de los bustos de poetas muertos hacía mucho tiempo. Y por las tardes, recordaba a mi tía paseándose por el salón, con el pelo recogido en un pañuelo de colores, vestida con su bata favorita de «Asesiné a mi marido a sangre fría» un martini en una mano y toda la vida, agarrada por los cuernos, en la otra.

Me encantaba porque había marcas en la puerta que daba al dormitorio, donde cada verano mi tía medía mi estatura y la marcaba con un tono diferente de esmalte de uñas.

Y me encantaba aquel apartamento porque me encantaba ver a Iwan en él, tarareando canciones pop de los noventa mientras bailaba por la cocina, de la tabla de cortar a los fogones y al fregadero, lanzándome miradas furtivas con aquellos ojos brillantes de piedra preciosa. Casi podía imaginarme queriendo volver a esos momentos, una y otra vez,

solo para recordar cómo sonreía y me llamaba Lemon con su voz suave y retumbante.

Incluso mientras lo metíamos todo en cajas, me encantaba este apartamento. Cuando me besé los dedos y los planté en la pared, y me despedí, por primera y última vez, quise quedarme aquí para siempre, pero Iwan me agarró de la mano y me condujo a través de la puerta principal y hacia un brillante desconocido.

Nada se quedó… o eso había pensado siempre. Nada se quedaba y nada permanecía.

Pero me equivoqué.

Porque había un apartamento en el Monroe del Upper East Side que estaba lleno de magia, y me enseñó a decir adiós.

Y ya no era mío.

Pero eso no importaba, porque me llevaba conmigo todos los buenos momentos, las paredes y los muebles —la bañera con patas de garra y el sillón azul huevo de petirrojo— y la forma en que bailaba con mi tía por el salón, así que, estuviera donde estuviera, siempre estaría en casa.

Porque las cosas que más importaban nunca se fueron.

El amor permanece.

El amor siempre permanece, y nosotros también.

NOTA DE LA AUTORA

Cada libro es una cápsula del tiempo.

La persona que soy ahora —estoy escribiendo esto seis meses antes de que The seven year slip llegue a las estanterías— no es la persona que seré cuando leas esto. En ese sentido, los libros son como un apartamento mágico, capturan un punto singular en el tiempo en el que un autor escribe un libro que quizá, algún día, tú visitarás y leerás en el futuro.

Quien era al principio de escribir este libro no es la persona que acabé siendo al final. Vuelvo la vista atrás a esos primeros borradores y me siento un poco como si mirara a través de una ventana a una persona a la que conoces íntimamente —cómo se toma el desayuno, sus restaurantes favoritos y el peor día de su vida— sabiendo ya lo que vendrá después.

El dolor es algo extraño. Puede ser un monstruo sobre tu hombro. Puede ser un amigo sentado a la mesa contigo. Puede ser un recuerdo en un olor: las suaves y delicadas notas de un perfume floral. El dolor puede encontrarte en mitad de la noche cuando te das la vuelta para volver a dormir. Puede encontrarte incluso en tus sueños.

Y el duelo —cómo es, cómo susurra, cómo respondes— es diferente para cada persona.

Cuando miro hacia atrás, al primer borrador de The Seven Year Slip, tratando de precisar el matiz exacto de pena que Clementine sentía por

su difunta tía, puedo ver que estaba cerca, pero era el tipo de sentimiento, el tipo de experiencia vital, que tenía que imaginar.

Y de repente, un brillante día azul de finales de marzo, ya no tuve que hacerlo.

Es tan extraño cuando tu vida se detiene de repente —cuando ocurre el peor día— y el mundo sigue girando sin ti. Mi abuelo se suicidó y yo tenía que escribir un libro. Mi abuelo ni siquiera dejó una nota, y yo tenía entrevistas que programar y vídeos que grabar y eventos en los que tenía que sonreír. Mi abuelo había muerto y yo tenía que responder a las preguntas de un libro sobre el duelo y los funerales… y sí, sé lo irónico que suena.

Cuando recuerdo el primer borrador de The seven year slip, pienso —sobre todo— en lo… bonito… Lo escribí todo. Un consuelo y un cálido abrazo, y al mismo tiempo no decía nada en absoluto.

Así que, al cabo de unos meses, reorganicé mi espacio de escritura —porque no podía sentarme en esa silla al final de la mesa como el día que mi madre me llamó sollozando, porque todavía visito ese momento en mis pesadillas— y escribí un segundo borrador de The seven year slip. Escribí un borrador mucho más alejado de mis sentimientos de lo que había escrito nunca, porque yo misma no quería quedarme demasiado tiempo con esa pena. Podría haber cambiado la historia. Podría haber arrancado a la tía de los huesos de este libro y haber escrito algo nuevo —mi editora me lo habría permitido, es tan encantadora y tan comprensiva—, pero no creo que hubiera podido.

Así que, finalmente, lo intenté de nuevo.

Una última vez. Esta vez.

Se convirtió en el libro en tus manos.

Ojalá pudiera decir que he escrito sobre el suicidio de forma correcta o perfecta, pero sé que no es así. Soy desordenada y propensa al lenguaje soez, y trato de afrontar esta terrible experiencia con amor y

consideración, porque aunque tengo el corazón roto, quiero a mi abuelo.

Este libro es muy personal para mí en las formas exactas que se siente crudo y demasiado revelador.

No soy la persona que era cuando terminé ese primer borrador color de rosa de The seven year slip, y para cuando leas esto, no seré la persona que soy después de poner el último punto en esta frase. Un libro es una cápsula del tiempo. Por mucho que cambie, o cambie, o aprenda, este libro estará estancado. Existirá aquí, para siempre sin cambios, junto con los pedazos de mí que puse en las páginas.

Sé que seré diferente en el futuro, y cada vez que vuelvas a este libro —si vuelves a él, alguna vez— también serás diferente. Creo que eso tiene algo de magia. La magia de un recuerdo. Una pieza de creatividad nacida de la persona que fuiste una vez. El arte sigue siendo el mismo, pero tú cambias y, a medida que tú cambias, también cambia lo que el arte significa para ti, incluso cuando te permite ver quién fuiste y a quién amaste y sigues amando.

Cambia, pero en pequeños detalles, todo permanece.

Todo se queda.

Si tú o un ser querido tienen pensamientos suicidas, ponte en contacto con la fundación nacional para la prevención del suicidio llamando al 988 (en EE.UU.).

ASHLEY POSTON

Ashley Poston es la autora más vendida del New York Times y USA Today de The Dead Romantics.

Después de graduarse de la Universidad de Carolina del Sur con una licenciatura en inglés, pasó la última década trabajando en la industria editorial antes de decidirse a dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Cuando no escribe, le gusta probar diversas artes y manualidades (actualmente es adicta a construir habitaciones en miniatura) y dar largas caminatas como excusa para escuchar podcasts de Dungeons & Dragons. Ella espera su momento entre Carolina del Sur y Nueva York, y todas las librerías intermedias.

COSMOS DREAMING IN SPACE

Cosmos BOOKS

Si te gustó esta lectura síguenos en redes sociales y cuida de sitios como estos.